

Laimie Scott

*Verona,  
Julietta  
y tú*

Selecta



Verona, Julieta y tú

*Laimie Scott*

*Selecta*

## Capítulo uno

Adrian se dirigía al complejo de oficinas de MacTavish Fashion. Llevaba trabajando allí desde que había terminado sus estudios en Escocia y su padre le concedió un puesto en la compañía, al igual que a su hermana mayor, Claire. Durante los últimos diez años, Adrian había accedido a cumplir todos y cada uno de sus deseos: había viajado por medio mundo cerrando transacciones que beneficiaban a la empresa; abierto una infinidad de tiendas donde los diseños se vendían como rosquillas; y, por supuesto, ganado una suma indecente de dinero. Sin embargo, todo eso no conseguía llenarlo. A pesar de todos los lujos y comodidades, Adrian MacTavish se sentía vacío por dentro. Insatisfecho. Por eso, después de meditarlo durante la última semana que había pasado lejos de Londres, le comunicó a su padre una noticia que sabía que no iba a gustarle nada.

—Acabas de regresar de Glasgow, donde has cerrado un trato para abrir la tienda más grande en Escocia, ¿y ahora me presentas tu dimisión? ¿Qué demonios crees que estás haciendo? —El gesto de su rostro lo expresaba todo: esperaba que su hijo se explicara. No le cabía la menor duda de que habría un motivo razonable para

semejante majadería.

—Lo que lees ahí —asintió Adrian despreocupado.

—¿Quieres dejarlo? ¿Por qué?

El tono empleado mostraba una mezcla de incredulidad, enfado y decepción. Adrian inspiró. Era consciente de lo que entrañaba su deseo de dejarlo. Su padre pensaba que se quedaría junto a él y su hermana al frente de la empresa hasta que él se retirara. Después serían sus dos hijos quienes tomarían el relevo. Pero, al parecer, sus ideas no eran las mismas que las de su hijo. Había llegado el momento de dejar las cosas claras antes de que fuera demasiado tarde.

—Estoy esperando, Adrian —lo urgió de forma autoritaria y fría—. Si es cierto que pretendes dejar tu puesto en la compañía, al menos dame una razón.

—No hay mucho que decir, simplemente me marchó.

—No la acepto.

—No me importa. He decidido dejarlo y tú no puedes obligarme a permanecer aquí.

—¿Has perdido el juicio? —le preguntó, entornando la mirada y tratando de que las palabras se asentaran en la mente de su hijo. Lo vio sacudir la cabeza en sentido negativo. Este gesto le provocó un leve gruñido de clara desaprobación—. ¿Ha habido algún problema en Glasgow?

—No es mi sitio. En cuanto a la tienda de Glasgow, no te preocupes. Todo está en orden.

—¿No es tu sitio? ¿Me tomas el pelo? Claro que este es tu sitio. ¿Dónde vas a estar mejor que aquí? —le aclaró, irguiéndose con los brazos extendidos con la intención de abarcar la amplitud de su despacho—. Tú serás el nuevo presidente de la compañía en breve junto a tu hermana. Serás uno de los hombres más poderosos e

influyentes del Reino Unido. ¿Qué más quieres? Tienes dinero, los mejores coches, ¿Qué me dices de Bettany? Hacéis buena pareja. ¿Piensas dejarla también? —quiso saber, pensando que su relación podía facilitarle un buen acuerdo con la empresa del padre de la muchacha. Pero, si Adrian se largaba...

—No la metas en esto —le advirtió con un tono de voz monótono.

—Tienes una vida llena de lujos y comodidades. Te puedo asegurar que cualquiera de ahí fuera desearía estar en tu puesto.

—¿En serio piensas que todo lo que me has enumerado es lo que necesito?

—¿Es que acaso hay algo más? ¿No te encuentras en el lugar dónde siempre has querido estar? Y no me refiero solo a estas oficinas, sino a tu posición en la sociedad británica.

—¿Y si te dijera que no? ¿Y que he llegado a pensar que se trata más bien de lo que tú te has empeñado en darme? —le confesó, encarándose con él, contemplando el asombro reflejado en el rictus de su rostro por aquellas palabras.

—¿Piensas que todo lo que he hecho ha sido porque yo así lo quería? —Su padre permanecía con la boca abierta, sacudiendo la cabeza en un claro gesto de incredulidad—. Todo lo que he hecho y todo el tiempo que he invertido en ti han sido para que el día de mañana tú seas dueño de todo el imperio de la moda.

—No, no. No sigas por ahí —lo interrumpió Adrian, levantando la mano para que callara—. No quieras hacerme sentir culpable. Si hiciste todo lo que hiciste fue porque tú, y solo tú, creíste que era lo que yo necesitaba en verdad —le aseguró señalándolo con un dedo como si lo estuviera acusando.

—Entiendo que toda tu preparación no ha servido para nada. Que he perdido el tiempo con mi propio hijo.

—Ha servido únicamente para formar al hombre que tú querías

que yo fuera. Pero nunca te paraste a pensar si era lo correcto. Si era el que yo deseaba. ¿Alguna vez barajaste esa posibilidad? —le preguntó, entrecerrando los ojos, señalándose con la mano en el pecho como prueba de autoridad—. Yo te responderé: NO.

—¿Y por qué no me lo dijiste entonces? ¿Por qué no te opusiste a mis deseos si no era lo que querías? ¿Por qué me hiciste creer una mentira? —le preguntó, enfurecido, contemplando a su hijo con el ceño fruncido y los dientes apretados.

—Porque quería agradarte.

—¿Agradarme? ¡Por favor, Adrian! —comentó con ironía, sacudiendo la cabeza y dejándose caer en el sillón.

—Quería agradarte en todo lo que hacía, intentando encontrar algo que me hiciera cambiar de idea, padre. Pero no lo encontré, créeme —le aclaró, enfrentándose a su mirada de nuevo—. Se trata de...

—Déjalo, Adrian. No trates de arreglarlo ahora —le comentó con un tono que denotaba su falta de interés hacia las palabras de su hijo. Ya todo estaba claro—. No necesito que me expliques nada más. Has dejado claras tus intenciones. Y lo que han sido estos años trabajando aquí —le aclaró con voz algo resignada, paseando la mirada por el despacho—. ¿Qué piensas hacer? ¿A dónde piensas ir? ¿Puedo recomendarte para un puesto en otra empresa de la compañía? Tal vez, un cambio de aires te venga bien, no te lo discuto.

—No.

—Pareces muy seguro. Entonces, ¿qué demonios te propones? ¿Estás pensando abandonar Londres también? —le preguntó, teniendo la impresión de que su hijo le parecía un desconocido y que nada de lo que dijera o hiciera desde ese momento lo sorprendería.

—He pensado irme a Italia.

—Italia —repitió con un deje sarcástico—. ¿Y qué hay en Italia para que te marches hasta allí? Aparte de pasta, pizza, italianas... ¿Te has vuelto loco? ¿O acaso pretendes abrir más mercado allí?

—Seguro que hay todas esas cosas, pero yo espero encontrar algo más. Tal vez, incluso, algo por lo que merezca la pena quedarme. Luchar. Prosperar.

—Todo eso lo tienes aquí. No hace falta que demuestres más tu valía, eso lo llevas haciendo durante años, hijo. —Por primera vez desde que entró en su despacho se había referido a él por el parentesco que los unía, y no por su nombre.

—¿Lo ves? No lo entiendes. Nunca lo has entendido.

—¿Qué se supone que debo entender?

—Todo lo que tengo lo he conseguido por ser tu hijo, padre. Todos me respetan, me agasajan, e incluso, a veces, sienten miedo, temen a mis reacciones. No es lo que quiero. No quiero que me den las cosas hechas por ser un MacTavish. ¿Comprendes?

—Lo que pretendes es una estupidez y, si me permites el comentario, un imposible. Y lo sabes. Allá donde vayas, tu apellido te seguirá. ¿Pretendes empezar de cero en otra parte?

—Exacto.

—No lo conseguirás, siempre habrá alguien que te reconozca y te conceda un puesto de ejecutivo. No podrás escapar a tu destino, Adrian —le recordó, alzando la voz.

Este parecía seguro de que la gente que pasaba por delante del despacho lo escucharía todo. Pero, a su padre, que lo hiciera le daba exactamente lo mismo. Él había creado y levantado la compañía, y estaba en su derecho a dar voces.

—Volverás, estoy convencido de que regresarás con el rabo entre las piernas cuando no tengas nada. Cuando te hayas dado cuenta de tu estupidez, Adrian. Pero no te preocupes. Sabes que soy paciente.

Estaré aquí esperándote cuando me pidas volver a tu puesto en la compañía.

—Yo, de ti, no estaría tan seguro —le aseguró, con un toque irónico.

—Es cuestión de tiempo. Cuestión de tiempo —le repetía su padre, sonriendo de manera cínica, como si se estuviera regodeando al imaginarse la escena—. No lograrás... acostumbrarte a esa nueva vida que pretendes llevar. Tenlo por seguro.

—Y yo espero que eso suceda. Que me acostumbre a una nueva vida.

—Eres un necio. Dejarlo todo así porque sí. ¿Quién te crees que eres? ¿Qué estupidez se ha apoderado de ti?

Adrian sabía que estaba dando pasos arriesgados, que en cuanto abandonara el despacho de su padre, la red que siempre tenía bajo sus pies, protegiéndolo, desaparecería. Que ya nada volvería a ser como antes. Ya no quedaría nada del Adrian que había sido hasta ese momento. Podía sentir la mirada fija de su padre sobre su nuca en todo momento y, al mismo tiempo, hubiera podido asegurar que estaba sonriendo, esperando a que se diera la vuelta y le pidiera disculpas. Que olvidara esa conversación, que todo había sido una pataleta del momento... Pero no iba a hacerlo. No iba a concederle esa victoria. No se trataba de una cuestión de orgullo ni una especie de revancha. No. Nada de eso. Se trataba de que, por primera vez en veintisiete años, iba a tomar las riendas de su vida. Y aunque se sentía extraño, y tal vez algo atemorizado, el simple hecho de hacerlo le provocaba una gran satisfacción.

Lo siguiente sería reunirse con Bettany. Sus padres se habían fijado en ella como su pareja ideal. Para alguien que analizara desde fuera su supuesta unión con ella, se daría cuenta enseguida de que se trataba de una transacción económica entre dos de las familias

más puentes del Reino Unido. Y Adrian tampoco estaba dispuesto a pasar por ahí. No permitiría que nadie dirigiera su destino, y menos sus sentimientos. Cuando Bettany recibió su llamada, se sintió halagada y entusiasmada porque quisiera comer con ella. Aprovecharía para pasar la tarde con él. Lograría engatusarlo para que se quedara con ella. Lo llevaría a su piso y pasarían juntos una más que placentera tarde. Pero escuchar el frío tono de su voz le provocó un repentino palpito en el pecho que dio paso a una opresión que casi le cortó la respiración. Algo le pasaba a Adrian. Y ella solo esperaba que no tuviera nada que ver con la relación que mantenían.

La contempló caminando hacia él con seguridad y una sonrisa algo forzada. Iba vestida con su traje a la última moda en tonos grises, el pelo rubio lacio le caía sobre los hombros y sus ojos eran tan azules como el cielo despejado de ese día. Bettany se acercó hasta él para rodearlo con el brazo por la cintura y depositarle un beso en los labios. Luego se quedó mirándolo a los ojos, intentando averiguar el verdadero motivo de aquella repentina cita para comer.

—Tengo una mesa reservada —le comentó, guiándola hacia esta.

—Celebro que por fin des señales de vida. Llevas días sin devolverme las llamadas —le recordó, algo molesta, mirándolo a los ojos—. Claro que, si va a significar que me invites a comer, pues no me importa. Estás perdonado —le confesó, posando la mano sobre la de Adrian y contemplándolo.

—Me marchó de Londres.

—¿Cómo... cómo que te marchas de Londres? ¿Te refieres a cerrar algún negocio en otra parte? ¿Abrir alguna nueva tienda? —Las preguntas salieron por su boca de manera atropellada. Los nervios comenzaron a adueñarse de ella mientras Adrian permanecía en silencio, observándola.

—No, no se trata de eso. Lo dejo todo. Me marchó de la compañía, de casa y de Londres.

Bettany se quedó paralizada al escuchar la explicación. Por eso había notado la frialdad en su tono de su voz por teléfono. Se limitó a inspirar hondo esperando una aclaración.

—He decidido empezar de cero en otra parte.

—¿Y qué va a pasar conmigo? ¿Con nosotros? —quiso saber, experimentando un cambio de parecer. Había pasado del estupor más extremo, al conocer la noticia, a la frialdad e ironía más inesperada. Ni siquiera le había pedido que la acompañara.

—Es una cuestión personal. Necesito dar un giro a mi vida.

—Das a entender que en ese giro no hay espacio para mí. Me estás insinuando que ya no me necesitas —le reprochó, entrecerrando los ojos, crispada por lo que estaba escuchando. Había dejado los temores a un lado para sacar a la mujer fría y calculadora que era cuando tocaba defender lo que consideraba como suyo.

—Lo nuestro no tiene sentido. No va...

—No lo tiene porque tú no quieres que lo tenga, Adrian. Admite que nunca has tenido la más mínima intención de comprometerte. — El tono de ella estaba cargado de desilusión y de impotencia.

—Nunca he pretendido darte esa visión. No puedo comprometerme con alguien cuando gran parte de mi tiempo lo paso lejos de aquí. Lejos de esa persona.

—Una disculpa barata, Adrian. Te recuerdo que he viajado contigo por medio mundo para cerrar negocios. Te quedaría mejor decirme a la cara que no sientes nada por mí. Aunque debo reconocer que, para no hacerlo, bien que me metiste en tu cama —le espetó, furiosa.

—Eso es algo que ambos aceptamos, Bettany. Yo no tengo la

culpa de que pensaras que podría llegar a haber algo más.

Bettany sacudió la cabeza, entrecerrando los ojos, sin poder creer lo que estaba sucediendo.

—¿A dónde piensas irte? ¡Qué importa! —exclamó, dándose cuenta de que la pregunta carecía de importancia—. Eres como todos los tíos, Adrian —le dijo, levantándose de la silla dispuesta a marcharse; estar allí con él no tenía ningún sentido ya para ella.

—Espera. Hablemos. No tenemos por qué terminar así.

—Es como tú quieres. Como mejor se te da. No puedo desearte que las cosas te marchen bien porque no lo siento, Adrian. Ni quiero perder más tiempo contigo. Soy yo la que te dice que esto no tiene ningún sentido —le espetó antes de emprender el camino hacia la salida del restaurante sin mirar atrás.

Adrian pareció respirar aliviado cuando Bettany se marchó. La verdad es que tampoco entendía que no hubiera peleado por su relación. ¿En serio estaba interesada en él, o solo lo utilizaba en su propio beneficio? No quería parar a pensarlo. Mejor sería dejarlo estar. Por hoy, creía que tenía bastante pero todavía le quedaba hablar con su madre. Y sabía que no iba a tomárselo muy bien.

Adrian abrió la puerta de casa de sus padres para encontrarse de frente con su hermana Claire, una mujer inteligente, atrevida y directa en sus comentarios. Dirigía el Departamento de Marketing y Publicidad por la visión que había tenido siempre para las campañas publicitarias. Él estaba convencido de que acabaría llevando las riendas de la compañía. Y más si él se marchaba de MacTavish Fashion.

—Acabo de hablar con nuestro padre y me ha asegurado que dejas la compañía.

—Así es. Te hacía en tu despacho. ¿Qué haces aquí?

—He venido a comer y me he encontrado con el notición —le rebatió, con ese tono tan suyo que le hacía ganarse enemigos, pero, también, valiosos aliados—. Dime, ¿estás seguro de lo que estás haciendo?

—Nunca lo he estado tanto como ahora. Y no se trata de una decisión repentina, sino más bien meditada durante meses.

Claire sonrió con ironía por el comportamiento de su hermano. ¡¿Qué coño le pasaba?! Lo sujetó por el brazo, obligándolo a enfrentarse a su mirada.

—¿Qué ha sucedido para que, de repente, decidas abandonar la compañía? —le preguntó su madre, que había aparecido en el salón al escuchar su voz y lo miraba con un gesto de expectación y alarma.

—Es lo que trato de averiguar —le comentó Claire mirándola—. Estás a un paso de hacerte cargo del puesto de papá, y tú... vas y te largas. ¿Así? ¿Sin más? —resumió, chasqueando los dedos en el aire—. Creía que era lo que más deseabas.

—Tu padre nos llamó para contarnos la charla que ha tenido contigo —le dijo su madre, con el rictus contraído por la turbación que suponía esa noticia. Su decisión llenaría las portadas de los periódicos más prestigiosos y abriría los noticiarios en cuanto se hiciera pública: el heredero del imperio de la moda británica abandonaba el barco.

—Pasé a presentarle mi dimisión —les anunció con el rostro serio y tono solemne.

—Pero ¿por qué? ¿Qué ha sucedido para que tomes una decisión así? ¿No te estarás precipitando, Adrian?

—No, mamá. Esta vez no es una de mis locuras pasajeras. Esta vez va en serio. Abandono mi despacho y mi puesto en la compañía

—anunció con seguridad y solemnidad.

—¿También te marchas de Londres?

La pregunta de su hermana las dejó sin capacidad de reacción, ya que no esperaban que, además de dejar MacTavish, fuera a abandonar Londres. Pensaban que tal vez quisiera cambiar de compañía. Pero alejarse de la ciudad también significaba hacerlo de la familia.

—¿Por qué? No comprendo que... —intervino su madre, tratando de encontrar una explicación a aquella locura de su hijo.

—Me marchó a Italia a perfeccionar mi italiano —se limitó a responder, mostrando su indiferencia una vez más. Él solo quería alejarse de su padre y de lo que representaba su apellido.

—¡Venga ya! ¿Estás de coña? —le preguntó Claire con un toque de incredulidad e ironía, contemplándolo como si no lo reconociera—. Esa no es la verdadera razón para largarte a otro país, y tú y yo lo sabemos. ¿A Italia? ¿Qué escondes?

—¿Me creerías si te dijera que me marchó porque estoy hastiado de lo que soy? ¿Harto de tener la sombra de mi padre pegada a mí allá donde voy? ¿O por qué tengo la impresión de que todo lo que tengo y consigo es por el apellido que llevo?

—No tienes la culpa de ser hijo del magnate de la moda Roger MacTavish —precisó su madre, tratando de devolverle la cordura a su hijo—. Si te marchas porque quieres emprender tu camino en solitario, debes ser consciente de que tu apellido te seguirá allí donde vayas —le recordó, algo molesta con el comportamiento de su hijo.

—Mi padre me lo ha recordado. Pero por una vez en mi vida me gustaría saber qué es luchar para conseguir algo sin el peso de mi apellido. Incluida una mujer —murmuró, pensando en cómo las que había conocido, incluida Bettany, no tenían reparos en acercarse a él

para agasajarlo y complacerlo, algo que lo tenía cansado.

—Pensaba que te iba bien con Bettany —precisó Claire, sin poder dar crédito a lo que decía su hermano—. Vamos... que te lo pasabas en grande teniendo una corte de admiradoras allí donde aparecías. Veo que estaba muy equivocada.

Adrian sonrió como un cínico ante el comentario de su hermana.

—¿Conoces a una sola de esas admiradoras que mencionas que no piense que estando a mi lado y complaciéndome en todo puede dar un buen braguetazo? ¿Alguna que no busque escalar en la sociedad? ¿O salir en las portadas de las revistas?

—Vaya, eso es muy romántico por tu parte —bromeó Claire mientras su madre la reprendía con la mirada—. Encontrar una mujer que se enamore de ti como persona. Déjame decirte, hermano, que es algo complicado siendo quien eres. Eso mismo me sucede a mí. Puedo asegurártelo. Por cierto, ¿qué tal se lo ha tomado Bettany?

—Tal vez sea un romántico. Y te diré que me gustaría que sucediera tal y como lo has expuesto. —Adrian hizo una pausa para resoplar ante la segunda pregunta de su hermana.

—Vale, no hace falta que des más explicaciones. ¿Piensas encontrar a la mujer de tus sueños en Italia?

—No me marcho a Italia en busca de una mujer. Voy a encontrarme a mí mismo —matizó para dejar claro lo que pretendía.

—¿Y cómo lo harás para ocultar tu nombre, tu procedencia? Todo el mundo te reconocerá en cuanto digas quién eres —le aseguró su madre de manera irónica y sin comprender lo que estaba pasando. Estaba intentando adoptar una postura acorde a la decisión de su hijo. Le daba la impresión de que estaba tomándoles el pelo, algo que no le hacía la más mínima gracia—. No puedes estar hablando en serio. Dime que no es verdad que tu hermano no piensa

marcharse de casa —comentó su madre mirando a Claire, llena de incredulidad, tratando de no ponerse histérica.

—Mi hermano lo está diciendo en serio, mamá. Será mejor que te vayas haciendo a la idea de que se va a Italia. He de regresar a la oficina. Prefiero despedirme ahora, ya que no sé si te veré antes de que te marches.

—Me marchó mañana. He venido a despedirme y a recoger algunas cosas de casa.

—En ese caso, espero que todo te salga bien —le deseó, besándolo en la mejilla y fundiéndose en un abrazo cálido con él.

Claire prefería irse ya, antes de que la emoción por la despedida la embargara. Aunque pretendiera mostrarse fría con él, sabía que lo echaría de menos. Por eso, apretó fuerte los ojos al cerrarlos para retener las lágrimas, y salió por la puerta sin decir más. No quería volverse y que su hermano viera que había llorado. Y mucho menos su madre, de manera que se hizo la fuerte y abandonó la casa de sus padres sumida en una terrible marejada de sensaciones, a cuál más extraña.

Adrian se quedó mirando a su madre, esperando que ella hiciera lo mismo y le deseara buena suerte. Pero, al igual que su padre, era demasiado orgullosa para dar su brazo a torcer. Sin embargo, en aquella ocasión se acercó a él y lo abrazó mientras sentía el escozor en los ojos porque su hijo se alejaba del hogar.

—Prométeme que volverás si esta locura tuya se te pasa.

—Lo haré, te lo prometo —le mintió para dejarla más tranquila. Pero tampoco le preocupaba. Sabía que su madre volvería a su vida llena de emociones con sus amigas y pronto el disgusto desaparecería.

—Bueno, he de irme a hacer unos recados. ¿Te marchas ya?

Adrian sonrió, asintiendo, sin poder entender por qué les costaba

tanto aceptar que quisiera emprender su vida lejos de su condición social, si cada uno en aquella familia hacía su vida por separado. ¿Qué importancia tenía que él estuviera en otro país? Su padre vivía para los negocios. Su madre, para la vida social londinense. Y su hermana... Tal vez se equivocase con ella y aquella vida era lo que deseaba por encima de todo, al fin y al cabo. Pero él quería algo diferente, alejado de cualquier lujo, de cualquier comodidad. ¿Un repentino capricho? No. Su decisión era mucho más que eso. Estaba convencido de ello.

Debía centrarse en lo que haría al llegar a Verona. Había elegido esa ciudad porque obras como *Romeo y Julieta* y *Los hidalgos de Verona* habían despertado en él la curiosidad de visitarla. Eso y por ser catalogada como la ciudad del amor por su personaje más conocido: Julieta.

Había reservado una habitación en la residencia Giuseppe Verdi, en el mismo centro de la ciudad. Para empezar, le bastaba, aunque la residencia no era sino un *palazzo* antiguo que había sido acondicionado y convertido en un hotel de cinco estrellas. A medida que pasara tiempo allí, ya vería si alquilaba algo más económico. Lo siguiente sería adaptarse cuanto antes a la ciudad, a su gente y a sus costumbres. Italia no era como Inglaterra. El sur de Europa era distinto. Su clima, su día a día, todo. Pasaban muchas horas de su vida en la calle, divirtiéndose. Se dirigió hacia la terminal de llegadas y, tras pasar el control de pasaporte, buscó el autobús que lo dejaría justo en la estación de trenes. Desde allí a la residencia había un corto paseo que le vendría bien para irse familiarizando con la ciudad.

Había estado echando un vistazo a posibles ofertas de empleo.

Había tomado nota de aquellas que le habían llamado la atención. Ambas tenían que ver con la hostelería, campo en el que había trabajado para pagarse sus estudios. Sí, así había sido. Cualquiera que lo escuchaba le parecería extraño que, siendo hijo de Roger MacTavish, tuviera que pagarse sus estudios. Pero no había sido idea de su padre, sino de él mismo. Le había costado convencerlo para que le permitiera mantenerse estudiando un postgrado en Stirling. Su padre había elegido la ciudad y también la universidad; él se había encargado del resto. La experiencia fue más enriquecedora de lo que en un principio podría haber esperado. Y un nuevo Adrian había regresado a su casa en Londres. «Si me atengo a mi experiencia en las tabernas, debería elegir sin duda el empleo en una *trattoria*», se dijo así mismo sonriendo, mirando con atención la oferta de trabajo cuyo nombre llamó su atención: La sonrisa de Julieta.

## Capítulo dos

Chiara acudió como cada día a abrir La sonrisa de Julieta. Con ese nombre, su padre la había inaugurado hacía ya la friolera de treinta años. Y cada vez que lo pensaba, se preguntaba cómo podía resistir el paso del tiempo. A este se le había ocurrido el nombre debido a su afición por la obra de Shakespeare y por la fama que Verona había alcanzado gracias a su protagonista femenina. Esa afición era tal que lo llevó a decorar el local con toda clase de motivos relacionados con la obra literaria, incluida una réplica exacta del balcón que uno podía contemplar en la casa de Julieta. En el local, ocupaba el piso superior y contaba con algunas mesas para los clientes. Cuando era una adolescente, Chiara había deseado ser la muchacha que se asomaba a ese balcón para recibir una declaración de amor. Con el discurrir de los años, ese sentimiento de juventud fue dejando paso a uno más... divertido y cómico. Y tanto los latidos de su corazón como sus deseos de estar en el balcón se fueron pausando hasta desaparecer con la espera de su particular Romeo. Cuando algunas parejas se atrevían a interpretar la escena del balcón, ella se limitaba a contemplar cómo se divertían. Y aunque ella ya no se veía en esa situación, siempre se preguntaba qué

habría sucedido de haber conocido a un hombre dispuesto a declarársele como Romeo a Julieta. Y es que, aunque había tenido relaciones, ninguno de sus pretendientes había considerado la posibilidad de hacerlo. Pese al paso de los años, en su interior todavía ardía esa pequeña llama del amor verdadero que Shakespeare había plasmado en su obra.

Era curioso cómo los turistas llegaban a Verona atraídos más por la fama de la casa de Julieta que por su anfiteatro, el Arena, uno de los más importantes de la época romana y donde tenían lugar todos los espectáculos musicales. Y era su pequeña *trattoria* la que despertaba mil y un elogios. Tanto que había llegado a ser tan famosa en las redes sociales como la propia casa de Julieta. Y eso acarreaba un problema: su gran amigo, Filippo, había decidido dejar el negocio. Había dicho basta. Se retiraba a su casita en el campo de la Toscana, lo cual dejaba una vacante para la cual ella no lograba encontrar a nadie adecuado. Y eso le preocupaba porque el verano se acercaba, con la consabida avalancha de trabajo.

—En verano es cuando más clientela tenemos y, gracias a ella, podemos soportar el invierno. Si reduces el horario por falta de personal..., sería tener que cerrar la *trattoria* para siempre. Piénsalo, niña Chiara... Este lugar te ha visto crecer y convertirte en una mujer importante en la ciudad. No en vano...

—¡Basta, Fredo! —lo cortó, alzando la voz al mismo tiempo que dejaba caer la mano sobre la mesa. Contó hasta diez y se mordió el labio recordando los momentos vividos en aquel lugar—. Soy consciente de la situación y de que no quieres que reduzcamos más el horario. E incluso cerrar algún día además del lunes, pero si no encuentro a nadie, no podremos hacer frente a la temporada de verano. El trabajo ha comenzado a acumularse los últimos días. Tú y yo lo sabemos... No podemos perder clientela por un mal servicio. Y,

la verdad, ver cómo la gente se termina levantando porque no llegamos a tiempo de servirlos no nos deja en un buen lugar. Somos dos personas sirviendo las mesas, necesitamos a alguien que nos eche una mano —le recordó con gesto turbado, implorando ayuda divina.

—¡Santa Madonna! —la interrumpió Rosalina, la mujer que llevaba trabajando con ellos desde que su padre había inaugurado la *trattoria*—. ¿He escuchado que piensas cerrar algún día más aparte del lunes? Pero sería ir perdiendo la esencia de este sitio. Imagina a tus padres: lo que ellos pensarían si vieran que cierras La Sonrisa de Julieta. Nunca cerraron, aunque las cosas no fueran bien.

—Quédate tranquila, no estoy pensando en cerrar del todo. Pero concibo la posibilidad de hacerlo algún día más. Estamos perdiendo clientes porque somos pocos y la gente se acaba marchando. Vosotros dos en la cocina. Massimo y yo atendemos las mesas, la barra, la caja...

—El servicio no es malo —protestó Rosalina, ofuscada por aquel comentario de Chiara, quien elevó la mirada hacia esta de manera perpleja—. Pero es verdad que necesitamos a alguien más. De esa manera los clientes no tendrán que esperar demasiado tiempo y marcharse.

—Sí, pero tú has visto a los que vienen preguntando por el puesto. Ninguno se queda. Cuando no es el horario, es el sueldo que puedo pagar. O bien se inventan cualquier excusa para rechazarlo. No sé qué más puedo hacer —le explicó, pasándose las manos por el pelo y apoyando los codos en la mesa, sujetándose la cabeza entre las manos con gesto de abatimiento.

—La semana pasada preguntaron cinco personas por el puesto, pero al conocer el sueldo y el horario... —aclaró Fredo, encogiéndose de hombros y mirando a ambas mujeres—. La gente quiere ganar

más.

—Yo también y, para hacerlo, necesitamos un reemplazo para Filippo. Pero ¿dónde encuentro a alguien para el puesto? —les confesó con un tono de desesperación.

—No hablabas en serio cuando decías que tendrías que cerrar La sonrisa de Julieta, ¿verdad? —preguntó, alarmada, Rosalina, centrando su atención en la cara de preocupación de Chiara.

—Debemos seguir adelante. Nos multiplicaremos para atender a todo el mundo. Que nadie se marche y que queden satisfechos —apuntó Fredo—. Aunque echemos más horas de las que correspondan.

—Llevamos haciéndolo un tiempo —le recordó Chiara con un toque irónico y su sonrisa sarcástica—. Y aun así no damos abasto.

—Es todo lo que tienes, niña Chiara —le dijo Rosalina con un tono dulce, pasándole la mano por la mejilla.

Su vida había transcurrido allí, entre manteles de cuadros; el aroma a pasta fresca, albahaca, orégano y vino Chianti; las declaraciones de amor de los clientes más atrevidos. Todo aquello no podía borrarlo de un solo plumazo, de manera que solo podía seguir adelante, pasase lo que pasase.

—Es todo. No tengo nada más ni a nadie. Aparte de vosotros y de Massimo, que espero que llegue pronto —comentó mirando la hora.

—¿Por qué no le consultas a Stefano? Él podría mandarte a alguien. Conoce a mucha gente en Verona —le sugirió Fredo como último recurso.

Rosalina le lanzó tal mirada que lo dejó paralizado. Ella sabía que Stefano no era del agrado de Chiara. Ni le gustaba que apareciera cada dos por tres por La Sonrisa de Julieta para acompañarla a casa o a tomar algo por ahí. Y que insinuara que dejara su negocio y se asociara con él en su cadena de comida rápida. No.

—No, no quiero tener que deberle favores —respondió Chiara de pasada. Cada vez que aparecía, se le tensaba el cuerpo, se ponía nerviosa. Insistía e insistía en estar con ella, pero no le parecía buena idea.

—Pues ya deberías saber que es un hombre agradable y siempre está dispuesto a complacerte en todo —insistió Fredo, una vez más.

—Stefano representa todo lo que no quiero. Es un tipo fino, estirado, que se cree con derecho a hacer lo que quiera conmigo porque tiene dinero y una posición elevada en la sociedad gracias a su cadena de restaurantes de comida rápida —le recordó, molesta, porque en ocasiones a Fredo se le olvidara quién era Stefano y lo que representaba.

—Bueno..., no debes preocuparte. Verás cómo al final aparece alguien —le comentó, entre titubeos, antes de regresar a la cocina dejando a las dos mujeres a solas.

—Disculpa a Fredo, hija. Ya sabes que los hombres son, en ocasiones, algo cortos con lo que tienen delante de sus narices. Si no quieres pedirle ayuda, no lo hagas —le dejó claro de manera tajante, captando la atención de Chiara.

—Él no es la clase de hombre que quiero a mi lado. Lo siento —dijo agitando la mano en el aire como si lo cortara—. No quiero un hombre que me colme de riquezas y que me dé todo hecho. Si lo quisiera, ya habría aceptado su proposición de ser su pareja.

—¿Se lo has dicho?

—No... Es que... —No sabía qué decirle o cómo hacerlo.

—No es posible que no lo hayas hecho, *ragazza* —exclamó, poniendo los ojos en blanco—. ¿Puedo saber entonces a qué estás esperando para hacerlo?

—Estoy más preocupada por encontrar a alguien que pueda echarnos una mano —le respondió, mirando de reojo a Rosalina,

quien no parecía dispuesta a dejar la conversación—. No quiero tener nada que ver con él. Por eso no le pido ayuda, ya lo sabes.

—Lo entiendo, pero si no se lo dejas claro... —le comentó, encogiéndose de hombros y moviendo la cabeza—. Busca tu Romeo en otra persona.

—¿Buscar a Romeo? Ni siquiera tengo tiempo para mí —le recordó, sonriendo irónica ante aquel comentario—. Más te vale decirle a ese Romeo del que hablas que aparezca por aquí.

Chiara se quedó con la mirada fija en Rosalina y con la boca abierta, como si fuera a continuar hablando del tema, pero desistió al darse cuenta de que su vida había sido la *trattoria*. Había renunciado a cualquier relación, o, más bien, estas se habían espaciado en el tiempo hasta desaparecer por completo. Y el único atisbo de algo que se le pareciera era Stefano. Solo de pensarlo se le encogía el estómago. Pero era el único que parecía haber mostrado un cierto interés por ella. Y, la verdad, a punto de cumplir los treinta y cinco, tampoco se veía tan mal, ¿no? ¿En qué momento los hombres habían perdido su interés en ella? ¿Qué sucedía con el amor de las películas y las novelas? ¿No se le aplicaba en su caso? ¿Por qué? Se había preguntado infinidad de veces hasta que decidió dejar de soñar con su particular Romeo y su escena del balcón.

«Bueno, tal vez el destino me haya deparado quedarme sola, trabajando hasta el último día —se decía en ocasiones—. Además, Romeo y Julieta no acaban bien. No me gustaría seguir sus pasos».

—No desesperes. Estoy segura de que pronto encontrarás a alguien que te eche una mano —le aseguró Rosalina, sonriendo y guiñándole un ojo—. Y a tu particular Romeo, quien vendrá a declararse en ese balcón donde antes muchos otros lo hicieron.

—Seguro que sí —asintió, entre risas, mirando cómo desaparecía camino a la cocina, al tiempo que la puerta de la *trattoria* se abría—.

Massimo, ¿dónde demonios...? —La pregunta se le quedó atascada en la garganta y notó cómo el estómago se le encogía. Un fuerte calor le abrasaba el cuerpo y se le manifestaba en el rostro. No era Massimo, sino un desconocido que la contemplaba con curiosidad—. Discúlpeme, creí que era...

—¿Massimo? Ya, bueno, no soy él, como puede ver —comentó el recién llegado, frunciendo el ceño.

Cuando Chiara lo vio sonriendo de aquella manera tan risueña, se acentuó el nudo en su garganta. Menuda metedura de pata acababa de tener. Y todo por culpa del maldito Romeo del que Rosalina se empeñaba en hablar una y otra vez. Chiara comenzó a sonreír al sentirse cohibida por aquella estúpida confusión. Cerró los ojos durante un par de segundos, en los que recompuso su semblante, y volvió a mirar al recién llegado.

—Si viene a comer... —comenzó a explicarle de forma torpe y atropellada, gesticulando de manera incoherente, como si no supiera qué hacer con sus manos en esos momentos. Al final las hundió en los bolsillos traseros de sus desgastados vaqueros y se balanceó sobre las puntas de sus deportivas.

—La verdad es que nada me gustaría más que probar la comida de, según me han comentado, la *trattoria* más conocida de Verona —comenzó diciendo... con un acento que dejó claro que aquel extraño era un turista. Pero al menos su comentario elevó un poco la moral de la italiana, quien sonreía agradecida por el cumplido—. Pero, en realidad, vengo por el anuncio del puesto de trabajo.

Chiara entornó la mirada hacia él con curiosidad. Frunció el ceño y se quedó mirándolo. «Bueno, si viene por el trabajo... Adelante. Por probar no perdemos nada. Seguramente que, cuando conozca las condiciones, se irá y no volverá», se dijo, suspirando de manera incontrolada.

—Entonces, ¿viene por el puesto y no a comer? —Se mordió el labio inferior y cruzó los dedos a su espalda, donde él no podría verlos. Pero sí Rosalina, que asintió sonriendo de manera tímida.

—Sí, claro. Vengo por el puesto. Oh, pero disculpe, ¿ya tiene quien ocupe la vacante? —preguntó, pensando que llegaba tarde y sintiéndose algo cortado por ese hecho.

Chiara lo contemplaba de una manera que captó la atención de Rosalina y de Fredo. Ambos intercambiaron miradas y asintieron. Sí. Aquel hombre podía ser la persona que Chiara buscaba para el negocio. Había algo en su presencia y su supuesto interés que les hacía pensar en ello. ¿O se trataba más bien de que ambos tuvieran las mismas ganas de que fuera el elegido de una vez por todas? Sin hacer un solo ruido volvieron al interior de la cocina. Allí permanecieron expectantes y atentos a la conversación que mantenían Chiara y el desconocido.

—Si no consigue que se quede, la niña Chiara es capaz de echar el cierre —le aseguró Fredo, recordando lo desesperada que estaba por cubrir el puesto.

—Algo me dice que lo hará —asintió Rosalina. Cerró los ojos y cogió la medallita de la virgen para llevársela a los labios y darle un beso, ante la sorprendida mirada de Fredo.

—No creo que tu *madonna* nos eche una mano —apreció Fredo, sacudiendo la cabeza.

—Calla, anda. ¿O quieres que nos oigan? —le preguntó, haciendo una señal hacia el exterior de la cocina.

Chiara tenía la impresión de estar aturdida; hacía un rato se quejaba de que nadie ocuparía la vacante... y en ese momento tenía un candidato.

—Oh, no... no. El puesto sigue... —¿Qué le sucedía? ¿Estaba nerviosa por conocer a un joven apuesto interesado en el trabajo?

¿O era que estaba tan desanimada que ni siquiera se planteaba explicarle la situación? Inspiró hondo sintiendo la mirada fija del hombre escrutando su rostro, y eso parecía ponerla nerviosa—. Sigue vacante. Todavía no he encontrado a nadie.

—Bien, es ese caso... ¿Es usted la dueña? —le preguntó, titubeando porque no sabía muy bien a quién se estaba dirigiendo.

—Sí, claro. Yo soy la dueña de La Sonrisa de Julieta. Podemos sentarnos —le sugirió, quitándose la goma que le sujetaba el pelo y colocándose con las manos para intentar mejorar su apariencia, ya que era consciente de que esta era importante. Se sentó frente a él. Su mirada poseía una mezcla de firmeza y dulzura. Y su sonrisa... era capaz de hacerla sentir incómoda—. Bien, lo que necesito es una persona que se encargue de atender las mesas. Solo dispongo de un camarero más, aparte de mí, claro está —le explicó, contemplando cómo se sentaba, se acomodaba en la silla y apoyaba las manos entrelazadas sobre la mesa. Lo cierto era que él la hacía sentir un tanto extraña, como intimidada. Durante unos segundos, el joven mantuvo la vista baja antes de levantarla hacia ella y provocarle un leve respingo. Estaba nerviosa. Sí. Porque era una oportunidad única para solucionar su problema en la *trattoria* y no quería fastidiarla. Y eso que ya habían pasado por allí varios candidatos.

—Entiendo que hay mucho trabajo —le comentó al deducir cuál era su situación.

—Con la llegada del verano, el trabajo no falta. E incluso podría decir que hay de sobra —le dijo, queriendo hacerle ver que en realidad lo necesitaba. Y no le estaba mintiendo. Pero estaba dispuesta a aderezar la situación de tal forma que le resultara atractiva e irresistible. Tanto que no pudiera rechazarla.

—¿Cuántos días se trabaja? ¿Y en qué horario? —le preguntó de manera directa, frunciendo el ceño mientras la miraba con inusitado

interés.

—Se trabajaría de martes a domingo —le respondió de manera lenta, precisa y con un ligero sobresalto por la decisión y firmeza de sus preguntas, pero, sobre todo, por su manera de mirarla.

—¿Y los lunes? —indagó con la mirada todavía pendiente de ella.

Adrian era consciente de que cerrarían por descanso, pero quería que fuera ella quien se lo dijera. No quería sacar conclusiones por sí mismo. Debía dejar de comportarse como si fuera él quien hacía la entrevista, así que decidió observarla con atención, respiró hondo y se recostó contra el respaldo de la silla tratando de relajarse. Era la primera vez en su vida que acudía a una entrevista de trabajo y le parecía extraño, pero nada traumático. Por primera vez, supo cómo se sentían quienes iban a su despacho y se sentaban al otro lado de la mesa, en silencio, pensando si serían aptos o no para el puesto, más allá de sus conocimientos y su experiencia. Debía apartar esos pensamientos de su mente y centrarse en conseguir el puesto. Lo necesitaba.

—Cerramos por descanso —le respondió, fijándose en la manera en la que su respuesta lo afectaba. Sin duda que se lo estaba pensando.

—¿El horario? —continuó, recorriendo con la mirada el rostro de trazos finos de Chiara. Nariz pequeña y labios carnosos, sin perfilar ni pintar. Cada vez que hablaba, se los humedecía. E incluso la había visto morderse el inferior en un par de ocasiones. ¿Nerviosa? ¿Por qué? Sus ojos eran oscuros y volvían a clavarse en él con una chispa de curiosidad. Era morena, con media melena que había soltado cuando sentaron a hablar. Le parecía una mujer atractiva. No en exceso, pero sí lo suficiente como para que un hombre se volviera para mirarla con determinación en la calle. Interesante. Resultona. Y al frente de su propio negocio. Sin duda, inteligente y

empresaria, que necesitaba encontrar un camarero. Ese era el resumen que Adrian había elaborado. No había podido resistirse a hacerlo.

—La cocina está abierta de doce a tres para las comidas, y de siete a once para las cenas. Pero como después hay que recoger... No sabría decirle el horario de salida. Bueno, salvo que siempre soy la última en marcharme —le dijo con toda naturalidad.

—Interesante —comentó, volviendo a sonreír y dándose cuenta de que aquel lugar tenía algo diferente. Le parecía un sitio acogedor y familiar. Como si los que trabajaban allí fueran una pequeña familia. Todo parecía indicar que eran tres empleados y ella. El lugar se veía limpio, ordenado y decorado con buen gusto. Siempre que cerraba un negocio, escogía muy bien el lugar donde lo haría. Le daba mucha importancia a ese hecho. Quería sentirse cómodo en todo momento. Disfrutar de su trabajo y sentir que allí podría lograrlo.

Chiara percibía el poder de su mirada sobre ella mientras hablaba. Sentía la sangre correr por sus venas de manera febril. Él irradiaba una fuerza y una seguridad que no había visto antes en ninguno de los que habían acudido preguntando por el puesto. Pero en ese caso... sucedía todo lo contrario. Lo percibía como alguien seguro de sí mismo, hasta un poco arrogante en la manera de mirarla y de dirigirse a ella. Le daba la impresión que era él quien la estaba entrevistando a ella.

—¿Qué remuneración tiene?

—Bueno, en cuanto a lo que ganaría..., no sería muy elevado. — Chiara hizo una nueva pausa antes de explicarle cuál sería su sueldo por trabajar allí. ¿Remuneración? Sin duda que se trataba de alguien con una formación superior para aquel puesto. Ya nadie empleaba una palabra así. Pensó que en cuanto lo conociera, él rechazaría la oferta. En un gesto involuntario, cruzó las piernas y los dedos de la

mano, que había dejado caer al costado, y se limitó a morderse el labio inferior. Ese gesto no pasó desapercibido para él, que esbozó una tímida sonrisa. Ella sonrió a su vez, al parecer, él estaba pensando en su oferta. Adrian contemplaba el papel que ella le había pasado con el monto. La dueña deseaba que se quedara porque le había causado una impresión más que aceptable y, además, le parecía interesado en el puesto—. Si necesita alguna aclaración más... —Chiara percibió su propio titubeo a la hora de dirigirse a él. No quería mostrarse ansiosa por que aceptara ni dar la impresión de que no tenía a nadie más, aunque realmente así era. Lo estuvo contemplando con atención cuando él comenzó a sacudir la cabeza. Entonces el desánimo la invadió de nuevo, estaba convencida de que aquella negación que hacía significaba que iba a rechazar la oferta. Pero ¿qué coño le sucedía para que nadie quisiera trabajar allí?

—Una última cuestión —su voz captó la atención de Chiara, quien pareció revivir. Una última mano en la partida. Había que jugarla bien para ganarla—. ¿Qué duración tendría el contrato?

Chiara inspiró hondo, intentando calmarse.

—En principio, no habría una duración determinada. Si se adapta bien al puesto y es lo que busca..., puede quedarse el tiempo que quiera —le respondió con calma, midiendo cada una de sus palabras, modulando el tono de voz y la respiración.

Adrian inclinó la cabeza para dejar su mirada sobre el papel, entrecerró los ojos observándolo, contenía las directrices del puesto. Sí. ¿Por qué no? Podía intentarlo, aunque el sueldo le parecía más bien bajo. Debía reconocer que esa cantidad era la mitad de lo que ganaba alguien en la empresa de su padre. Pero, al fin y al cabo, estaba allí para empezar de cero y no había mejor manera que esa, la verdad. Estaba convencido de que allí se encontraría a sí mismo.

Lejos de su padre, de su apellido y de sus empresas. Levantó la mirada y percibió la expectación en los ojos de ella que, por otra parte, le parecían preciosos cuando brillaban como lo hacían en ese momento.

—Me parece bien, por ahora. De manera que me quedo con el puesto... Si estás de acuerdo —se apresuró a decirle, tuteándola por primera vez. Chiara lo miraba como si en verdad no acabara de creerse que tenía a alguien para la vacante en la *trattoria*—. ¿Te encuentras bien? —le preguntó al verla sobresaltarse y mirarlo de aquella manera, entre la sorpresa y la incredulidad.

Todo se complicó para ella cuando sintió como la mano de él se posaba con delicadeza sobre su brazo. Experimentó una extraña sacudida que la confundió y que hizo que lo contemplara como si él acabara de recibir una descarga.

—Sí. Sí. Estoy bien.

—Te comentaba que acepto el puesto —repitió, sonriendo y siendo testigo de cómo ella parecía experimentar una sensación de alivio, pero al mismo tiempo, también de calor, ya que su rostro había enrojecido.

—En verdad que no sabes la alegría que me da —le explicó, sonriendo como una adolescente, apartándose el pelo de la cara.

—Me alegro.

—Por cierto, te llamas...

—Adrian —le dijo, tendiendo la mano hacia ella.

—Yo soy Chiara —la estrechó para sellar el acuerdo, pero también para sentir esa corriente cálida que la sorprendía tanto como su sonrisa.

—¿Cuándo deseas que empiece? —le preguntó, mostrando cierta impaciencia por comenzar.

## Capítulo tres

Chiara se pellizcó con fuerza la mano sin que él fuera consciente de ese gesto. No acababa de creerse que Adrian estuviera dispuesto a aceptar el trabajo. No quería hacerse ilusiones, ya que podría echarse atrás en cualquier momento. Sin embargo, algo en el rostro de él y en sus palabras le transmitían seguridad; en ese momento, había curvado la boca en una sonrisa tierna, dulce y tan cautivadora que ella se sintió bastante turbada. Lo achacó a que estaba emocionada por la situación y porque podrían trabajar a pleno rendimiento ese verano. Se había quitado un gran peso de encima. La presencia de él significaba que no tendrían que matarse por atender a la clientela entre Massimo y ella. Ni que tampoco tendría que pedir ayuda a Stefano. Chiara se encontraba perdida en sus ensoñaciones sin percatarse que él seguía esperando su respuesta.

—Bueno, imagino que... —no sabía qué decirle. Estaba tan... aturdida por cómo se estaba desarrollando todo que no se sentía capaz de dar una a derechas. Desvió la mirada hacia la cocina, donde captó las de Rosalina y Fredo asintiendo y sonriendo con sus pulgares en alto.

—Te lo dije —comentó Rosalina mirando a Fredo—. Te dije que

este chico sería el candidato perfecto.

Fredo amplió el gesto y se volvió mientras Rosalina permanecía expectante.

—Por mí no hay ningún problema para comenzar cuanto antes. Llegué ayer a Verona y, aunque todavía me estoy adaptando a la ciudad, no tendría inconveniente —le comentó Adrian esperando a que ella se decidiera.

—Me viene genial que empieces cuanto antes. Hoy, viernes, comienza el ajetreo del fin de semana, y es terrible en cuanto al trabajo. ¿Qué te parece esta misma tarde, aunque no tengamos nada firmado? Así nos echarías una mano con las cenas y ves un poco cómo funciona todo —se apresuró a explicarle. Ella se dio cuenta, por primera vez, de dónde descansaba su mano: sobre la de él, en un gesto cordial. Chiara la retiró entre risas al darse cuenta. Ni siquiera se había percatado de que el espacio que había entre ellos se había reducido considerablemente cuando él se movió en la silla y se quedó mirándola con inusitada atención. Su perfume lo envolvió en una especie de aura dulce—. ¿Tienes experiencia en trabajos similares? ¿Podrías darme alguna referencia?

—He trabajado en varios *pubs* en el Reino Unido. Si quieres, puedo darte los nombres o incluso el teléfono de algunos de sus dueños. Guardo un buen recuerdo de aquellos días —aunque hacía tiempo de ello, estaba convencido de que no había perdido el don para tratar con el público, por muy exigente que este fuera—. Puedo afirmar que por mi experiencia no debes preocuparte —le aseguró con un tono cordial pero autoritario y determinante al mismo tiempo.

—Genial —murmuró, abriendo los ojos con expectación al tiempo que se mordía el labio inferior—. Entiende que es mi obligación saberlo...

—Lo entiendo, y es lo normal. Yo también lo haría —le aseguró,

recordando las ocasiones en las que él había estado sentado revisando las referencias de la gente que trabajaría para él.

—No todos los que vinieron preguntando por el puesto tenían la experiencia requerida para el trabajo. Por eso quería...

—Asegurarte de que yo sí la tengo. Me parece justo. De todas formas, siempre puedes tenerme a prueba unos días y, si no te convenzo, pues me lo comunicas y me voy.

—Bueno, es lo normal en estos casos... Pero confío en que eso no suceda. —No podía pensar en ello si no había comenzado a trabajar. Y estaba dispuesta a aguantar el tiempo necesario si veía que él se desenvolvía bien.

Adrian no podía evitar estudiar cada uno de sus gestos. Había aprendido mucho acerca de las posturas y de las miradas de la gente que se sentaba frente a él. Y Chiara se había dado cuenta de que lo estaba haciendo, lo cual acrecentaba una extraña sensación de hambre en su estómago.

—Conforme —le dijo, tendiendo al frente la mano una vez más y volviendo a descolocarla. Pero en esa ocasión fue él quien se sintió algo turbado por la suavidad de la de ella, la calidez de su mirada y su sonrisa traviesa. Tal vez, en el fondo, no era consciente de lo que estaba diciendo, pero sí que estaba dispuesto a someterse a una prueba como cualquier otro. De ese modo sabría lo que era empezar desde abajo. El Adrian MacTavish que él había conocido estaba en Londres. En ese momento, era Adrian a secas, un tipo dispuesto a empezar a trabajar sirviendo pizzas y pasta en una *trattoria* de Verona.

—Por cierto, ¿de dónde eres? —Chiara frunció el ceño, pero sus ojos no perdieron la chispa que él había provocado de una manera tan casual. De pie frente a él, le parecía más intimidatoria que cuando lo vio entrar. ¿Tendría algo que ver el hecho de haberlo

contratado?

—De Londres.

—¿De Londres? ¿Y qué haces en Verona? Si no es indiscreción —le dijo, apartándose un poco de él al tiempo que volvía a introducir las manos en los bolsillos de sus vaqueros, mirándolo con cierta expectación. ¿Qué hacía un inglés en Verona dispuesto a trabajar en una *trattoria*?

—No es ninguna indiscreción que me lo preguntes. He venido a perfeccionar mi italiano —contestó, mostrándose algo torpe al hablar. No iba a contarle el verdadero motivo por el que estaba allí. Ni lo entendería ni él quería remover el pasado. De manera que inventó una excusa perfecta. Por lo que parecía, ella no sabía quién era él, y eso le permitía relajar la guardia un poco. No todo el mundo tenía que conocerlo, al contrario de lo que su madre y su padre le habían asegurado.

—Bueno, tampoco es que lo hables tan mal —lo animó, sonriendo de manera amplia. Sintió que se relajaba un poco más, como si en verdad se sintiera cómoda con él a pesar de que acababan de conocerse.

—Te lo agradezco.

—Decías antes que llegaste ayer, ¿no?

—Sí, llegué ayer a mediodía. Como puedes imaginar, todavía no me he hecho a la ciudad.

—¿Dónde te alojas? —le preguntó de manera cordial, sin que pareciera que se estaba adentrando en su vida personal en demasía. Pero estaba en su derecho de saber quién era, ya que al fin y al cabo iba a trabajar allí.

—Alquilé una habitación cerca de aquí. En la residencia Giuseppe Verdi.

Chiara no pudo evitar dar un respingo al escucharlo decir que se

alojaba en un antiguo *palazzo* de la ciudad. Uno de los más elegantes y representativos de Verona, y también algo caro. Entornó la mirada con curiosidad, preguntándose cómo alguien que buscaba trabajo en una *trattoria* podía permitirse pagar una habitación en la residencia Giuseppe Verdi. Sin embargo, eso era algo que a ella no le incumbía. Tan solo le interesaba que cumpliera con su trabajo y no diera problemas, aunque ese hecho no dejaba de ser llamativo.

Adrian supo al instante que haber nombrado el hotel la había sorprendido. Estaba convencido de que se estaría preguntando cómo era posible que él pudiera pagarse una habitación en ese lugar cuando estaba buscando trabajo en una *trattoria*. Pensaría que era alguien con poder adquisitivo.

—¿Has visto mucho de Verona? —cambió de tema, tratando de mostrarse afable y abierta, aunque lo que buscaba era indagar un poco más sobre él. Le parecía un tanto enigmático en sus respuestas y le daba la impresión de que ocultaba algo.

—Lo cierto es que he estado más centrado en buscar un empleo que en recorrer la ciudad. No quería dejar pasar mucho tiempo sin hacerlo. Pero lo poco que he visto... me ha parecido bonito —le aseguró, intentando expresarlo de una manera sencilla.

—Claro —dijo con una sonrisa risueña, sintiendo las mejillas arderle—. ¿Has visto alguna oferta más?

—Sí, he estado en dos entrevistas antes de pasarme por aquí —aclaró, recorriendo con la mirada el coqueto local adornado con toda clase de fetiches dedicados a Shakespeare y a *Romeo y Julieta*.

—¿Por qué quieres trabajar aquí? —quiso saber, lo que provocó en Adrian un leve gesto de sorpresa.

—Porque el nombre del local me ha llamado la atención desde que lo leí —le confesó, mirándola de manera intensa y dejando a Chiara pensativa. ¿Quién era aquel atractivo inglés?

«¿De dónde diablos ha salido? Y no me refiero a la ciudad, sino a que... Bah, déjalo. No tiene sentido», le dijo una vocecita en su cabeza, tratando de centrarse en él únicamente por cuestiones del empleo.

—Y ahora que conoces el lugar de trabajo y las condiciones, ¿sigues pensando lo mismo? —le preguntó con inusitado interés, solo esperaba que no la complaciera con una mentira piadosa.

—Ahora, mucho más —afirmó, muy seguro de lo que decía, pero sin ser consciente de lo que implicaban aquellas palabras. Pero lo sería, con el tiempo lo sería.

Chiara abrió los ojos hasta su máxima expresión sin poder esconder la sorpresa que le había producido escucharlo decir aquello. Al final, consiguió reaccionar.

—No quiero hacerte perder tiempo. Supongo que querrás terminar de instalarte antes de empezar a trabajar esta tarde.

—Si necesitas algo más, puedes dejarme un mensaje en la residencia...

—Sí, por eso no te preocupes. Si tengo que contactar contigo por algún motivo..., te lo haré saber —le dijo, mordiéndose el labio inferior para tratar de calmarse.

—En ese caso... —se despidió, esperando que ella dijera o hiciera algo más.

—Te espero a eso de las seis. De ese modo podré explicarte lo esencial. El resto lo iremos viendo con el día a día. No es muy difícil, ya lo verás —agregó, sacudiendo la mano en el aire para restarle importancia—. Y si has trabajado antes en los *pubs* del Reino Unido, no creo que haya mucha diferencia.

—Estoy seguro de que será una experiencia más que agradable —le aseguró, mirándola con determinación mientras Chiara sentía que volvía a enrojecerse hasta las puntas del pelo—. Por cierto, bonito

detalle. —Señaló hacia el balcón.

—*Oops*, perdona, ¿a qué te refieres? —balbuceó, intentando ordenar sus pensamientos una vez más.

—El balcón. Imagino que es una réplica del que hay en la casa de Julieta.

—Sí, fue idea de mi padre cuando inauguró el restaurante —aclaró con cierta nostalgia en la voz. Adrian fue consciente de que lo echaba de menos y dedujo que había fallecido—. ¿Has visitado su casa?

—No, todavía no. Pero espero hacerlo pronto —le dijo contemplando el balcón con mucha atención, mientras Chiara trataba de comprender qué pasaba por su cabeza en ese instante. Era normal que hubiera despertado su curiosidad como cualquier cliente, pero, por alguna extraña razón, no podía evitar dejar de mirarlo.

—¿Se puede escenificar la escena del balcón? —quiso saber, arqueando las cejas.

—Sí, algunos clientes se han atrevido a hacerlo —le comentó de pasada, tratando de no adentrarse demasiado en ese tema.

—Lo suponía. —Asintió y agitó la mano delante de ella—. La verdad es que es un detalle magnífico que ensalza la belleza del lugar —añadió, paseando la mirada por el local hasta que se detuvo en las dos personas que asomaban sus rostros por encima de las puertas batientes de la cocina. Adrian sonrió e hizo un gesto con la cabeza hacia ellas.

Chiara se percató de ello y emitió un gruñido que no supo identificar si de disculpa, por no haberlos presentado, o de enfado, por que estuvieran cotilleando sobre lo que Adrian y ella hablaban.

—Esos son los dos cocineros que trabajan aquí. Fredo y Rosalina —le informó, agitando la mano en el aire en dirección a ellos y

esgrimiendo una sonrisa de complicidad con ambos.

—Encantado —les dijo Adrian, asintiendo.

—El gusto es nuestro. Estoy segura de que te encontrarás muy bien entre nosotros —le aseguró Rosalina, sonriendo abiertamente, mientras salía de la cocina y caminaba hacia él.

—Yo también lo estoy —asintió, volviendo el rostro hacia Chiara, deseando ver su expresión ante esta afirmación tan rotunda. Ella no esperaba encontrarse con un par de ojos grises escrutándola una vez más. Pensó que tenía algo fuera de lugar, porque no era normal que se quedara mirándola de aquella manera.

—Sin duda —se limitó a asentir, de pasada, Chiara tratando de no sonrojarse.

—Son muchas chicas las que han subido a ese balcón para escuchar la declaración de amor de sus parejas —apuntó Rosalina, señalándolo con un tono de ensoñación.

—Debe ser algo curioso de ver. Espero poder ser testigo de ello alguna vez.

—Ya lo creo, joven. Ya lo creo. Puede que incluso tú te sientas tentado a hacerlo por alguna linda muchacha de Verona —le comentó, sonriendo divertida, mientras Chiara no podía dar crédito a lo que Rosalina estaba diciendo. Pero ¿qué confianza tenía con alguien que acababa de llegar? Parecía que se conocieran desde siempre.

—Quizá tenga razón. El amor nos empuja a cometer locuras —le confesó, sonriendo y observando a Chiara por el rabillo del ojo.

—Cierto, espero que llegue alguien lo bastante loco como para declararse a Chiara —aventuró, sacudiendo la cabeza sin ser consciente de lo que acababa de decir.

La joven abrió la boca para reprender a Rosalina, pero al final se contuvo. ¿Cómo se había atrevido a confesarle algo así? ¿Y qué

pensaría él de todo eso? ¿Que en su restaurante se aireaban las intimidades de los demás? Bonita imagen estaba dando.

Adrian también sonrió al ver que el rubor acentuaba sus mejillas. Pero lo que más le llamó la atención fue el brillo que percibió en sus ojos. Algo que no había notado en todo el tiempo que había estado frente a ella charlando del trabajo.

Chiara inspiró hondo, asintió y miró a Rosalina.

—No hagas caso a Rosalina. Yo no soy partidaria de subirme al balcón. Es para los clientes —le aclaró, usando un tono rotundo y mirando a la cocinera por temor a que dijera algo más que no viniera al caso.

Adrian se apartó de ella porque tenía la impresión de que ejercía una atracción que no podía explicar. Levantó las manos mientras el gesto de su rostro se tornaba en incompreensión; había algo que le decía que en verdad ella deseaba ser Julieta en la escena del balcón. Y que algún enamorado se le declarase de aquella manera. La vio apartar la mirada del lugar, e incluso de él. Sus labios se curvaron en una tímida sonrisa que a él lo dejó pensativo. ¿Por qué? ¿Acaso le daba vergüenza sentirse como Julieta en la obra de Shakespeare? ¿No tenía marido? ¿Pareja? ¿O lo tenía, pero no se le había declarado de aquella manera? Adrian decidió apartar esos pensamientos de su cabeza y volver a comportarse como si la estuviera analizando para su departamento; no podía evitarlo después de tantos años conociendo a la gente.

—En fin, vuelvo con Fredo. Espero verte esta tarde por aquí —lo saludó Rosalina antes de dirigirse a la cocina.

Chiara la siguió con la mirada hasta que desapareció tras las puertas batientes. Sentía la opresión en el pecho. La misma que se instalaba allí cuando pensaba en que nunca había sido la Julieta de nadie y que le hubiera gustado. No en vano seguía siendo una

romántica. Una creyente fiel del amor con mayúsculas. Del de «para toda la vida». Pero ¿qué pasaba con ella? ¡¿Es que su Romeo no sabía dónde vivía?! ¿No sabía cómo llegar a Verona? ¡Era la ciudad de Julieta! ¡Del amor! Pero este parecía haber pasado de largo. Si hasta tenía una *trattoria* dedicada por entero a ella... Inspiró hondo y se colocó el pelo detrás de las orejas para enfrentarse a la mirada de comprensión que encontró en Adrian. Y fue su forma de mirarla la que la hizo temblar sin motivo aparente. Solo sabía que después de mucho tiempo alguien lograba hacerle sentir un leve mareo cuando la miraba.

—Bien, creo que es mejor que me marche.

—Sí, no quiero entretenerte. Supongo que tendrás cosas que hacer en la ciudad —le dijo formando un arco con las cejas.

—En ese caso, nos vemos por la tarde —le recordó antes de girarse y caminar hacia la puerta, bajo la atenta mirada de Chiara, y con la satisfacción de haber conseguido un empleo sin tener que acudir a su nombre o sus influencias.

Chiara no dejó de observarlo hasta que desapareció en la calle. Durante algunos segundos permaneció en el mismo lugar, sin ser capaz de moverse.

Rosalina y Fredo la contemplaban en silencio. Habían abandonado la cocina y estaban a escasos pasos de ella. Sus miradas y las expresiones de sus rostros lo decían todo. Y cuando Chiara se volvió hacia ellos sacudiendo la cabeza como si quisiera desprenderse de sus fantasías, se sorprendió al ver a sus dos amigos y compañeros mirándola de aquella manera.

—¿Qué? ¿Por qué me miráis así? ¿Y a ti cómo diablos se te ocurrió contarle lo del balcón? —preguntó levantando el tono de voz un poco más de lo habitual, centrando su rabia en Rosalina.

Esta sonrió, complacida por lo que acababa de presenciar.

—Solo estábamos mirando. ¿Verdad, Fredo?

—Eh... Sí. Hablábamos de Adrian —balbuceó el hombre, encogiéndose de hombros sin saber qué explicación podría dar.

Chiara entrecerró los ojos escrutando los rostros de los dos.

—¿De qué os reís? —preguntó, cruzando los brazos sobre el pecho y adelantando un pie para adoptar una pose de desafío.

—De nada. De nada —respondió Rosalina, con cara de asombro.

—Pues eso... Vamos a empezar a prepararlo todo para la hora de la comida —indicó, tratando de centrarse en ello y no pensar más en Adrian.

—Dime, niña Chiara —la interrumpió Rosalina, captando su atención—, ¿por qué te parece mal que le haya contado lo del balcón al muchacho?

—¿Tú qué crees? —le preguntó, fulminándola con la mirada—. Andamos pillados por encontrar a alguien para el trabajo. Y cuando lo tenemos, ivas y le saltas con esas! ¿Qué quieres que piense?

En ese instante, la puerta volvió a abrirse y el corazón de Chiara se aceleró de forma repentina, pero se calmó en el mismo instante en que se fijó en Massimo. Este se quedó mirando perplejo a las dos mujeres, porque ambas lo contemplaban como si hubiera hecho algo malo.

—¿Qué sucede?

—Nada —respondió, de inmediato, Chiara.

—Pasa que por fin tenemos un compañero nuevo —anunció Rosalina a bombo y platillo, mientras Chiara ponía los ojos en blanco al escucharla.

—¿De verdad? ¿Quién es? ¿Alguien que conocemos? ¿Alguien recomendado por Stefano?

Chiara permanecía de pie, con las manos sobre las caderas, mirando a Massimo y pensando en Adrian. Y no en Stefano.

—No, no me lo ha enviado él. Es un inglés —le respondió algo ofuscada, sin motivo aparente, aparte de la confesión de Rosalina.

—¿Un inglés? —preguntó Massimo sin poder ocultar su sorpresa—. ¿Y qué hace en Verona?

—Aprender italiano —contestó Chiara de manera tajante, volviéndose hacia la barra como si no quisiera ahondar más en ese tema.

—¿Y qué tal es? —soltó Massimo mirando a ambas mujeres. Ninguna de las dos parecía querer responder, de manera que insistió—. ¿Suced algo?

—No. ¿Qué tendría que suceder? —dijo Chiara recalcando la pregunta e intentando que Rosalina se diera por aludida.

—La impresión que nos ha dado es que parece buena persona. Con ganas de trabajar e interés en todo lo relacionado con el puesto —comentó la cocinera, esperando que no le pareciera mal que expresara la impresión que Adrian le había causado.

—¿Cuándo empieza?

—Esta misma tarde —informó Chiara, colocando los cubiertos sobre la mesa e intentando abstraerse de todo lo que estaba sucediendo.

—Voy a saludar a Fredo —se desentendió Massimo al notar que había cierta tensión en el ambiente.

Una vez a solas, Rosalina se volvió hacia Chiara con el ceño fruncido.

—¿Puedo saber qué te pasa, niña Chiara? —le preguntó, provocando un leve sobresalto en ella. La miró con los ojos entrecerrados y el corazón latiendo a mil—. Desde que llegó ese inglés, estás algo rarita. ¿Qué sucede ahora? Ya tienes cubierto el puesto. Tu principal preocupación.

—Nada. ¿Qué me va a pasar? —Había un toque de malhumor en

su voz mientras seguía preparando las mesas, evitando mirarla.

—¿Nada? Perfecto. Como quieras —asintió Rosalina sin darle más importancia a ese hecho—. Pero que sepas que no solucionarás nada encerrándote en ti misma.

—¿De qué me hablas ahora? ¿Quién se está encerrando? —Se volvió hacia ella con los brazos extendidos, exigiendo una aclaración.

—Hablo de cómo reaccionaste cuando preguntó por la tradición del balcón.

—Sí, y tú le contaste que yo esperaba que algún día alguien se dignara en declararme su amor cual Romeo —le rebatió, señalándola como si fuera culpable de la vergüenza que había sentido cuando Adrian la contempló tras escuchar aquello.

—¿Tanto te ha molestado? Pensé que ese tema ya estaba olvidado y que no te afectaba. El muchacho preguntó por el balcón y yo...

—Déjalo estar, por favor. No tengo tiempo para tonterías —le aseguró, dándole la espalda para centrarse en su trabajo al tiempo que murmuraba.

—Como quieras, pero el tiempo me dará la razón.

—¿A qué te refieres, si puedo saberlo? —le preguntó, volviéndose hacia ella con una sonrisa irónica en los labios y adoptando una pose, en cierto modo, arrogante.

—A cómo te miraba mientras tú contemplabas el balcón de Julieta.

—No sé de que me hablas, pero sí sé que no deberías habérselo contado —le recordó, bastante molesta por sus comentarios.

—Fue algo casual. Estábamos charlando del balcón, de cómo las muchachas se subían para hacer de Julieta... Todo normal.

—Para mí no es algo normal que le hayas contado que yo siempre he deseado que... —Chiara se detuvo cuando sintió el nudo ascender desde su estómago hasta la garganta para aprisionar sus palabras. Sacudió la cabeza y cerró los ojos—. Bah, olvídalo. No tiene

importancia ya —le dijo, con una mezcla de enfado y desilusión, volviéndose hacia la mesa para terminar de prepararla. No tenía sentido discutir sobre algo que hacía tiempo había dejado de interesarle. Aunque no podía dejar de sentirse una romántica de los pies a la cabeza al haber sentido envidia de las parejas que habían protagonizado la escena del balcón a su modo.

Rosalina la contempló en silencio durante unos segundos, pero decidió no ahondar más en el tema. De sobra conocía su deseo de haber sido Julieta por una sola vez. La había visto contemplar a los clientes con la mirada llena de expectación; de ilusión y anhelo porque algún día ella fuera la que estuviera arriba mientras su Romeo particular se le declaraba. Pero ninguno de los hombres con los que Chiara había mantenido una relación lo había hecho. Ninguno parecía creer en el verdadero amor que se respiraba en las calles de Verona. Ni siquiera Stefano, y eso que le parecía más que interesado en ella.

Chiara vio desaparecer a Rosalina tras las puertas de la cocina y al fin se sintió relajada. Admitía que era una romántica y que creía en el amor verdadero, en el flechazo que se produce cuando ves a alguien entre la multitud destinado para ti. Como Romeo y Julieta, sí. Pero ella no tenía mucho tiempo para bromas ni chismes de Romeos que nunca aparecían. Además, ¿dónde estaba escrito que había uno destinada a ella?

## Capítulo cuatro

**A**drian caminaba por Verona pensando en lo sucedido en la *trattoria*. La gente que trabajaba allí y el trato recibido habían inclinado la balanza para que accediera a quedarse con el puesto. Tocaba centrarse en su nuevo empleo. Y, por primera vez, sin la sombra de su padre. Si este supiera que iba a trabajar sirviendo mesas, apostaría a que lo desheredaría, si no lo había hecho ya después de marcharse de Londres. Tampoco le daba demasiada importancia a ese aspecto, la verdad. Recordó que no había llamado a su hermana y que era un buen momento para mantener una charla con ella. Su voz se escuchó al segundo tono. Le pareció que tenía prisa por hablar con él y, al mismo tiempo, que estaba algo preocupada.

—Vaya, por fin das señales de vida, hermano —le soltó sin ni siquiera saludarlo.

—¿Percibo cierta ironía en tu voz?

—No es ironía, es cabreo. No he vuelto a saber de ti desde que te marchaste —le recordó furiosa con él.

—Hace dos días solo.

—¿Y no has tenido tiempo para llamarme y decirme que habías

llegado? ¿O es que no quieres saber nada de tu familia? Y créeme que puedo entenderte porque nuestro padre ni siquiera se despidió de ti, pero ya sabes cómo es. Bueno, ¿qué tal todo? —le preguntó, cambiando el tono de reproche inicial por uno más cordial.

—No me puedo quejar. Ya estoy instalado y con un empleo —le anunció con cierto orgullo, como queriendo demostrar que podía salir adelante por sí mismo.

—¿En serio?

—Acabo de aceptar un puesto en una *trattoria*.

—¿Vas a llevar la contabilidad? —le preguntó intrigada Claire, ya que era el puesto que más le pegaba a su hermano. Sin embargo, lo que no esperaba era su respuesta.

—¿Contabilidad? No, ni hablar. No quiero trabajar con números. Voy a servir mesas —la corrigió, pensando que su hermana todavía no se acababa de creer que él hablaba en serio cuando había dicho lo de empezar de cero.

Hubo unos segundos de silencio al otro lado de la línea. Adrian entendió que su respuesta acababa de dejar a Claire sin palabras. No era lo que ella esperaba. Pero era lo que él quería hacer. Lo él que deseaba.

—Me da la impresión de que hablas en serio —le comentó con un tono lleno de expectación y cautela.

—Es verdad, Claire.

—Pero, Adrian, tú vales más... que... que... —era como si las palabras se hubieran quedado atascadas en su garganta. O bien se debía a que no terminaba de creérselo— que andar sirviendo pizzas en un restaurante italiano. ¡Tu puesto sería en la dirección o llevando la gestión de sus finanzas! —estalló tratando de recordarle quién era.

—No te lo discuto. Pero eso es precisamente lo que no quiero

seguir haciendo. Quiero alejarme de mi pasado. Trabajar en un puesto que tenga que ver con lo que he estado haciendo los últimos años no serviría de nada. Entiéndeme —le aclaró en un tono que casi se acercaba a la súplica.

—¿Y servir mesas es lo más acertado? —preguntó con incredulidad.

—Ya te dije cuáles eran mis intenciones.

—Sí, pero no es lo que esperaba de ti —respondió con un suspiro de resignación. ¿Qué locura le había dado a su hermano?—. Si querías trabajar en un restaurante italiano, no hacía falta que te marcharas a Verona. Podías haberlo hecho en alguno de los muchos que hay por Londres. No esperaba que dieras un giro tan brusco a tu vida, la verdad.

—Cierto, pero ¿sabes cuál sería el inconveniente? —le recordó, pensando en su padre.

—Al menos el sueldo merecerá la pena —le comentó, entre risas, comenzando a ser consciente de que su hermano no cambiaría de opinión.

—Sabes que el dinero nunca me ha importado.

—Lo sé. Solo era una broma. —Claire se tomó unos segundos para decir algo más. Era como si recapacitara sobre todo aquello—. Lo que me importa es que tú estés contento.

—Gracias, Claire.

—Por cierto, ¿alguna compañera que merezca la pena? ¿Alguna bella italiana a la que vayas a robarle el corazón? —le preguntó con un tono risueño y desenfadado para intentar quitar hierro al asunto del empleo.

Adrian sonrió ante aquella sugerencia. La imagen del rostro de Chiara volvió a ocupar su mente por un breve espacio de tiempo, el necesario para darse cuenta de que no entendía a qué venía pensar

en ella. Tal vez fuese por lo que le había preguntado su hermana.

—La gente de la *trattoria* es amable, por lo poco que he podido charlar con ellos...

—Sí, vale, lo que tú me digas, pero... no me estoy refiriendo al trato que puedan darte. Me refiero a las compañeras, porque imagino que habrá alguna mujer, ¿no? —insistió, abriendo los ojos al máximo en señal de expectación.

—Te recuerdo que he venido a Verona a empezar desde abajo —reiteró Adrian, tratando de parecer serio y de que no se le escapara nada al respecto de su nueva jefa.

—¿Eso también se aplica a encontrar una pareja? Te recuerdo que has dejado aquí una.

—Entre Bettany y yo no había futuro, y tú lo sabes tan bien como yo. Se parecía más bien a unas de las transacciones de papá.

—Sí, esa es la impresión que me daba, que todo lo vuestro era una especie de montaje para los negocios de la compañía. Dado que entre Bettany y tú no hay nada..., la cosa va a ser más complicada para lograr ese acuerdo con la empresa del padre de ella.

—Es lógico. Pero tal vez deberían haberlo pensado antes. No pueden jugar con los sentimientos de las personas como si fueras acciones de la Bolsa. Venga, cambia el tema, ¿qué tal por casa?

—Como siempre. Bueno, mamá estaba algo preocupada porque no sabía de ti, pero la tranquilicé diciéndole que me habías escrito un *email* y que estabas bien. Quédate tranquilo por eso.

—Te lo agradezco.

—Se ha ido de compras con Susan y Brenda... Ya sabes.

—¿Y papá?, aparte del fiasco que acabas de contarme

Claire hizo una pausa larga ante esa pregunta, lo cual no arrojó a su hermano demasiadas esperanzas de que lo hubiera aceptado.

—Ni siquiera me ha preguntado por ti. Está demasiado cabreado

contigo por el terremoto que has provocado con tu marcha. Ya sabes cómo es...

—Me hago una idea. Espero que no te afecte.

—Tranquilo, tengo una coraza resistente. Espero poder escaparme de aquí e ir a visitarte.

—Sabes que siempre serás bienvenida. Te invitaré a probar los *gelati* de Verona.

—Tomaré nota. Avísame por si estás muy ocupado, no quiero molestar. Ya me entiendes —le dijo, dejando escapar unas carcajadas—. Por cierto, cuídate. Y haz amigas —le aconsejó sin abandonar el tono burlón.

—Seguro. Cualquier cosa que pase...

—Te llamo. Descuida.

Adrian se quedó pensativo, con la mirada perdida en el vacío. En ese instante no quería ahondar en nada más que no fuera su nuevo empleo en la *trattoria*. Nada más, por mucho que su hermana se mostrara interesada en otros asuntos que él, por el momento, prefería ignorar. Por otra parte, era consciente del terremoto que su repentina marcha habría provocado en la compañía de su padre. Pero no quería permanecer con la sensación de que el control de su vida se le escapaba como el agua entre los dedos.

\*\*\*

La puerta del despacho de Claire se abrió nada más colgar el teléfono. Su padre apareció con cara de pocos amigos. Roger MacTavish imponía cuando hacía acto de presencia en cualquier lugar. Se quedó delante de su hija con la mirada entornada hacia ella, escrutando el gesto de su rostro.

—¿Sucede algo?

—Adrian se encuentra en Verona. Ha llegado bien y se ha instalado —comenzó a decirle, observando como el rictus de su padre se tensaba, pero también notaba cómo hacía esfuerzos por no mostrar el más leve sentimiento—. Ah, tiene un trabajo en un *trattoria*, como camarero.

—¿Por qué me lo cuentas? ¿Qué puede importarme lo que tu hermano haga? —le preguntó, frunciendo el ceño y apretando los dientes con rabia.

—Porque es tu hijo, papá. Y porque haga lo que haga lo sigues queriendo y lo echas de menos. Y porque tu orgullo herido no te permite siquiera llamarlo. Por eso —le espetó Claire, enrabieta con su comportamiento. Se levantó del sillón apoyando las manos en la mesa para encarar la mirada de este, fría y oscura.

—¿Lo ha dejado todo para trabajar de camarero en Verona? —Había un deje de incredulidad en su tono, pero, a la vez, de rabia.

—¿Qué problema hay?

—No entiendo qué locura se ha apoderado de tu hermano. Lo tenía todo aquí y lo ha dejado para vivir una fantasía que no tardará en descubrir que no lo conducirá a ninguna parte. Por no mencionar el jaleo que ha provocado su marcha y su ruptura con Bettany —confesó, lleno de ira, agitando la mano delante de su hija.

—¿Es por eso por lo que estás así?

—Hemos perdido millones de libras con esa transacción. Te lo recuerdo por si lo has olvidado.

Claire se quedó pensativa.

—¿Preferías tener esos millones a costa de la felicidad de mi hermano? Su relación con Bettany era un negocio entre dos familias para cerrar un buen trato. Admítelo —le pidió, señalándolo con un dedo, acusándolo de todo aquello.

—¿Y qué sí así es? Esta vida es un completo negocio. Todos los

días se cierran tratos.

—¿Sacrificando vidas y sentimientos? Adrian no estaba enamorado de Bettany. Y ella lo único que quería era dar un buen braguetazo.

—¿Y piensa que en Italia va a encontrar algo mejor? —preguntó un irónico Roger MacTavish—. ¿El amor?

—Al menos vivirá su propia vida lejos de tus maquinaciones.

—¿Te estás poniendo de su parte? —la increpó, mirándola con los ojos entrecerrados, sin poder creer lo que estaba diciendo.

—Tal vez, al fin y al cabo, Adrian tenga razón y sea mejor vivir lejos del monstruo en el que te has convertido. Y ahora dime, ¿para qué has venido a verme? —le preguntó, retándolo con la mirada.

Roger MacTavish conocía muy bien a su hija y su carácter indómito, su fuerza y su determinación, y que nadie podía hacerle frente sin salir herido. Fría negociadora. No había amigos a la hora de los negocios.

—Necesito que revises esto —le pidió, algo más calmado, dejando sobre la mesa un legajo de documentos. Le lanzó una última mirada antes de girarse y salir del despacho incluso más cabreado que cuando entró.

¿También ella se ponía en su contra? ¿Qué educación había dado a sus hijos? ¿En quién se había convertido durante los últimos años? ¿En un monstruo, como lo había calificado su propia hija? Roger MacTavish inspiró hondo y regresó a su despacho, donde se encerró el resto del día sin recibir a nadie.

\*\*\*

Adrian llegó con tiempo a la *trattoria*. Siempre que había tenido que viajar por negocios de la compañía de su padre, solía ir con tiempo al lugar de la reunión. Y en esa ocasión no iba a ser menos. Cuando

empujó la puerta, se encontró con Chiara.

—Me pillas de milagro, acabo de abrir. ¿Nervioso por empezar? —le preguntó, lanzándole una fugaz mirada.

—Nervioso no. Más bien, con ganas —le respondió, contemplándola ir y venir por toda la *trattoria* sin descanso apenas. No pretendía parecer descarado mirándola a cada momento, pero si no estaba quieta, a él no le quedaba otra. Pensó en las palabras de su hermana y decidió alejar ese asunto.

—Me alegra escucharte decir eso.

Chiara era consciente de lo que se jugaba. Era importante para ella que él se quedara. Empezar con buen pie era indispensable. Adrian le parecía responsable y le gustaba su predisposición para el puesto. Solo esperaba que todo fuera sobre ruedas.

—¿Crees que habrá mucha gente esta noche?

—Espero que sí —le respondió, apretando los labios—. Por ese motivo estás tú aquí.

Adrian sonrió. Chiara desapareció tras la puerta del cuarto que hacía las veces de despacho.

—Ten —le dijo, regresando con una camiseta con el logo de la *trattoria* impreso en ella—. Espero que sea tu talla.

Adrian la cogió al vuelo y la extendió para comprobarlo. Chiara lo contemplaba con las manos metidas en los bolsillos traseros de los vaqueros y pensó si no se le ocurriría cambiarse delante de ella. Para evitar tal situación, se apresuró a indicarle dónde podía hacerlo.

—Puedes cambiarte en el almacén o, si lo prefieres, en el cuarto de baño —le dijo, captando su atención.

—Si me indicas dónde...

—Claro. Olvidaba que no conoces el lugar —murmuró, mordiéndose el labio inferior y girándose—. El almacén está ahí detrás. Si prefieres el cuarto de baño, son esas dos puertas. Tú

mismo.

Adrian pasó por delante de ella, rozándole las piernas con las suyas. El estrecho espacio que había quedado entre ellos les jugó una mala pasada cuando ambos se quedaron inmóviles en el mismo lugar. Se miraron y sonrieron sin que ninguno supiera exactamente qué decir.

—Disculpa.

—Sí. Es mejor que te deje pasar. El pasillo es algo estrecho.

Chiara se limitó a sonreír al sentir la mirada de él en su rostro, y su gesto la hizo sentir su excitación. Inspiró hondo antes de apartarse y desaparecer hacia la cocina.

A solas en el baño, Adrian se apoyó contra la puerta y se pasó la mano por la cara, resoplando al pensar en la escena que acababa de vivir. El cuerpo de ella tan cerca del suyo, y el hecho de que haberla apartado posándole la mano sobre su cintura, además de sonreírle endiabladamente seductor, pese a que se estuviera disculpando. ¡Joder, ella le atraía! De una manera que no comprendía, inexplicable y devastadora. Pese a acabar de conocerla. ¿Qué le estaba sucediendo? No había dejado Londres y MacTavish para ir a Verona a seducir a una preciosa italiana, de manera que sería mejor comportarse como debía y dejar sus fantasías para otra ocasión.

—Vaya, no te queda nada mal —comentó Chiara, de pasada, nada más verlo y fijarse en cómo la camiseta ajustada a su cuerpo le resaltaba la musculatura. Inspiró hondo al tiempo que arqueaba las cejas y sonreía—. Espera, te falta esto —le dijo, tendiéndole un mandil de color negro.

Adrian la contempló acercarse hasta él con paso seguro. Se había cambiado de ropa y también llevaba una camiseta como la suya, la que le permitía notar sus pechos, la firmeza del estómago y la curva de su cintura. Se había recogido el pelo, dejando su rostro y su

cuello al descubierto, salvo por algunos mechones. No la recordaba tan seductora el día que llegó a preguntar por el puesto de trabajo. Pero en ese instante que la veía... Sabía que era la clase de mujer que no importaba cómo se vistiera porque uno siempre la encontraría atractiva.

—Nunca he llevado uno —le confesó, sin caer en la cuenta de lo que acababa de confesarle. Apretó los dientes y esperó que ella no hubiera notado su comentario.

—¿Ni siquiera en las tabernas en Londres? —le preguntó con un toque de incredulidad en la voz, ya que tenía la idea de que allí también los camareros los llevaban puestos.

—No tenía la necesidad, ya que no servía mesas. Estaba detrás de la barra —se apresuró a aclararle, en un intento por dejar zanjado el tema. Sería mejor tratar de desviar la atención cuanto antes. El hecho de pensar en ella podía hacerle perder el control de su propia vida.

—Bien, pero aquí es necesario para que guardes este terminal para tomar nota de los pedidos. No te preocupes, está conectado con la cocina. Al momento que tú hagas clic en él con el pedido, pasará directamente a un ordenador en la cocina. Toda la carta está incluida ahí —le aclaró con toda naturalidad mientras se lo entregaba. Adrian emitió un gruñido cercano a la desaprobación o a la resignación que hizo sonreír a Chiara—. Es muy sencillo. Mira, te haré una demostración.

Ella se giró y le dio la espalda para que él viera la pantalla, sin caer en la cuenta de la cercanía hasta que sintió que se había apoyado sobre él. Sentía el aliento de Adrian acariciarle la nuca, erizándole la piel. Se mordió el labio inferior al sentirlo y tuvo que hacer esfuerzos para concentrarse en su demostración. El puntero parecía temblar entre sus dedos al deslizarlo sobre la pantalla.

Esperaba que él lo entendiera a la primera, ya que, si tenía que repetírselo, no sabía si sería capaz de aguantar aquella situación.

—Lo has comprendido, ¿verdad? —le preguntó, volviendo el rostro para mirarlo por encima del hombro y encontrarse con la boca de él a escasos centímetros de la suya. Se humedeció los labios de manera imperceptible. Bajó la mirada al sentir el leve roce de sus dedos cuando él tomó con delicadeza el terminal sin dejar de mirarla. Hizo una prueba como ejemplo ante la mirada de ella y se lo devolvió. Nunca le había resultado complicado trabajar con artilugios electrónicos y aquel no iba a ser la excepción.

—Creo que está todo claro.

—Buenas tardes —dijo Rosalina al verlos, camino a la cocina, sin querer saber más. No hacía falta. Por mucho que Chiara le jurase que veía visiones, ella tenía la vista muy bien.

—Espero que todo te haya quedado claro.

—Todo claro —asintió él, volviendo a dibujar una sonrisa en su rostro.

—En ese caso, voy a la cocina a comprobar que todo está en orden.

Adrian la contempló caminar en esa dirección mientras Massimo se acercaba a él con el brazo extendido para estrecharle la mano.

—Soy Massimo —se presentó, mirándolo fijamente mientras le daba un fuerte apretón, lleno de seguridad, y con mirada sincera.

—Adrian.

—Me han dicho que eres inglés...

—De Londres.

—Pues, si te soy sincero, no hablas nada mal el italiano —le señaló, palmeándolo en el hombro.

—Gracias. Estoy tratando de perfeccionarlo.

—¿Qué tal con Chiara? ¿Alguna vez has tenido una jefa mujer? —

le preguntó, acercándose a él y bajando el tono de voz. No tenía por costumbre hablar de los compañeros con los que trabajaba, salvo en raras excepciones y cuando su padre se lo pedía. Pero en ese momento era todo distinto, puesto que Chiara era su jefa, tal y como le había referido Massimo. Y eso implicaba ir con pies de plomo. No conocía al camarero como para confesarle nada sobre ella. Era más, estaba seguro de que no le contaría a nadie lo que le pasaba por la mente.

—Apenas si he charlado con ella sobre el funcionamiento de la *trattoria*. —Adrian no era muy dado a dar detalles de su vida privada—. Acabo de aterrizar e instalarme.

—Chiara es una tía maja. Exigente, disciplinada y muy perfeccionista en su trabajo. Quiere que todo esté en orden. Que todo sea perfecto. ¿Entiendes? —le preguntó al tiempo que su ceja derecha formaba un arco perfecto en señal de complicidad.

—¿Lleva mucho tiempo al frente de la *trattoria*? —preguntó con un toque de interés que no pasó por alto Massimo.

—Desde que sus padres fallecieron. Fue entonces cuando decidió hacerse cargo de La Sonrisa de Julieta y sacarla adelante. Le costó mucho, y no me refiero solo al aspecto monetario, también al emocional. Se ha dejado media vida aquí. Por eso mismo la respeto mucho. La he visto luchar a brazo partido por conseguir su sueño. O, más bien, proseguir con el sueño de sus padres. Esta es su casa —le aseguró, extendiendo los brazos como si pretendiera abarcar todo el local—. No le falles —le pidió, mirándolo con determinación.

—No te preocupes, no lo haré —le aseguró, pensando en ello y en que no había llegado a Verona para perder el tiempo. Había conseguido un empleo y estaba más que dispuesto a trabajar duro para que no lo echaran a la calle. Sonrió pensando que ambos se parecían en cuanto al trabajo: a Adrian le gustaba el orden, la

disciplina, la puntualidad, todo aquello que debería cumplir. Había peleado duro en un principio para lograr llegar arriba. A lo más alto. Pero cuando se dio cuenta de que no lo hacía para sí mismo, sino para complacer a su padre, entonces todo cambió.

No creía que hubiera problema en adaptarse al ritmo de la *trattoria*. La única diferencia era que había pasado de ser jefe de sección al cargo de más de cincuenta personas, a ser un empleado cualquiera. Sacudió la cabeza, como si no se creyera lo que le estaba pasando, e intentó asimilar el cambio que estaba experimentando su vida. Levantó la mirada y allí estaba ella con gesto pensativo. Centrada y ajena al hecho de que él la estuviera contemplando. Pero, de repente, como si lo notara, Chiara volvió el rostro de manera casual hacia Adrian y Massimo. Inspiró hondo y decidió regresar a su trabajo en el interior de la cocina al sentir la sacudida que la mirada del primero le había provocado. Por suerte, tanto Rosalina como Fredo estaban atareados en sus respectivas tareas y no se percataron de sus nervios. Pero ¿qué estaba sucediendo con su vida?

Massimo no dijo nada, pero sonrió con malicia cuando se dio cuenta de cómo Adrian se había quedado mirándola. ¿Acaso le interesaba Chiara?

—Ni se te pase por la cabeza.

—¿Eh? ¿Qué dices? —inquirió, descolocado por aquella pregunta. La verdad es que no había estado escuchando a Massimo porque Chiara ocupaba su atención.

—He visto cómo la miras..., pero déjame que te dé un consejo: olvídalo. Tendrías que compartirla con la *trattoria*, y saldrías perdiendo. Te chocarás con un muro. Ya te he dicho que es su vida. Además, está Stefano —matizó, sonriendo irónico.

Adrian asintió, sintiéndose culpable porque Massimo lo hubiera

pillado *in fraganti*.

—Admito que es una mujer atractiva, pero...

—Tú lo que quieres es llevártela a la cama, ¿eh? —lo interrumpió Massimo, sonriendo como un cínico—. Yo puedo presentarte a unas cuantas amigas mías que te cortarían la respiración, te lo aseguro. Pero Chiara no es de esas —le dijo, mirándolo de manera fija y con el gesto serio.

—Yo no he dicho eso. Solo que... —Quiso hacerle ver que no estaba interesado en ella. Que solo le había llamado la atención. Pero estaba seguro de que, dijera lo que dijera, no lo convencería—. ¿A qué te refieres con que no es de esas?

—A las de llevarte a la cama una noche y ya está. No, Chiara es romántica. Cree en el amor verdadero, en el que dura toda la vida. Es una soñadora que sigue esperando que Romeo llegue para declararse a ella en el balcón —le confesó, haciendo un gesto con la cabeza en su dirección—. No es factible —le recalcó, mientras Adrian permanecía con la boca abierta tratando de darle una respuesta—. Está bien, dime, ¿por qué has venido a Verona? ¿Qué te ha traído hasta aquí? —le preguntó mirándolo con curiosidad por lo que tuviera que decirle y dejando el tema de Chiara a un lado.

—Me han hablado maravillas sobre la ciudad y sentía curiosidad por conocerla. Pero admito que Shakespeare y Julieta también han tenido algo que ver en mi elección —le respondió con total naturalidad.

—¿Lo dices en serio? ¿Has venido hasta Verona por Romeo y Julieta? ¿Eres uno de esos turistas que inundan la ciudad para ver su casa y dejar una nota? —quiso saber, sorprendido por esa confesión. La voz de Massimo, así como sus risas, no pasaron desapercibidas para el resto de integrantes de La sonrisa de Julieta en la cocina. Se miraron entre ellos y se encogieron de hombros.

Fue Chiara quien empujó la puerta de la cocina para quedarse mirándolos sin comprender qué sucedía.

—¿Se puede saber a qué vienen esas voces y esas risas? —preguntó, mirando a Massimo con el ceño fruncido, posando las manos sobre las caderas en clara señal de ¿enfado? Prefería que su atención se centrara en este porque, si dejaba que sus ojos se posaran en Adrian, la reacción sería completamente distinta. Y, cuando estaba en la *trattoria*, no quería dedicarse a otra cosa que no fuera el trabajo.

Adrian la contemplaba de manera fija, escuchándola, y no pudo evitar que la definición que de ella acababa de hacerle Massimo le viniera a la cabeza en ese instante.

«¿Una mujer romántica que espera a su Romeo?».

—Disculpa, jefa, pero es que me estaba contando que vino a Verona por Julieta —le comentó, sonriendo divertido mientras palmeaba a Adrian en el hombro.

Chiara al final centró su atención en él, y el cruce de miradas fue revelador. Adrian se encogió de hombros sin saber qué decir, y ella sintió la calidez de su mirada una vez más. Recordó el consejo de Massimo y apartó su atención de ella al instante.

—Bueno, cada uno va y viene a los lugares por distintos motivos —se limitó a decir ella restando importancia a ese hecho—. Atentos —dijo cuando vio que la puerta se abría y cuatro personas entraban.

—Ve tú —le susurró Massimo—. Y buena suerte.

Adrian recibió y atendió a sus primeros clientes con cierto sentimiento de nerviosismo, pero no porque tuviera que hacer su trabajo, ya que a lo largo de su carrera profesional había tenido que lidiar con situaciones harto complicadas y conflictivas, sino porque era consciente de que en ese momento era el centro de atención. Podía sentir los ojos de Chiara sobre la nuca. Y podía asegurar, sin

miedo a equivocarse, que era la primera ocasión en la que la mirada de una mujer lo hacía sentirse inquieto. El trabajo no lo asustaba en absoluto, pese a no ser el que había venido desempeñando junto a su padre. Pero estaba seguro de que saldría adelante.

Chiara lo observaba de forma detenida charlar de manera amistosa con los cuatro clientes sentados. Incluso le pareció percibir cierta complicidad a la hora de recomendarles unos platos. Pero ¿qué sabía él? ¡Se le había olvidado explicarle algunas cosas acerca de la carta! Y todo debido a que ella había estado más pendiente de evitarlo que de otra cosa. La forma de contemplarlo no pasó desapercibida para Massimo. Había deducido que a Adrian no le importaría llevársela a la cama. Pero ¿qué pensaría ella si lo supiera? Massimo sonrió de manera irónica al pensar que ella también tendría sus propias necesidades.

—No lo hace mal, ¿eh? —le susurró Massimo.

Ella estaba tan absorta en cómo se desenvolvía Adrian que no se percató de la presencia de su otro camarero hasta que lo escuchó cerca.

—Sí, bueno... Eso parece —respondió Chiara con un ligero sobresalto—. Será mejor que nos preparemos —le advirtió al ver que los clientes comenzaban a llegar a La Sonrisa de Julieta y una nueva noche comenzaba.

## Capítulo cinco

Sus miradas se cruzaron en varias ocasiones a lo largo de la noche e, incluso, en un momento, sus dedos se rozaron y sus manos parecieron entenderse cuando Chiara le entregaba una botella de vino para que la descorchara. El estrecho espacio de la barra hizo el resto, y sus respiraciones se agitaron ante la proximidad del otro. Cuando Adrian levantó la mirada hacia ella, percibió el color en sus mejillas, el temblor en la mano apoyada sobre la nevera y cómo su presencia ocupaba todo el espacio. Adrian le regaló una sonrisa. De repente, sintió que ella lo retenía. El calor que desprendía le quemaba la piel.

—¿Todo bien? —Entornó la mirada hacia él, deseando saber qué pasaba por su cabeza.

—Sí, claro. Todo perfecto. Tranquila, no voy a dejarte en mal lugar.

Chiara lo contempló dirigirse hacia la mesa y servir el vino, mientras el calor sofocante la invadía avisándole de que no la abandonaría en toda la noche.

Adrian se encontraba más cómodo a medida que iba pasando la noche. Se acordó de sus años sirviendo pintas de cerveza en los *pubs* de Glasgow. Nunca escatimaba una sonrisa o una palabra de

amabilidad con el cliente. Tenía muy claro que quería ese trabajo. No estaba dispuesto a regresar con el rabo entre las piernas a decirle a su padre que se había equivocado y que quería volver a su antiguo empleo. Orgullo o cabezonería, Adrian lo tenía muy claro.

La gente parecía haberse puesto de acuerdo para acudir aquella noche de viernes a La sonrisa de Julieta. Chiara sonreía complacida por primera vez en semanas al ver el comedor lleno y que los clientes no tenían que esperar demasiado tiempo a ser atendidos. Pero lo que más satisfacción le produjo fue descubrir que Adrian se desenvolvía con soltura atendiendo las distintas mesas, lo rápido que se había adaptado a la situación, lo animado que lo veía. Podía asegurar que incluso disfrutaba con el trabajo. Su rapidez para despejar una mesa y volver a montarla para los siguientes clientes. Tenía la impresión de que había acertado al contratarlo.

—No había cocinado tantas pizzas en una noche. ¿Puedo saber qué pasa? —le preguntó Fredo en un momento en el que Chiara entró en la cocina cargada con una pila de platos vacíos que dejó sobre la encimera.

—No lo sé, pero no estoy dispuesta a desaprovechar el tirón —le aseguró, sintiendo que el calor que desprendían los fogones y el horno le envolvían el cuerpo.

—¿Qué sucede? —le preguntó Rosalina, contemplándola mirar a Adrian cuando él entró en la cocina cargado de platos vacíos.

—Eh... Nada. Estoy esperando —se limitó a responderle, sintiéndose como una adolescente culpable a la que acaban de pillar.

—¿Y puede saberse a qué esperas? —precisó Rosalina, entornando la mirada hacia la joven italiana. No se le había pasado por alto el comportamiento de ambos—. Ten: una Quattro Formaggi y una Toscana —le dijo, colocándolas sobre su bandeja.

Chiara se recompuso por el mal trago que le estaba haciendo

pasar. Sabía que no engañaría a Rosalina. Vio la sonrisa cómplice de la cocinera y cómo ponía los ojos en blanco.

Ella tenía un restaurante que dirigir y unos clientes hambrientos. Con esa idea regresó al comedor, ajena al intercambio de gestos entre Rosalina y Adrian.

Cuando los últimos clientes se marcharon, Chiara empujó la puerta y apoyó la frente contra el cristal. Cerró los ojos, soltó el aire acumulado en su interior y por fin relajó los hombros. Era más de la una de la madrugada. A pesar del cansancio, la felicidad que la embargaba por la noche de trabajo bien hecho lo paliaba. Se volvió para quedarse con la mirada fija en la persona que en esos momentos terminaba de recoger la última mesa. No era consciente de que lo estaba observando con atención o, si lo era, no parecía darse por aludido. Estaba terminando de quitar el mantel y daba la impresión de que podía seguir trabajando hasta altas horas. Ella tenía la sospecha de que, si se lo proponía, podía seguir y seguir. La verdad era que su rostro mostraba el cansancio, pero no parecía importarle. Debía reconocer que había cumplido con creces las expectativas depositadas en él para ser su primera noche. Entrecerró los ojos y se mordió el labio mientras su mente se llenaba de absurdas ideas.

Adrian se quedó clavado en el sitio, pensando que nunca antes lo habían seducido de aquella manera. Sí, porque a pesar de la hora que era, de la noche de trabajo que habían compartido y del cansancio, Chiara tenía un toque de seducción que lo dejaba sin respiración. Tenía la capacidad para adueñarse de su voluntad. Su sonrisa tímida acercándose a él le hizo ponerse en guardia, consciente de la corriente de alto voltaje que podía surgir entre ellos con un solo roce de sus cuerpos. Era mejor no tentar demasiado a la suerte. Además, recordaba la conversación con Massimo al respecto

de ella y de su vida privada.

—La noche ha ido bien, creo —le dijo, manteniendo las manos ocupadas con el mantel, de ese modo no le entraría la tentación de tocarla a ella pese a que, en sus ojos, Chiara podría leer sus deseos. Deseos que no podía disfrazar u ocultar cuando ella estaba cerca, por mucho que lo intentara.

—Sí, la verdad es que no esperaba tanta gente, pero lo mejor ha sido que hemos podido atender a todos nuestros clientes sin hacerles esperar demasiado. Y, en parte, ha sido gracias a ti —le comentó mientras colocaba los pequeños jarrones sobre las mesas.

Adrian se preguntó si en verdad aquello era lo que deseaba, lo que necesitaba. Tenía la sensación de estar adentrándose en un campo minado. Un escalofrío le recorrió la espalda. Pero la calidez de la mirada de Chiara mitigó cualquier pensamiento sobre lo que le convenía o no. La sonrisa de ella era una mezcla de cansancio, felicidad y timidez. No creía que pudiera permitirse ninguna licencia. Ni con ella ni con otra mujer. Nunca lo habían retenido más de lo que él había permitido. Siempre había sido él quien había desaparecido sin dejar rastro, sin devolver una llamada ni dejar una breve nota. En el terreno de las relaciones, era frío. Tal vez el tipo de vida y ambiente en el que se había movido lo habían hecho así y solo era capaz de mantener relaciones superficiales con gente que no era lo que decía ser. Por eso, siempre huía, porque no percibía los verdaderos sentimientos en la mirada de una mujer que pasaba la noche con él. Como le había dicho a su hermana, se acercaban a él para complacerlo por ser quién era. Algo superficial que lo había convertido en alguien reacio al amor. A él solo lo movía la atracción física, el puro deseo que latía en su entrepierna. El anhelo por llevarse a la cama a Chiara, pero ¿y después? Nada. No sucedería nada. En palabras de Massimo, la *trattoria* lo era todo para ella. Y él

no estaba por la labor de desperdiciar aquella oportunidad.

—La noche ha sido productiva —exclamó este al verlo entrar en la cocina—. Creo que nos has traído buena suerte —le aseguró, palmeándolo en la espalda.

—No creo que haya sido por mí. La verdad. Vosotros mismos dijisteis que era el inicio del fin de semana —le recordó, encogiendo los hombros.

—El chico se ha defendido bien, ¿no crees? —preguntó Fredo, dirigiendo la atención hacia Chiara, quien parecía estar absorta en otros asuntos.

—Sí, claro. Lo ha hecho muy bien para ser su primer día —dijo, tratando de no mirarlo demasiado—. Bueno, creo que es hora de que os marchéis y dejéis todo como está. Mañana será otro día. No quiero entreteneros.

Rosalina la miró sin comprender aquellas palabras, ya que aún restaba por recoger la cocina.

—Pero...

—Hemos trabajado duro esta noche, y lo que tenéis que hacer es marcharos a descansar. A ver a vuestras familias, parejas. Venga, dejadlo para mañana. Tenéis asuntos personales que atender —les recordó, sabiendo que a ella no la esperaba nadie y que no le importaba quedarse a recogerlo.

—A mí no me espera nadie —le advirtió Adrian, convirtiéndose en el centro de todas las miradas—. Si necesitas ayuda con todo esto...

—¿Por qué no le enseñas Verona de noche? —sugirió Massimo, dando a entender que era lo más normal del mundo—. Además, es la hora perfecta para irse a tomar algo y relajarse. Y qué mejor anfitriona que tú —aseguró, mirando a Chiara.

El golpe en la puerta, como si alguien estuviera llamando, alertó a todos. Chiara salió de la cocina para ver quién era mientras seguía

pensando todavía en la propuesta de Massimo. Pero cuando vio a Stefano sonriendo ante ella, aquella opción quedó descartada. Allí estaba él, con esa sonrisa que le parecía ensayada delante del espejo solo para ella. Chiara puso los ojos en blanco al tiempo que le abría.

—¿A qué has venido? —le preguntó con un tono de cansancio, monotonía y pocas ganas de verlo.

—A recogerte para irnos tú y yo de fiesta —le anunció, rodeándola por la cintura con el brazo para atraerla hacia él y sentir su cuerpo junto al suyo.

Chiara detuvo el incontrolado avance de Stefano poniendo las manos sobre el pecho de él y apartándose a duras penas.

—Vaya una manera de recibirme —se quejó este, sacudiendo su americana y adentrándose en la *trattoria*.

—Ya te puedes ir por dónde has venido porque no tengo muchas ganas de fiestas. Es tarde y estoy cansada —le dejó caer, volviendo hacia la cocina.

Adrian y los demás salieron de esta para irse. Por un breve momento, su mirada se cruzó con la de Chiara. Un destello extraño brilló en sus ojos y una ligera sonrisa bailó en su boca. ¿Por qué la había mirado de aquella forma?

—Veo que os marcháis —anunció Stefano, contemplando a los cuatro abandonar la cocina camino de la puerta—. Vaya, ¿eres el nuevo? Por fin has encontrado a un sustituto para Filippo. Soy Stefano —le dijo, extendiendo la mano.

—Adrian —le correspondió, estrechándosela.

—No eres italiano. Por tu acento... —señaló Stefano, entrecerrando los ojos y fijando la mirada en él.

—De Londres.

—¿Por qué no dejas que se vaya? Es su primer día y seguro que

está cansado —lo interrumpió Chiara, centrando su interés en Stefano. Por muy extraño que pudiera parecerle a ella, no quería fijarlo en Adrian. Y todo se debía a que no pretendía experimentar ninguna de esas nuevas sensaciones que le había estado provocando durante toda la noche.

—Podías haberme pedido ayuda si necesitabas contratar a alguien. Te podía haber enviado a uno de los camareros que trabajan en mi cadena de restaurantes —le recordó Stefano a Chiara delante de todos los presentes.

—No necesito a ninguno de tus camareros. Me basto yo sola para solucionar los problemas de mi lugar de trabajo. Y ahora, ¿a qué esperas para irte? —le preguntó, deseando que lo hiciera cuanto antes y la dejara en paz. ¿Es que no entendía que no quería tener nada que ver con él? ¿Tan complicado era?

—Te espero a ti.

—Bueno, nosotros nos marchamos —intervino Massimo, viendo que la situación podía dilatarse más de lo esperado y los demás no tenían que presenciarlo.

—Hasta mañana —dijo Adrian, mirando a Chiara por última vez antes de emprender el camino hacia la puerta junto a lo demás.

—*Ciao. A domani* —los saludó, levantando la vista por encima del hombro de Stefano para contemplar cómo se marchaban y algo en su interior parecía apagarse.

—Mañana vendré temprano para ayudarte a recoger —le dijo Massimo, sujetando la puerta abierta para que el resto saliera.

—No hace falta que lo hagas. Vendré yo. Por cierto, buen trabajo, Adrian —le dijo, tratando de sonreír. Chiara sacudió la cabeza mientras en su mente volvían a revolotear los momentos compartidos. Algunos deliciosos, otros comprometidos y reveladores. Casuales, como si fuera el Destino el que hubiera jugado sus cartas

en aquella extraña y desconcertante partida.

—¿Nos vamos? —le pidió Stefano, cruzando los brazos sobre el pecho y mirando a Chiara con las cejas formado un arco de expectación.

—Sí, deja que recoja mi chaqueta y el bolso.

—¿En serio que no te apetece tomar nada? —insistió Stefano en un último intento por hacerla cambiar de opinión.

—La verdad es que me apetece darme un baño y meterme en la cama. Estoy molida, Stefano —le confesó, sintiendo que lo que deseaba era cerrar los ojos y no pensar en nada más por ese día.

—En ese caso, te acompaño a casa y me marcharé. Prometo no pedirte que me invites a subir —le dejó claro, levantando las manos en señal de rendición.

Chiara se limitó a sonreír dejando que fuera él quien saliera primero. Era viernes y la gente transitaba por las calles buscando diversión. La temperatura era muy agradable e incitaba a salir y no encerrarse en casa. Pero Chiara reconocía que lo que más le apetecía era eso. Quedarse a solas en su hogar.

—Parece despierto —apuntó Stefano, caminando al lado de Chiara con las manos en los bolsillos.

—¿Cómo dices? —El comentario de Stefano la había pillado en fuera de juego, por lo que lo contemplaba a la espera de que se explicara.

—Me refiero a Adrian. Digo que parece despierto.

—Sí, se ha desenvuelto bien esta noche —le comentó de pasada.

—¿Había trabajado antes en la hostelería?

—Al parecer, en los *pubs* de Glasgow.

—*Mmm*, interesante. Un inglés trabajando en una *trattoria*, en Verona —comentó, sonriendo—. ¿Dónde lo has encontrado?

—Vino por el anuncio en el periódico.

—Deberías haber dejado que yo me encargara de eso.

—Sabes que no es lo que quiero. Mis batallas y mis guerras las planifico yo, Stefano.

—¿Y para cuándo vas a plantearte lo nuestro? —le preguntó, entornando la mirada hacia ella mientras la sujetaba por los brazos a la espera de que se decidiera de una vez.

Chiara resopló ante aquella pregunta que no quería ni plantearse.

—Stefano...

No le dio tiempo a decir más porque la boca de este se había apoderado de la suya aprovechando el desconcierto de Chiara, quien abrió los ojos hasta el máximo al verse sorprendida de aquella manera. Consiguió zafarse de él enseguida. Lo miró como si se hubiera vuelto loco. No había correspondido a su beso porque era lo que menos le apetecía en ese instante.

—¿Por qué lo has hecho? —le preguntó, ofuscada con su comportamiento.

—Porque lo deseaba, Chiara. Porque me gustaría que de una vez por todas te dieras cuenta de lo que siento por ti —le aclaró, extendiendo las manos como si se lo suplicara.

—Y me doy cuenta, pero me gustaría ir despacio. Ver si en verdad estamos hechos el uno para el otro. Si tenemos futuro.

—Pues claro que sí. ¿Qué te hace pensar que no?

Chiara sacudió la cabeza con los ojos cerrados, y el rostro de Adrian fue lo primero que se le vino a la mente. Pero ¿qué pintaba él?

—Estoy cansada y prefiero dejarlo estar antes de que te diga algo de lo que pueda arrepentirme. Buenas noches.

No se dio tiempo a escuchar las palabras de despedida de Stefano, ya que había entrado en el portal en ese instante.

\*\*\*

En las sucesivas semanas, los miembros de La Sonrisa de Julieta no pararon. Con cada día que pasaba, Adrian se sentía más integrado en la pequeña familia que formaban los miembros de la *trattoria*, y eso era lo que le importaba.

—¿Qué tal todo? —le preguntó Massimo, sacándolo de sus pensamientos. Se encontraban en la puerta de la *trattoria*, disfrutando de un merecido descanso.

—No me puedo quejar. Tengo la sensación de que no he podido elegir mejor sitio.

—Lo cierto es que Verona es una ciudad ideal para vivir. Todo está muy céntrico y no es demasiado grande.

—Por ahora, no te lo discuto.

—¿Y el trabajo? Parece que no has tenido problemas para adaptarte. Se nota que ya tenías experiencia en este puesto.

—Hice mis pinitos en varios *pubs* de Londres y de Glasgow cuando era estudiante.

—Sí, por allí tenéis bastantes. Te desenvuelves muy bien, ya te digo...

—Pues no fue tanto tiempo el que estuve trabajando tras la barra.

«Si él supiera cuál ha sido mi trabajo», pensó Adrian, fijando la atención en dos chicas que pasaban y le sonreían.

—Eh, parece que no les quitas el ojo a ese par de *signorinas*.

—Han pasado por delante de nosotros. ¿Qué querías que hiciera?

—Sí, sí, lo que tú digas. Tú eres de los míos —bromeó Massimo—. ¿Qué tal llevas tu italiano? No veo que tengas tampoco muchos problemas con él.

—Cada día que pasa me encuentro más confiado y suelto a la hora de hablarlo. Pero no creas que para mí es fácil. He tenido algún

que otro contratiempo.

—Suele pasar al principio. Dime, ¿has visto ya toda la ciudad? O te has limitado a los lugares más emblemáticos, como la casa de Julieta.

—He visto un poco, no demasiado, ya que lo tengo que hacer durante el tiempo que me queda libre. Y ni siquiera he visitado la famosa casa de Julieta. Espero hacerlo en algún momento.

—Por cierto, y al hilo de las dos *signorinas* que han pasado, tenemos que salir por ahí alguna noche —le sugirió, mientras Adrian sacudía la cabeza sin comprenderlo—. Ya sabes, tomarnos algo en locales de moda en la ciudad, y de paso te presento algunas amigas mías —apuntó con una sonrisa llena de picardía.

Adrian bajó la mirada hacia el suelo e introdujo las manos en los bolsillos de sus vaqueros. ¿Conocer a alguna mujer italiana? Lo cierto era que no se le había pasado por la cabeza. Estaba demasiado centrado en hacer bien el trabajo en la *trattoria*.

—Te advierto que lo de conocer a alguna italiana no es algo que tenga en la cabeza. No olvides que estoy de paso y que tal vez me acabe marchando.

—Tú espera a que te presente a un par de amigas.

—No digo que no esté dispuesto a conocer alguna, pero...

—Te olvidarás de dejar Verona. Te lo aseguro.

—Cualquier día podría descubrir que este no es mi sitio y largarme. Y la verdad... —le aseguró, posando la mano en el hombro de Massimo— no me apetece dejar a una de tus amigas italianas con el corazón roto —le recalcó, sin darse cuenta de que Chiara los escuchaba. De repente, ella había sentido un leve codazo en las costillas, que parecía haberla dejado sin respiración.

—¿Piensas marcharte? Pero si me has dicho que te encuentras a gusto en Verona. ¿Y dejar a Chiara con el marrón de tener que

buscar a otro para sustituirte? —le preguntó, fingiendo sentirse herido y escandalizado ante tal posibilidad.

—No, claro que no. Pero no puedo asegurarte el tiempo que pasaré aquí, ya te he dicho. Tal vez tengas razón y el encanto de Verona me atrape y decida establecerme aquí para siempre —le dijo, pensando en lo que Massimo le había dicho sobre Chiara. ¿Dejarla en la estacada? Eso era algo que a él tampoco le importara demasiado, tal vez un poco. ¿O más de lo que imaginaba?

—¿Has estado en más ciudades aparte de Londres y de Verona?

Adrian chasqueó la lengua antes de responderle. Lo cierto era que sus salidas se habían debido siempre a los viajes de negocios en los que había acompañado a su padre o a los que este lo había enviado. Y confesarle a Massimo que sus estancias se repartían por medio mundo no creía que fuera lo más acertado.

—No vayas a pensar que he sido como Phileas Fogg —le dijo, sin prestar demasiada atención a ese asunto, contemplando a las personas que paseaban por delante de ellos. No pretendía comentarle que había estado en la mitad de Europa.

—En ocasiones, eres demasiado introvertido. Como si no quisieras hablar de tu vida pasada. Espero que no te lo tomes a mal. ¿Tal vez sea tu carácter británico?

—Es posible que sea eso. Es muy distinto al tuyo. La gente del sur de Europa es más abierta. Más extrovertida.

—Sí, en eso te doy la razón. El clima nos hace pasar más tiempo en las calles. ¿Es por eso por lo que no te he escuchado contar mucho sobre tu vida? Es la percepción que tengo. Nada más.

Adrian dibujó una media sonrisa, dejando la mirada perdida en un punto fijo de la calle. Era verdad lo que Massimo acababa de decirle. Apenas había hablado de su vida antes de llegar a Verona, pero se había prometido no contar nada que pudiera revelar quién era su

familia. Quería dejar atrás el mundo de lujos y palmaditas en la espalda que había conocido hasta llegar allí. Además, ¿qué conseguiría con confesarle que era hijo del poderoso MacTavish, cuyas tiendas de moda estaban presentes en toda Europa y quería abrirse camino en Estados Unidos? ¿Explicarle lo que hacía en realidad en Verona? ¿Trabajando en una *trattoria* por un sueldo que en nada tenía que ver con lo que él ganaba antes? Y luego, responder a sus preguntas, sus conjeturas y sus comentarios. ¿Es que su padre no tenía trabajo para él? ¿O no valía? ¿Qué diablos hacía allí cuando podía tenerlo todo? No. No era la imagen que quería dar. Quería desprenderse de ese cartel de «hijo de» y ser solo Adrian.

—No hay mucho más que contar. Soy británico, he trabajado en varios *pubs* y he llegado a Verona para practicar mi italiano. Y para ello, lo mejor es trabajar en un sitio como una *trattoria* o una pizzería, ya que estás en constante relación con la gente —le resumió con total naturalidad, extendiendo las manos con las palmas hacia arriba, como si no supiera qué más podía decirle.

—Ah, eso y que no sabes el tiempo que permanecerás en Verona —matizó Massimo, señalándolo con el dedo.

—También —asintió con cierta nostalgia. No sabía si su destino estaba allí, pero por el momento le bastaba.

—¿No has dejado a alguna inglesa desconsolada con tu marcha? ¿O más bien se trata de una huida para escapar de ella?

Chiara se quedó clavada en el sitio con una expresión de interés al escuchar la pregunta que Massimo le hacía a Adrian. La verdad era que el chico no se andaba por las ramas. Y, sin quererlo, le estaba facilitando el trabajo de saber más de la vida privada de Adrian. Por eso, siguió centrada en su tarea y evitó quedarse mirándolos de manera descarada, aunque sin dejar de escuchar la conversación.

Sabía que no debería hacerlo, que era de mal gusto y hasta podría considerarlo una falta de respeto por invadir su intimidad. Pero así estaban charlando en la puerta de manera tranquila y relajada mientras ella repasaba unas facturas...! ¿Qué podía hacer?, se preguntó mirando a sus dos empleados por el rabillo del ojo.

Como le había dicho Massimo antes, Adrian era bastante cerrado. Apenas sabían cuatro cositas de él desde que había llegado. Tal vez eso lo hiciera más misterioso y, por lo tanto, más atractivo a los demás. ¿Qué escondía? Aunque bien pensado, ¿qué más le daba a ella? Cumplía a la perfección con su trabajo y la situación entre ellos dos parecía haberse normalizado en los últimos días. Las extrañas sensaciones que había experimentado al principio parecían estar dormidas desde hacía días. Sin embargo, cada vez que sus miradas se encontraban en las idas y venidas por el restaurante, algo parecía revivir en su interior. Como una especie de hoguera que se avivaba cuando estaban cerca el uno del otro. Y eso que ambos parecían evitarse de una manera muy sutil, pero lo hacían con cualquier pretexto.

—No tengo a nadie, puedo asegurártelo —le dijo entre risas—. Ni he salido huyendo de allí por una mujer, que te quede claro.

Massimo tuvo la sensación de que su tono se había vuelto algo más frío y rudo cuando se había referido a Londres. Su mirada pareció ensombrecerse y su cuerpo, tensarse.

Chiara también fue testigo de ello y no pudo por menos que preguntarse qué diablos le pasaba con Londres. ¿Por qué no quería regresar?

—¿Me lo estás diciendo en serio? ¿Un tío como tú?

La italiana los observaba desde la distancia, preguntándose si le estaría contando la verdad a Massimo. Casi no hablaba de su familia, de sus amistades. No contaba anécdotas de sus experiencias ni de

sus ligues. Las típicas que se cuentan entre hombres en el trabajo. Y siempre buscaba una excusa o desviaba la atención de ese tema hacia otro. Era curioso cómo lo hacía, y cómo ella se había dado cuenta de ese hermetismo en torno a su vida privada.

—Te lo cuento tal y como es.

—Bueno, en ese caso, insisto en que salgamos por ahí a divertirnos. Tú y yo, ya sabes —le insinuó, con un gesto que a Chiara le provocó una sonrisa irónica. *¿Adrian saliendo con Massimo en busca de mujeres?*, se preguntó lanzando una mirada a los dos. La verdad era que ella no iba a juzgarlos ni a pensar que no pegaban como compañeros de juergas. A Massimo lo había visto ya con más de una docena de conquistas. Era seductor, canalla, atractivo, con una labia que te envolvía y te hacía caer en su telaraña. Te llevaba a su cama y, al día siguiente, si te había visto, no se acordaba de quién eras. Ah, y no te molestaras en llamarlo o en pasar por allí a verlo... Siempre tenía una disculpa para espantar a sus ligues. Todo un fenómeno, la verdad. Pero ¿Adrian?... Ella frunció el ceño y sacudió la cabeza sin poder apartar la mirada de él. No parecía ser un juerguista como Massimo, sino más bien todo lo contrario. Alguien más tranquilo, con quien salir por ahí en plan más relajado.

—Sí, ¿por qué no? —asintió Adrian, pensando que tal vez le vendría bien conocer a otras mujeres, visitar otros ambientes y olvidarse del trabajo.

—Pues ya puestos... ¿Qué te parece esta noche cuando cerremos? Es viernes y hay mucho ambiente en la ciudad —le propuso, frotándose las manos como si supiera ya lo que les esperaba.

Adrian se quedó pensativo durante unos segundos, meditando su propuesta. Llevaba tiempo ya en Verona y, a decir verdad, su vida se resumía en dos puntos: el trabajo en la *trattoria* y su habitación en

la residencia. En sus ratos libres recorría las calles empapándose de su historia, de su cultura y de su belleza. Pero no conocía la otra cara de la ciudad: la noche. Si hasta el momento no lo había hecho, se debía más a las horas a las que salía del trabajo y las ganas de pillar la cama que a conocer el ambiente nocturno de la ciudad. No estaba acostumbrado a pasar tantas horas de pie moviéndose de un sitio para otro sin parar. Su vida había transcurrido entre las cuatro paredes de su despacho en la compañía de su padre, y en comidas, cenas de negocios que no tenían nada que ver con lo que hacía. Quería hacerlo bien. Demostrarse a sí mismo que podía salir adelante sin la ayuda de su padre. Y lo haría le costase lo que le costase.

—Sí, me parece bien. Quedamos cuando acabemos aquí esta noche.

—No te arrepentirás, amigo. Te lo digo yo —le aseguró, guiñándole un ojo mientras lo dejaba solo para regresar al interior de la *trattoria*.

Adrian recordaba que hacía tiempo que había dejado de salir por las noches. Justo cuando comenzó a darse cuenta de que las fiestas a las que lo invitaban tenían dos claros objetivos: cerrar algún negocio, lo cual la convertía en una reunión más de trabajo, donde parecía no desconectar; o bien buscarle una nueva pareja, lo cual lo aburría hasta la saciedad. En ambos casos, la diversión había estado ausente. Así que, por fin, podría disfrutar de una noche en una ciudad donde nadie lo conocía y nadie lo molestaría.

—Así que os marcháis de juerga esta noche.

La voz de Chiara lo sobresaltó, interrumpiendo sus pensamientos. Centró su atención en ella, sorprendido por ese comentario, ya que pensaba que nadie los estaría escuchando. Aunque se percató de que la puerta de la *trattoria* estaba abierta

—Ah, sí... Me ha sugerido salir esta noche —le comentó, sin darle mayor importancia.

—Una quedada de chicos malos, ¿eh?

Durante los últimos días apenas se habían acercado. Era como si ambos se hubieran puesto de acuerdo en mantener las distancias. Pero seguían siendo conscientes de que algo flotaba en el ambiente y que no iba a desaparecer por muchas barreras que levantarán entre ellos. Pero, por otra parte, Chiara se sentía extraña ante esa falta de cercanía. Esa extraña atracción que habían experimentado desde que se conocieron. Había desaparecido el trato cercano; el roce espontáneo de sus cuerpos al pasar por la puerta de la cocina; sus miradas furtivas buscándose de manera improvisada, moviéndose entre las mesas, como si ambos quisieran recordarse que no la había olvidado; sus espontáneas caricias cuando se pasaban los platos. Esa clase de detalles que habían hecho que ella se sintiese alegre y viva; y que seguían removiendo su interior. Sin duda, su cambio se debía a Stefano. Estaba segura de que, al verlo venir a buscarla, él se había retraído.

—Bueno, lo cierto es que Massimo llevaba algún tiempo comentando que podríamos salir por ahí.

—Claro. No solo se trata de trabajo. Debéis divertirlos.

Adrian la contemplaba con curiosidad. Ella, con una ligera agitación en su interior, así como una cierta subida de temperatura. ¿Por qué la contemplaba como si acabara de decir algo que no venía a cuento?

—Bueno... Tal vez podrías venir, si te apetece y no tienes planes, claro está —le sugirió de manera cordial, desenfadada, arqueando las cejas y cruzando los brazos sobre el pecho. No pretendía hacerle pasar un mal trago, ni nada por el estilo. Se trataba de que Adrian había tenido la impresión de que ella podría haberse apuntado a la

salida nocturna.

—No, no. Nada de eso. Es una reunión de hombres. Y yo tengo planes —le dejó claro, sacudiendo la cabeza y pensando en lo disparatado de aquella invitación. ¿Qué pintaba con ellos dos? Además, estaba segura de que Massimo acabaría marchándose con alguna de sus amigas y la dejaría sola con Adrian. Una situación algo comprometida.

—En otra ocasión, tal vez.

—Sí, claro. Tal vez algún día podríamos...

Adrian sonrió, divertido, por el comportamiento de ella, que se debía, sin duda, a lo inesperado de su invitación. Sabía que sus palabras no eran sino una manera de decir que no. La típica reacción de cuando te encuentras con alguien al que hace tiempo que no ves y al que prometes llamar. Y nunca lo haces.

Chiara se alejó de él con una tímida sonrisa. Y él se quedó allí en la puerta, contemplándola hasta que desapareció tras las puertas de la cocina. A su mente acudieron los recuerdos de hacía un par de noches, cuando ella le había pedido ayuda para llevar unas cajas de botellas de vino a la barra. Durante los escasos minutos que habían permanecido bajo la tenue luz, sus manos se habían rozado de manera torpe entre las cajas sin que ninguno opusiera resistencia. Sus cuerpos se habían acercado de más, provocando esas sensaciones que, durante días, parecían haberse tomado un descanso. No olvidaba el tenso momento que había surgido cuando ella se giró de golpe hacia él en el último momento, justo antes de salir por la puerta. Su cuerpo había impactado contra el suyo y después había quedado con la espalda fija en la puerta, sus brazos rodeándola por la cintura, sintiendo que le costaba respirar. Sus labios entreabiertos, a escasos centímetros de los suyos... Toda una tentación. Sus miradas fijas sin saber cómo reaccionar; notando la

tensión sexual entre ellos. Chiara no había podido evitar dejar escapar un leve suspiro y, de repente, algo dentro de ella había parecido conectarse, haciéndola apartarse de él como si hubiera sentido una descarga eléctrica, abrir la puerta y dejarlo solo, como en ese momento, y en medio de aquella marejada de emociones a flor de piel.

Sacudió la cabeza para despejarse de esas sensaciones y regresó al interior de la *trattoria*.

## Capítulo seis

**D**urante la noche de ese viernes, el trabajo mantuvo ocupados a todos.

—Oye, Adrian, recuerda que hemos quedado —le comentó, de pasada, Massimo cuando se cruzó con él camino de la cocina.

—Sí, no te preocupes.

—¿Va todo bien? —preguntó Chiara desde la barra.

—Sí, claro, nunca ha ido mejor —le aseguró Adrian, levantando la mirada hacia ella y sonriéndole.

Chiara se colocó un mechón de pelo detrás de la oreja con cierto nerviosismo y volvió al trabajo preguntándose a qué había venido su pregunta. Bueno, se alegraba de que todo le fuera bien.

Cuando llegó la hora de cerrar, Massimo y Adrian se despidieron de los demás. Este miró por última vez a Chiara, y cuando sus ojos se encontraron, ella sintió una sensación extraña en la boca del estómago, un vacío. Como si después de todo le hubiera gustado acompañarlos.

Ese pensamiento cruzó la mente de Adrian, pero recordó haber escuchado decir que tenía una relación. Y la presencia de Stefano por las noches al ir a buscarla al cerrar la *trattoria* así los

atestiguaba.

—Divertiros, chicos. Pero mañana os quiero frescos para trabajar —les comentó Chiara con una media sonrisa y una ligera opresión en el pecho a la que no sabía qué explicación darle.

—Descuida, jefa, prometo tratarlo bien —dijo Massimo, pasando el brazo por los hombros de Adrian en señal de complicidad—. Otra cosa será si alguna de mis amigas se encapricha con él.

Chiara sonrió con ironía.

—Portaos bien. No quiero que mañana vengan a pedir os cuentas aquí por lo que hagáis esta noche.

Ella se volvió hacia la caja para cerrarla con llave y se entretuvo recogiendo algunas cosas.

—Son jóvenes —apuntó Fredo, sonriendo de manera abierta—. Apuesto a que alguna amiga de Massimo se fijará en el inglés.

Chiara lo miró con una mueca de sarcasmo. Se mordió el labio inferior al tiempo que se colocaba un mechón de pelo tras la oreja.

—Hasta mañana —dijeron ambos y cerraron la puerta detrás de ellos, dejando a Chiara sumida en una confusa sensación. Algo que no había experimentado hasta entonces. Las ganas de salir tras ellos y acompañarlos parecieron empujarla a hacerlo y, de hecho, caminó unos pasos hacia la puerta, pero al momento se detuvo. Stefano apareció una noche más para buscarla; el mundo pareció derrumbarse a sus pies y las repentinas ganas de salir tras Adrian y Massimo se acrecentaron.

—He venido a buscarte para salir. Es viernes por la noche y tú ya has terminado aquí. ¿Qué me dices?

Chiara no se lo pensó dos veces. Empujada por un remolino de emociones encontradas, aceptó la invitación. ¿Qué la había llevado a hacerlo? ¿Tal vez el considerar la posibilidad de encontrarse con Adrian? Una auténtica quimera.

Massimo y Adrian caminaron por la Vía Mazzini en medio de un gran gentío que parecía haberse echado a las calles con el buen tiempo o porque al día siguiente muchos no tendrían que madrugar. La verdad era que se respiraba un continuo ambiente de fiesta en las calles. Llegaron a la *piazza* Erbe, donde uno todavía podía caminar entre los diversos puestos de recuerdos que hacían referencia a la ciudad de Verona, así como a otras, como Venecia con su infinidad de máscaras de diversos tamaños y colores.

Massimo levantó la mano, saludando aquí y allá, hasta detenerse junto a una mesa alrededor de la cual se habían sentado cuatro atractivas mujeres que reían y charlaban de manera animada. Adrian se quedó detrás de Massimo mientras él se abrazaba a una atractiva mujer de cabellos castaños rizados, ojos claros y sonrisa provocativa. Se dieron un par de besos y comenzaron a hablar en italiano de una manera rápida que a Adrian le costó seguir. Por un momento, se sintió el centro de atención de las cuatro mujeres, ya que Massimo se volvió hacia él y al instante todas le sonrieron, agitaron las manos a modo de saludo e incluso se levantaron para darle un par de besos. Adrian se sintió turbado ante el ímpetu de ellas. Había escuchado hablar del carácter abierto y divertido de las italianas, pero también de su atractivo, y podía asegurar que todos esos comentarios les hacían justicia.

—Esta es mi querida y amada Verónica —le dijo a Adrian, rodeando a la mujer de cabellos color caoba y mirada enigmática—. No hay una mujer más bonita que ella en toda Verona. No la encontrarás —le aseguró, mientras esta sonreía divertida ante aquellas palabras.

—No le hagas caso. Es un seductor nato. Sabe decir aquello que agrada a las mujeres —le aseguró, acercándose a Adrian y dejando que su perfume lo envolviera. Él sonrió cuando ella se acercó, le dio

dos besos y sus manos lo tocaran de manera casual.

—Ya me he dado cuenta —asintió Adrian, devolviéndole la sonrisa a Verónica. Massimo se había sentado junto a las otras tres chicas.

—Por cierto, estas son Anna, Lucía y Carla —le informó, señalándolas por orden mientras Adrian parecía confuso por la manera en la que lo habían acogido—. Prométeme que lo tratarás bien —le susurró a Verónica cuando esta se sentó entre Massimo y Adrian.

—Siempre tan mal pensado, ¿eh? —le susurró ella con una sonrisa irónica al tiempo que sus ojos chispeaban traviesos.

—Tú ya me entiendes... —le comentó, arqueando las cejas de manera cómplice.

Verónica sonrió de forma abierta, echándose el pelo hacia atrás. Adrian recorrió con la mirada el cuello de la mujer hasta perderse en la apertura de su camisa, sintiendo un chispazo de deseo que a ella no le fue ajeno. Se olvidaría del trabajo durante unas horas en compañía de Massimo y sus amigas.

Adrian no se separaba de Verónica, parecía como si se conocieran desde siempre. Habían congeniado, y eso era lo que más le sorprendía a él, aunque era completamente consciente que aquello no iba a ninguna parte. Que ambos parecieran estar dispuestos a pasar la noche en compañía del otro no era algo definitivo. Solo era eso: una noche de fiesta en Verona.

Cuando Chiara entró en Capuleto junto a Stefano y vio a Adrian en compañía de aquella atractiva y llamativa mujer, sintió un inesperado golpe en el estómago. Quiso desviar la atención hacia otra parte del local, pero entonces Massimo llamó su atención.

—¡Vaya, jefa! No esperaba verte por aquí —exclamó, sonriente,

observando a Chiara, que parecía ausente—. Hola, Stefano.

—Sí, hemos venido a tomar algo —le dijo contemplando a Adrian en la barra, junto a la atractiva mujer, mientras veía como esta se apoyaba en su hombro para acercar su rostro al de él. Chiara intentó deslizar el nudo que en ese momento le apretaba la garganta hacia el estómago. ¿Qué diablos le sucedía? ¿Por qué tenía esas sensaciones? Y cuando sus miradas se encontraron durante un breve espacio de tiempo, Chiara se limitó a sonreír y a volver la atención a Massimo.

—Por ahí está Adrian.

Este volvió su atención hacia la italiana, quien parecía estar bastante interesada en él.

—¿Eres tímido? —le preguntó, acercándose más, hasta que sus cuerpos se rozaron y ella se mordió el labio inferior de manera provocativa.

—No —le respondió, sintiendo el deseo en su cuerpo. Por un instante, fogonazos de recuerdos de días pasados asaltaron la mente de Adrian, como si lo transportaran a otro lugar, otro día, pero con esa bonita mujer.

Verónica cogió el chupito de tequila, espolvoreó sal sobre su mano e instó a Adrian a seguirla. Pero, para sorpresa de este, ella no cogió la rodaja de limón en su boca, sino que se precipitó sobre la de Adrian para que la sal de ambos se mezclara en una sola. Una ola de deseo, acompañada de un gruñido de complacencia, apresó a Adrian, quien solo pudo responder al beso de Verónica. Luego, puso la rodaja de limón entre sus labios y se acercó a él una vez más. No quiso evitarlo, sino que la rodeó por la cintura para atraerla más hacia él, haciéndole sentir el grado de excitación de su cuerpo.

Adrian puso la mente en blanco. No quería pensar en nada ni en nadie en particular. No quería hacerse preguntas porque no tenía las

respuestas en esos momentos. Solo quería disfrutar de esa noche y de la mujer que tenía sujeta por la cintura.

Chiara trató de mantenerse alejada de Adrian. Sin embargo, la curiosidad o el subconsciente la traicionaban una y otra vez. Se movía inquieta junto a Stefano. Buscaba cualquier excusa para cambiar de posición con tal de poder observarlo. Pero ¿por qué se empeñaba en hacerlo cuando sabía que, en cierto modo, eso le afectaba? Y de una manera que ni ella misma lograba entender, pero que estaba ahí.

—¿Te sucede algo? ¿Buscas a alguien? —le preguntó su acompañante en una de las varias ocasiones en las que le pareció que ella no le prestaba atención.

—No, no... —Siempre la misma contestación, el mismo gesto y la misma sonrisa en su rostro. ¿Cómo explicarle que estaba mirando a su nuevo empleado y que el hecho de verlo con una de las amigas de Massimo le estaba provocando una explicable sensación desconcertante?

—Pareces ausente. Desde que hemos llegado y has visto a tus empleados.

—No, no... Es que tal vez no haya sido buena idea salir. Ha sido un día largo y duro... —se excusó, tratando de parecer convincente en sus explicaciones, aunque sabía que a Stefano no lo engañaría con facilidad.

—Sí tú lo dices..., pero no es esa la impresión que me das. Te he pillado mirando al nuevo chico de la *trattoria*, el inglés. Y no sé qué pensar, la verdad —le dijo, encogiéndose de hombros, esperando una explicación—. No sé si hay algo entre vosotros dos o qué. O si te molesta que se esté divirtiendo con esa mujer —le aclaró, arqueando las cejas con expectación.

Tal vez fue el gesto que Stefano hizo o fueron sus palabras las que

provocaron el enfado en Chiara.

—¿De qué estás hablando? ¿A qué ha venido ese comentario? ¿Qué insinúas?

—No insinúo nada, Chiara. Solo es una apreciación —le comentó, algo molesto por su actitud.

Chiara apuró su copa y dejó el vaso sobre una de las mesas repartidas por Capuletto, mirando a Stefano sin comprender muy bien qué había querido decir.

—Creo que ha sido mala idea salir —reafirmó, lanzándole una mirada de reproche por sus comentarios, sin esperar a que Stefano le dijera algo o que incluso la retuviera y le pidiera excusas.

Chiara se marchaba. Sola. Ese hecho no pasó desapercibido para Adrian, quien pareció sentir el impulso de salir tras ella y retenerla para que le dijera qué le sucedía. Acompañarla donde ella decidiera. Pero, al ver como Stefano salía tras ella, frenó su impulso. No se movió. Ni hizo intención. Lo dejó pasar sin más y volvió a centrar su atención en una Verónica que, por fortuna, no se había dado cuenta de la situación y había vuelto hacia la barra para pedir otra ronda de bebidas.

Adrian se desperezó de manera lenta cuando la luz del sol penetraba por la ventana apuntándole en el rostro. Emitió un ligero gruñido de malestar y estiró el brazo para encontrarse con un cuerpo. Frunció el ceño por un instante, intentando recordar lo sucedido la noche anterior. Volvió el rostro hacia la espalda de su acompañante. Con picardía, levantó la sábana y arqueó las cejas con toda naturalidad, contemplando el sensual cuerpo desnudo. Su mirada lo recorrió hasta posarse en la pequeña flor tatuada en el hombro. Sonrió recordando quién era ella y lo sucedido hacía varias horas, tras salir

con Massimo y sus amigas. Sabía que terminarían bajo las sábanas. Lanzó una mirada al reloj despertador de la mesilla. Era pronto, pero le convendría levantarse y salir de allí cuando antes. No quería que hubiera malos entendidos entre Verónica y él. De manera que lo mejor que podía hacer era desaparecer.

Comenzó a buscar su ropa sintiendo como la mujer se movía bajo las sábanas. Una parte de él parecía tener ganas de quedarse un poco más a su lado, pero, si era sincero, aquello no traería buenas consecuencias.

—¿Piensas irte sin un adiós? —el sensual, pero irónico, tono de sus palabras captó la atención de Adrian, quien la contemplaba con la boca abierta y el pantalón a medio abrochar.

—Pensé que estabas dormida y no quise despertarte —se excusó, encogiendo los hombros y tratando de parecer convincente.

Ella sonrió con sarcasmo.

—Supongo que estabas pensando en desaparecer y no dar señales —le comentó, abrazándose las rodillas al tiempo que el pelo le ocultaba parte del rostro.

—¿Por qué? ¿Quieres que volvamos a vernos? —a ella, la pregunta le sonó a disculpa.

—No te estoy pidiendo nada. Reconozco que lo hemos pasado bien. Hemos tomado copas, hemos bailado, reído, follado... No me quejo —le confesó con un deje sarcástico, recorriendo sus labios con la lengua de manera sensual, casi de una manera lasciva, tanto que comenzó a encender a Adrian.

—Admito que eres una mujer... interesante en todos los aspectos. Pero si te soy sincero, no busco una relación, por ahora.

—Estás de paso en Verona, según me contaste anoche. Bueno, si es así, no me importaría repetir contigo. Otra noche. —La invitación de ella arrancó una sonrisa risueña en Adrian.

—No sé si nos conviene.

—¿Acaso sabes lo que me conviene? —le preguntó con una mezcla de ironía y reproche.

Verónica era consciente de que le estaba dando largas. De que no parecía demasiado entusiasmado con esa propuesta. Arqueó una ceja y frunció los labios antes de acercarse a él gateando sobre la cama, como si fuera una pantera. Se irguió majestuosa ante él, dejando que su desnudez ocupara toda su atención, y, enmarcando su rostro, se apoderó de sus labios, tomándose el tiempo, pero con premura a la vez. Los humedeció y los saboreó con exquisita atención, provocando un gruñido de placer en Adrian. Introdujo varios dedos por dentro de los vaqueros de él y tiró hacia ella invitándolo a seguirla a la cama una vez más.

—Anda, despídete como Dios manda, ¿mmm? —le susurró, rodeándole el cuello con los brazos y mordiéndole el labio inferior.

Adrian deslizó las manos por la cintura de ella y se dejó arrastrar por la vorágine de deseo que le acababa de despertar. Todavía tenía tiempo antes de ir a la *trattoria*.

Cuando Adrian abrió la puerta de La sonrisa de Julieta, no esperaba encontrarse a Chiara contemplándolo con aquel gesto en el rostro. No sabría cómo definir lo que le transmitió, pero apostaba a que nada bueno.

—Llegas tarde —fue lo único que escuchó de su boca. Ni un «¿Qué tal estás?», un «Hola». Nada que se asemejara a un saludo. Adrian sabía que al final se había retrasado en casa de Verónica. Pero no iba a explicárselo a ella precisamente. La vio pasar a su lado y lo único que percibió por su parte fue que le regalara una mirada de clara advertencia de que estaba enfadada con él. Aunque, sinceramente, tampoco creía que fuera para tanto. De todas formas, la compensaría con su trabajo ese día.

Chiara sentía la sangre bullir en sus venas, y no se trataba de que Adrian se hubiera retrasado. No tenía queja de él, ya que su forma de trabajar era perfecta. Derrochaba entusiasmo y ganas de aprender a cada momento. Su malestar era más bien debido a la conversación que había mantenido con Massimo acerca de su salida nocturna de la noche anterior. Al parecer, no le había hecho ni pizca de gracia que le restregara en su cara que Adrian se había marchado con su amiga Verónica sin despedirse. Ello le daba una ligera idea de lo que había sucedido. Lo que Chiara no lograba entender era por qué le afectaba que Adrian se hubiera acostado con la tal Verónica. Suspiró un instante antes de volver a la cocina para tomar más platos, que entregó a Adrian en cuanto lo vio.

—Para la mesa cinco —le ordenó, mirándolo como si fuera a meterlo a él en el horno por lo que le estaba provocando.

—Bien —asintió Adrian, lanzando una mirada de curiosidad a Chiara.

—¿Por qué me miras de esa manera? —le preguntó, sin dejar ni un solo instante el mal humor.

—¿Cómo te miro, según tú? No estoy haciendo nada especial —le aseguró, encogiéndose de hombros con los platos calientes todavía en las manos.

—¿Crees que no tengo razón? Has llegado tarde...

—Lo sé. Y te pido disculpas. Y que no volverá a suceder. Tienes mi palabra.

Chiara le lanzó una última mirada antes de dejarlo solo. En su cabeza bullían infinidad de comentarios, alocadas ideas y situaciones que no la conducían a ninguna parte. Sacudió la cabeza y se dispuso a recibir a los siguientes clientes. Era mejor no pensar en él.

La tensión entre Chiara y Adrian parecía palparse cada vez que coincidían. Ella seguía algo alterada y lo achacaba a la cantidad de

trabajo que tenían y, en parte, a la presencia de Stefano, que acudía cada noche a recogerla. La verdad era que pensaba que se lo había dejado claro la última vez que pasó por la *trattoria*. No quería tener ninguna relación con él, ya que conocía muy bien a los hombres como Stefano. Los grandes hombres de negocios que piensan que tienen derecho a todo, que con su dinero pueden comprar y tener lo que quieran en todo momento. Quería a alguien como ella, cercano en el trato y sin aires de mando. Alguien que supiera apreciar su trabajo y, al mismo tiempo, apreciarla como persona, como mujer. Por eso su carácter se mostraba así en aquellos días.

Adrian terminaba de recoger una mesa cuando Massimo se le acercó.

—Parece que sigue molesta contigo.

—Pues la verdad es que no entiendo el motivo. Le he pedido disculpas por llegar un poco tarde, y me estoy dejando la piel sirviendo las mesas o recogiénolas y volviendo a prepararlas —le explicó Adrian, encogiéndose de hombros y mirando a Massimo.

—Si te soy sincero, creo que tiene que ver con que salimos anoche que salimos —le confesó, en un tono que se acercaba al susurro y que provocó una sorpresa lógica en Adrian.

—¿Por salir? —Adrian puso cara de incredulidad porque no entendía qué relación había entre que ellos dos hubieran salido y el mal humor que mostraba Chiara ese día—. No creo que le pareciera mal. Es más, se despidió de nosotros deseando que al día siguiente regresáramos de una pieza.

—Cierto, pero creo que tiene que ver con tu conquista nocturna —le dijo, arqueando las cejas con celeridad.

—¿Verónica?

—A quién, según creo, no vas a volver a ver.

—No. Fue una sola noche. Los dos éramos conscientes de ello —le

aclaró con total naturalidad—. ¿Hay alguna norma que nos prohíba acostarnos con las mujeres que conocemos? ¿Alguna norma que no me has dicho?

—¿Normas? ¿Estás de coña? Yo creo que es algo más personal, amigo.

—La verdad es que, o no entiendo tu italiano, o no sé de que me hablas.

—Creo que Chiara pudo haberse sentido algo... Ya me entiendes...

—Pues no, la verdad —lo cortó, de manera tajante, Adrian, algo exasperado por los rodeos que estaba dando Massimo.

—Yo creo que no le hizo demasiada gracia verte con Verónica en el Capuletto anoche.

—Deliras, amigo —le aseguró Adrian, señalándolo con el dedo, como si lo acusara.

—Sí, sí. Eso lo dices tú, pero conozco a las mujeres —comenzó explicando, sonriendo de manera cínica— y soy consciente de cuándo una me desea, está celosa o no quiere saber nada de mí. Y la mirada que Chiara te dirigió anoche... —Massimo dejó en suspense el final de la frase, moviendo las manos en un claro gesto italiano.

—Pues déjame decirte que en este caso te equivocas —le aseguró, asintiendo y posando la palma en el hombro de su compañero—. Chiara está algo taciturna. Distante y molesta. Le ha cambiado el carácter, pero no creo que tenga nada que ver conmigo.

—Ya, entonces estará en los días en los que a las mujeres se les revoluciona el organismo. Ya me entiendes —le dejó caer, guiñándole un ojo con complicidad.

—Eso puedo creérmelo más que tu primera teoría. Y ahora, date prisa en recoger eso y larguémonos o nos mirará como dices tú.

—Al único que miró de esa manera fue a ti. Anda, invítala a un

café en la *piazza* Bra frente al Arena de Verona.

—No, ni hablar. Prefiero recorrer Verona yo solo —le dijo de manera tajante, tratando de zanjar la conversación.

Chiara seguía atareada recogiendo manteles, vasos y demás utensilios. De vez en cuando levantaba la mirada hacia sus dos camareros y se preguntaba de qué demonios estarían hablando. Se reían, se hacían confesiones en voz baja y se daban palmadas en complicidad. ¿Qué estaban tramando? ¿Otra escapada nocturna de las suyas?, se preguntó, frunciendo el ceño, como si ello le importara.

—Nos vemos esta tarde —dijo Adrian, mirando a Chiara con la mano levantada a modo de despedida. Por un segundo, sus miradas se cruzaron, y él no pudo evitar pensar en las ocurrencias de Massimo. ¡Chiara celosa de la amiga de él!

—*Ciao! Ciao!* —respondió Chiara mirándolos a ambos, pero demorando su atención un poco más en Adrian.

—¿Necesitas que te echemos una mano? —le preguntó Massimo al ver que todavía faltaba algo por recoger.

—No, ya termino yo. No os preocupéis. En seguida me voy. Os veo esta tarde'. —No pretendía hacerle un escáner a Adrian acerca de si la estaba mirando o no; o si le sonreía, o si iba a decirle algo.

Massimo asintió y después miró a Adrian esperando a ver si decía algo. Se limitó a encogerse de hombros y abrir la puerta. Lanzó una última mirada a Chiara y esta le correspondió. Durante un par de segundos ambos tuvieron la sensación de que el mundo acababa de detenerse; que los coches no circulaban ni hacía calor. Ella escuchó el sonido de la puerta cerrarse y terminó de recoger. Se tomaría unas horas libres para relajarse. Hacía buena temperatura, lo que invitaba a sentir los rayos del sol acariciando su rostro. Por unas horas no pensaría en el trabajo, ni en Stefano, ni en Adrian. En

NADA.

## Capítulo siete

Chiara permanecía sentada en la terraza del café frente al Arena. Por fin podía relajarse un poco o, al menos, eso pretendía. Había conseguido cubrir la vacante que había dejado Filippo. Sin embargo, cuando las cosas le iban bien ella, se dejaba llevar por absurdos pensamientos. Sí. Así era. ¿Por qué si no estaba algo picada porque Adrian se hubiera acostado con la «amiguita» de Massimo? ¿Tanto le afectaba verlo con una mujer? ¡Sí, porque no quería que se dedicara a seducir a toda italiana que este le presentase y llegase tarde a trabajar! Entendía que Adrian tenía que divertirse en su tiempo libre, pero cada vez que pensaba en él, una sensación extraña se apoderaba de ella. Lo que la aterraba, sin embargo, era que pudiera marcharse de la *trattoria*, dejándola en la estacada. Pero tenía que darle algún toque si no se presentaba a la hora en el trabajo. No quería que llegase el caso en que él pudiera llegar a plantearse dejarlo todo. Cogió su café para beber un trago cuando, de repente, creyó que se atragantaba e incluso que algo de café había estado a punto de manchar su camisa. Entrecerró los ojos ocultos tras sus gafas de sol y se fijó bien en el motivo de su torpeza: Adrian dirigiéndose hacia ella. No podía creer que el destino fuera tan

caprichoso. Sacudió la cabeza y se dijo que pensaba demasiado en él, y eso no podía ser. Cerró los ojos para desechar esa imagen.

«Verás cómo al abrirlos él no está de verdad delante de ti. Es más bien tu subconsciente», se dijo, sonriendo de manera risueña.

Pero al levantar los párpados comprobó que no era fruto de su imaginación y que él le hacía un gesto con la mano caminando con decisión hacia ella. Lo que le sorprendió fue descubrirse recorriendo el cuerpo de Adrian con la mirada. En un gesto involuntario, cruzó una pierna sobre la otra mientras un repentino cosquilleo se apoderaba de su estómago extendiéndose hacia su bajo vientre. No entendía por qué demonios andaba pensando en su físico. ¡Se suponía que no tenía que sentirse de aquella manera ante él! O más bien debería aclarar que era él quien se lo provocaba con su mirada y su sonrisa.

Adrian paseaba por la *piazza* Bra, adornada con sus pintorescas casas de diversos colores, sus cafés y sus restaurantes. Dudaba entre seguir contemplando el paisaje que Verona le ofrecía o acercarse a saludar a Chiara. Estaba absorto, contemplando una ciudad llena de vida, cuya gente se echaba a sus calles en cualquier momento del día. Nada que ver con Londres: gris, lluvioso y lleno de polución. Pero en Verona era diferente... La claridad del día, la luz del sol, la vida en la calle, la amabilidad de las personas. Sin duda que le había gustado la impresión que le había causado al llegar. Y podía afirmar, sin temor a equivocarse, que cuanto más tiempo pasaba en aquel lugar, más tenía la sensación de que allí encontraría todo lo que buscaba. Cuando entró en la plaza, se quedó eclipsado por la majestuosidad del imponente anfiteatro en mitad de esta. Dio una vuelta, observando su arquitectura, y junto a él, el *Palazzo Municipale*. Y fue entonces cuando la vio a ella sentada en una de las terrazas que circundan la *piazza* Bra. Allí estaba, disfrutando de

los rayos del sol. Adrian experimentó una sensación de ir a saludarla, pero al momento se controló. No quería parecer impaciente ni dar la impresión de que estaba interesado en ella. La estuvo observando desde la distancia, sintiendo que cuánto más se fijaba en ella, más atractiva le parecía. Se sintió algo torpe con cada paso que lo acercaba a donde se encontraba. ¿Por qué diablos se comportaba así? Creía haber dicho en más de una ocasión que no buscaba ningún tipo de relación o compromiso. Por eso había dejado de ver a Verónica, pese a que la amiga de Massimo le parecía una mujer llamativa y provocativa. Y con la que había charlado de una gran variedad de temas, lo que le había gustado. En cuanto a su jefa, Chiara era una mujer que hacía que cualquier hombre se detuviera y se volviera para regalársela a la vista. Cuando se detuvo frente a ella, contempló su propia imagen en los espejos de sus gafas de sol.

—Hola —dijo, sintiendo una sensación de vulnerabilidad por estar allí expuesto ante ella, al tiempo que una sonrisa juguetona bailaba en sus seductores labios.

Chiara sintió la taquicardia y se mordió el labio, algo molesta consigo misma por no ser capaz de controlar sus emociones. De acuerdo, era mono. Simpático. Atento. Educado. Por el momento no se había comportado como los tíos que la conocían y cuya primera impresión era tirarle los tejos. O al menos eso pensaba ella. A lo mejor lo era y lo había pensado. ¡Por favor, qué ocurrencias tenía! ¿Es que todos los hombres iban a pensar así de ella? No era que se lo tuviera creído, es que era así. Chiara asintió de manera leve, colocándose las gafas sobre el pelo. No era de buena educación hablar con alguien y mirar hacia otra parte o centrarse en él con un desmedido interés. No soportaba a la gente que hablaba con ella sin quitarse las gafas de sol. Le daba la impresión de que, o no le hacían caso cuando hablaba, o que le estaban dando un buen

repaso.

—Disculpa, ¡qué descortesía la mía! Siéntate si quieres.

Adrian asintió sin decir nada, mientras sus miradas se encontraban una vez más al tiempo que decidía si sería buena idea sentarse a su lado y no frente a ella. Pero quería tener un trato cercano y limar asperezas. Siempre lo había hecho cuando trabajaba con su padre. Ante cualquier inconveniente entre los trabajadores, o entre él y un empleado, procuraba mostrarse cercano, afable y predispuesto a solucionar el problema. Y con ella no iba a ser menos. Si hacía falta, haría gala de su experiencia, pero no permitiría que entre ellos existieran roces, por muy leves que fueran.

El hecho de que Adrian se sentara a su lado hizo que el revuelo en el cuerpo de ella se agudizara. Inspiró hondo y decidió que lo mejor sería entablar una conversación.

—¿Qué haces a estas horas paseando por Verona? —Por algún extraño motivo, le parecía incapaz de apartar la mirada de él. Sí, era consciente de su atractivo. Pero ella no iba a permitir que eso la confundiera. Chiara sabía que Rosalina quería verla en pareja desde hacía años. Y ese deseo suyo la mortificaba. Había asumido desde hacía tiempo que no volvería a tener pareja y, por eso, le daba largas a Stefano. Pero él no quería verlo o no se enteraba. No quería saber nada de los hombres después del último fracaso con Carlo. Ni hablar. Su vida era la *trattoria* y no se le pasaba por la cabeza volverse loca por uno, por muy atractivo, interesante o sexi que pudiera parecerle. Ni siquiera un revolcón de una sola noche, que pudiera dar pie a más y más encuentros hasta que su vena romántica le jugara una mala pasada, como a su Julieta. *No*, se dijo de manera tajante, contemplando a Adrian como si este acabara de invitarla a la cama. Cuando hubo tomado la decisión respecto a él, pareció relajarse. Inspiró hondo y le sonrió como si él no

representara ningún peligro.

—No quería interrumpir tu momento de descanso —le dijo con un tono cálido y cortés que la sorprendió.

—Oh, no te preocupes. No lo haces —le aseguró, restando importancia a ese hecho. Su tono había sonado algo frío y mordaz—. Yo tampoco querría que dejaras de hacer lo que tuvieras en mente por haberme visto aquí —agregó a modo de excusa para intentar que se marchara. Pero su respuesta no fue la que ella esperaba.

—No, tranquila. Solo estaba paseando para seguir adaptándome a la ciudad —respondió con toda naturalidad, con un aplomo que no dejaba de captar la atención de ella.

—Bueno, es normal. Llevas poco tiempo en Verona. Y aquí, aunque parezca una ciudad pequeña, hay mucho que ver, si te fijas —le advirtió, paseando la mirada por la *piazza* y abriendo los brazos al mismo tiempo.

—Sí, es cierto, pero me gusta aclimatarme rápido a las ciudades a las que voy.

—Lo dices como si hubieras estado en muchas —le comentó, entrecerrando los ojos para intentar adivinar un poco más sobre él. ¿De dónde había salido y qué hacía en realidad en Verona? ¿Qué había hecho? Aquellas preguntas la intrigaban. Había aparecido en la *trattoria* dispuesto a trabajar por una cantidad de dinero que otros habían rechazado de plano. Aunque la verdad era que lo que más le intrigaba era cómo podía ser posible que su presencia sacudiera la tranquilidad emocional de su vida. La expresión de su rostro cambió y ella reaccionó—. Disculpa si soy muy directa.

—No, tranquila. No pasa nada. Es verdad que he estado en varias ciudades... buscándome la vida. Ya sabes —se apresuró a decirle para que se quedara tranquila. No iba a darle una lista detallada de dónde había estado porque tal vez algunas de estas le salieran de

ojo. El trabajo con su padre lo había llevado por medio continente para cerrar negocios.

—Solo se trata de una conversación formal entre colegas de trabajo. No pienses que es un interés personal, sino más bien de algo profesional —le aclaró, al momento, para que no hubiera malos entendidos. Chiara se quedó pensando por qué debería pensar que tenía interés en él.

Adrian asintió en silencio, comprendiendo lo que había querido decirle. Era normal que tratara de conocerlo. Debería procurar no cometer ningún fallo si no quería que supiera quién era su padre. Claro que, a lo mejor, ni si quiera había oído hablar de la firma de ropa. Por lo que él sabía, solo habían abierto un par de tiendas en Roma y Milán. Tal vez hubiera sido algo precipitado dar a entender que había visitado varias ciudades, pero no había sido algo dicho con intención de impresionarla. Lo que ocurría era que, por mucho que tratara de escapar o de ocultar su pasado, su subconsciente lo traicionaba de manera constante. Por ello, prefería centrar parte de su atención en ella. Chiara le parecía una mujer atractiva e interesante desde el punto de vista sexual. La típica mujer por la que cualquiera estaría dispuesto a arriesgarse.

—¿Varias ciudades? —le preguntó, sorprendida.

Antes de que llegara su respuesta, el camarero acudió a la mesa.

—¿Qué quiere?

—Un café —dijo, mirándola a ella mientras el camarero se iba. Por un breve instante sintió que sus ojos parecían brillar con más intensidad y que una tímida sonrisa se perfilaba en sus labios—. Sí, he viajado para formarme en el campo del *marketing* —se apresuró a responderle, tratando de apartar de su cabeza los pensamientos en torno a ella.

—Vaya, eso sí que es interesante. *Marketing*. Tal vez te pida

consejo sobre la *trattoria*. Pero ¿cómo has acabado en Verona? Se supone que en Londres tienes que tener muchas oportunidades para encontrar un puesto relacionado con el *marketing* —puntualizó, sonriendo, mientras tenía la impresión de que se adentraba en un terreno personal—. Y trabajando en una *trattoria* como camarero...

—Sí, no te lo discuto, pero al mismo tiempo me apetecía salir de allí y vivir nuevas experiencias —matizó, intentando encontrar la manera de cambiar de tema. No quería hablar demasiado acerca de su vida pasada.

Chiara se quedó pensativa cuando lo escuchó decir lo de las nuevas experiencias. Debía tratarse de trabajar en una ciudad diferente a Londres. En un trabajo que en nada tenía que ver con su formación. O tal vez se refería a recorrer mundo en busca de oportunidades.

—¿Como trabajar en una *trattoria*? ¿A eso te refieres con nuevas experiencias? —El nerviosismo inicial había dejado paso a una tranquilidad placentera.

«¿Lo ves? no hay ningún peligro, aunque él esté a tu lado», se dijo en un intento por aparentar calma.

—Sí —le susurró con un tono irónico, removiendo el café al tiempo que recorría con la mirada el contorno de la plaza. Observó la gente pasear, el bullicio de los niños, alguna motocicleta ruidosa que circulaba o los saludos en voz alta de la gente. Todo aquello era tan diferente a lo que él conocía.

Chiara aprovechaba ese momento para mirarlo en silencio. Pensaba en la seguridad y el aplomo que demostraba al hablar, en cada uno de sus gestos, en su forma de dirigirse a ella y de verla, de trabajar. Todo ello le daba a entender que aquel hombre tenía un mundo a sus espaldas.

Adrian sonrió con gesto divertido, recostándose contra el respaldo

de la silla y contemplando todo a su alrededor.

—He leído que el Arena es el lugar de los conciertos y las óperas —comentó, fijando la mirada en el espectacular monumento.

—Así es. Cuando llega el verano, uno puede estar aquí sentado, relajado, disfrutando de la noche bajo la melodía de una ópera o de un concierto.

—Es digno de ver sin duda —asintió, volviendo el rostro hacia ella.

Una tímida media sonrisa bailó en los labios de Chiara, que desvió la atención hacia el Arena de Verona, consciente de que él seguía contemplándola. Todo parecía indicarle que la complicidad que había surgido entre ellos al conocerse volvía a estar presente, que no había desaparecido del todo.

—¿Ibas a algún sitio en particular?

—Iba hacia el centro de Verona para visitar la *piazza* Erbe —se apresuró a responderle.

—Un lugar representativo. Allí está la casa de Romeo. Dime, ¿qué te parece Verona? De lo poco que hayas visto, claro —matizó, mirándolo risueña.

—Una ciudad pequeña, con mucho encanto, si te soy sincero. Una ciudad perfecta para vivir. Muy romántica. Llena de vida.

—Sí. Verona es una ciudad relajada y sin muchos sobresaltos, la verdad —asintió, dejando escapar un suspiro, cerrando los ojos y echando hacia atrás la cabeza en una clara actitud soñadora.

—Ya sé que tal vez no sea muy apropiado, pero iba a pedirte que, si te apetecía..., podrías venir y enseñarme la *piazza* Erbe, la casa de Romeo... —le explicó, encogiéndose de hombros, como si la invitación fuera de lo más normal.

Chiara sintió el palpito de una manera más acentuada al escucharlo. Su momento de relax se había visto interrumpido por esa repentina invitación. Deslizó con suavidad el nudo que se le

había formado en la garganta entreabriendo los labios para tomar aire, y se mostró confundida. Se fijó en el rostro de él y no supo definir si le pareció sorprendido o confuso porque balbuceaba y gesticulaba con las manos como si no supiera qué hacer con ellas. En el tiempo que llevaban trabajando juntos, Adrian le había parecido alguien muy seguro de sí mismo y de lo que quería hacer en cada momento. Y, de repente, se mostraba cortado por pedirle que la acompañara. ¿Cómo era posible? Tal vez pensaba que estaba tomándose cierta libertad a la hora de pedirle que le enseñara Verona. En un primer momento, Chiara sintió cierto temor por aquella sugerencia. Después, curiosidad y, finalmente, la extraña y repentina sensación de que le apetecía hacerlo. Asintió de manera apenas perceptible para Adrian, regalándole una sonrisa que le produjo una sensación de bienestar.

—No hay ningún problema.

«Vale, vale, no hay nada malo en enseñarle Verona. Restan un par de horas para abrir la *trattoria* y no tengo pensado hacer nada en particular», se dijo, como si quisiera justificarse por irse con él.

—Si no tienes nada que hacer. No quiero molestarte...

—No me molestas. De verdad —le aseguró, llamando al camarero para que le cobrara.

—No es necesario que... —Adrian echó mano a su cartera, pero Chiara sacudió la cabeza y le quitó las intenciones al tocarlo en el brazo de manera casual.

—No importa. Ya me invitarás tú en otra ocasión —comentó, como si estuviera segura de que volvería a darse una situación como aquella. Aunque tampoco quería que se convirtiera en algo habitual, ya que podría llegar a gustarle demasiado.

Adrian no pudo evitar que su atención se quedara fija en ella cuando se levantó y se colocó los vaqueros con un gesto de lo más

normal, sin darse cuenta de que él la estaba mirando. Luego, se giró para coger el bolso, y la tela de la camisa se le ajustó a los pechos, lo que provocó en Adrian sequedad en la boca y cierta incomodidad porque ella pudiera pillarlo mirándola de aquella manera. Si en un primer momento, ella le había parecido una mujer atractiva, en ese instante le parecía sensual, y un creciente deseo por verla sin ropa lo sacudió en un segundo.

Chiara se volvió con decisión hacia él y se colocó las gafas para evitar que la luz del sol le diera de manera directa en los ojos. Con ellas puestas podía observarlo mejor y no sentirse alterada por su mirada. Entreabrió los labios al darse cuenta de que sus cuerpos se habían acercado demasiado. Tanto que apenas si dejaban pasar el aire. Chiara percibió un brillo desconocido en sus ojos, que le avisó de lo que presumiblemente estaba pensando en ese momento.

—Disculpa —exclamó, apartándose a duras penas de ella.

—¿Nos vamos? —sugirió, deseando que aquella comprometedor situación pasara cuanto antes. ¿Era ella quién lo pensaba o percibía que entre ellos dos existía cierta atracción? ¿Era esa una de esas ocasiones en las que conoces a alguien y no puedes sacártelo de la cabeza? Ella solo fue capaz de sonreír de manera tímida cuando sintió el calor por todo el cuerpo. Debería centrarse en otros asuntos, pero ¿en cuáles... cuando él estaba tan cerca?

—La *piazza* Erbe no queda lejos de aquí —le dijo, caminando a su lado y sintiendo como su propio cuerpo parecía rebelarse ante la cercanía de él. Trataba por todos los medios de mantenerse alejada.

—¿Por qué hay tanta gente ahí? —le preguntó con interés, señalando con la mano al grupo de personas delante de ellos haciendo cola para entrar en un edificio.

—Oh, es la casa de Julieta.

—La casa de... Julieta —murmuró, como si estuviera fascinado por

ese hecho.

—Deduzco, por la expresión de tu rostro, que todavía no la has visitado —comentó con un tono de extrañeza por que no lo hubiera hecho—. Todos los turistas que acuden a Verona la buscan nada más llegar. Es el auténtico reclamo de la ciudad. Más incluso que el propio anfiteatro de la Arena.

—No, no la he visitado todavía. Y soy consciente de que es el mayor reclamo de la ciudad, junto con su tumba, el anfiteatro y demás elementos relacionados con la obra de Shakespeare. Lo he leído antes de venir.

—Sí, tienes toda la razón. Los elementos de Romeo y Julieta atraen a miríadas de turistas a Verona.

—Todos, no. Puedo asegurártelo —asintió, contemplándola con la mano alzada, como si quisiera dar fe de ello—. Pero deberías admitir que el hecho de que los turistas vengan en masa es bueno para tu negocio —apuntó, frunciendo el ceño y asintiendo. Como hombre de negocios, así lo veía.

—Sí, en eso debo darte la razón. Es extraño que tú no hayas venido a Verona atraído por el reclamo de Romeo y Julieta.

—Estoy aquí para mejorar mi italiano, ya te lo dije —le confesó, con la excusa que mejor se ajustaba a su presencia en la ciudad.

Chiara sonrió como si no acabara de creerlo.

—Sí, es cierto. No sé por qué no te imagino viniendo aquí por Julieta y su historia, la verdad —dijo, mostrándose segura de sus palabras y quedándose frente a él con los brazos cruzados sobre el pecho a modo de barrera entre ambos. Le había quedado claro que Adrian no era la clase de hombre que creía en el amor romántico que se respiraba en las calles de Verona. Más bien le parecía alguien práctico en el tema de las relaciones. Alguien que tomaba lo que le apetecía en cada momento. Lo que le ofrecían, y después lo dejaba,

como con la amiga de Massimo. «¡Oh, no! ¿Otra vez?!», se preguntó, irritada consigo misma por no ser capaz de bloquear esos pensamientos. Le había confesado ser un trotamundos, de manera que no podía ser alguien que creyera en el amor y en una relación duradera.

—No querrás visitarla con tanta gente, ¿verdad? —indagó, señalando con la mano hacia la verja de entrada.

El comentario de ella los sorprendió. Chiara lo había formulado en un intento por escapar de él y del palpito que su cercanía le provocaba. Algo que parecía advertirle. Y él no esperaba que se lo preguntara de manera negativa, como esperando que él le diera razón y rechazara su invitación.

—¿Por qué no? Ya que estás aquí, podrías explicarme su historia —le aseguró moviendo la cabeza con un gesto hacia ella, mientras mantenía las manos en los bolsillos de sus vaqueros. De ese modo, evitaría rozarla siquiera.

¿Explicarle la leyenda en torno a la figura de Julieta que había en el patio? Chiara apretó los labios y asintió.

Cruzaron la verja de entrada sobre la que destacaban cientos de candados con nombres e iniciales de enamorados, con promesas de amor verdadero y eterno. Adrian no pudo dejar escapar una ligera sonrisa al pensar en lo maravilloso que sería poder atar ese sentimiento en un candado. Era consciente que en su vida no había tenido espacio para el amor, para ese sentimiento verdadero. Solo había conocido intereses y promesas vanas para lograr objetivos. No era el momento de pensar en ellos, así que los desechó de su mente. Claro que él también había contribuido a ello dando pie a esas citas y a esos encuentros sexuales esporádicos. Su curiosidad lo llevó a detenerse y observar los candados. Las inscripciones realizadas sobre paneles de madera antes de entrar en el patio de la

casa. Allí destacaba, por encima de todo, la estatua de Julieta, ante la que los turistas hacían cola para sacarse una foto junto a ella.

Chiara se volvió para ver dónde estaba. Su respiración comenzó a agitarse en demasía con cada minuto que pasaba observándolo. Le pareció ausente, y una tierna sonrisa se dibujó en sus labios mientras él estaba más que interesado en la espontánea decoración de las paredes del atrio de la casa. Se fijaba en todos y cada uno de sus gestos a medida que leía los mensajes. ¿Se habría equivocado con él al pensar que no creía en el amor verdadero? ¿O lo hacía para después burlarse de todo aquello?

Por algún motivo extraño quiso dejarlo, solo para que ella siguiera contemplándolo como nunca antes había hecho con un hombre, ni siquiera con Stefano. No quería romper ese extraño hechizo bajo el que parecía encontrarse en el atrio de la casa de Julieta a la que tantas veces había acudido su romántico sentido del amor.

—¿Te parecen interesantes? —le susurró, observando la pared en la que Adrian había fijado su atención. Permanecieron en silencio, contemplándose uno en la mirada del otro, como dos completos desconocidos.

Él cogió aire pensando si debería dejarse llevar por lo que experimentaba. Sin embargo, ella pareció percibir algo y se apartó de manera disimulada. No sabía con exactitud qué le sucedía con él, pero empezaba... a gustarle.

—Dime, ¿por qué los escriben y los dejan en las paredes? ¿Pretenden declarar su amor en público? —le preguntó, mientras la boca de Chiara dibujaba una media sonrisa y él volvía a experimentar la extraña y repentina necesidad de enmarcarle el rostro entre sus manos para buscar en su mirada una explicación lógica a aquel embrujo en el que Verona parecía estar atrapándolo.

—Es una tradición —se limitó a responderle, sintiendo el temblor

en las piernas, el sudor impregnando las palmas de sus manos.

—Dime, ¿qué crees que esperan conseguir con ello? —Frunció el ceño y señaló las notas.

—El favor de Julieta para conseguir el amor de su amada... o de su amado —rectificó, sonriendo como una adolescente enamorada de esa tradición. Siempre le había parecido maravilloso declarar el amor por una persona de aquella manera. Aunque a Stefano le pareciera de los más cursi. Por eso mismo, Chiara era consciente de que sus parejas nunca harían algo así.

—¿Alguna vez has dejado un mensaje?

—¿Yo? —le preguntó, sorprendida, sintiendo como los nervios la atenazaban mientras él la contemplaba expectante y asentía. No sabía decir si su agitación se debía a la pregunta en sí misma o al hecho de que se la hubiera hecho él—. ¿Me ves a mí dejando una carta para Julieta? —quiso saber, algo molesta porque sí se le había pasado por la cabeza hacerlo, pero siempre se había echado atrás. Total, ¿de qué le habría servido—. Es una tradición que la gente cumple cuando viene a Verona y visita esta casa. Nada más —aclaró, asintiendo de manera firme y tratando de restarle importancia al hecho, aunque en su interior pensara que era una locura, algo bonito y romántico. Se le ocurrían infinidad de palabras para definir ese acto.

Adrian apretó los labios hasta convertirlos en una delgada línea y entrecerró los ojos balanceándose sobre un pie. Su atención pasó a la pared de nuevo. Estaba convencido de que ella era de la clase de mujeres que dejaría sus mensajes a Julieta para que la ayudara a encontrar a su particular Romeo. Sí. O bien que su pareja lo hiciera para ella. Le parecía una romántica apasionada de Julieta. Lo que no entendía era por qué no se lo confesaba. Se acercó, midiendo con cautela los pasos que los separaban, hasta que pensó si no estaría

cruzando el límite entre la locura y la cordura. Tal vez fuera el entorno en el que se encontraban, o el hecho de hablar del amor parecía empujarlo hacia ella. Siguió contemplándola mientras las mejillas de ella se encendían más a cada segundo, pensando que no podía tratarse solo de una tradición. Él asintió y regresó a la pared que había frente a ellos, repleta de mensajes garabateados, pequeños pergaminos de papel incrustados en huecos, y notas, corazones.... Se imaginaba a esas personas dejando sus deseos para Julieta.

—Pienso que hay algo más detrás de una simple tradición para la gente que visita este lugar —le dijo paseando la mirada por el patio de la casa y elevándola hacia el balcón, antes de quedarse mirándola una vez más.

El gesto de ella cambió de repente cuando percibió su mirada inquisidora, su ceño fruncido y sus manos apoyadas en las caderas.

Chiara abrió los labios para replicarle, pero la expresión de su rostro y su proximidad le estaban haciendo las cosas bastante difíciles. Agitó la mano en dirección hacia la pared, contemplándola e intentando decir algo. ¡Por todos los demonios! ¿Qué le sucedía con él? ¿Acaso se debía al lugar en el que se encontraban? ¿Era que Julieta le estaba diciendo algo que no lograba comprender?

—Es increíble que el amor sea una atracción turística en Verona.

—Tú lo estás haciendo —le rebatió ella mientras sus cejas ascendían sobre su frente.

—¿A qué te refieres?

—A visitar la casa de Julieta como un turista más.

—No deja de ser una manera de atraer gente a la ciudad. Y eso, como decía antes, te beneficia.

—Aunque me gustaría ver la parte romántica de todo esto.

—Yo la veo, Chiara. Esas notas son el sentimiento que despierta el

hecho de dejarlas para lograr conquistar el corazón de la persona amada. Romeo y Julieta es la historia más romántica jamás escrita, aunque se trate de una tragedia.

—Tienes razón, y... pareces saber mucho acerca del amor y de los sentimientos —le comentó con una mezcla de curiosidad y cierta ironía.

Una sonrisa melancólica apareció en el rostro de él. Una que encogió el estómago de Chiara porque tuvo la impresión de que aquella afirmación parecía provocarle recuerdos dolorosos.

—Nunca lo he conocido.

—¿Cómo puedes estar tan seguro de ello? Supongo que... ¿Tú lo harías? ¿Dejarías una nota de amor para Julieta si encontraras el amor verdadero? —le preguntó ella con un tono dubitativo mientras se humedecía los labios.

—Sí, lo haría por la mujer a la que amase, y hasta puede que me declarase a ella —le confesó, señalando con la mano el lugar al que elevaba la mirada para contemplar a la gente haciéndose fotografías en este, escenificando el famoso fragmento de la obra de Shakespeare.

Chiara sonrió sin poder creer que él fuera capaz de hacerlo, aunque algo en la forma en la que la miraba y se comportaba le decían que podría ser cierto. Y ese pensamiento sacudió su agitado corazón con solo pensarlo.

—Hablas en serio... —murmuró, creyendo que su voz no se escucharía hasta que percibió la sonrisa de complicidad de él—. ¡Serías capaz de hacerlo! —exclamó mientras el simple hecho de imaginárselo le arrancó varias carcajadas.

—Solo que no podrás ser testigo de ello, porque no tengo una Julieta a quien declarárselo. —La contempló divertido, consciente de que nunca antes ninguna mujer lo había hecho sentir de aquella

manera. ¿Cometer una locura por amor? Algo parecía estar cambiando en su interior. Y no sabía si era debido al hecho de haberse liberado de su pasado, o bien a haberla conocido a ella; o tal vez al romanticismo que se respiraba en las calles y en las plazas de Verona.

Chiara dejó de reír poco a poco al darse cuenta de cómo la miraba. Pero entonces comprendió que era la primera vez en muchos años que un hombre le provocaba la risa.

—Disculpa, no era mi intención... —Trataba de mantenerse serena mientras la mirada iba al balcón y viceversa, como si estuviera pensando en ella como ¿su Julieta? Sacudió la cabeza para desechar aquel absurdo pensamiento, pero permaneció contemplando la estatua durante unos segundos.

—La verdad es que es un sitio precioso. Por cierto, ¿cuál es la tradición? —le preguntó, cambiando de tema para no seguir soñando.

## Capítulo ocho

Chiara se acercó a la estatua de Julieta en un momento en el que no había nadie junto a ella. La observó con detenimiento, como si esperara que fuera a moverse o a confesarle algo. Permanecía ajena a Adrian, quien la contemplaba intrigado. ¿Qué poder poseía aquel lugar?

—Cuenta la leyenda que, si tocas su seno... —comenzó a relatarle con una voz cálida que se acercaba al susurro, posando la mano en el pecho de la estatua para sentir la fría suavidad del bronce bajo la palma y acariciarlo de manera lenta. ¿Cuántas veces habría acudido a hacerlo durante su vida?— encontrarás el amor verdadero o regresarás a Verona.

—¿Tú lo crees? —le preguntó él percibiendo el brillo enigmático en sus ojos al mirarlo y la suave sonrisa que se perfiló en sus labios, llena de nostalgia, como si le recordara un tiempo pasado que fue mejor. O más bien se trataba de que no había encontrado a su particular Romeo. Pero ¿y Stefano? Le pareció que ella se perdía en sus pensamientos por unos segundos.

—Solo es una historia popular. Una antigua tradición. —Chiara sacudió la cabeza desterrando sus sueños de adolescente.

—Sin embargo, has posado tu mano en su seno. ¿Por qué lo has hecho?

—Una mera formalidad para explicarte la leyenda. Nada más —le dijo, agitándola en el aire, queriendo restar importancia a ese hecho. No le confesaría que había sentido un extraño y repentino impulso de hacerlo al verlo a él allí, junto a ella.

—Encontrarás el verdadero amor, Chiara. Bueno, tal vez ya lo has hecho —matizó al recordar a Stefano.

—¿Acaso tú crees en las leyendas? ¿Y por qué crees que lo he encontrado? —le preguntó con una inusitada mezcla de diversión e interés para ocultar sus verdaderas emociones. ¿El amor verdadero? No, estaba convencida de que Stefano no lo representaba. No era su particular Romeo.

Adrian se acercó a ella hasta que sintió como su presencia ocupaba todo el patio, como su sonrisa era capaz de hacerle olvidar quién era él, de dónde venía y qué buscaba en aquel lugar.

—Primero, porque soy consciente de que nunca te marcharás de Verona. Y bueno, luego está Stefano... Por eso lo digo.

—Estás muy seguro de ello, por lo que veo. ¿Encontrar el verdadero amor? ¿Así de simple? —le preguntó con naturalidad. Sacudió la cabeza—. ¿Y qué me dices de ti? —le dijo, sorprendiéndolo—. ¿Has encontrado el verdadero amor o crees haberlo hecho?

Adrian se inclinó hacia el rostro de Chiara de manera peligrosa, obligándola a apartarse al verlo ir directo hacia ella. Temía que llevara el asunto más allá de lo permitido, aunque una parte en su interior clamaba que la besara, que la hiciera soñar con ese sentimiento eterno que profesaba Julieta. No, que la hiciera sentirse como ella.

—¿Quién lo sabe? ¿Quién puede asegurar que lo he hallado? —

preguntó extendiendo los dedos con la intención de atraparle un mechón de pelo para colocárselo detrás de la oreja, lo que le provocó un leve gemido. Cuando le sonrió, pensó que no podría soportar ni un momento más aquel estado de tensión entre ellos sin ser consciente de que sus manos se estaban rozando de manera casual.

—Te desenvuelves tan bien en tu trabajo como para hablar del amor, Romeo —le advirtió, cambiando de tema y dejándolo con la sonrisa pintada en la boca al tiempo que ella se ponía las gafas y hacía señales para que se marcharan de aquel lugar, pues era consciente de que no podía permitirle seguir por ese camino—. Vamos, vayamos arriba para que puedas contemplar las vistas de Verona.

La siguió escaleras arriba hacia el famoso balcón. Los suelos de madera crujían a cada paso que daban. Ascendieron hasta el piso superior, donde un encargado los saludó. La gente salía al balcón para hacerse fotografías.

—Vaya, espera. Hay una muchacha a la que le están haciendo una foto desde abajo.

—Como si se tratara de Julieta.

—Vamos. Aprovechemos —le dijo, tratando de controlar su respiración agitada.

Salieron al balcón tratando de que sus cuerpos no se rozasen. Contemplaron las vistas del patio de la casa, de los tejados y los edificios a los lejos.

—Aquella cúpula es Santa Anastasia. Está muy cerca de la *piazza* Erbe —le explicaba Chiara, señalando con la mano hacia lo lejos. Había dejado que su mano se apoyara sobre el antebrazo de él, de una manera casual y, cuando él volvió el rostro hacia ella, se humedeció los labios de manera lenta y los dejó entreabiertos para

poder respirar. No eran conscientes de que el mundo parecía haberse detenido. Que permanecían ajenos a todo lo demás. Era como si Romeo y Julieta estuvieran en aquel balcón contemplándose por primera vez. *iPer favore!* ¿Qué les sucedía? ¿Por qué no lo detenía ella antes de que todo le explotara en las manos y no hubiera marcha atrás?

Él sonrió de manera tímida.

—Por favor —una voz solicitando permiso para asomarse al balcón hizo que los dos se apartasen—. Disculpe que los interrumpa.

Chiara abandonó el balcón con una sensación que jamás creyó poder sentir. Desvió la mirada hacia el interior de la casa y sintió que le faltaba el aire, el valor para volverse a Adrian y mirarlo a los ojos después de aquel momento. Descendieron las escaleras en absoluto silencio. No hacía falta explicar nada. No había palabras que describieran la mirada larga que habían compartido. Tal vez ni siquiera fueran conscientes de ello ni de lo que significaría desde ese momento.

Salieron a la calle por la que la gente no dejaba de pasar. Entraban y salían de manera atropellada de la casa de Julieta. No encontraba una explicación lógica, salvo que entre ellos pudiera existir una atracción, que parecía haber quedado más que clara en ese momento.

—Es mejor que volvamos. Falta poco para abrir. La *piazza* Erbe tendrá que esperar. O puedes visitarla tú cuando quieras.

—Sí, ya lo pensaré... Tengo entendido que allí se encuentra la casa de Romeo.

Chiara asintió de manera leve.

—Sí. Allí está. Es mejor que nos marchemos y dejemos a Romeo y Julieta para otra ocasión.

—Claro.

Caminaron de regreso a la *trattoria* sin apenas intercambiar palabras. Evitaron acercarse demasiado el uno al otro. Y aunque el destino parecía empeñado en que lo hicieran, poniendo los más diversos obstáculos en su camino, ambos supieron mantener la compostura, sorprendidos y confusos por la manera en la que se había desarrollado la tarde. Chiara había deseado que la besara en aquel emblemático y romántico lugar para que su propia historia de Romeo y Julieta cobrara vida. Adrian pensaba en que ella tenía a alguien, y que él no sería quien interfiriera en ellos. Era mejor así y no buscar enredar más las cosas.

\*\*\*

Chiara salió de la cocina con una copa de vino en la mano y semblante distraído, pensando en el baño que se daría al llegar a casa para disipar el cansancio acumulado durante todo el día. Por suerte, Stefano llevaba noches sin acudir a buscarla para ir por ahí; todo un detalle que agradecía. Se había centrado en el trabajo y en nada más. Se quitó la goma que le sujetaba el pelo, dejó la copa sobre una de las mesas y se limitó a introducir las manos en este para alborotarlo y darle volumen. Cuando giró el rostro, se percató que había alguien sentado en una mesa que la contemplaba ensimismado sin que ella se hubiera percatado de su presencia. Chiara se detuvo en seco cuando lo reconoció. Frunció el ceño y sacudió la cabeza dirigiéndose hacia él con paso dubitativo y una inesperada ola de agitación.

—¿No se suponía que te ibas a ir con Massimo?

—Se suponía.

—¿Y qué haces aquí? ¿Por qué no te has marchado a casa? —  
Cogió la copa para beber sin apartar la mirada de él, dejando que el

vino descendiera por su garganta al mismo tiempo que la temperatura de su cuerpo iba subiendo. Algo que, sin duda, achacó al alcohol, y no a la manera en que Adrian le sonreía.

—Te esperaba —le dijo muy seguro, mientras ella volvía a dejar la copa sobre la mesa y lo miraba con temor a lo que pudiera estar pensando.

—¿Cómo? —preguntó, confusa y aturdida, al escucharlo decirlo. ¿Cómo que la esperaba? ¿Qué capítulo se había perdido? Porque creía que había quedado claro que desde la tarde en que habían pasado en casa de Julieta, ambos habían mantenido cierta distancia. Y mucho menos habían acudido juntos a alguna otra parte de la ciudad—. Oye, ¿no se te habrá ocurrido cancelar tu salida con Massimo por esperarme? Y te advierto que no soy vanidosa; ni me creo nada ni cualquier rollo de esos que puedas estar pensando —le dejó claro, levantando la mano hacia él con gesto serio.

—No, ha sido Massimo quien, a última hora, no podía quedar —le aclaró, contemplando la sensación de alivio reflejada en su rostro.

—Pues no sé qué quieres que te diga —comentó, arqueando las cejas. No sabía si a esas alturas el vino la ayudaba a tranquilizarse o la ponía más nerviosa.

—Ya, bueno... Lo cierto es que tampoco sé que hago aquí porque imagino que vendrán a buscarte —le comentó de pasada, mientras en su cabeza se debatía la lucha de si debería invitarla a pasar un rato juntos o no en caso de que esa noche ella estuviera libre. Era consciente de que entre ella y Stefano había pasado algo, ya que durante los últimos días él no había aparecido a recogerla. Y más desde la noche en que Massimo y él habían salido y él se había marchado con Verónica.

Chiara lo miró con una mezcla de sorpresa y nerviosismo. Llevaba días sin pensar en Stefano y agradecía que no se hubiera pasado por

la *trattoria* a buscarla. Eso le había dejado espacio a ella para tratar de reorganizar su vida, algo más agitada de lo normal desde la tarde que había pasado con Adrian visitando la casa de Julieta.

—No —le respondió, sacudiendo la cabeza antes de apurar el contenido de su copa. Ella intuía la siguiente pregunta y, sin saber cómo ni por qué, sentía el deseo de que se la formulara.

—En ese caso, y ya que no tengo plan para esta noche..., me preguntaba si querías salir por ahí a tomar algo —le propuso de manera casual, tratando de que no diera la impresión de que le apetecía hacerlo—. Pero no quiero que te sientas obligada a ello, por favor. —¿Por qué diablos la deseaba de aquella manera, que pareciera que le fuera la vida en ello? ¿Qué había descubierto en aquella preciosa italiana que no hubiera visto antes en ninguna otra mujer? ¿Por qué no podía dejarlo estar y olvidarse de todo? Salir huyendo y buscar un empleo en otro lugar. Pero la respuesta a todas sus preguntas estaba justo delante de él, y tenía la sospecha de que, por mucho que intentara huir y esconderse de esa sensación..., ya era demasiado tarde.

Chiara sintió un vuelco en el estómago y sabía a la perfección que no era a causa del vino. No. Se trataba de él. De su invitación. De todo lo que representaba. Y a pesar de que se le había pasado por la cabeza que le hiciera aquella proposición, no parecía estar preparada para ello. Y más cuando se fijó en la tímida sonrisa que bailaba en los labios de Adrian.

—¿Por qué te ríes? —le preguntó con un gesto risueño, sintiendo el pulso martillearle las sienes.

—Pensaba si, en verdad, sería conveniente salir con mi jefa un viernes de madrugada —mintió, intentando apartar de su mente lo que podría suceder—. No quiero que te lleves una mala impresión de mí y mañana me despidas —le dijo, alzando las manos delante de

ella, en señal de rendición.

—Si me vas a ver como a tu jefa, en ese caso cancelamos la... — se detuvo antes de pronunciar la palabra que, de nuevo, se había deslizado en su mente y que había hecho saltar todas las alarmas. ¡No, no y no! ¡No se trataba de una cita! ¿Por qué debería serlo? ¿En qué estaba pensando?

Adrian sonrió justo en el instante en el que se dio perfecta cuenta de lo que ella iba a decir. La vio morderse el labio inferior y sacudir la cabeza como si quisiera desechar sus absurdas ideas, y le pareció un gesto muy sensual.

—Te has quedado con la palabra en la boca —mencionó, entrecerrando los ojos y acercándose a ella con la urgente necesidad de besarla rodeados por el aroma a pasta fresca y especias.

—Iba a decir «quedada». Eso es. Si vas a considerarme como tu jefa y no como una... —Chiara cerró los ojos y contó hasta cinco. Sin duda que, cuánto más trataba de arreglarlo, más liada estaba.

—¿Compañera de trabajo? —le sugirió él elevando la temperatura del cuerpo de ella hasta que pensó que podría derretirse allí mismo bajo su influjo. Por no mencionar su sonrisa, que era capaz de hacerla pensar en él de manera pecaminosa o incluso lasciva. Sin duda que era mejor cortar la conversación o no respondería de sus actos. Adrian era un hombre que conseguía sacarla de sus casillas. Que sabía cómo provocarla y hacerla confundir, pero lo que más le agradaba era que la hacía sentir viva. Y ello entrañaba una seria dificultad porque... era consciente de que le gustaba. Y mucho. Y la idea de mezclar trabajo y vida personal no sería lo más acertado en esos momentos.

—Sí, es lo que somos —le aseguró deseando que él se apartara y le dejara espacio para respirar, para no sentirse tan atraída hacia él.

—En ese caso, dejémoslo así —asintió, mirándola con tal

intensidad que ella no pudo evitar preguntarse cómo haría para no caer en la tentación de besarlo. Y en caso de hacerlo, ¿qué pensaba hacer con él?—. Pues podemos irnos cuando gustes.

—Pero ni siquiera estoy arreglada para salir por ahí. Mírame, ¿te parece que estoy en condiciones de hacerlo? —le preguntó, bajando de la mesa, sin darse cuenta de que, al hacerlo, sus cuerpos quedaron más cerca, tanto que sintió el aliento de Adrian en su propio rostro.

Era la peor excusa que podía darle. Pero también era la primera que se le había ocurrido y, en cierto modo, sabía que él no la aceptaría. En el fondo deseaba enseñarle Verona, perderse en sus calles y disfrutar de la noche en su compañía a pesar de que no estaba segura de ello. Era su empleado.

Adrian sonrió. Su disculpa no había funcionado.

—¿Por qué te preocupas por tu aspecto? Estás bien para salir por ahí.

Ella se quedó observándolo con atención. No se había tratado de sus palabras ni del tono empleado lo que la había impactado, sino su forma de mirarla mientras las pronunciaba. Había algo en sus ojos que le provocó un vacío en el estómago.

—Anda, deja de mirarme de esa forma —le pidió posando la mano en el rostro de Adrian, volviéndoselo hacia otra parte para evitar que la mirara. Sintió la ola de calor invadir todo su cuerpo y acentuarse en sus mejillas. Su corazón latía de manera frenética.

Él volvió la vista hacia ella y se quedó eclipsado contemplando sus brillantes ojos, sus labios entreabiertos y su rostro encendido. Luego la contempló alejarse unos pasos, y él comprendió que no debía seguir por ese camino.

Chiara experimentó como su piel se erizaba sin que ella pudiese controlar esa sensación. Su cuerpo y su mente no iban coordinados.

Por mucho que intentara no experimentar sentimiento alguno por Adrian, algo en su interior le parecía dispuesto a hacerla cambiar de opinión. Como si se hubiera empeñado en hacerle ver lo que aquel hombre le provocaba.

—Imagino que tienes ropa para cambiarte en tu cuarto, aunque tampoco me preocupa mucho.

Si tuviera el valor necesario, la rodearía por la cintura para atraerla hacia él y sentirla como parte suya; besarla y perderse en el sabor de sus labios, como en verdad deseaba. Le pareció que ella titubeaba, como si hubiese sido capaz de leer sus pensamientos. ¿Iba a echarse atrás en ese momento? Le parecía que ella dudaba. Tal vez estuviese pensando en Stefano y en si era lo más acertado.

Ella se colocó el pelo detrás de las orejas de manera tímida, apartando la mirada de él. Se humedeció los labios y metió las manos en los bolsillos de los vaqueros al tiempo que sus cejas subían y bajaban con celeridad.

—Bueno..., en ese caso..., tendrás que concederme al menos cinco minutos para poderme... arreglar —dijo, con el pulso acelerado de más al darse cuenta de que él la contemplaba con la mirada entornada, preguntándose si accedería o no.

—Los que necesites. Pero ya te digo que no hace falta que te arregles demasiado.

Chiara sacudió la cabeza y lo admiró con los ojos entrecerrados. ¿Cómo conseguía hacerla reír y sentir que flotaba? Apuró la copa de vino en un intento por buscar un poco de la calma que iba a necesitar esa noche.

—Vuelvo enseguida.

Se sentía extraña por su propio comportamiento porque, por primera vez en mucho tiempo, tenía esa sensación de revuelo en el estómago, como una adolescente ante su primera cita. Desapareció

en el cuarto donde dejaba la ropa, la cogió y caminó hacia el aseo. Se reacomodó el pelo y se dio algo de color a los labios, se perfiló la raya de los ojos y se puso rímel. Contempló su reflejo en el espejo y sonrió preguntándose si tanto le había preocupado su apariencia, si en verdad deseaba que él la encontrara atractiva y que... Se ajustó la camisa y la dejó por fuera de los vaqueros. Decidió dejar de pensar en lo que podía suceder o no esa noche e inspiró hondo antes de aparecer ante él.

Adrian escuchó el sonido de los tacones adentrarse en el comedor. Levantó la mirada y se quedó sin palabras cuando la vio. Si desde el día en que la conoció le pareció una mujer atractiva, en ese momento el calificativo no hacía justicia a la mujer que tenía enfrente.

—Bueno, creo que ya estoy lista —le aseguró con una tímida sonrisa.

Él se fijó en la camisa en tonos azul cielo a juego con los vaqueros desgastados y ajustados a las caderas. Una americana color camel y unas sandalias rojas que la hacían más alta. Hacía verdaderos esfuerzos para respirar en esos momentos y deslizar el nudo que se le había formado por la impresión de verla. Entonces su mirada se desvió hacia el balcón y sonrió cuando se le pasó por la mente un pensamiento alocado y, tal vez, absurdo.

—Vale, ya que te ríes, lo dejaré pasar —le dijo, algo ofuscada por su reacción. Se sintió un tanto defraudada porque esperaba algún halago por parte de él. Claro que tampoco él debería hacérselo después de todo.

Él se quedó mirándola, sin saber qué hacer porque no podía besarla, ya que se suponía que ella tenía pareja. Pero ¿por qué accedía entonces a salir con él? Estaba claro que confiaba en su comportamiento, se dijo, y él no iba a pasarse de la raya. La

respetaba. Tampoco sabía qué era lo que iba hacer con su vida. No estaba seguro de si ella tendría sitio en esta. Lo que no quería era hacerle daño después de lo bien que se estaba portando con él.

—No me reía de ti. Es que estás... preciosa —le confesó dándose cuenta de que ella estaba algo nerviosa. Fijó la atención en sus labios entreabiertos tomando aire. Volvió a sonreír mientras ella se apartaba unos pasos como medida de precaución.

—Creo que deberíamos marcharnos o se nos pasará la noche —le aseguró, alejándose de él una vez más. Una mezcla de expectación y deseo le recorría el cuerpo. No podía creer que pudiera sentirlo, pero era tan real... Sin embargo, no podía dejarse llevar por la situación o porque él supiera cómo tratarla. No debería perder la cabeza esa noche.

Caminaban el uno al lado del otro, pero manteniendo una distancia aceptable. Aun así, sus manos parecían buscarse con el vaivén del paseo. A pesar de cierta atracción que no podían negar, procuraban dejarla aparte. No obstante, debían admitir que el destino estaba jugando su propia partida y, por mucho que ambos pretendieran evitarlo, este ya había repartido sus cartas. Chiara sintió, en varias ocasiones, como su mano recibía la tibia caricia de la de Adrian. De una manera casual, sin premeditación, sin buscarlo, solo porque su caminar así lo había querido. En esos momentos, ella desviaba su atención y lo miraba de manera directa y descarada, sin decirle nada al respecto. Después de todo, no le importaba que sucediera.

—¿A dónde quieres ir?

—No lo sé. Lo dejo en tus manos.

—Bueno, la verdad es que, como tú mismo puedes ver, el trabajo no deja mucho tiempo libre. Y salir a estas horas de la noche después de haber estado sirviendo mesas... —le explicó sin saber

qué diablos decirle porque en realidad que estar con él se le hacía muy complicado.

—Es cierto, pero no quiero que te sientas obligada. Si prefieres, puedo acompañarte a casa y dejarlo para otra ocasión —le comentó, haciendo gestos de regresar, bajo la asombrada mirada de ella. Chiara se sintió atrevida y silenció sus palabras posado un dedo sobre los labios de Adrian, quien la miraba estupefacto, sacudiendo la cabeza.

—Esta noche, nada de lo que digas conseguirá hacerme cambiar de opinión —le aseguró con total firmeza. Era consciente de que, si lo dejaban para otra ocasión, no se sentiría con tantas ganas de hacerlo como en ese momento. Y una parte de ella pretendía averiguar lo que le depararía esa noche.

Adrian percibió el perfume de ella adueñándose de su ser. Se fijó en que sus ojos resplandecían como dos estrellas.

—Dime, ¿eres más de tomar algo en plan tranquilo o prefieres el bullicio? Te lo pregunto porque hace una buena noche para ir a la *piazza* Erbe y sentarnos en una de sus terrazas. O bien ir a un local de moda.

Se quedó pensativo, dándole vueltas en su mente a la alocada idea que acababa de ocurrírsele. Lo que más le apetecía era perderse en su cuerpo y recorrerlo con sus manos y sus labios.

—Confiaré en ti, puesto que eres mi cicerone particular, mi amiga en esta hermosa ciudad —le dijo, girando el rostro para echar un vistazo a su alrededor.

Ella sonrió con la manera que tenía de ser, pero, por encima de todo, por lo que era capaz de transmitirle con una mirada, con una sonrisa o con el leve roce de sus dedos en ella. Estaba segura de que conseguiría que aquella noche fuera especial y no la olvidara. Y, por primera vez en mucho tiempo, experimentó una sensación que

deseó que no terminara.

—En ese caso, te llevaré al último local que han abierto.

Se dejó conducir por ella, pero también por lo que despertaba en su interior. Decir que no la deseaba sería absurdo, ya que nadie en sus cabales lo creería. Y lo que más le impactaba era que ella había logrado que él se olvidara de una maldita vez de quién era.

Llegaron a la *piazza* Erbe, con sus terrazas repletas de gente a esas horas. La temperatura de la noche era perfecta para pasarla fuera de las casas y de los bares.

—Recuérdame que vengamos de día a esta plaza para que puedas ver los puestos del mercadillo de recuerdos. Son dignos de ver —le anunció, volviéndose hacia él con el rostro iluminado por la felicidad.

—Tomaré nota para el día que tengamos libre.

—Me parece perfecto.

—Aquí está tu querida *piazza* Erbe, la que querías visitar el otro día —anunció situándose en mitad de ella, junto a la fuente donde destaca la estatua.

—¿Quién es? —preguntó, intrigado, Adrian, haciendo un gesto hacia la *madonna* que se alzaba por detrás de Chiara.

—Es la *madonna* Veronese. Es una estatua romana del siglo IV —le explicó, volviéndose hacia esta para contemplarla en silencio, como si le estuviera solicitando algo. Pero, en realidad, lo que buscaba Chiara era recomponer su rostro, pues cada vez que se enfrentaba a la mirada de Adrian, más le costaba ocultar lo que la hacía sentir—. Vamos. —Lo condujo hasta Montescho, un nombre muy apropiado para el último local de moda abierto en aquella ciudad. Sin duda, todo parecía relacionado con la tragedia escrita por Shakespeare, pensó Adrian, sonriendo divertido—. Entremos —le dijo ella tras saludar al portero y dejarse envolver por la música y la penumbra en la que se sumía el local. Se abrieron paso a través de

la gente hasta llegar a la barra, donde Chiara se hizo a un lado dejando espacio a Adrian. Sonrió, divertida, y se inclinó hacia él para preguntarle qué tomaría. Este inspiró hondo cuando, primero su pelo y después la mejilla, le rozaron el rostro. Pero más todavía cuando ella se apartó de manera lenta y sus bocas quedaron separadas por escasos centímetros.

Chiara le sostuvo la mirada, ajena a cualquier movimiento a su alrededor, a la música que sonaba por encima de sus cabezas y al bullicio del local. Percibió su deseo por ella ante la cercanía de su cuerpo, ante el calor que desprendía y el magnetismo que ejercía sobre él. Se limitó a sonreír de manera tímida, se humedeció los labios y tomó aire. Allí no había clientes. Ni estaban Rosalina, ni Fredo, ni Massimo... Allí no era la dueña de La Sonrisa de Julieta, ni era su jefa y él, su empleado... En ese momento era una mujer que se sentía a gusto con él, que percibía los deseos de un hombre por besarla, pero sin comprender a qué esperaba, qué era lo que lo retenía. Y entonces comprendió que él estaría pensando que ella estaba con Stefano.

Él la vio volverse hacia el camarero y pedir dos chupitos de grapa para comenzar la noche. Se giró hacia Adrian y lo miró con gesto risueño, lleno de alegría..., de expectativas.

—Grapa para empezar —le dijo, alzando el chupito para hacer un pequeño brindis, que Adrian aceptó—. De un solo trago —le advirtió, levantando un dedo delante de él.

—Por Julieta —sugirió Adrian.

—Por Julieta —correspondió ella, divertida y expectante por ver cómo reaccionaba él cuando se lo bebiera.

Lo vació de un solo trago como ella le había sugerido y, al momento, se sintió atrapado por la tos que le produjo el alcohol. Parecía como si acabaran de prenderle fuego a su interior; Chiara

sonrió al ver su reacción. De verdad que le parecía un encanto verlo allí mientras su rostro enrojecía y parecía que fuera a echarse a llorar. Sacudió la cabeza y la miró como si acabara de darle una pócima que lo transformaría en cualquier criatura o algo parecido.

—¿Demasiado fuerte para ti? —le preguntó con un deje burlón, volviendo a acercarse a él. Sentía que cada vez que lo hacía, más ganas tenía de permanecer a su lado, deseando que sus manos se posaran en su cintura y que no la permitiera alejarse de él. Pero, cuando pensaba de esa manera, Chiara no sabía por qué algo en su interior se encargaba de recordarle quiénes eran y las consecuencias que podrían surgir si se dejaban llevar. Era entonces cuando sonreía de manera tímida y lo contemplaba con una mezcla de ternura y anhelo.

—No estoy acostumbrado a algo así. Pero me ha gustado. Debo admitirlo.

—En ese caso, podemos repetir —le sugirió, sintiendo que la noche parecía poseerla. Adrian asintió, divertido, embriagado más por su compañía y su reto que parándose a pensar en las consecuencias de los chupitos. Podría beber todos los que quisiera, que ninguno de ellos lograría hacerle sentirse mejor de lo que se sentía junto a ella. Ninguno le transmitía aquello que solo ella parecía ser capaz. La vio pedir dos más y sacar un billete de veinte euros para pagarlos. Cuando él se dio cuenta, la sujetó por la mano y le indicó que no lo hiciera. La volvió hacia él y percibió su gesto de sorpresa en los ojos.

—Soy tu anfitriona. Me corresponde a mí pagar las bebidas —le dijo, dejando que su aliento le acariciara de manera sugerente y sentía la mano de él todavía aferrada a la suya como si realmente no quisiera dejarla libre.

—Pero...

Chiara se mordió el labio en un claro gesto provocativo, seductor y travieso. Sacudió la cabeza en sentido negativo y parte del rostro le quedó oculto tras el pelo, dotándola de misterio. Emitió un gruñido de desaprobación, pero terminó por acceder a la petición de ella, quien se volvió hacia el camarero, le entregó el dinero y cogió los dos chupitos para pasarle uno a Adrian.

—¿Qué brindis sugieres?

Adrian se quedó mirándola como si en verdad fuera a abalanzarse sobre ella. Como si fuera la única mujer presente en aquel local, y ella lo sintió. Notó aquella mirada y aquella agitación devastadora en su interior.

—Por ti. Por una mujer valiente, decidida y emprendedora.

Chiara no pudo reaccionar cuando lo escuchó definirla de aquella manera. Pero lo que más apreció fue su sonrisa y la franqueza con la que lo había dicho. Entrechocó de manera leve el chupito y lo vació en su garganta.

## Capítulo nueve

—**D**isculpa. ¿Chiara? —preguntó una voz de chica cuando la reconoció.

—¿Paola?

—¿Qué haces tú aquí? —le preguntó con un tono que contenía la sorpresa lógica de verla. Por lo general, Chiara se había despedido de la vida nocturna en compañía de sus amigas al ponerse al frente de la *trattoria*. Y salvo por algunas noches en las que Stefano había insistido en salir, ella acababa en casa.

—He venido a tomar algo. Por cierto, este es Adrian —le dijo de manera rápida, antes de que Paola lo preguntase.

—Encantada. —Su mirada pasó de inmediato a Chiara, quien la interpretó como una señal para hacerle ver que no hacían falta más comentarios—. Oye, tenemos que hablar. ¿Y Stefano? ¿Ya te has librado de ese plasta? Que sepas que sales ganando con el cambio —le susurró sin quitarle ojo a Adrian.

—Verás... Ya te lo explicaré en otro momento.

—Claro, ahora estás ocupada con tu nuevo amigo. —Recalcó esa última palabra con toda intención—. Por cierto, los lunes cierras y yo tengo el día libre. Te llamaré y hablamos. O, mejor dicho, serás tú

quien hable porque, al parecer, hay cambios en tu vida —le aseguró con un tono mordaz, mientras con las cejas hacía una señal hacia Adrian—. Me voy con las chicas. Están por ahí bailando como locas. Hablamos. El lunes. Sin falta. *Ciao*, Adrian —se despidió para centrarse en pedir una copa en la barra.

Él observó a Paola alejarse. Luego volvió la atención hacia Chiara, con una sonrisa irónica. A juzgar por su semblante, no esperaba encontrarse a una amiga esa noche.

Ella se limitó a sonreír pensando en la impresión que habría causado a Paola y los chismes que en ese momento estaría contando a las demás. Antes de que Adrian dijese algo, lo cogió de la mano y lo condujo a la salida. Él no opuso resistencia alguna, ya que presumía que haberse encontrado con su amiga podría significar muchas cosas.

—Espero que marcharnos como si no hubiéramos pagado no tenga nada que ver con que te hayas encontrado a tu amiga

—¿Por qué puede representar un inconveniente que te haya visto conmigo?

—No lo sé.

—Que nos marchemos no tiene nada que ver con mis amigas. Es... —No quería confesarle que la aparición de Paola había sido toda una sorpresa con la que no había contado. Cada vez que la miraba, tenía esa sensación que te producía el cuerpo al entrar en el mar frío; o cuando bajas una montaña rusa. Infinidad de situaciones comunes que se le venían a la mente—. Es que hay demasiado barullo y tampoco me apetecía hablar a voces contigo.

—Como quieras. ¿Y ahora?

Le hizo un gesto para que la siguiera por el entramado de calles de la *piazza* Erbe y la *piazza* Signori hasta llegar frente a un edificio de corte medieval que había sido restaurado, a juzgar por las nuevas

piedras y por la limpieza que mostraba su fachada.

—La casa de Romeo en Verona —anunció Chiara sin poder apartar la mirada de esta.

—¿Puede visitarse?

—No, es privada.

Permanecieron unos instantes contemplándola. Adrian vigilaba a Chiara por el rabillo del ojo. Era una romántica, y él solo tenía que detenerse en su mirada para darse cuenta de ello, así que se olvidó de la casa de Romeo, de todas las maravillas arquitectónicas de Verona y se quedó suspendido en el rostro de ella. Le invadió un repentino deseo de recorrer con ella las calles de la ciudad; perderse en sus patios, en sus jardines y contemplar el cielo estrellado desde el Ponte Pietra, abrazándola mientras ella apoyaba la cabeza sobre su pecho.

—Imagino que tampoco has venido hasta aquí —le comentó ella al darse cuenta de que él se había olvidado de la casa de Romeo y que toda su atención estaba centrada en ella. Eso le produjo una sensación indescifrable, una mezcla de ternura y deseo. Deslizó el nudo que se le había formado en la garganta cuando vio cómo se acercaba sin poder apartar los ojos de su rostro. Sonrió de manera tímida, posando la mano en su mejilla y dejando que el pulgar la acariciara. Ella dejó los labios entreabiertos para tomar aire, o más bien para incitarlo a que diera el paso de una vez, lo cual no se hizo esperar. Chiara cerró los ojos y se aferró a él como si temiera que se fuera a arrepentir y alejarse. Un ligero chispazo le recorrió todo el cuerpo cuando Adrian le atrapó la boca, cuando la humedeció con sus besos, cuando su lengua trazó el contorno de sus labios antes de adentrarse en su interior. Sintió la calidez del beso, la ternura, la urgencia y el deseo impresos en este. Se aferró con más fuerza a él, sintiendo el ímpetu de su corazón, que latía desbocado en su

interior. Había cerrado su mente a cualquier intento por decirse que aquello no era lo correcto, que no era lo que le convenía. Que se trataba de una especie de locura que complicaría más su vida. Pero ¿qué podía hacer para detenerlo cuando ella deseaba hacerlo? Solo quería perderse en el sabor de sus labios.

Adrian se sintió extraño. Aquel beso no cerraba ningún acuerdo de negocios, sino una simple atracción de los dos. Por ese motivo, tal vez le había costado apartarse de ella con gran esfuerzo.

—Decir que no deseaba hacerlo sería engañarme. Aunque no sé si ha sido acertado, pero... —Sintió la mano de ella sobre sus labios instándolo a no seguir hablando.

—No digas nada más.

Chiara lo condujo hasta el otro extremo de la ciudad, donde se erigía el Ponte Pietra. Una torre servía de entrada al puente donde, a esas horas, varias personas lo cruzaban hasta la otra orilla donde seguía la ciudad.

—Si alguien me hubiera dicho lo que encontraría en Verona, no lo hubiera creído. Lo tomaría por un loco —le confesó, sacudiendo la cabeza, entre risas.

—¿Qué has encontrado?

—No sé qué tiene esta ciudad —comenzó diciendo mientras alzaba la mirada hacia lo lejos para contemplar el teatro romano en la otra orilla—. O si ha sido tu Julieta... Pero debo decir que, en el poco tiempo que llevo en Verona, he encontrado más cosas que en todos mis años en Londres.

—Espero que lo que has encontrado sea bueno —le comentó, abriendo los ojos con expectación.

—De momento no tengo queja de la ciudad, de su gente, de mis compañeros en la *trattoria*, del propio trabajo... No pensé que pudiera sentirme así —le confesó dejando la mirada fija en el vacío y

sacudiendo la cabeza. Esa noche, en ese instante, no quería pensar en lo que había sido su vida hasta que decidió abandonar Londres, porque no pretendía que los recuerdos empañaran lo que sentía esa noche.

Ella lo contempló en silencio, tratando de averiguar que podía haber querido decir. ¿Nunca se había sentido así? Pero ¿en qué sentido? No pretendía que le contase a qué se refería porque no tenían la confianza necesaria para ello. Solo se habían besado. Nada más.

El deseo se convirtió en el juego del gato y del ratón. Chiara se acercaba a él para besarlo, para tentarlo, y se apartaba en el momento que él se lanzaba a por sus labios. Era entonces cuando Adrian gruñía preso de la excitación. La cogió en brazos y, guiado por ella, entraron en la habitación sin dejar de besarse. Chiara había despertado un deseo feroz en él que no podía detener en esos momentos, pero tampoco quería hacerlo. Lo instó a recostarse en la cama mientras ella cogía un preservativo de la mesilla de noche. Él la observaba hacer y sentía que su excitación parecía no tener límites con ella. Comenzó a moverse despacio, adaptándose a él, a sus movimientos y necesidades. Chiara se inclinó sobre él tomándole el rostro entre las manos y mordiéndole el labio hasta adueñarse de su boca. Se perdieron entre caricias, besos y gemidos. Sus respiraciones comenzaron a agitarse hasta fundirse en una sola. Adrian sonrió, complacido, comprobando lo que él era capaz de provocarle con solo rozarle la piel. Quiso prolongar aquel momento hasta el infinito, sabiendo que no habría otro igual. Que sería único. Que aquella mujer había descubierto algo desconocido en su interior. Algo que estaba enterrado en lo más hondo, pero que, sin

pretenderlo, había conseguido desenterrar. La contempló erguirse cuando las sacudidas del orgasmo poseyeron su cuerpo y lo instó a que mantuviera el ritmo. Se agarró al cabecero para resistir el empuje de los últimos momentos e inclinó la cabeza cuando todo su cuerpo se tensó para después sentirlo relajado, sin fuerzas, pero pleno y revitalizado, mientras recuperaba la respiración. Se quedó mirándolo de forma perpleja mientras Adrian la atraía hacia él para besarla con una sensación de ternura y restos del deseo que lo había poseído. Los ojos de Chiara chispeaban, fruto de la pasión, del sexo que acababa de compartir con él. Permaneció con la mirada fija en ella, esperando a que su respiración se pausara. La caricia de la mano de ella sobre su propia mano le provocó una sonrisa.

—¿En qué piensas? —le preguntó mirándolo con el deseo todavía prendido en las pupilas. Con el sabor de sus labios en los suyos y la piel erizada, ardiendo todavía por sus besos y caricias.

—No puedo pensar en nada más que en ti. —Era la verdad. No podía centrarse en nada más que no fuera ella. Porque en ese instante, Chiara ocupaba todo el espacio en su mente.

—Debo sentirme halagada, entonces —le comentó con una sonrisa burlona.

—Me alegra que te sientas así.

Se inclinó hacia él y le tomó el rostro entre las manos para adueñarse de sus labios sin ningún impedimento. Fue un beso lento, perezoso, pero lleno de ternura. Él le retiró el pelo de la cara, dejando que los dedos perfilaran sus cejas, antes de deslizarse por el puente de su nariz en dirección a sus labios una vez más.

Chiara sintió como trazaba el perfil de su cuello de manera lenta hacia su hombro, provocando el revuelo consabido en su estómago y un escalofrío por toda su toda su espalda.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó, con curiosidad, sintiendo

como se le erizaba la piel ante la suave caricia.

—Memorizo tu rostro, tus gestos cuando te acaricio, cuando te beso —le susurró en sus propios labios, incorporándose hasta sentirla tan cerca de él que los latidos del corazón de ella retumbaran en su propio pecho—. Quiero saber qué sientes, qué quieres, qué anhelas... —le pidió, posando una de sus manos sobre su muslo.

—Quiero que me beses. Quiero que me acaricies, quiero que me hagas sentir que puedo tocar el cielo con las yemas de los dedos y capturar las estrellas —le confesó, sintiendo el corazón golpeándole de manera incesante las costillas, emocionada, fascinada con el momento que estaba viviendo. Se mordió el labio sin poder creer que aquello pudiera estar sucediendo. Quería sentirse como su Julieta.

—Eres tan dulce y tan romántica...

—Romántica... —murmuró, con un toque de ensoñación y una tímida sonrisa llena de melancolía—. Lo soy, sí. Y no me importa admitirlo.

—¿Por qué debería importarte? El amor es lo más bonito que alguien puede sentir.

—Siempre he sido soñadora. Siempre he suspirado con las historias de amor verdadero.

—¿Con Romeo y Julieta?

—Sí, con su historia de amor.

—Eres la mujer más dulce que he conocido, Chiara —le aseguró, consciente de que así era. Nunca una mujer le había mostrado tanta sencillez, tanta dulzura ni tanto cariño como ella. Nunca había encontrado tanta calma y tal tranquilidad como cuando estaba junto a ella. ¡Qué caprichoso era el destino en ocasiones! Había dejado atrás su pasado en Londres para encontrar su presente, y este lo

había sorprendido, y de qué manera.

—Eso lo dices en este momento que me tienes desnuda e indefensa entre tus brazos —bromeó, golpeándole el pecho con un dedo, recostándose sobre él.

—Podría decírtelo siempre y en cualquier lugar. Y a cualquiera que me preguntara por ti. ¿Indefensa? —le preguntó, mirándola con el ceño fruncido—. Creo que tus armas son demasiado poderosas y convincentes, te lo aseguro—. El rostro de ella se encendió—. Esto es increíble. Todo esto que me está sucediendo desde que llegué aquí.

—Bueno... Tal vez se trate de tu destino. Que tenías que acabar aquí.

—Sí, es posible. ¿Quién sabe?

Adrian no quería pensar más allá de ese momento, de esa madrugada que compartían. No tenía ni idea de lo que le depararía el futuro. Ni cuál era su destino ni el papel que desempeñaría ella en este. La atrajo hacia sí para acallar sus pensamientos con un beso. Sus bocas se fundieron en una sola de una manera tan apasionada como romántica que lo sobrecogió. Chiara se dejó arrastrar por su deseo, se deleitó con el fragor del beso y los sentimientos que le transmitían su corazón, porque durante mucho tiempo había soñado con Romeo, con una historia de amor tan legendaria como la que escribió Shakespeare. Por primera vez, se sintió como Julieta cuando se iba dando cuenta de que podría sentir algo profundo por Romeo.

\*\*\*

—No te vas a creer lo que tengo que contarte.

Claire levantó la cabeza del documento que estaba repasando cuando escuchó la puerta del despacho abrirse y cerrarse. La voz de

Miles irrumpió como un torrente y, de repente, estaba plantado delante de su mesa.

Claire parpadeó en repetidas ocasiones, como si no creyera que Miles estuviera allí, dirigiéndose a ella con un gesto a caballo entre la expectación y la preocupación.

—Adelante. Pasa. Estás en tu despacho —le comentó una irónica Claire, recostándose contra el respaldo del sillón de cuero negro—. ¿Qué es eso tan importante que tienes que contarme y que no puede esperar para más tarde?

—Tu padre va a nombrar presidente de MacTavish Enterprises a tu hermano —le comentó, despacio, paladeando cada palabra y cada sílaba. Se quedó observando como el rostro de Claire iba modificando su aspecto poco a poco.

—Pero ¡si mi hermano ha renunciado a seguir en la compañía! —le recordó Claire, sacudiendo la cabeza sin poder creer que su padre siguiera empeñado en hacer las cosas a su manera—. ¿Estás seguro de ello?

—Acaba de anunciármelo hace veinte minutos. Eres la tercera persona en saberlo —le confesó con un inesperado gesto de preocupación en los ojos. Miles llevaba trabajando con ellos más de veinte años y podría decirse que conocía los entresijos de MacTavish tan bien como su padre, y también las disputas familiares entre su padre y su hermano.

—No servirá de nada.

—Parece ser que sigue pensando en Adrian como su sucesor.

—Sigue empecinado en hacer las cosas a su manera —comentó un airada Claire, levantándose del sillón como un resorte. Bordeó la mesa y caminó con paso enérgico hacia la puerta.

—¿A dónde vas? —le preguntó Miles, girando en la silla con los brazos abiertos y una cara de sorpresa.

—A hablar con mi padre —le respondió, dejando claro por el tono de su voz que no estaba de muy buen humor.

Miles se incorporó y salió detrás de Claire, temiendo lo peor. Cuando la chica de los MacTavish se encendió, era, sin duda, una mujer de armas tomar. Claire avanzó con paso enérgico por el pasillo hasta el despacho de su padre. Ni siquiera se paró a preguntarle a su secretaria si estaba o si tenía visita. Abrió la puerta de igual manera que Miles lo había hecho momentos antes en su despacho. Se plantó delante de su padre con las manos abiertas apoyadas en las caderas y observó que estaba sentado tras su mesa con el semblante relajado.

—De verdad que no entiendo cómo he podido gastar mi dinero en llevarte a los mejores colegios, internados y demás instituciones educativas para que entres en mi despacho como el caballo de Atila —le comentó con un deje irónico que encendió más todavía a Claire.

—¿Puedo saber a qué viene esa ocurrencia tuya de nombrar a mi hermano presidente y sucesor de MacTavish? —inquirió con una mezcla de sorpresa, ironía y enfado.

—¿Por qué? ¿Estás celosa por que sea él? —le preguntó su padre arqueando las cejas con expectación.

—Supongo que esta mañana te has levantando gracioso y sarcástico —le rebatió, apoyando las manos sobre la mesa para encarar la mirada de su padre—. Sabes de sobra que Adrian no lo quiere. ¿Por qué diablos insistes en ello? —Lo miró sin comprender qué juego se traía entre manos.

—¿Tú crees? —Roger MacTavish arqueó una ceja en señal de escepticismo—. Lo que tu hermano tiene que hacer es regresar a donde le conviene estar y dejarse de vivir aventuras románticas en Italia —le explicó, con cierto resquemor en su tono.

—Adrian no va a volver por mucho que te empeñes en tratar de

conseguirlo. Te valdría más enterrar tu orgullo y dejarlo tranquilo — le aconsejó, levantando un dedo ante él en clara señal de advertencia.

—¿Tú también piensas rebelarte contra mí?

El tono de su padre no la amedrentó lo más mínimo. Claire poseía un carácter muy fuerte y una personalidad arrolladora. No temía a su padre.

—No me estoy rebelando contra ti, como puedes estar pensado... Solo me limito a recordarte lo que sucederá si sigues adelante con tus intenciones. Solo eso.

—Ya lo veremos. Te demostraré que estás equivocada. ¿Has terminado? Tengo una reunión dentro de media hora —le informó, echando un vistazo a su reloj.

—¿Tú crees que me equivoco? —Claire adoptó un tono irónico y, hasta cierto punto, burlón, al escuchar a su padre decirle aquello—. El tiempo te lo dirá. Pero recuerda lo que le dijeron a Julio César y no quiso escucharlo: Guárdate de los Idus de Marzo. Pues bien, atente a la reacción de mi hermano. No te haré perder más tiempo, padre.

Se volvió hecha una furia debido al comportamiento de su progenitor. No le cabía la menor duda de que no rectificaría su proposición inicial. Suspiró al cerrar la puerta de su despacho. Contó hasta diez y se sentó tras su mesa. Adrian tenía que saberlo cuanto antes. No quería que lo pillara por sorpresa.

Roger MacTavish contempló en silencio cómo su hija abandonaba su despacho. Miles permanecía expectante, allí, de pie, esperando lo que Roger tuviera que decirle. Pero el viejo oso no dijo nada al respecto. Se limitó a agitar la mano hacia la puerta. ¿En verdad se equivocaba como le señalaba Claire? Quería lo mejor para sus dos hijos, dejarlos colocados en buenas posiciones para cuando él ya no

estuviese, que no les faltase de nada. ¿No era eso lo que deseaban? Golpeó la mesa, enfurecido, pensando en la reacción de Adrian cuando se enterase de la noticia.

\*\*\*

Aquella mañana, Chiara observaba a Fredo preparar la pasta para las bases de *pizza*. Estaba perdida en sus pensamientos que giraban, como era de esperar, en torno a su nueva situación personal. Lo que había surgido entre Adrian y ella no tenía explicación posible. Si no, ¿cómo había sucedido? No podía creer que alguien que acaba de llegar a su vida pudiera causarle esas sensaciones. Y, aunque pareciera que pasaban el día juntos en la *trattoria*, lo cierto era que apenas si tenían un respiro para charlar, para regalarse una caricia furtiva e inesperada o una mirada llena de intención, de picardía o de cariño en medio de un comedor a rebosar de gente. Sin embargo, tampoco les quedaba mucho tiempo libre para ellos. A él le gustaba la idea de perderse por los numerosos rincones y callejuelas de Verona con ella. Disfrutar del poco tiempo que les dejaba el trabajo. Iban paso a paso, ya que todo había sido demasiado rápido, demasiado imprevisible. La atracción ente dos personas podía surgir cuando y donde uno menos lo esperaba.

Chiara tenía la cabeza hecha un lío por todo lo que estaba experimentando en tan poco tiempo, y eso la asustaba cada vez que lo pensaba. Tal vez fuera buena idea quedar con Paola y las demás chicas, escuchar sus opiniones al respecto. Decidió ausentarse de la cocina y llamarla. Además, le había prometido que lo haría y había pasado una semana desde que se habían visto en Montesco.

—Hola, querida. Pensaba que ya no me llamarías. Tu Romeo debe tenerte muy ocupada —escuchó que le decía con un tono irónico,

que le dibujó una sonrisa.

—¿A qué viene ese comentario?

—Viene a que no me has llamado desde que nos vimos. Quedaste en hacerlo el lunes pasado —le recordó, fingiendo estar molesta con ella—. En fin, no te lo tendré en cuenta, ya que supongo que se debió a que tu atractivo acompañante no te deja ni un minuto libre... —le sugirió con un tono de voz que buscaba tirarle de la lengua.

—Tú y tus magníficas deducciones...

—Vamos, mujer, no todo en la vida es el trabajo. Hay que relajarse y disfrutar, ¿no crees?

Chiara suspiró al escucharla. Paola era incorregible, pero era normal que quisiera saber qué sucedía entre su misterioso acompañante y ella.

—Bueno... Resumiendo, te llamaba para ver si podemos vernos mañana. Cerraré por descanso y...

—Genial. Pero ¿podrás mantenerme alejada de tu Romeo por unas horas? —le preguntó, con un deje de incredulidad.

Chiara frunció los labios al pensar en esa posibilidad, pero no le dio la menor importancia, puesto que vería a Adrian por la noche. Necesitaba pasar tiempo alejada de él y comprobar si podía echarlo de menos. Y un día en compañía de sus amigas le vendría bien, a pesar de que era consciente de que la acribillarían a preguntas, pero también podrían dar su opinión sobre lo rápido que había sucedido todo y tendría su punto de vista.

—¿Te parece bien quedar en las terrazas frente al Arena y que comamos juntas?

—Sí, claro. Me parece un plan perfecto.

—¿Te encargarías de llamar a las chicas? Te lo pido porque tú andas más con ellas que yo. —De repente, se dio cuenta de que había espaciado sus encuentros desde que se había hecho cargo de

la *trattoria*.

—Por eso no te preocupes. Yo las llamaré. Estás bien, ¿verdad? — quiso saber, con un tono que dejaba aparte la ironía y las bromas. Se lo estaba preguntando como amiga que se preocupaba por ella. Por saber que en verdad le iba bien con Adrian, ya que Chiara había sufrido varios desengaños y no quería que se repitiera la historia.

—Sí, estoy bien. Gracias por preguntar. Te veo mañana. *Ciao*.

—*Ciao, Ciao*.

Se quedó quieta pensando en que todo estaba bien. Que después de mucho tiempo de zozobra su vida parecía enderezarse desde la aparición de Adrian, quien en ese instante abría la puerta de La Sonrisa de Julieta.

—¿Por qué has venido tan pronto? Te dije que no hacía falta.

—Lo sé, pero decidí desobedecerte. ¿He hecho mal? —quiso saber, frunciendo el ceño y sacudiendo la cabeza al tiempo que era consciente de que su cercanía lo invitaba a besarla, pero no lo haría porque no le gustaba hacerlo en el lugar de trabajo. Debía admitir que esa sensación desconocida que se había apoderado de él se acrecentaba cuando ella estaba cerca. Y era entonces cuando tenía la impresión de que su voluntad ya no le pertenecía.

—Has hecho lo mejor que podías hacer —le aseguró con una sonrisa traviesa—. Antes de que se me olvide, mañana he quedado para comer.

—Perfecto. ¿Con tu amiga de la otra noche? —le preguntó con curiosidad, sonriendo de manera irónica. Era consciente de que Chiara no estaba muy por la labor de airear su vida privada. Pero eran sus amigas, querrían saber de ella. Se preocupaban, aunque también sabía del interés que había despertado el hecho de que la pillaran con él en un bar de copas.

—Con ella y otras dos —respondió de pasada, fingiendo leer una

factura.

—Imagino que te preguntarán por mí —le advirtió entre risas, alejándose para no sucumbir a la tentación de atraerla hacia él y borrarle el mohín de los labios.

—Es más que seguro. Pero no me importa, ya que no pienso contarles más de lo que considero permitido. Soy consciente de que parte de la conversación girará en torno a ti —le aseguró.

Adrian le pasó el dedo por el brazo, lo que provocó en ella un repentino escalofrío de deseo.

—No sé si decir que me halaga o me aterra ser el tema de conversación de cuatro mujeres —le confesó, abriendo los ojos hasta su máxima expresión, en un claro gesto de fingido temor.

—Que no se te suba demasiado, ¿eh? —le comentó, guiñándole un ojo y golpeándolo en el hombro.

—No te preocupes por eso. Tengo los pies en el suelo. Siempre ha sido así.

—Eso espero. No quiero dar pie a comentarios ni a especulaciones aquí en la *trattoria*. —Lo miró de manera fija, con los labios apretados y asintiendo convencida de que así debería ser. No quería que su relación profesional con Adrian se viera afectada porque se estuvieran acostando, ya que no sabía a dónde podría conducir la aventura que habían comenzado.

Adrian permaneció pensativo. Su vida había cambiado por completo desde que abandonó Londres y, si lo pensaba de manera fría, todo se estaba desarrollando de una manera vertiginosa, que no podía o sabía cómo parar. Le gustaba Chiara y la vida que llevaba junto a ella en Verona, así como su trabajo. Sin embargo, había momentos en los que no podía evitar preguntarse si el destino le estaba guardando alguna jugada para ponerlo a prueba y, de ser así, si estaría a la altura. Pero por el momento, prefería dejarlo al

margen y disfrutar del día a día.

## Capítulo diez

—¿Qué piensas hacer? —le preguntó Chiara a Adrian, introduciendo dos dedos por sus vaqueros para tirar de él y atraerlo hacia ella. Lo besó, en un principio, con efusividad, con pasión y hasta lujuria, para después dejar que la ternura se apoderara de ella y sus besos fueran más cortos y cariñosos.

—Dar una vuelta por Verona. Comer una *pizza* en alguna *trattoria*, un *gelatto*... No te preocupes. No me perderé.

—Prometo llamarte en cuanto me dejen libre —le dijo con un tono suave y seductor, al tiempo que se mordía el labio y entrecerraba los ojos.

—Si no te marchas ya mismo, prometo que llegarás tarde.

—En ese caso...

—Anda, diviértete —le pidió, dándole la vuelta y un azote cariñoso en el trasero para que se marchara.

Se sintió extraño cuando ella desapareció por la puerta. Nunca antes había experimentado esa sensación con alguno de sus ligues en Londres. Sonrió ante ese hecho y, tras echar un último vistazo al apartamento de Chiara y comprobar que no había nada fuera de su sitio, decidió salir él también.

Nada más poner un pie en la calle, el teléfono sonó en el interior de su bolsillo. Su primer pensamiento fue que era Chiara, que lo llamaba para recordarle algo que había olvidado, aunque sus presunciones se evaporaron al reconocer el número en la pantalla. Sin embargo, no pudo evitar sentir una punzada mezcla de expectación y de ilusión al ver que era su hermana.

—Hola, hermanito, ¿qué es de tu vida? —El tono de Claire estaba cargado de ironía más que de preocupación.

Adrian se dio cuenta de que, al pasar más tiempo con Chiara, se le había olvidado por completo llamarla.

—Paseando por Verona. Hoy cierran la *trattoria* por descanso.

—Bueno... Imagino que has estado muy atareado para llamarme, pero te lo pasaré por esta vez —le confesó con voz risueña y un fingido enfado. Tampoco iba a hacer un drama de ello—. Si te soy sincera, yo tampoco he podido debido al trabajo. Ya sabes... A juzgar por tu tono, me da la impresión que te encuentras cómodo en tu nuevo empleo.

—Mi adaptación ha sido sencilla y bastante rápida. Y los compañeros me han ayudado mucho. Estoy a gusto con la elección que he hecho.

—Entonces, siendo así, imagino que piensas quedarte más tiempo —le comentó, sorprendida, porque conociendo a su hermano, ella había pensado que su aventura en Italia sería más bien efímera y que se acabaría marchando a otra parte o incluso regresando a casa. Aunque, pensándolo bien, dado su orgullo y cómo era su padre, no creía que accediera.

—De momento, sí.

—Nuestro padre va a nombrarte su sucesor —le soltó a bocajarro. Sin preámbulos. Tampoco había que endulzarlo, y ella no era de esas. Le gustaba ser directa y, a fin de cuentas, lo había llamado

para eso precisamente.

La noticia hizo que Adrian se detuviera en mitad de la calle, que frunciere el ceño e intentase asimilar aquellas palabras. Pensó en la obstinación de su padre y que se trataba de una más de sus jugadas para hacerlo recapacitar. No, más bien para que lo obedeciera y dejarle claro quién mandaba. Pero esta vez no funcionaría. No había vuelta atrás.

—¿Qué quiere ganar con ello? Le dejé claro que no quería saber nada de la compañía —le rebatió a su hermana, algo molesto por recibir aquella noticia justo en ese momento en el que las cosas marchaban tan bien; en el que, por primera vez, parecía haber encontrado sentido a su vida.

—Pues no parece que le haya quedado tan claro como me cuentas. Y está pensando en ir un paso más allá.

—¿En qué está pensando ahora? —le preguntó en un tono cansino y monótono, como si diera a entender que lo que hiciera su padre ya no era de su incumbencia.

—Está empeñado en dar una rueda de prensa para hacerlo público —le dijo, en clara señal de advertencia.

—¿Público?

—Convocará una rueda de prensa para anunciarlo. Así que yo de ti me iría preparando para las posibles consecuencias. Dime, supongo que nadie ahí en Verona te conoce, ¿no? O al menos, según dejaste claro, no querías que eso sucediera.

Adrian permaneció en silencio tratando de asimilar lo que todo ello implicaba. Su padre no parecía darse por vencido. Sabía que no le gustaba perder y que buscaría por todos los medios salirse con la suya. Haría cualquier cosa con tal de tenerlo a su lado, acatando sus órdenes sin importarle el daño que pudiera causar. Y en ese mismo momento, Adrian creía que había alguien a quien podría hacérselo.

—Veo que no le sirvió mi renuncia —comentó con una mezcla de resignación y enfado por que su padre no atendiera a razones.

—Ya sabes cómo es...

—¿Cuándo piensa hacerlo?

—No lo sé. Yo me enteré ayer cuando Miles vino a mi despacho a comunicarme la grandiosa noticia. Fui a verlo para que me explicara sus motivos, pero ya lo conoces... Está decidido a hacerlo.

—Olvídalo. Cuando nuestro padre se cierra en banda, nada ni nadie puede hacerle cambiar de opinión, pero gracias por tu intento —le dijo con un tono cariñoso.

—Está ultimando los detalles. Dime, ¿qué puede suponer para ti en estos momentos, Adrian? ¿Hay algo que no me has contado? —le preguntó Claire, con tono de preocupación.

—No, por nada... —le respondió de pasada, como ausente.

—¿Estás seguro de que no sucede nada? Entiendo que la noticia te ha pillado por sorpresa, pero también me doy cuenta de cómo te ha cambiado el tono. Tu voz sonó entrecortada, como si en verdad te preocupara lo que nuestro padre pueda decir.

—No se trata de lo que pueda decir sobre mí o no. No me afecta, pero no me gustaría que la gente con la que trabajo lo supiera precisamente ahora. Eso es todo —argumentó, pasándose la mano por el pelo de manera nerviosa.

—¿Crees que puede tener consecuencias irreparables? —le preguntó de manera cautelosa, pronunciando las palabras lentamente, como si tuviera miedo de que estas pudieran afectarlo en demasía.

—Confío y deseo que no —murmuró, pasándose la mano por el pelo.

—Adrian, soy tu hermana. Vamos, cuéntame lo que te pasa. Presiento que hay algo que no me has dicho y que puede verse

afectado de manera importante por la noticia que acabo de darte. De manera que no seas necio y cuéntame qué sucede —le urgió, levantando el tono de voz, al tiempo que lo hacía de su silla en la oficina—. ¿Tienes algún problema?

—Me estoy acostando con Chiara.

—¿Chiara? ¿Me estás diciendo que ya te has liado con una italiana? —preguntó con exagerada e inusitada sorpresa—. Vale, ¿y cuál es el problema? No sabe quién eres en realidad, ¿no? El futuro dueño del imperio de la moda británica, ¿no?

Adrian inspiró hondo antes de revelar la identidad de Chiara y explicarle todo.

—Ella es la dueña de la *trattoria* —le aclaró para que lo entendiese mejor.

Esperó la respuesta de su hermana. El silencio en la línea se le hizo eterno mientras él permanecía dando vueltas sobre sí mismo en la calle.

—¿Con la dueña de la *trattoria* en la que trabajas? ¿Cómo coño ha sucedido?

Adrian notó cierto tono de reproche en la voz y no se lo discutió, porque esa misma pregunta se la había hecho él infinidad de veces desde que se habían acostado la primera vez. Se había contenido todo lo que había podido, pero era cierto que la deseaba. Pensó que tal vez todo pasaría una vez que se hubieran acostado, pero sucedió lo contrario y todo se había complicado. Creía que el deseo inicial estaba dejando paso a una sensación de cariño y atenciones a hacia ella.

—No puedo explicarlo. No...

—¿Explicarlo? Dime que al menos solo es una simple atracción. Que solo se trata de sexo y que no hay nada más. Por cierto... ¿Desde cuándo? —le preguntó mientras su voz parecía temblar por

la agitación que la noticia acababa de producirle.

—¿Qué importa el tiempo, Claire? Ha sucedido y punto —le aclaró, molesto por toda aquella situación, que se había complicado al saber lo que pretendía hacer su padre—. No puedo decirte si es algo más que sexo.

—¿Estás haciendo más cosas a partir de tirártela? Ya me entiendes...

—Si te refieres a pasear por Verona como una pareja más... A compartir su apartamento...

—¡Joder! —murmuró Claire, pensando que su hermano no la escucharía.

—No debes preocuparte por lo que haga o deje de hacer. Solo es sexo. No voy a enamorarme de ella, Claire —le dejó claro, preguntándose si en realidad era lo que quería.

—El problema no es que vayas enamorarte de ella, o que llegues a necesitarla o a echarla de menos.

—¿Y cuál es según tú?

—Que, sin quererlo, lo estás haciendo ya

Él sintió que no era capaz de rebatir a su hermana. El golpe en el estómago fue duro, directo y le cortó la respiración. Y ello tal vez significara que, sin duda, lo que Claire le estaba diciendo era cierto.

—Si tanto te preocupa lo que ella pueda pensar de quién eres y en qué sentido puede afectarle, entonces es porque en realidad ella te importa, Adrian. Y si es así, dile quién eres y qué haces en Verona antes de que ella se encariñe contigo o incluso se enamore de ti.

—No puedo hacerlo.

—¿No? ¿Prefieres que pueda enterarse por la prensa? Oye, no te has ido al culo del mundo. ¡Estás en Italia, el país de la moda, por si se te ha olvidado, y a eso precisamente te has estado dedicando todos estos años! —le recordó, envalentonada por la confesión de su

hermano y cabreada con él por su actitud con Chiara.

—De acuerdo, me preocupa lo que pueda pensar al haberle ocultado quién soy.

—¡La estás engañando al respecto de tu verdadera identidad, Adrian! ¡Por favor! Te acuestas con ella, y a estas alturas seguramente se esté enamorando de ti. Acabo de decírtelo.

—Tal vez tampoco le afecte si llega a saberlo —se excusó, tratando de encontrar la lógica a lo que le sucedía, si es que existía. Tal vez no quería reconocer que su hermana tenía razón.

—Adrian, no le has dicho quién eres —quiso hacerle ver lo que eso podría significar—. Hay sentimientos de por medio, por favor. ¿Pretendes hacerle más daño del que ya le has causado? Si le ocultas algo tan simple sobre tu identidad, ¿cómo crees que podrá confiar en ti?

—No, pero tampoco creo que tenga tanta importancia —le rebatió, como si se defendiera de una acusación.

—Pues la tiene, creas o no. La tiene porque ella no sabe que se está acostando con otra persona. Cree lo que tú les has contado de ti. Confía en ti. Piensa por un solo momento que una mañana se levanta y descubre que la persona con la que comparte su vida no es quién ella cree que es. ¿Cómo crees que va a sentirse? Dime. ¿Y si al final decides regresar y dirigir la compañía?

—Lo hice por los motivos que te dije. Ya lo hemos hablado —le recordó, pero al instante sintió un golpe de desesperación en su interior porque, si hacía caso a su hermana, la reacción de Chiara podría ser la que él no quería que se produjera bajo ningún concepto.

—Pues podrías haberte acordado antes de meterte en su cama sabiendo el riesgo que uno corre al hacerlo —le rebatió con un tono frío y mordaz que le provocó una nueva punzada de culpabilidad a

Adrian—. A mí, personalmente, me jodería bastante saber que el tío al que me estoy tirando es un ricachón de la *city* londinense, y no alguien sin una puñetera libra en el bolsillo y que está en Verona trabajando en una *trattoria* para salir adelante. Piénsalo en frío.

—Espero que no reaccione igual que tú —dijo entre risas nerviosas que le sacudieron el cuerpo.

—Es mejor que te pongas en lo peor —le dejó claro, tensando la voz al apretar el teléfono con todas sus fuerzas, como si quisiera hacerlo añicos en su mano—. Prepárate para cualquier reacción. Tal vez a ella no le importe, pero ya te digo que...

—No lo sabemos. Estamos haciendo conjeturas acerca de algo que ni siquiera ha sucedido, todavía —le rebatió, queriendo defenderse de las suposiciones de su hermana.

—Es cierto. No lo sabemos. Solo te digo que deberías haberlo pensado antes de dar ese paso. Papá está decidido a hacerlo público, es todo lo que puedo decirte. Quedas avisado.

—Y te lo agradezco —le dijo con un tono de resignación, pensando en la remota posibilidad de que Chiara no se enterase. Y, si lo hacía, él le explicaría por qué no le había dicho quién era—. Por cierto, ¿qué tal en el trabajo? ¿Te agobia demasiado nuestro padre?

—Ufff, ni me lo recuerdes. De entrada, me ha puesto al frente del proyecto para abrir una nueva sucursal. ¿Adivinas dónde? —le preguntó con una mezcla de incredulidad y burla.

—Déjame pensar... ¿Australia? —le preguntó con el mismo tono burlón que había empleado su hermana.

—No. Mucho más cerca.

—No tenía consciencia de que quisiera abrir nueva sucursal.

—De momento quiere establecerse en... Prepárate. ¡Italia! —le anunció a bombo y platillo, dejando a Adrian sin palabras por unos instantes.

—¿Me estás vacilando? —le preguntó, adoptando un tono serio.

—No. Quiere asentarse en Italia, y más concretamente, en Siena.

—¿Siena? Eso está en la Toscana. Pero ¿a qué ha venido esa repentina ocurrencia?

—Hay interés en contar con la marca de papá en Italia. Imagina la cara que puso cuando recibió la oferta para establecerse allí. Por ahora sé poco, excepto que me ha encargado que me ponga al frente de este proyecto. Tal vez debería pensar en ti para dirigirlo. Al fin y al cabo, tú ya estás ahí.

—No lo creo. Pienso que va dirigido más a ti. Considera esa posibilidad.

—Por cierto, ¿qué tal es Verona? ¿Tan romántica como cuenta la gente? —quiso saber, adoptando un tono de ilusión en la voz, incluso de ensueño, que a Adrian le recordó a Chaira y su vena romántica y soñadora.

—Solo te diré que me ha atrapado.

—Sin duda que lo ha hecho. Pero no solo la ciudad, sino una italiana también. Bueno, te dejo que me están recordando que tengo una reunión para tratar el asunto de Siena. Ya sabes cómo están las cosas. Llámame si necesitas hablar. Por cierto, mamá está bien.

—Me alegra saberlo. Gracias y cuídate.

—Eres tú quien debe hacerlo más que yo. No sé si esta versión tuya de Romeo y Julieta tendrá un final feliz, pero tienes que procurar que así sea —le sugirió antes de que la comunicación se cortara.

Adrian permaneció en el sitio con la mirada fija en la calle. Parecía incapaz de dar un paso en cualquiera de las direcciones posibles que tenía. Cerró los ojos y emitió un gruñido de malestar. La sombra de su padre era demasiado alargada, por lo que parecía. ¿Es que no podía dejarlo en paz? ¿No había entendido que buscaba llevar su

propia vida lejos del glamur y los beneficios de ser su hijo? ¿Qué iba a hacer con Chiara? Por fin había encontrado una mujer que merecía la pena... Sencilla, tierna, dulce y romántica como la propia Julieta. Apasionada en su trabajo y, por qué no decirlo, en lo que compartían ambos. Todo parecía indicarle que se acabaría enamorando y hacer que saltara por los aires si al final descubría quién era él. Tal vez fuera mejor contárselo, que lo supiera de su propia boca, como le había sugerido su hermana, y no dejarlo al azar. Pero, para ello, debería encontrar el momento preciso.

\*\*\*

Chiara disfrutaba de la comida en compañía de sus tres amigas. Charlaban de manera distendida sobre sus respectivos trabajos y su vida personal. Incluso, en algunos momentos, habían recordado aventuras vividas por las cuatro en el pasado, anécdotas pasadas que provocaron las risas de todas. Chiara sentía una especie de tregua con ellas, como si estuvieran dilatando el momento de asaltarla con infinidad de preguntas sobre el tema en cuestión. A decir verdad, no era que le molestara hablar de él, pero tampoco quería que su relación se convirtiera en el único tema de conversación en su reunión. Fue cuando las cuatro estaban disfrutando de los postres cuando Paola abrió el fuego.

—Bueno, creo que ya es hora de que nuestra querida amiga, aquí presente, empiece a largar por esa boquita —le dijo, mirándola con toda intención—. No pensarás que vamos a dejarte ir de rositas, ¿no? Ni se te ocurra decirnos que todo ha sido una sorpresa.

—Admite que no deja de ser algo poco habitual en ti, dado tu trabajo y las horas que le dedicas... Verte la otra noche en compañía de un chico, que parecía bastante interesado en ti... —apuntó

Claudia, una atractiva italiana de pelo corto de color cobrizo, que la contemplaba a través de sus gafas.

—La *trattoria* exige mucha dedicación, chicas. A penas si me queda tiempo para salir por ahí —se justificó, mirándolas a las tres.

—Ya, y por eso te has buscado el ligue en el trabajo —señaló Silvia, la pelirroja, moviendo las cejas a gran velocidad en señal de complicidad con Chiara.

—No he buscado nada —le rebatió, sacudiendo la cabeza. Se sentía vulnerable, pero no le importaba. Y no lo hacía, porque por primera vez creía haber encontrado algo que merecía la pena.

—Entonces, ¿ha surgido sin más? —intervino Claudia, la otra amiga que la miraba y fruncía los labios como si hiciera pucheros.

—Sí, puede decirse que así ha sido. Ha surgido de una manera inesperada y espontánea. Ninguno de los dos lo esperábamos.

—Déjame decirte que has hecho bien, porque él lo merece —le susurró con un tono sensual y provocativo, guiñándole un ojo, con complicidad.

—¿En serio? No nos dejaste verlo la otra noche cuando Paola te vio con él —apuntó Claudia con un leve toque de enfado en la voz—. Me parece bien que lo quieras para ti, pero al menos deberías presentarlo.

—Preferí marcharme de allí al ver el jaleo que había —se excusó Chiara, recordando la situación de aquella noche y en lo que podía haberse convertido si sus tres amigas hubieran rodeado a Adrian. Se quedó pensativa con la mirada perdida en el inmenso vacío, sonriendo de manera tímida.

—¿Por qué te ríes? —quiso saber Silvia.

—Porque parecéis adolescentes queriendo cotillear sobre mi vida privada, por eso. Ya me conocéis y sabéis que no soy muy dada a ello —respondió con un gesto serio.

—Vamos, Chiara, eres nuestra amiga y nos preocupamos por tu vida íntima —le aseguró Paola mientras posaba la mano sobre la de ella con un toque de ironía que provocó de nuevo otra sonrisa en Chiara.

—Ya, seguro. Lo único que os interesa es saber quién es Adrian y cómo se ha metido en mi cama —les dijo, entrecerrando los ojos y barriéndolas con la mirada.

—Pero, entonces, ¿duermes con él? —le preguntó Silvia, fingiendo sentirse escandalizada.

—No creo que dormir sea lo que más le interesa de él —apuntó Claudia, y se mordió el labio con gesto irónico—. ¿A que no me equivoco?

—Claudia está interesada en tus juegos de sábanas, por si no te has dado cuenta, cariño —apuntó Paola, tratando de hacer ver que era la más responsable allí.

—Sois pérfidas.

—¿Piensa quedarse mucho tiempo en Verona? —La pregunta de Paola sumió a las cuatro en un profundo silencio, ya que sabían lo que podía suceder si Chiara se acababa enamorando y él, por algún motivo, se marchaba.

Chiara emitió un largo suspiro y relajó los hombros ante la evidencia de la pregunta. No hacía falta que dijera nada más; ese gesto y la expresión de su rostro lo habían dicho todo. Ni si quiera se había planteado esa situación, aunque confiaba en que Adrian permaneciera a su lado.

—No lo sé. Eso espero, no me gustaría empezar a buscarle un sustituto, ahora que se ha adaptado tan bien al trabajo —les confesó, después inspiró y puso los ojos en blanco.

—¿Un sustituto? —preguntó Claudia con picardía.

—Hablo del trabajo —matizó Chiara al darse cuenta a qué se

refería su amiga.

—Pero ¿no se lo has preguntado? ¿Ni te ha comentado nada al respecto? ¿Qué planes tiene? —preguntó Claudia, mirando a su amiga con desmedido interés. Sabía lo que podía sucederle a Chiara. Era la más romántica de las cuatro y ya la había visto estar jodida por culpa de otras relaciones. Tal vez esa fuera la verdadera causa de que no lo hubiera vuelto a intentar con nadie. Y menos con Stefano... Por eso se había refugiado en su trabajo en la *trattoria*. Pero entonces, el amor entraba y ella parecía haber sucumbido.

—No hemos hablado de ello. ¡Por favor, no quiero hacerlo! ¡Me niego! Solo pienso disfrutar de su compañía —les explicó, algo molesta por aquella pregunta, porque ella misma se la había planteado.

—Es cierto. Sería hacer conjeturas sin sentido —apuntó Paola para echar una mano a su amiga, pero intuía que Adrian le gustaba de verdad y que no le apetecía lo más mínimo que lo que tenía con él se estropeará.

—Bueno, por ahora está aquí contigo, ¿no? Pues deberías disfrutar de él todo el tiempo que puedas. Y apuesto a que, si lo tratas bien, se quedará —comentó Claudia, sonriendo de manera irónica—. Ya me entiendes...

—¡Oh! ¡Por favor, Claudia! ¿Es que no puedes pensar en otra cosa? —le preguntó Silvia, dándole un codazo.

—No he dicho nada malo. Solo que lo trate bien para que no se marche —se excusó mientras se encogía de hombros y miraba a su amiga por encima de las gafas con gesto divertido—. Me refería al trabajo, por cierto.

—¿No me digas? Seguro que sí. Sabemos lo que entiendes tú por «tratarlo bien».

Claudia puso los ojos en blanco al escuchar a su amiga decir

aquello. Luego sonrió y cogió su café para dar un pequeño sorbo.

—Bueno, si no ha pensado en regresar a Londres por ahora, es buena señal —comentó Paola—. Apuesto a que le encontrará el encanto a la ciudad y se quedará —le aseguró, guiñándole un ojo a Chiara.

—Lo cierto es que me está viniendo muy bien que me eche una mano.

—¿Dónde? —quiso saber Claudia, sin abandonar su toque pícaro y divertido.

—En la *trattoria* —le aclaró Chiara, mirándola como si fuera a fulminarla.

—Vale, vale. Es que a veces soy un poco corta de entendimiento —se defendió esta sin dejar de sonreír. Se levantó las gafas hasta dejarlas sujetas sobre su pelo cobrizo, revelando así un par de ojos claros que brillaban, fruto de la diversión del momento—. Venga, seamos serias y adultas. Hay que reconocer que Adrian le ha venido bien a nuestra querida Chiara en todos los sentidos. Y no solo en el trabajo. Mejor que Stefano...

Las tres la miraron sin decir nada porque, en verdad, no había nada que rebatirle.

—Tengo toda la razón y lo sabéis tan bien como yo —les dejó claro, señalando la mesa con un dedo para dejar constancia de ello.

—¿Ha terminado su exposición, señorita letrada? —le preguntó Paola, haciendo referencia a su trabajo—. Creo que a todas nos ha quedado clara.

—Me alegra oírlo. Solo digo que Adrian ha cambiado tu vida para bien, en todos los sentidos. Pero si solo tenéis que ver la buena cara que tiene... Fijaos, chicas —les dijo a sus otras dos amigas, mientras Chiara abría la boca para decir algo, pero el calor en su rostro se lo impedía. De repente, se sintió un tanto cortada por los comentarios

de su amiga, pero no había dicho nada que no fuera cierto—. Es hora de que te diviertas.

—Ya lo está haciendo —apuntó Paola, frunciendo los labios.

—Sois incorregibles —apuntó Chiara, experimentando una sensación de felicidad en su interior. Después de mucho tiempo parecía que su vida volvía a encauzarse.

—Por cierto, a ver cuándo nos lo presentas. No creas que he olvidado que te largaste con él la otra noche —le recordó Claudia, mirándola con gesto serio.

—Lo sé, letrada. Lo tendré en cuenta para otra vez —le aseguró Chiara, fingiendo semblante serio, entrecerrando los ojos.

—Más te vale.

Hubo un momento de silencio en el que las cuatro se miraron entre ellas, sonriendo de manera divertida, pícara y cariñosa.

—Chicas, tengo que dejaros. Tengo que hacer la compra y quiero aprovechar lo que queda de tarde —apuntó Silvia.

—Sí, lo cierto es que yo también tengo cosas que hacer —dijo Paola.

—Marchémonos y dejemos que Julieta llame a Romeo y aproveche el día libre —propuso Claudia, mirando a esta en complicidad—. Porque vas a hacerlo, ¿no?

—Sí, lo llamaré y...

—No queremos saber intimidades —la interrumpió Silvia, tapándose los oídos.

—Sí, mejor guárdatelos para ti solita. Anda, vámonos —propuso Paola, tirando de las otras dos.

—Estaremos en contacto. Este fin de semana tenemos que quedar para que nos presentes a Adrian. Pero que sea este, y no cuando te acuerdes...

—Descuidad, lo haré —les aseguró, sonriendo y pensando que

hacía mucho tiempo que no se sentía de aquella manera. Una sensación placentera se asentaba en su pecho, y creía que el corazón le estallaría en cualquier momento. Cogió el teléfono y llamó a Adrian. Tenía la sensación de que llevaba demasiado tiempo sin saber de él. Lo echaba de menos. Y esa sensación la hacía sonreír, pero también dejaba un poso de preocupación en su interior porque se daba perfecta cuenta de que podía estarse enamorando de él. Y aunque le gustaba esa sensación, al mismo tiempo la asustaba porque, siempre que se había sentido de esa manera, había terminado mal.

## Capítulo once

Quedaron en la *piazza* Erbe, solo que aquella vez no sería para tomarse una copa en Montescho. Chiara le había comentado por teléfono que quería enseñarle el mercadillo que se ponía en la plaza. Adrian trataba de apartar de su mente la conversación con su hermana. Por el momento no quería plantearse el hecho de tenerle que decir quién era él en realidad.

Cuando entró en la plaza, no le costó encontrar a Chiara. Parecía distraída contemplando los puestos de regalos típicos. Llevaba el pelo recogido con una goma en la parte posterior y las gafas en la parte superior. Se recogió algunos mechones sueltos, situándolos detrás de la oreja con delicadeza. La visión que tenía en esos momentos de ella le provocaba una opresión desconocida en el pecho, que pensó que se debía a la situación a la que lo iba a empujar su padre con nombrarlo dueño de la empresa.

Se acercó despacio y se detuvo a escasos pasos de ella sin que Chiara pareciera darse cuenta. Se apoyó sobre el puesto con los brazos cruzados sobre el pecho, contemplándola como si no hubiera nadie más. Pero, como si ella pudiera leer su pensamiento, levantó la mirada para dejarla fija en la de Adrian, con aquella sonrisa tan

dulce en sus labios, con aquellos ojos tan brillantes y tan misteriosos en los que él se contemplaba.

Chiara extendió los brazos para rodear a Adrian por el cuello y dejó que su boca se apoderaba de la de él, con aquella mezcla de sensualidad, pasión y ternura.

Aquella mujer sí que merecía la pena, pensó percibiendo cómo le demostraba su cariño sin ningún interés de por medio. Todo en ella era real, era genuino, y eso le había llamado la atención.

—Propongo que quedes más a menudo con tus amigas si el recibimiento va a ser así

«Te has enamorado de ella». La explicación de su hermana lo asaltó de repente sin que pudiese evitarlo. ¿En verdad lo había hecho? ¿Cómo podía saberlo?

—*Mmmm*, lo cierto es que no es una mala idea... Pero mi recibimiento no tiene nada que ver con la manera que tienes de despertarme en los últimos días —le susurró en sus labios, recordando sus cálidos besos o las yemas de sus dedos trazándole siluetas por todo el cuerpo erizándole la piel. O el leve suspiro que dejaba escapar cuando la despertaba de aquella manera que la elevaba hasta casi sentir que tocaba el cielo.

—Lo tendré en cuenta. Y dime, ¿qué hacías? ¿Comprando un recuerdo de Verona? —le preguntó, intrigado por ese hecho.

—Buscaba a Romeo para regalártelo —le confesó con un toque irónico en la voz—. Pero te prefiero a ti.

—¿Me habéis diseccionado a gusto? —le preguntó, echándole el brazo por encima del hombro y atrayéndola para sentirla cerca con cada paso que daban entre los puestos del mercadillo.

Ella experimentó una ola de complicidad invadirla ante aquel gesto. Lo rodeó por la cintura, aferrándose con la otra mano a la de él sobre su hombro.

—No creas que solo hemos hablado de ti —le rebatió con un toque irónico.

—Apuesto a que sí.

—Hemos charlado de todo. Hacía tiempo que no quedaba con ellas. La *trattoria* absorbe la práctica totalidad de mi tiempo, de mi vida. Había perdido un poco el contacto.

—Nunca es tarde para retomarlo.

—¿Y tus amigos? ¿Tienes contacto con ellos? Supongo que al haberte alejado de Londres te será difícil, pero...

Adrian sonrió al pensar en quiénes eran sus amigos, si podría catalogarlos como tal. Cuando estás arriba, al frente de una gran compañía, los amigos de verdad no existen. La gente que se movía a su alrededor lo hacía, casi siempre, buscando su propio beneficio. No podía catalogarlos como «amigos». Podía contarlos con los dedos de una sola mano. En realidad, le bastaban dos: sus dos compañeros de colegio e instituto. Compañeros de correrías, pensó con una sonrisa llena de añoranza por aquellos días.

—La verdad es que les he perdido un poco la pista. De todas maneras, no pasa nada, me encuentro muy a gusto aquí, contigo, y con la gente de la *trattoria*.

Chiara hizo un gesto de desconcierto y le dio a entender a Adrian que no lo comprendía, pero no insistió. Siempre tan reservado con su vida privada. Ni siquiera parecía querer abrirse un poco cuando entre ellos había una relación más estrecha.

—¿Qué has estado haciendo?

—Recorriendo Verona; tomé un café en *piazza* Bra y charlé con mi hermana.

—¿Tu hermana? —preguntó separándose de él, sorprendida porque era la primera vez que hablaba de ella—. No sabía que tuvieras una.

—Claire es mi hermana mayor.

—¿Está en Londres?

—Sí, ella prefiere quedarse allí. Es menos aventurera que yo, puedo asegurártelo.

—¿Y qué tal está? ¿De qué habéis hablado?

Adrian pudo leer la curiosidad en su mirada, la timidez en sus mejillas encendidas y, de repente, el sentimiento de culpabilidad por estar adentrándose en su vida personal.

—Bueno, si quieres contármelo. No te obligo.

—He preguntado cómo estaba, qué tal mi familia y esas cosas normales entre hermanos. Y ella ha querido saber qué tal me iban las cosas por Verona.

—Supongo que le has hablado de tu trabajo —le comento tratando de dominar a su corazón, el cual latía desbocado porque le pedía que hiciera la pregunta que Adrian esperaba.

—Sí, le he hablado de ti —le respondió, provocando la sorpresa en su rostro.

—¿De mí? ¿Por qué? No hacía falta que...

—Era el siguiente comentario que ibas a hacer, pero no te atrevías. Admítelo —le dijo, deteniéndose frente a ella con las manos sobre sus hombros y mirándola con curiosidad.

—Vale, sí. Se me ha venido a la mente. Pero no tienes que...

—Quería hacerlo. No tengo a nadie a quién contarlo. Necesitaba hacerlo porque no quería que este sentimiento fuera solo mío.

—¿Y qué piensa? —quiso saber, entornando la mirada hacia él y procurando no mostrar impaciencia en su pregunta.

—Le parece perfecto eso de que tenga a alguien que cuide de mí.

—¿No cree tu hermana que eres algo mayor para que una mujer cuide de ti? —le preguntó, burlándose de él.

—Tal vez lo sea, pero no me importa si eres tú quien lo hace.

El sol de la tarde los acariciaba de manera tímida allí, en mitad de la *piazza*, dejando que ambos dieran rienda suelta a su sentimiento.

Chiara pensó que no había nada más perfecto. Nada tan romántico como que le dijera aquello y la besara. Sí, podría ser una cursilería, pero para ella era muy romántico. ¿Y qué culpa tenía si era así? Le vino a la mente el día que estuvieron en la Casa de Julieta, así como sus palabras cuando le contó la tradición que existía en torno a la figura del patio. Ella no volvería a Verona porque nunca la abandonaría. De manera que se cumpliría la segunda parte de esta: encontraría el amor verdadero.

—Por cierto, ¿qué hacías? ¿Ibas a comprar algo?

—Solo hacía tiempo hasta que llegaras. Quería que vieras cómo es la *piazza* de día, con sus puestos, y que no tiene nada que ver a como aparece por la noche.

—Por lo que he visto aquí, todo gira en torno a Romeo y Julieta —le aseguró, recorriendo con la mirada los puestos de recuerdos, sin percatarse de quién venía hacia ellos.

Chiara vio a Stefano y el gesto en su rostro cuando la descubrió en compañía de Adrian. Pasó de la esperada sorpresa al esbozo de una sonrisa irónica y una mirada cargada de resquemor.

—Vaya, no esperaba encontrarte por aquí. Oh, olvidé que hoy es tu día de descanso —le dijo, sin apartar la mirada de ella en ningún momento. Y cuando lo hizo fue para echar un vistazo a Adrian y percatarse de quién era en verdad el acompañante de ella.

—Hola, Stefano —se limitó a responderle Chiara de manera cordial.

—Ahora entiendo muchas cosas —aseguró, chasqueando la lengua—. Lástima, lo siento por ti. Qué decepción, Chiara. Qué decepción... —murmuraba, sacudiendo la cabeza sin comprender lo que la había llevado a cambiarlo por aquel inglés recién llegado a Verona.

—Déjalo, Stefano —le pidió cruzando los brazos sobre el pecho, como si de una barrera se tratase. Sentía la mirada de Adrian en ella en todo momento. No quería que se involucrara en aquella situación personal.

—Sí, será mejor dejarlo. Pero que sepas que no lo olvido —le dijo, acercándose más a ella mientras Adrian hacía ademán de detenerlo, pero, en última instancia, permaneció quieto cuando Chiara dio un paso al frente.

—No tenemos nada de que hablar. Y ahora, si te apartas, seguiremos nuestro paseo —le pidió con exquisita educación, mientras Stefano sonreía de manera cínica.

—¿Te acuestas con tu empleado?... Patético —le preguntó, mientras Chiara tomaba a Adrian de la mano y lo sacaba de allí.

Se marcharon de la *piazza* Erbe y dejaron a Stefano mascullando sus maldiciones mientras contemplaba a la pareja alejarse. Chiara respiraba hondo en un intento por controlar su pulso acelerado. Adrian no había intervenido, cosa que ella le agradecía.

—Si no quieres responderme, no lo hagas, lo entenderé, pero...

—No tengo nada con Stefano y nunca lo he tenido —comenzó a explicarse Chiara ante Adrian—. Piensa que yo he estado interesada en él, y es mentira. No me gusta que nadie libre mis batallas. Quiero ser yo quien saque esto adelante. No quiero que ningún tipo con dinero venga a decirme lo que tengo que hacer o lo que no. Stefano tiene una cadena de restaurantes por toda Italia y piensa que yo voy a ponerme a sus pies porque llegue a mi puerta y me diga cuatro cosas. Pues se ha equivocado.

Adrian escuchaba atento la disertación de Chiara, quien no podía ocultar el cabreo que tenía por lo sucedido. Pero lo que llamó la atención fue el comentario que había hecho al respecto de los hombres poderosos, con dinero y recursos. Aquello, sin duda,

trastocaba sus planes sobre confesarle su verdadera identidad. Echaba por tierra todo lo que había hablado con su hermana porque, o mucho se equivocaba, si ella llegara a enterarse..., ¿se apartaría de él? ¿Sin importarle los momentos que estaban compartiendo?

—Bueno, ¿qué te parece si nos olvidamos de todo y aprovechamos lo que nos queda de día libre para nosotros? —le preguntó, sujetándola por el brazo para atraerla hacia él y besarla con una mezcla de ternura y pereza, perdiéndose en sus labios y ahogándose en su aliento. El suave ronroneo de ella le indicó a Adrian que iba por buen camino. Necesitaba que se relajara y se olvidara de lo sucedido con Stefano en la *piazza* Erbe. Aunque a él no le iba a resultar tan sencillo hacerlo.

—¿Por qué los tíos queréis controlarlo todo?

—Porque nos asusta lo desconocido. Los imprevistos.

—¿Estás asustado? —le preguntó pegando su cuerpo al suyo y mirándolo con una intensidad que hizo que él se olvidara de todo lo que había hablado con su hermana y lo que había escuchado por boca de Chiara acerca de la gente poderosa.

—Si lo estuviera, se debería a que temo algo, ¿no?

—Pero tú no parece que le tengas miedo a nada. Puedo verlo en tus ojos —le respondió Chiara, siendo consciente del juego de palabras que había usado Adrian. Una especie de acertijo del que ella creía conocer la respuesta porque era la misma que se aplicaba a su situación. Ella sí tenía miedo a perder aquello tan único que había encontrado desde que él llegó a su vida. Y cuando uno sentía miedo, era porque los sentimientos comenzaban a estar por encima de la mera atracción, del simple deseo.

\*\*\*

La tenue luz que arrojaban las velas diseminadas por la habitación dotaban de un tono más dorado a la piel de la espalda de Chiara. Adrian dejó que fueran, primero, las yemas de sus dedos y, después, sus labios los que la recorrieran sin prisas, deteniéndose a cada milímetro, dejando que su boca presionara con toda intención en aquellas partes que él sabía que elevarían la excitación, que le provocarían el suspiro o el gemido que le daría pie a seguir. Le apartó el pelo del cuello con una mano, mientras que mantenía la otra apoyada en la cama. Sus labios se acercaron de manera lenta y sugestiva, esparciendo una capa de aliento que erizó la piel. Un leve suspiro se dejó oír. Adrian presionó con delicadeza con sus labios justo detrás de la oreja de ella, encendiendo más, si cabía, el deseo. Contempló su rostro durante unos segundos, apartándole el pelo para tener una visión amplia. Trazó su contorno mientras continuaba escuchándola suspirar. Se volvió para quedar de cara a él, retándolo a que acercara su boca a la de ella para besarla. Fue cuando se produjo una especie de tira y afloja entre ambos. Se rozaban, dejando que sus alientos se mezclaran en uno solo. Sus lenguas se encontraban de manera tímida, terminando por besarse delicadamente. Las manos de Chiara descendían por la espalda de Adrian y se perdían bajo la sábana, arqueándose e instándolo a seguir con la danza lenta, sensual y placentera a la que la estaba sometiendo. Gemía y se retorció, presa de convulsiones inesperadas. El dedo de Adrian descendía, en ese momento, por el cuello de ella en dirección a sus pechos. Pero no se detuvo allí, sino que siguió descendiendo por su vientre hasta detenerse en el *piercing* de su ombligo y jugar con este mientras su lengua trazaba el contorno de sus labios. Su mano se perdió en el cuerpo de Chiara, rozando sus muslos hasta detenerse en la humedad latente entre estos. Muy despacio, comenzó rozar los pliegues suaves hasta encontrar el

camino al interior.

Ella quería que Adrian gimiera, que sintiera el placer extremo esa noche. Que no pudiera olvidarla. Lo obligó a besarla con efusividad, a morderle el labio y sentir que el placer iba invadiéndola por completo, como su respiración aumentaba, al tiempo que movía sus caderas, exigiendo que no parara, que siguiera.

—Te quiero dentro —le susurró antes de morderle el lóbulo de la oreja de manera sensual.

Adrian sonrió, irónico, mientras su miembro clamaba por ocupar el lugar de sus dedos. No se hizo esperar y cogió el preservativo dispuesto a complacerla en sus deseos. Chiara lo sintió adentrarse con facilidad en su interior. Lo rodeó por el cuello para atraerlo hacia sus labios. Su lengua se mostraba juguetona y ella se arqueaba para que la fricción con su miembro fuera mayor. Adrian la volteó para dejarla sentada sobre él, obteniendo así una imagen de su cuerpo. Hundió su rostro en su cuello para recorrerlo con los labios, le susurró promesas y pronunció su nombre mientras la crecida del orgasmo los arrastraba hacia un lugar desconocido y sin fondo. La marea de sensaciones los cubrió por completo mientras ambos trataban de permanecer a flote juntos. La tensión endureció su cuerpo, no quería detenerse ni pretendía que acabara. Sin embargo, Chiara lo instó a hacerlo ante los inequívocos signos de la culminación de su excitación. La contempló detenidamente, permaneciendo dentro de ella y sonriendo al tiempo que le apartaba el pelo adherido al rostro. ¿Qué había sucedido para que aquella mujer lo tuviera tan atrapado? ¿Como para no querer separarse de ella por nada del mundo? ¿Como para enfrentarse a todo por ella, incluso a su padre? Sonrió, irónico, al darse cuenta de las semejanzas que su historia con Chiara tenía con la de Romeo y Julieta. Pero, en ese caso, él parecía ser el único que debía hacer

frente a su familia, a su condición social. La atrajo hacia él, terminando de apartarle el cabello, memorizando sus facciones y naufragando en su mirada.

—¿Sabes que estás preciosa después de hacer el amor?

—¿En serio? —le preguntó, frunciendo el ceño como si acabara de decir alguna locura.

—Te sonrojas —la corrigió, cogiendo sus manos entre las suyas, volteándola hasta dejarla de espaldas sobre la cama. Adrian las sujetó por encima de la cabeza de ella y se inclinó para rozarle los labios—. Eres tan dulce, tan maravillosa, tan cariñosa...

—Pero ¿qué te pasa? ¿Te ha dado un ataque de romanticismo? ¿Vas a ponerte en el papel de Romeo? —le preguntó, sumergida en una espiral de risas y con el pecho henchido de felicidad por escucharlo decir aquello. Aunque se riese, en su interior se sentía feliz porque le encantaba su despliegue de romanticismo—. Que sepas que me encanta cuando te pones tan tierno.

—No. Esta vez no soy Romeo, sino Adrian —le susurró cerca de sus labios, antes de apoderarse del inferior para jugar con él sin aflojar la presión sobre los brazos de ella. Su lengua invadió su boca, prendiendo los restos de la pasión, y Chiara comenzó a gemir mientras el deseo volvía a asentarse entre sus muslos.

\*\*\*

Aquella mañana, Roger MacTavish había convocado a los medios de comunicación en la sala de juntas de la compañía. Lo que tenía que hacer prefería hacerlo cuanto antes. Ya estaba cansado de juegos. Quería acabar con la partida desde ese mismo momento. Vestido con un sobrio, pero elegante traje negro, Claire lo observaba desde el fondo. No había querido participar en aquella representación y así

se lo había hecho saber. Junto a Miles, observaban el desarrollo de la rueda de prensa.

—No sé qué es lo que pretende tu padre —le confesó Miles en un susurro, acercándose a Claire.

Ella permanecía con la vista fija en él, hablando con la prensa, anunciando a los cuatro vientos, y a bombo y platillo, que pasaba la dirección de las empresas MacTavish a su hijo Adrian.

—Lo que pretende es una guerra abierta con mi hermano.

—¿Crees que Adrian rechazará el nombramiento después de todo este circo? —El tono irónico de Miles llamó la atención de Claire, quien no pudo evitar reírse ante la palabra que había usado para definir aquello.

—Tú lo has dicho. Esto parece un circo. Y no, no creo que mi hermano cambie de parecer por que mi padre salga en las noticias. Y si lo hace, que mi padre se prepare —le confesó, sabiendo hasta dónde sería capaz de llegar Adrian si su padre insistía.

—¿De qué coño hablas? Hablas de Adrian como si fuera un demonio. Vamos, conozco a tu hermano desde hace muchos años. Entiendo que pueda estar disgustado con tu padre por esta jugada, pero...

—No, no lo conoces como yo. Si Adrian regresa, prepárate para cualquier cosa —le advirtió a un Miles que no podía dar crédito a aquellas palabras. Pero lo hizo en cuanto percibió el gesto serio y de preocupación de Claire.

Cuando su padre dio por finalizada la reunión y los miembros de la prensa comenzaron a desalojar la sala de juntas, este se dirigió hacia su hija con un gesto de satisfacción en el rostro. «El deber cumplido», pensó Claire.

—Estarás satisfecho. Ya tienes lo que querías. Ahora solo hace falta que Adrian vuelva para que la jugada te salga perfecta —le

comentó una más que irónica Claire, mirando a su padre desde una posición de ataque.

Roger MacTavish emitió un gruñido.

—Este plan era el que tenía diseñado desde hacía tiempo para anunciar el relevo en la compañía —le explicó con total naturalidad, esperando que su hija lo entendiera.

—¿Estás seguro? Porque me ha dado la impresión de que todo este circo ha sido orquestado con un único propósito.

—Me encanta el valor que demuestras al enfrentarte a mí. Tal vez debería haberte nombrado a ti como mi sucesora. No me cabe la menor duda de que tienes mano firme, las ideas claras y de que nunca te escondes.

—Puede ser, pero no se trata de mí. Se trata de mi hermano. Solo te diré que te prepares para la reacción, porque sabes que no se hará esperar —le advirtió, dándole la espalda para regresar a su despacho.

—Un momento, Claire —la llamó su padre, consiguiendo que se volviera para escuchar lo que tuviera que decirle—. ¿De qué hablas?

—De que no has debido hacerlo.

—¿Crees que estoy equivocado? —le preguntó, mirando a su hija sin comprender a qué diablos se estaba refiriendo.

—Vas a cabrear de verdad a Adrian. Y prepárate para las consecuencias. Quedas advertido —le aseguró, esgrimiendo un dedo ante él en una clara señal de advertencia.

—Estás equivocada, hija. Adrian volverá en cuanto escuche las noticias. Volverá, te lo aseguro. Y entrará en razón —se dijo, observándola desaparecer tras la puerta de su despacho. Roger MacTavish sacudió la cabeza sin comprender lo que estaba sucediendo en su familia y en su compañía. ¿Qué clase de hijos tenía?

## Capítulo doce

Stefano sujetaba su taza de café en la mano izquierda y leía en su Tablet. Hacía días que no sabía nada de Chiara y de su nuevo amigo. No obstante, estaba convencido de que su apasionado romance se les acabaría pronto. Ella se daría cuenta de que no tenía futuro con ese inglés. Y él se acabaría largando de vuelta a su isla. Sus pensamientos en torno a ella se vieron interrumpidos de repente, cuando su mirada se detuvo en la sección de negocios de la revista que leía. Una noticia había captado su atención, pero, sobre todo, las fotografías de los dos hombres que aparecían bajo el titular.

«Roger MacTavish, el magnate de la moda en el Reino Unido, con tiendas en casi toda Europa, cede el testigo a su hijo Adrian para que tome el timón de la compañía».

Stefano contempló el rostro sonriente del joven y a punto estuvo de dejar caer la taza de café. De manera lenta, la colocó sobre el plato y procedió a sujetar la Tablet para leer la noticia con toda atención. No podía creer lo que estaba leyendo, pero era real. Comprobó la fecha de la publicación pensando que podía tratarse de una noticia de hacía días, pero, al ver que no era así, se llevó la mano a la boca ahogando las carcajadas. ¿Estaría al tanto Chiara de

quién era su nuevo camarero? Claro que no. Ella odiaba a los grandes magnates porque lo único que querían era apoderarse de todo el mercado. Eso, al menos, pensaba de él y de su cadena de restaurantes repartidos por toda Italia. Pero siempre le había dicho que él se limitaba a trabajar y que, si necesitaba su ayuda, la tendría. Retirarla de la *trattoria* de su familia era la mejor ayuda que podía recibir. Debía modernizarse. Cambiar de ambiente y dejar de partirse el pecho por aquel local decorado con motivos de Romeo Y Julieta. Chiara y su romanticismo de críos. ¿Qué coño había venido a hacer Adrian a Verona, si era el dueño de uno de los imperios de la moda en Europa? Por no mencionar que MacTavish aparecía en la lista Forbes como uno de los hombres con más dinero y poder en el Reino Unido. Pero, entonces, el tal Adrian... La confusión se adueñó de Stefano, porque no terminaba de creerse lo que estaba leyendo. Cogió la Tablet y, con esta en la mano, salió del café con un destino muy claro. Con un único propósito y sin importarle las posibles consecuencias.

\*\*\*

Chiara charlaba de manera animada con Rosalina. Su relación con Adrian iba viento en popa y a nadie de la *trattoria* se le escapaba ya que estaban juntos. Algo que tampoco le importaba porque todo parecía indicar que él se quedaría con ella en Verona.

—Entonces debes admitir que por fin tu Romeo ha llegado a Verona para enamorarte —le comentaba Rosalina a Chiara, provocándole el sonrojo y las risas como muestra inequívoca de su felicidad.

—A ver, él vino en busca de un trabajo y de perfeccionar su italiano. En ningún momento vino para enamorarme ni para hacer de

Romeo.

—De acuerdo. De acuerdo. Pero también es cierto que ha sabido conquistar tu corazón, niña Chiara —le aseguró, señalando con el dedo hacia el lugar donde se encontraba él.

En ese momento, la puerta de la *trattoria* se abrió, captando la atención de las dos mujeres. El rostro de ambas se transformó al reconocer a Stefano con su traje impecable y una sonrisa socarrona, como si acabara de recibir buenas noticias.

—Buenos días —saludó con una cortesía hasta cierto punto desmedida, socarrona y chulesca.

—Hola. ¿Qué quieres? —le preguntó una Chiara a la defensiva, mirando a Stefano con desconfianza, ya que era consciente que no acabaría por rendirse.

—Verás... Pasaba por aquí y me pregunté si ya conocías la noticia del día —le anunció, posando la Tablet en el mostrador ante Chiara para que leyera.

—¿Qué ocurre? —quiso saber con un tono de preocupación, mientras Rosalina paseaba la mirada por ellos dos sin entender a qué venía aquel misterio.

—Será mejor que lo veas por ti misma —la instó Stefano, señalando la pantalla con gesto de asombro—. ¿Lo sabías? No. Imagino que no.

—¿Qué se supone que debo saber?

Chiara bajó la mirada hacia la publicación y de inmediato experimentó una sacudida en todo el cuerpo al ver el rostro de Adrian y leer el titular. Extendió la mano para sujetarse a la mesa porque tenía la sensación de que iba a caerse. Primero, sintió el temblor de las piernas; luego, una sensación de ahogo, y, finalmente, una taquicardia. Un escalofrío le recorrió todo el cuerpo y la dejó sin capacidad de reacción. Abrió la boca para decir algo,

pero las palabras parecían haberse quedado atascadas en su garganta o, más bien, en su mente. A medida que iba leyendo, parecía que ese sofoco del principio iba dejando paso al desconcierto, porque no comprendía muy bien qué significaba aquel titular. No quería sacar conclusiones precipitadas, pero todo parecía indicar de manera clara y concisa que Adrian era alguien bastante diferente a quien ella pensaba. ¿Por qué no había confiado en ella y se lo había ocultado? Inspiró hondo para intentar encontrar el sentido a aquella noticia, pero quien mejor podría aclararlo sería él en persona. Aunque, viendo la fotografía de su rostro junto a la de su padre bajo el titular, no le cabía la menor duda de que así era. Chiara cerró los ojos por unos segundos en los que trató de serenarse y de no sacar conclusiones precipitadas. Pero, de ser cierto, ¿por qué había mantenido aquel engaño? Estaba tan aturdida que no se fijó en la sonrisa de satisfacción que Stefano esgrimía en su rostro.

—A juzgar por tu reacción, veo que no lo sabías —apuntó de manera suspicaz, fijándose en que el rostro y la mirada de Chiara aparecían afligidos por el dolor del descubrimiento—. Sabía que no podía ser tan bueno.

No hizo caso a los comentarios de Stefano, sino que se limitó a contemplarlo con odio. Entendía su jugada. Era consciente de que, tarde o temprano, ella podría averiguarlo; o que Adrian se lo contara todo. Pero le dolía que fuera Stefano quien le había dado la noticia y se estuviera regocijando por su decepción.

—Si me necesitas.... Yo...

—¡Por mí puedes irte al infierno ahora mismo! —le espetó volviéndose a la cocina, donde Adrian aprendía a preparar la masa de las *pizzas* junto a Fredo.

Rosalina intercambió la mirada con Stefano y supo, al momento,

que estaba completamente satisfecho por lo que acababa de ocurrir.

—Solo quería saber si Chiara conocía la verdadera identidad de Adrian —se excusó, encogiéndose de hombros ante la mirada de la cocinera.

Adrian permanecía concentrado en amasar la base de *pizza* que estaba haciendo bajo la supervisión de Fredo. Lo había estado observando hacerla y, en un momento dado, el cocinero lo invitó a que probara a amasar la mezcla, a darle forma y a tratar de voltearla en el aire. Aquello le pareció bastante complicado a Adrian, quien, por otra parte, no se arredró y probó suerte.

Al escuchar el sonido de las puertas batientes de la cocina, Adrian apartó la mirada de la masa para centrarse en Chiara. Le sonrió a modo de bienvenida, pero cuando se fijó con atención en el rictus de su rostro, supo que algo no marchaba bien. Lo sorprendió su mirada fría y llena de desconfianza fija en él. Pero lo que llamó su atención e hizo que se le encogiera el estómago fue descubrir que sus pupilas aparecían más dilatadas, más brillantes a causa de las lágrimas.

—Fredo, ¿puedes dejarnos a solas? —le pidió, apartando la atención de Adrian por un segundo para dirigirse al cocinero. Su tono era frío, directo y cortante. Los dos hombres intercambiaron una mirada de sorpresa por aquella repentina intrusión. El italiano hizo un gesto con el mentón hacia Adrian, esperando a que él le dijera algo de lo que sucedía, pero este se limitó a sacudir la cabeza. Volvió su atención hacia ella en busca de una respuesta que estaba convencido de que iba a obtener de inmediato. Y entonces se fijó en la Tablet que sostenía en las manos y que ella le pasó para que viese algo.

Chiara centró su atención en él, estudiando todos y cada uno de

sus gestos. Quería saber qué sentía al verse descubierto. Percibió la mirada de él fija en su rostro. Sin parpadear, sin modificar el semblante, y entendía el porqué. Sin duda, era alguien acostumbrado a mentir; a negociar de manera dura. Un tipo frío. Adrian no hizo ningún intento por mirar la pantalla ni en desviar la mirada hacia esta porque ya sabía lo que sucedía. Su hermana le había enviado vía mensaje WhatsApp con la noticia. Su padre no había perdido el tiempo, por lo que veía. Apostaba fuerte en aquella partida. Él había deseado que aquello no sucediera, que aquella situación no hubiera llegado nunca a producirse. Quiso mantener a Chiara alejada de su anterior vida, de todo lo que representaba para él. Pero se había equivocado al infravalorar a su propio padre, cuyos tentáculos eran largos y poderosos. Tal vez el haber encontrado en Verona su propia vida lo había hecho bajar la guardia; o tal vez había sido la sensación de bienestar que sentía cada mañana al despertar y ver el rostro de aquella mujer apoyado en la almohada, contemplándolo con una sonrisa. Un hombre como su padre era el centro de atención para la prensa, y anunciar a bombo y platillo que le cedía la dirección de la multinacional a su hijo era, sin duda, una noticia de gran alcance que no pasaría desapercibida en ningún sitio, ni siquiera en Verona, al parecer... Quedaba claro que su propio padre no iba a dejarlo en paz, aunque se hubiera ido al fin del mundo. Dejó la Tablet sobre la mesa y se sacudió las manos en el mandil, buscando la manera de explicar aquello. Su hermana se lo había advertido y, aunque esperaba que Chiara no llegara a enterarse, al final iba a ser complicado.

—¿Puedes explicarme por qué me has ocultado quién eres? —La pregunta fue directa. Sin preámbulos. Con un tono frío e irónico, cargado de una rabia que sacudió a Adrian. Él sabía que ella no iba a ponérselo fácil, como le había advertido su hermana, si acababa

enterándose. Y en ese momento lo comprendía—. Eres el hijo de Roger MacTavish, el magnate británico de la moda.

—Sí —le dijo, asintiendo, sin dejar de mirarla a los ojos. No estaba dispuesto a esconderse en ese momento. Se lo explicaría todo.

—Oh, vaya. ¿No crees que me merecía una explicación de lo que estaba pasando? —le preguntó con los ojos entrecerrados y sacudiendo la cabeza sin poder creer que le hubiera ocultado quién era. Apoyó las manos sobre la mesa y se enfrentó a la mirada de él; el dolor se abría paso de manera lenta e implacable en su interior. Directo a su corazón.

Adrian permaneció callado contemplándola. Descubrió que ella era la mujer que había conseguido que fuera capaz de querer a alguien por primera vez, de que la echara de menos y sentir que su mundo giraba alrededor de aquella pequeña *trattoria* en Verona. Pero ese ideal había comenzado a tambalearse. Percibió la rabia, la desilusión y el dolor en los ojos de Chiara.

—Si te oculté mi verdadera identidad se debió a que no quería que mi apellido pudiera influirte.

—¿Influirme? —le preguntó, sorprendida por esa afirmación—. ¿Pensabas que me habría negado a darte el puesto al conocer quién eras en realidad? Pues estás equivocado. Te habría concedido la misma oportunidad que has tenido. No me dejo influir o deslumbrar fácilmente por un nombre o un apellido —le advirtió, irónica, mientras el dolor del engaño y la decepción seguían dentro de ella. Sentía como si él estuviera hurgando en la herida que le había producido descubrirlo.

—Quería demostrarme que podía conseguir lo que me proponía sin utilizar mi apellido. De eso se trataba. Quería ser solo Adrian. Sin etiquetas de ninguna clase. Por eso no te dije quién era en realidad. Pero ya lo sabes —le aclaró, extendiendo las manos en señal de

derrota, de rendición y, también, de clemencia.

—Un poco tarde para averiguarlo, ¿no crees? —le rebatió, sintiendo el calor ascender por su cuerpo hasta asentarse en sus mejillas.

—Es complicado vivir en un mundo donde todo el mundo te alaba sin saber si en verdad lo que estás haciendo es porque en realidad tu trabajo lo vale o porque quieren contentarte por el poder que tienes.

—¿Y tú? ¿Sabes lo que es sentirse engañada? ¿Sentirse traicionada? No eres quién dices ser —le recordó mientras sacudía la cabeza tratando de entender qué diablos había hecho mal para que, una vez más, su mundo se estuviera derrumbando.

—¡Maldita sea, que no te haya dicho quién era no ha influido en mi trabajo! Lo he hecho lo mejor que sé. Me he esforzado como nadie por demostrar mi valía.

—Apuesto a que ni siquiera has trabajado en los *pubs* de Londres —le espetó con desdén, queriendo hacerle daño, a pesar de que no lo deseaba y que sabía que él tenía razón, había trabajado como el mejor. Nunca había visto a nadie derrochar tanto entusiasmo, tanto sacrificio en su trabajo. Y tal vez eso había sido uno de los varios motivos por los que ella se había sentido atraída hacia él.

—En eso te equivocas. Sí, lo hice, trabajé en varios para pagarme los estudios cuando le dije a mi padre que no estaba dispuesto a que él corriera con los gastos —le rebatió, mirándola con gesto serio mientras apretaba los puños e inspiraba.

—¡Oh! ¡Vaya!, ya sabemos otra cosa de ti. Eres la clase de persona que no quiere que su papá rico le pague los estudios —le dijo, burlándose de él en todo momento—. ¿Quién va a creerte, Adrian? Yo no puedo hacerlo, no ahora.

—Estás equivocada, y todo se debe al enfado que tienes por

haberlo descubierto por la prensa. Pero hasta hace unos minutos no lo creías así.

—Sí, en eso tienes razón —le dijo, cogiendo la Tablet de Stefano para agitarla delante de Adrian—. Que tenga que enterarme de a quién me estoy tirando por una noticia. ¡Joder! ¡Que no hayas tenido confianza para contármelo! ¡Eso es lo que más me ha dolido! —dijo mientras se daba pequeños golpecitos en el pecho con el dedo y la visión de él comenzaba a empañarse. El escozor en los ojos al retener las lágrimas era insoportable. Pero se había prometido que no lloraría en su presencia.

—Quería mantenerte alejada de mi otra vida. Eso es todo.

—¿Por qué? ¿Con qué fin? —le preguntó, encarándose a él, sin importarle que sus rostros estuvieran separados por escasos centímetros y que pudiera sentir el deseo de besarlo en ese preciso instante pese a todo, que anhelara que la abrazara y la meciera entre sus brazos, que le robara el aliento con sus labios y que sus corazones latieran como uno solo—. ¿Cuánto de lo que me constaste sobre ti es mentira y cuánto es verdad? ¿Qué es lo que debo creer y lo que no? —indagó, acercándose todavía más a él, mientras lo fulminaba con la mirada. Sentía que se iba derrumbando lentamente por dentro, que todo lo que habían construido en poco tiempo estaba comenzando a desvanecerse, que su historia de amor volvía a fracasar.

—Lo que debes creer es quién soy desde que puse un pie aquí. Eso es lo que en realidad importa. La persona que despierta a tu lado por las mañanas, que te acompaña a casa, que no le importa quedarse un rato más en el trabajo sin que se lo pidas. La persona que ha encontrado sentido a su vida entre estas cuatro paredes —le dijo antes de tomar el rostro de ella entre sus manos para mirarla con tal intensidad que Chiara sintió que el corazón podría pararse de

un momento a otro—. Mi vida cambió el día que te conocí, Chiara.

Ella se soltó de sus manos con un gesto de rabia. Quería mantenerse fría y distante para poder pensar con claridad. No podía permitirle ni siquiera rozarla porque sabía lo que eso significaría... Y ya le había permitido acariciarle el rostro, provocándole ese conocido cosquilleo en el estómago que tanto le gustaba. Había sentido su mirada ahondando en su interior y había contemplado su reflejo en sus ojos. Por ello, se había apartado de él e intentaba recomponerse.

—Ahora mismo no sé si creer que todo lo que has hecho ha sido una farsa o si de verdad lo sentías. Viendo la clase de persona que eres... —le recordó, esbozando una sonrisa irónica, mientras señalaba la publicación con cierto desprecio.

—Soy la persona que ves aquí, Chiara. La misma que ayer —le aseguró, dando un paso hacia ella para sujetarla por los brazos y sentirla más cerca de él—. Soy lo que ves, lo que tú has conseguido sacar de mí en este tiempo. Has llenado mi vida de cosas que no tenía, que no sentía. Lo creas o no, todo lo que he hecho o te he dicho lo siento de verdad. ¿Cómo podría engañarte cuando me estoy enamorando de ti?

—¡No lo sé! Tan solo sé que eres un rico que está acostumbrado a hacer lo que le viene en gana con las personas.

—Me duele que tengas esa imagen de mí después de lo que hemos compartido.

Se quedaron en silencio, contemplándose como si en verdad se estuvieran dando una pequeña tregua antes de reemprender la batalla. Chiara cerró los ojos un breve instante, inspiró hondo para tratar de tranquilizar a su corazón. Creía que acabaría estallándole dentro del pecho. Sacudió la cabeza cruzando los brazos y apoyando la espalda contra la pared sin perder de vista a Adrian.

Fuera de la cocina, las miradas entre los que allí estaban iban y venían. Permanecían atónitos y expectantes, escuchando las voces que se oían. Fredo se había sentado y permanecía con la vista perdida en el vacío sin poder comprender qué era lo que estaba sucediendo. ¿Cómo era posible que toda la paz y la tranquilidad que se respiraba en aquel lugar desde hacía meses pudiera quebrarse en un solo instante y de aquella manera?, se preguntó, apretando los labios hasta convertirlos en una delgada línea. Rosalina lanzaba miradas de reproche a Stefano, por creerlo culpable de haber desencadenado aquella tormenta. Sin duda, estaba despechado y dolido con Chiara por su relación con Adrian, y había encontrado la manera de romper dicha relación sin importarle para nada las consecuencias sobre la joven muchacha. ¿Cómo podía decir que la quería si era capaz de hacerle aquello? ¿Y pretendía que ella corriera a sus brazos en busca de consuelo cuando era él quien había provocado dicha situación?

—Sería mejor que te marcharas —le aconsejó, mirándolo con detenimiento mientras su interior bullía de ira.

—Ni hablar. Me quedaré hasta el final para charlar con Chiara y aclararlo todo. Además, necesita de alguien que la aconseje y que esté a su lado ahora que ha descubierto la mentira en la que estaba viviendo —le aseguró, con total calma y naturalidad, mientras esbozaba una sonrisa, imaginando que así iba a suceder.

—No creo que Chiara tenga ganas de hablar precisamente contigo —le rebatió, poniendo las manos sobre las caderas, retándolo con la mirada—. Eres el causante de lo que está sucediendo ahí dentro —lo acusó de manera directa, señalando con un dedo hacia el interior de la cocina, donde parecía que se habían dado un respiro, ya que las voces habían cesado.

—El culpable es él, que ha ocultado su verdadera identidad a

Chiara. No yo. Yo solo he venido a sacarla de su error.

—Tú, a lo que has venido es a sembrar discordia y hacer daño a Chiara porque escogió a Adrian —lo corrigió un Massimo amenazador, encarándose con él y mirándolo de arriba abajo dispuesto a todo si se pasaba de la raya.

—Yo no he ocultado mi verdadera identidad a Chiara —le susurró, despacio y observando a Massimo con el mismo gesto retador que él.

—Está bien. Dejadlo estar —intervino Fredo, apartando a los dos hombres—. Te aconsejo que salgas por esa puerta —le dijo a Stefano, entornando la mirada en clara señal de advertencia.

—Y yo te repito que me quedo —le aseguró, envarándose ante Fredo.

El cocinero se encogió de hombros, dándole a entender que le importaba muy poco. Volvió a sentarse para esperar el desenlace de aquella situación. Trataron de seguir adelante con sus quehaceres en la *trattoria*, pero eran conscientes de que, hasta que no se resolviera la discusión entre Chiara y Adrian, no podrían seguir.

—¿A qué viniste a Verona, a pasar unas vacaciones? ¿Te aburrías en tu trabajo y decidiste cambiar tu despacho por una *trattoria*?

—Decidí cambiar de vida, sí. Creo que no tienes queja acerca de mi trabajo aquí —le aseguró, recordándole que no había escatimado ni un solo segundo en demostrar su valía. Y ella lo sabía también.

—¿Y te ha gustado el cambio? ¿Has disfrutado de Verona y de sus encantos? ¿Qué te han parecido las mujeres italianas? —le preguntó, apretando los puños para tratar de contener la rabia.

—Te aseguro que sentí cada palabra que te dije; cada beso que te di y cada caricia que te regalé —le aseguró, reduciendo el espacio entre ambos a medida que se acercaba hasta ella.

Chiara sintió el temblor en todo el cuerpo al escuchar aquellos

ejemplos, que parecía querer traicionar a su mente, a su intenso y firme propósito de resistir cada uno de sus acercamientos, por muy difícil que le resultara.

—No, ya no puede ser... —le aseguró, contemplándolo de frente y sin pestañear. Chiara deslizó el nudo que se le había formado en la garganta en un intento por retener las lágrimas y aplacar el dolor en su interior. No quiso ahondar más en la cuestión porque lo siguiente que pasó por su mente no quería preguntárselo, ya que la afectaba a ella y a los momentos de intimidad compartidos.

Adrian la dejó ir, mientras sus labios se convertían en una fina línea. El dolor que sentía le estaba produciendo una herida que no creía capaz que pudiera cerrarse. Relajó los hombros, esperando su reacción, aunque sabía perfectamente cuál sería, dijera lo dijera en su defensa. ¿Tanto le dolía?

—Puedes pensar lo que quieras, pero no soy como crees. Si vine a Verona fue para empezar de cero. Era consciente en todo momento de que mi pasado me perseguiría, por eso no te lo conté. Porque no te quería involucrar en él. Deseaba dejarlo todos atrás. Y puedes creerme cuando te aseguro que no planeé nada de lo que ha sucedido entre tú y yo. Nunca pensé en seducirte.

—Seguro. Nada más tenía que fijarme en la manera en que me mirabas para darme cuenta de que tu intención, como la de otros, era llevarme a la cama —le rebatió con un toque burlón en la voz. Chiara prefería mostrarse irónica para evitar sucumbir a su dolor ante él.

—Tampoco pensé que me acabaría enamorando de ti.

Aquella confesión provocó un palpito en el corazón de Chiara. Pero ella no quería creer sus palabras, ni siquiera quería hacer el intento por hacerlo porque estaba enojada con él. Rechazaba cualquier idea del amor que él tuviera que decirle, pero, en el fondo, sabía que era

cierto. Lo había percibido en su manera de besarla, de acariciarla, de hacerle el amor. Sí, de la misma manera que ella se había enamorado de él a lo largo del tiempo que habían permanecido juntos. Pero no podía ni quería admitirlo. No en ese momento.

—¿No me digas? —le preguntó, usando el sarcasmo para ocultar el temblor de su voz—. ¿Vas a decirme que estabas falto de cariño en Londres, en tu posición social? No, no hace falta. No te creo. Ni creo en el amor verdadero, ni en Julieta, ni en nada que tenga que ver con ello —le confesó, presa del dolor.

—No es cierto, Chiara. Tú crees en todo ello porque en el fondo eres como Julieta: una enamorada del verdadero amor. Digas lo que digas, sabes que ese sentimiento nunca cambiará dentro de ti —le aseguró sintiendo que con cada palabra se alejaba más y más de él.

—No estés tan seguro. Acabas de demostrarme que el amor de verdad no existe. Me engañaste haciéndome creer que eras alguien distinto a los hombres que han pasado por mi vida. No, no eres mejor que ellos.

—Has emitido tu veredicto sin deliberarlo si quiera, sin pararte a pensar en todo lo que hemos vivido y compartido en tan poco tiempo. ¿Eso no cuenta nada para ti? —le preguntó mientras entrecerraba los ojos y la miraba sin poder creer que fuera a hacerlo, sorprendido por la frialdad que estaba demostrando en ese momento—. Soy yo, Chiara. Adrian. ¿Qué puede importar un apellido? ¿Un estatus social? —le pidió con los brazos abiertos y las palmas de las manos expuestas ante ella, en señal de súplica.

—Me dijiste que viniste a vivir una nueva experiencia, a encontrarte como persona. ¿Qué más te vas a inventar ahora para convencerme de que todo puede seguir como hasta antes de que entrara en esta cocina? —le preguntó cruzando los brazos sobre su pecho y mirándolo con una actitud desafiante. Estaba lo bastante

enojada como para cometer cualquier estupidez. Incluso perdonarlo. Porque... ¡Joder!, ise había enamorado de él!

—No voy a inventarme nada porque no tengo nada que inventar. Conseguiste sacar la otra persona que hay en mí. Y te lo agradezco...

—Eres la clase de persona que haría cualquier cosa por conseguir lo que quiere, con lo que se encapricha, así sois la gente rica y poderosa —le espetó, encarándose con él. Le arrojó toda su furia y su desprecio a la cara—. Manipuláis a la gente en vuestro beneficio. La clase de persona de la que siempre he estado huyendo porque se consideran con poder para moldear mi vida a su antojo. —Chiara se detuvo y contó hasta diez en su mente. Inspiró hondo antes de decir lo que pasaba por esta, lo que le dictaba su orgullo, su dolor y que, tal vez, no fuera lo más acertado. Tal vez estuviera cometiendo un error, pero solo el tiempo lo diría. Lo miró fijamente mientras, con cada palabra que pronunciaba, sentía que el corazón se le partía.

—Lo entiendo. Pero yo no soy de esa clase de personas, y creo habértelo demostrado durante todo este tiempo que llevo trabajando en la *trattoria*.

—Ya nada tiene importancia. No desde que sé que me has estado ocultando tu verdadera identidad. Por eso te pido que te marches de la *trattoria*. Ahora mismo, a ser posible —le dijo, tratando de mantenerse entera. Las lágrimas amenazaban con desbordarse de un momento a otro, pero se prometió no llorar. No, al menos, hasta que estuviera sola. Hasta que él hubiera desaparecido. Lo sintió detenerse a su lado. Dudar entre lo que debería hacer o decir. Solo escuchó su respiración mientras ella mantenía la mirada al frente, en un punto en el espacio. Si volvía el rostro, acabaría derrumbándose, y no era lo que quería.

—¿Estás segura de ello? ¿En verdad es lo que quieres? ¿Lo que tu

corazón desea?

—Es lo mejor.

—¿Para quién, Chiara? No es lo mejor para ninguno de los dos, y ambos sabemos el motivo. Pero si es tu voluntad...

—No puedo seguir trabajando con alguien a quien no conozco. Y muchos menos seguir con esta relación. No quiero verte por aquí, ya te lo he dicho —le aseguró, sintiendo que aquellas palabras eran una especie de sentencia para ella misma, que le rompían el corazón. Había perdido la cuenta de las veces que se lo habían hecho. Pero por algún motivo especial, diferente y desconocido, aquella vez el dolor había sido más profundo. Pero ya daba igual. Recogería sus pedacitos e intentaría recomponerlos lo mejor que pudiera.

Adrian la miró por última vez, sabiendo que aquellas palabras acababan con todo lo que había entre ellos.

—¿Qué puede importar quién soy a la hora de trabajar aquí?

—Está bien, si lo prefieres, seré más franca. No puedo seguir acostándome con alguien que no sé quién es ni lo que siente en verdad por mí. ¿Qué más secretos escondes? ¿Cómo puedo confiar en ti en un futuro?

—No hay nada más... Este soy yo. Sí, el hijo del magnate británico de la moda Roger MacTavish. Y, al mismo tiempo, alguien que renunció a todo lo que tenía en Londres por encontrar su sitio en este mundo. Para encontrar la verdadera felicidad que durante años me ha sido esquiva.

—No hace falta que ahora me cuentes tu vida. Hacerlo carece de sentido en este momento, ¿no crees? —lo interrumpió, sin abandonar el tono frío que había adoptado desde que entró en la cocina para hablar con él.

—Nunca pretendí llegar a esta situación, porque era lo último en lo que pensaba.

—¡Pues te equivocaste, porque con tu actitud has demostrado ser un egoísta! Pensaste en ti. Solo en ti. Ni siquiera te paraste a pensar un momento en mí después de acostarnos la primera vez. Y no contento con ello, hemos estado manteniendo una relación en la que tú no eras quien decías ser. ¡Joder! ¿Tanto te costaba confiar en mí? —le preguntó, recalcando la pregunta mientras se daba pequeños toques en el pecho.

—Tienes razón, pero lo nuestro no tiene por qué acabar de esta manera aquí y ahora, Chiara.

—¿Ah, no? ¿Y cómo debería hacerlo según tú? ¿Quieres que todo siga de la misma manera como hasta ahora? ¿Que sigamos follando como si nada hubiera sucedido? ¿Que siga sintiendo cómo me derrito por dentro cuando me acaricias o me miras? Lo siento, pero no puedo seguir adelante con alguien en quien no confío ni conozco. Alguien que me oculta la verdad.

Adrian sabía que nada de lo que dijera la haría cambiar de opinión. Así que lo mejor sería marcharse, por el momento.

—Está bien... Como quieras... Veo que no piensas dar marcha atrás y lamento que todo acabe así, pero si cambias de opinión... — La mirada de ella fue lo bastante explícita como para que Adrian cerrara la boca de golpe. Le acarició la mano al pasar a su lado, una leve y tímida caricia que provocó más dolor en ella, porque era consciente de lo que perdía y de que no regresaría. Quiso volverse hacia él y detenerlo, pero algo en su interior se lo impedía. Y escuchó el sonido de las puertas batientes cuando salió de la cocina, pero también de su vida. Chiara cerró los ojos, se apoyó en la encimera y sintió como su interior estallaba.

—Puedes recoger el finiquito mañana.

Adrian se volvió hacia ella. Chiara le sostuvo la mirada durante unos segundos. Él esbozó una sonrisa tímida, cargada de melancolía

por aquellas últimas palabras de ella.

—No has entendido nada —le confesó, provocando una mirada de incompreensión en Chiara al escucharlo decir aquello—. El dinero carece de valor para mí.

—Oh, claro. Olvidaba que estás forrado y que, al fin y al cabo, lo que te ofrezco es pura calderilla —le rebatió, tratando de que su tono y su pose arrogante le hicieran daño, pero sin pararse a pensar que el daño también se lo hacía a sí misma.

—Hay cosas que he aprendido a valorar más que el dinero desde que llegué a Verona. La amistad que me habéis brindado. ¿Y sabes por qué? —La pregunta la hizo retroceder un paso contra la pared. Deslizó el nudo que le atenazaba la garganta y se dispuso a enfrentarse a sus ojos—. Porque en todo momento fue sincera. Algo que nunca he creído encontrar en el mundo de los negocios en el que me he movido —le aseguró, lanzando una última mirada por encima de su hombro. No quería verla llorar, era consciente de que lo haría en cuanto estuviera a solas. No era la imagen que él quería llevarse consigo.

Ella agradeció que no se volviera para mirarla de frente porque se habría rendido a sus sentimientos. Por ese motivo apretó los labios con fuerza para sofocar el llanto, contemplando como una parte de ella misma salía por las puertas de la cocina.

## Capítulo trece

**A**drian apareció en el comedor bajo la atenta mirada de los que, hasta ese momento, habían sido sus compañeros. Pero a quién no esperaba ver era a Stefano contemplándolo con gesto sonriente.

—Creo que no hay mucho que explicar. Todos conocéis la verdad y... —se detuvo, volviendo su atención a Stefano.

—¿Te marchas? —le interrumpió Rosalina, sin poder creer que Chiara lo estuviera despidiendo justo cuando la *trattoria* funcionaba mejor que nunca y no paraban de llegar clientes.

—Es lo mejor, Rosalina. De verdad que es lo mejor para este lugar y para Chiara. Le he fallado.

—Diría que te has estado aprovechando de ella —apuntó Stefano, saliendo en defensa de ella—. ¿Así que eres el niño rico de papá? —le recordó, esbozando una sonrisa irónica.

—Pero todo puede aclararse. No importa quién seas para seguir trabajando... —intervino Massimo, sin entender muy bien el motivo de su marcha—. Eres más que válido aquí. Desde que tú llegaste, el trabajo no falta. Y...

—Es lo mejor que puedes hacer, inglés —le aconsejó Stefano, encarándose con él.

Adrian sacudió la cabeza tratando de olvidarse de Stefano.

—¡Ya basta! —exclamó Chiara mientras salía de la cocina y captaba la atención de todos los presentes.

—Chiara, este tío se ha aprovechado de ti y...

No le dio tiempo a decir ni una sola palabra más. El puño de Adrian impactó de lleno en la mandíbula de Stefano, arrojándolo contra la mesa ante el estupor de todos.

—Que te quede clara una cosa —le dijo, enfrentándose a él mientras Chiara se acercaba para separarlos. Fredo y Massimo hacían lo mismo, aunque deseaban que Adrian repitiera lo que acababa de hacer—: Nunca me he aprovechado de una mujer. Y menos de Chiara.

Adrian se volvió, consciente de que aquel gesto no ayudaba en demasía a limar las diferencias irreconciliables entre ellos. Pero se lo debía, porque sabía que él había sido el responsable de aquella tormenta de emociones.

—Nunca —le aseguró, contemplándola con tal intensidad que Chiara sintió un escalofrío y dio un paso para encararse con Stefano.

—Vete. Sal de aquí y no vuelvas —le pidió, mirándolo con frialdad y señalándole la puerta.

Stefano la miraba sin comprender cómo era posible que sacara la cara por el inglés. Se levantó, llevándose la mano hacia el corte del labio por el que manaba sangre, y lanzó una última mirada a Adrian.

—Has perdido. Tú te vas, pero yo sigo aquí. Recuérдалo. Pienso recuperar lo nuestro, Chiara. No me rindo —le aseguró, mirándola con una mezcla de seguridad y de aviso por lo que pretendía hacer.

—Perderás el tiempo. Tú y yo nunca hemos tenido nada. Ni lo vamos a tener. Métetelo en la cabeza. Y ahora, vete.

Adrian se mantuvo frío. No quería disgustar más a Chiara. Dejó que Stefano se marchara y ayudó a Massimo a recomponer la mesa

y las sillas antes de que los clientes llegaran.

—¿No hay posibilidad de que te quedes? —le preguntó el italiano frunciendo el ceño, sin comprender por qué Chiara lo despedía sin darle una oportunidad de enmendar su error.

—No, Massimo, no todo tiene que ver con el trabajo. Podría recuperar su confianza como dueña de la *trattoria*, pero no como mujer.

—¿Tan mal se ha tomado conocer tu verdadera identidad? —quiso saber Rosalina, preocupada por lo que la marcha de Adrian significaría para Chiara.

—Entiendo que esté dolida, decepcionada y desilusionada, pero no pensé que averiguar quién era yo en realidad pudiera afectarla tanto.

—¿Por qué no se lo dijiste en su día? —le preguntó Rosalina con un gesto y un tono de desilusión.

—Porque pensé más en mí mismo que en ella, como me ha dicho. Fui un egoísta y, para cuando quise darme cuenta de lo que ella significaba, era demasiado tarde para revelárselo.

—Pero el amor todo lo puede. Estamos en Verona, la ciudad de Julieta. ¿Qué hay más fuerte que el amor? —exclamó Rosalina, entusiasmada por que él pudiera quedarse, por que Chiara recapacitara. La había visto ilusionada con él, tanto que había bendecido el día que Adrian apareció por allí.

—La confianza en la persona a la que amas.

—¿Volverás a Londres? —preguntó Massimo.

—Sí, tengo un asunto pendiente que resolver de una vez por todas.

—Y a Verona —le aseguró Rosalina, asintiendo con una mirada determinante. Cogió el rostro de Adrian entre las manos y lo miró, muy segura de lo que estaba diciendo—. Volverás para encontrar el

amor verdadero. El que dura para siempre. Y ella te seguirá esperando. Sois como Romeo y Julieta, os sobrepondréis a todo para estar juntos.

Adrian sonrió, recordando aquella tarde en la casa de Julieta. ¿Cómo podía olvidarla? Cuando Chiara le había contado la leyenda en torno a la estatua: cuando alguien le acaricia el seno, o vuelve a Verona, o encuentra el amor verdadero. Entonces él le aseguró que encontraría el amor verdadero porque nunca abandonaría Verona. Pero no sería el suyo. ¿O sí? De repente, su mirada se detuvo en el balcón. ¿Romeo y Julieta? ¿Montescos y Capuletos? ¿Qué los había empujado a enfrentarse a sus respectivas familias? El amor que sentía el uno por el otro. Y si Chiara lo había comparado con Romeo en varias ocasiones, debería enfrentarse a su familia para lograr el amor de su Julieta. Contempló a Rosalina de manera fija mientras una idea alocada bullía en su mente. Algo que tal vez no sirviese de mucho, pero ¿qué más podía perder a parte de su corazón y a la mujer a la que amaba? Eso ya lo había perdido.

—Chiara es una mujer fantástica. Nunca he conocido a alguien como ella.

—Cierto, y no se merece sufrir —asintió Rosalina.

—Espero verte pronto por aquí. Tengo que enseñarte cómo hacer una pizza. No creas que voy a olvidarlo —le aseguró Fredo, estrechándole la mano con firmeza.

—Y tú y yo tenemos que volver a salir alguna noche a divertirnos —le sugirió Massimo abrazándolo—. Si ella nos deja —le aseguró con un gesto hacia Chiara, que se había refugiado en la cocina.

Adrian sonrió mirando a sus tres compañeros. Aquellas personas que le habían demostrado más cariño y sinceridad que muchos de sus conocidos. Sin conocerlo de nada, le habían brindado un cariño sin intereses personales. Ese era uno de los mejores recuerdos que

se llevaba con él.

Chiara contemplaba la escena, asomada por encima de las puertas batientes de la cocina. El hombre que le había hecho creer en Romeo y Julieta y en su historia de amor salía por la puerta de la *trattoria*, alejándose de ella, de su vida. Tendría que sobreponerse y, para ello, nada mejor que volcarse en el trabajo. La *trattoria* tenía que seguir adelante, aunque era consciente de que a partir de ese momento nada sería igual. Volvió al interior de la cocina para lavarse la cara. No había podido contener las lágrimas por mucho tiempo. Apoyó las manos sobre la mesa y cerró los ojos para dejar que el llanto la invadiera y se llevara con él todo el dolor que se había apoderado de ella. La decepción que sentía no le había permitido concederle la oportunidad de seguir. Incluso él mismo se había dado cuenta de su error. Pero no se trataba del trabajo, sino de ella. De él. De que no podía confiar en él, aun cuando se había enamorado.

\*\*\*

Adrian decidió pasar un día más en Verona y recoger las pocas pertenencias con las que había llegado. Reservó por Internet un billete de avión de regreso a Londres. De momento no quería pensar en su padre y en cómo iba a afrontar la situación; pero si tenía algo claro era que no se lo iba a poner fácil. La noche se le había hecho larga y llena de recuerdos de él y de Chiara: una cena a la luz de las velas en la propia *trattoria*, cuando todos se habían marchado; la visita a Castelvechio; sus besos bajo la luz de la luna en la casa de Romeo. Pero era consciente de que ninguno de ellos podía compararse con tenerla a ella allí, en ese momento, entre sus brazos, disfrutando de sus besos, de sus caricias, de su presencia. ¿Cómo haría para recuperarla? Porque estaba claro que lucharía para

hacerlo, aunque tuviera que pedir ayuda a... Se detuvo en sus pensamientos cuando aquella idea loca volvió a su mente. Se le había ocurrido en la *trattoria* al hablar con Rosalina. Se incorporó de la cama con gran celeridad. ¿Y si funcionaba? Era una auténtica locura, si lo pensaba detenidamente. Pero ¿quién no las cometía por amor?

El teléfono de su habitación sonó. Adrian no esperaba ninguna visita y, por un breve instante, sus deseos se impusieron a la cordura. ¿Chiara? Respondió al encargado de la conserjería.

—*Signore*, tiene una visita. Dice llamarse Massimo.

—Bajo al instante.

¿Massimo? ¿Qué querría? ¿Lo enviaba Chiara por algún motivo o había decidido visitarlo por sí mismo? Adrian abandonó la habitación con el pulso acelerado. No esperaba ver a nadie de la *trattoria* esa noche. Ni había recibido ninguna llamada preguntando cómo estaba. Encontró a Massimo de espaldas a él, con las manos en los bolsillos traseros del pantalón, paseando por la recepción de la residencia.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó Adrian llegando a su altura y sobresaltándolo.

—He venido a verte y..., bueno..., me preguntaba si necesitabas hablar. Me da igual quién coño seas. Para mí eres un gran compañero de trabajo y un buen colega de fiestas. Admite que Verónica... —le recordó, arqueando las cejas en señal de complicidad.

—Que conste que yo no hice nada —le rebatió, alzando las manos en clara señal de rendición.

—Vámonos. Demos una vuelta y tomemos algo. Necesitas sacártelo de dentro, compañero —le aseguró, contemplando a un Adrian algo turbado.

¿En verdad necesitaba salir por ahí para divertirse? ¿Para

sacárselo de dentro? Lo que sentía desde que se había despedido de Chiara. Tal vez hablar le viniera bien y, además, podría preguntarle a Massimo por ella y saber cómo se encontraba.

—Vamos. Pero invito yo. Es lo menos que puedo hacer si vas a escucharme y a aguantarme —le dejó claro, antes de abandonar la residencia.

—Está bien, acepto la invitación. Pero cuando vuelvas, yo pagaré —le dijo muy seguro de sus palabras a pesar del gesto de incompreensión de Adrian.

—Estás muy seguro de ello...

—Es verdad, y lo sabes, igual que yo. Chiara y tú estáis destinados a estar juntos. Como Romeo y Julieta —le confesó, palmeando a Adrian en la espalda.

\*\*\*

Chiara permanecía sentada en la *trattoria* una vez que todos los clientes se hubieron marchado. Su mirada estaba fija en el vacío. Un vacío que otros días llenaba Adrian con su presencia, con sus alocadas ocurrencias. Resopló al tiempo que cerraba los ojos y sentía como se le humedecían por los recuerdos. Se pasó la mano por el rostro, intentando borrarlos, pero, aunque lo consiguiera, ella era consciente de que no podría hacerlo de su interior. Ni aquellos besos apasionados al correr por Verona; ni sus caricias en la habitación. La manera en la que se había quedado contemplándola aquella tarde en la casa de Julieta mientras ella le explicaba la leyenda. Sí. Una leyenda que volvía a alejarse de ella. Cierto que no abandonaría Verona, como le había dicho; pero tampoco encontraría el amor verdadero. Creyó haberlo encontrado en él, pero, al final, volvía a ser esquivo con ella. Lo único que le quedaba era aquel

lugar donde pasaba tantas y tantas horas. Nada más.

—¿Piensas en él, niña Chiara? —La pregunta de Rosalina la sacó de sus pensamientos. La vio coger una silla y sentarse frente a ella. Esta percibió el desencanto reflejado en su rostro. La rabia, el dolor y la desilusión por todo lo ocurrido. Había notado su desmedida entrega sirviendo mesas, como si al hacerlo pudiera olvidarse de Adrian. Y era posible que lo hubiera conseguido en algún momento de la noche, pero sus recuerdos volverían una y otra vez. Y el cansancio físico no aliviaba el dolor que habitaba en su interior.

—¿Por qué lo preguntas?

—Porque te noto ausente. Mirando al vacío mientras sé que le estás dando vueltas y más vueltas en tu cabecita a lo que ha sucedido. Te duele su mentira y no sabes qué hacer. ¿Por qué no lo llamas y hablas con él? —El tono conciliador de la cariñosa cocinera estuvo a punto de provocarle las lágrimas a Chiara. Si se dejaba llevar por lo que sentía por él, entonces debería levantarse de la silla y salir corriendo hacia la residencia para hablarle y solucionarlo. Pero si pensaba en quién era él en verdad... Todo aquello se diluía como un azucarillo en un café. De manera lenta, pero, al final, desaparecería.

—Ya todo da igual. Adrian se marcha de vuelta a su vida en Londres. No regresará. Así que más nos vale que nos vayamos haciendo a la idea —le dijo, sintiendo el mal humor en sus palabras. Estaba molesta consigo misma porque no podía sacárselo de la cabeza, y mucho menos de su corazón. Pero también le cabreaba que, en cierto modo, se hubiera marchado. ¿Por qué diablos no había insistido? ¿Es que acaso esperaba que peleara más por ella? ¿Por lo que tenían ambos? ¡No podía creer que se hubiera marchado sin más!

—Sí, se ha marchado porque tú se lo pediste —le recordó

Rosalina, respondiendo a sus pensamientos, y Chiara la contemplaba como si fueran a salirse de los ojos. Abrió la boca para rebatirla, pero no le salió ninguna palabra, sino una risita irónica. No había podido contenerse en el estado que se encontraba—. Ha demostrado con creces su valía para trabajar aquí. Eso es lo que debería importarte. Lo personal puede solucionarse hablando, y entiendo sus motivos para hacer lo que ha hecho.

—Soy consciente de cómo hemos estado atendiendo esta noche y de la valía de Adrian. Pero es lo que hay. Mañana mismo me pondré manos a la obra para encontrar un sustituto, por eso no debes preocuparte —le aseguró con dureza. Quería demostrarse a sí misma y a Rosalina que no lo necesitaba. Que no le importaba dónde estuviera. A dónde se hubiera marchado. Ella seguiría con su vida.

—¿También en tu corazón? —Rosalina era consciente de que aquella pregunta la haría reaccionar. Tenía que hacerlo. No podía dejar pasar la ocasión de ser feliz. No esa vez. No podía cerrarle las puertas al amor—. No dejes que esa sensación que él te ha hecho sentir se marchite por culpa del orgullo.

Chiara se quedó sin palabras ante la pregunta.

—Yo... no... No es una cuestión de orgullo.

—¿Entonces? ¡Santa *madonna*! ¡Te has enamorado de Adrian, no del hijo de Roger MacTavish! Piénsalo antes de que se marche.

—Son el mismo —le dijo con un tono frío y cortante, pero que no intimidó a la vieja cocinera.

—Tú sabes que no. El muchacho que entró no tenía nada que ver con...

—¿Vas a defenderlo? —le preguntó, interrumpiéndola y adoptando una pose a la defensiva, sabiendo que era cierto lo que decía.

—Lo hiciste de la persona, no de su nombre. Adrian te gustó

desde que lo viste, mucho antes de conocerlo como lo conoces ahora. Fui testigo de la atracción que surgió entre ambos, y no me lo niegues. Y déjame hablar, muchacha —le advirtió, levantando el dedo hacia ella para instarla a que la dejara explicarse cuando vio que la muchacha iba a decir algo—. Estoy cansada de ver cómo dejas escapar el amor una y otra vez. Y aunque las veces anteriores te di la razón porque tus pretendientes no eran los más acertados..., en esta, te diré lo contrario.

—¿Desde cuándo controlas mis relaciones? —quiso saber Chiara, perpleja por aquella confesión de Rosalina.

—Eso ahora no viene al caso. Lo que importa es que te has enamorado del Adrian que todos conocemos. Del que te hace sonreír, del que te acompaña a casa por las noches, del que te provoca pálpitos en el pecho cuando te busca con la mirada entre la gente cuando estamos trabajando...

—¿Cómo sabes...? —Chiara se quedó con los ojos y la boca abiertos al máximo.

—Solo tengo que fijarme en la expresión de tu rostro. ¿Y qué me dices de aquella tarde que le enseñaste la casa de Julieta? Recuerdas lo que me dijiste...

—Eso ahora no importa —la interrumpió, algo molesta con ella por que estuviera sacando todos aquellos recuerdos para que ella reaccionara como esperaba.

—Ah, y no olvides que tus propias amigas ansían conocerlo —le recordó, guiñándole un ojo en complicidad con ella.

—Pero... pero... —Chiara balbuceaba sin saber qué decir. Sin tener argumentos para rebatir aquello que era tan cierto. Cómo hacerle ver a Rosalina que estaba dolida por el hecho de que no se lo hubiera dicho—. ¿Por qué no me lo dijo? ¿Por qué no confió en mí cuando empezamos la relación? He tenido que enterarme de quién

es por una noticia —le recordó, mirándola con una sonrisa irónica que buscaba su complicidad—. Me duele su falta de confianza después de lo que estábamos compartiendo.

—Bueno, es verdad. Sin embargo, creo que ninguno de los dos pensaba en un principio lo que sucedería entre vosotros dos. ¿Me equivoco? —le preguntó, formando un arco con las cejas—. ¿Acaso tú pensaste que podrías acabar enamorada de él? ¿O vas a decirme ahora que se lo pediste a Julieta? —quiso saber.

—No —murmuró Chiara—. ¿De dónde te has sacado que yo...? —No pudo terminar de formular la pregunta cuando vio el gesto en el rostro de Rosalina. ¿En verdad pensaba que se había acabado enamorando de Adrian? Pero si fuera así, ella misma lo sabría.

—Creo que deberías pensar si merece la pena dejar escapar la oportunidad de ser feliz —le dijo, palmeándola en la pierna al levantarse de la silla—. Estoy segura de que, si escribieras a Julieta, te diría lo mismo que yo.

—¿Feliz? Pero... ya lo soy entre estas cuatro paredes —le aclaró, extendiendo los brazos—. No necesito a ningún hombre para serlo —estalló, intentando liberarse de su furia contenida. Estaba cansada de que la gente pensara que debía encontrar un hombre. Ella era feliz en su trabajo, con su vida. No necesitaba nada más, aunque debía reconocer que el tiempo compartido con Adrian había sido como abrir una ventana para que el sol entrara en la casa. Había sido feliz también, pero de otra manera—. Y no voy a escribir a Julieta. ¿Olvidas que mi amiga es una de sus carteras?

—Niña Chiara, sabes muy bien lo que digo. Y sí, no discuto que seas feliz en este lugar. Te he visto crecer y hacerte una mujer, pero nunca te he visto subida a ese balcón —le dijo, señalándolo, al tiempo que Chiara fruncía el ceño y recordaba a Adrian contemplándolo el primer día que llegó.

—¿Qué tiene que ver el balcón ahora? Ya sabes que no... —comenzó a decir, sacudiendo la cabeza, rechazando esa idea.

—Romeo y Julieta superaron la lucha de sus familias, creyeron en el amor. ¿Acaso tú no estás dispuesta a hacerlo? Adrian te quiere. Lo he visto en su manera de contemplarte, de hablarte, de dejar que sus manos se rocen contigo a cada momento. Además, solo tengo que mirarlo para darme cuenta de ello, niña.

—Romeo y Julieta es una obra de ficción. No soy Julieta ni Adrian es Romeo. Y el verdadero amor no existe. Es un invento de los escritores para hacernos sentir mejor. Para instarnos a buscarlo, pero no existe —le rebatió, furiosa con aquellos pensamientos que no sabía de dónde diablos habían salido.

—¿Estás segura? ¡Oh, vamos! Entiendo que estés dolida, pero el verdadero amor sí existe. Y perdura más allá de los tiempos. Tú lo has encontrado y ahora lo estás dejando marchar. Recapacita antes de que sea demasiado tarde.

Chiara permaneció con la mirada fija en Rosalina, mientras la cocinera se marchaba. Luego, la desvió hacia el balcón y pensó que habían pasado infinidad de mujeres a las que sus enamorados habían pedido matrimonio. Se había llegado a convertir en una especie de lugar obligado, casi tanto como la propia casa de Julieta. Pero a ella estaba claro que no le iba a suceder. Por mucho que subiera para servir mesas. Aunque no podía evitar recordar como en varias ocasiones Adrian la había contemplado desde el piso inferior y le había parecido dispuesto a hacerlo. Solo había evitado la mirada de advertencia y la negativa por parte de ella. Y el hecho de descender a toda prisa las escaleras, claro estaba. Pero ¿habría sido capaz de declararse a ella como Romeo a Julieta? Nunca lo sabría porque Adrian no regresaría a Verona.

\*\*\*

—Deberías volver e intentar arreglarlo. Por el bien de los dos —le pidió Massimo, contemplando a Adrian sacudir la cabeza.

—¿De verdad lo piensas? Yo creo que, por ahora, es mejor dejarlo estar.

—¿Piensas marcharte de Verona? —El sentido de alarma impregnó la pregunta de Massimo, quien entornó la mirada hacia Adrian sin poder creer que fuera a tirar la toalla. Precisamente en ese momento.

—Regreso a Londres mañana. Debo cerrar el libro de mi vida que dejé allí abierto. Cerrarlo de una vez por todas —le confesó Adrian apretando los dientes fruto de la crispación que sentía por todo lo sucedido. Pero estaba decidido a terminarlo y solo conocía una manera.

—¿Y luego?

—Es posible que regrese aquí —le confesó con una media sonrisa cínica.

—No vas a claudicar, así como así, ¿verdad?

—No puedo permitirlo. No con Chiara.

—Te ha dado fuerte, compañero. Pero déjame decirte que nunca pensé que pudieras conseguirlo después de nuestra primera conversación.

—La recuerdo. Pero me gusta ir contra las reglas.

—No sé cómo lo has hecho, pero deja que te diga que ella no es la misma desde que está contigo.

—Tal vez no hice nada. Tan solo encontré algo que no sabía que buscaba desde hacía mucho tiempo. Algo que tampoco percibí en nadie.

—¿Te refieres a la gente a la que acostumbras a frecuentar?

—Esa misma. Hay mucha hipocresía e intereses ocultos cuando estás en la cima. No lo olvides. Pero fue llegar a Verona y encontrar algo distinto. Algo completamente impensable. Y no solo me refiero a Chiara, hablo de la gente de la *trattoria*. El trato que me habéis dado...

—Vas a conseguir que me emocione, compañero —le aseguró palmeándole el hombro—. Cuidaré de Chiara hasta tu regreso.

—Te lo agradezco. ¿Qué me cuentas de Stefano?

—Buen gancho el tuyo. Directo a la mandíbula —le recordó, haciendo él mismo el gesto de golpear—. Stefano es un capullo que siempre ha pretendido a Chiara. Pero por otros motivos diferentes a los tuyos. Tú mejor que nadie lo puedes entender.

—¿Es una atracción fingida? ¿Interesada?

—Pretende quedarse con La Sonrisa de Julieta. Quiere apartar a Chiara de la *trattoria* para convertirla en un local más de su cadena de *fast food*. Cuando Chiara se enteró de sus planes, lo mandó a paseo. Aparte que ella siempre ha querido tener a su lado a alguien como tú.

—¿Cómo yo? —preguntó Adrian, confundido por aquel comentario.

—Alguien que la bese delante de la casa de Romeo, que...

—¿Qué has dicho?

—Aquella noche te vi besándola delante de la casa de Romeo —le aseguró, guiñándole un ojo en complicidad—. Muy romántico, la verdad.

—Ya... —le aseguró Adrian, sacudiendo la cabeza.

—Rosalina y yo os observábamos una noche desde detrás de las puertas de la cocina. Chiara y tú preparabais las mesas. Nos dimos cuenta de la complicidad que teníais.

—Pues mira que teníamos cuidado para que nadie lo supiese; ni si

quiera lo sospechase.

—Cuando me fijé en el rostro de Chiara, me di cuenta de lo que sentía por ti. Por eso te repito que no la dejes escapar. No permitas que una mentira os separe.

—Todo a su tiempo.

—Oye, ¿por qué no le pides ayuda a Julieta? —le preguntó con total naturalidad—. Es una tradición en Verona.

Adrian no le comentó nada acerca de aquella idea. Podría ser una locura o una atracción turística, pero le había prometido que él sería capaz de hacerlo para mantener o recuperar a la persona amada.

\*\*\*

Adrian acudió temprano con la alocada idea en forma de carta; la llevaba en la mano. Sonrió divertido al detenerse frente a la entrada. Observó a la gente cruzándola entre risas, murmullos, abrazos y besos. ¿Estaba tan loco por aquella italiana como para hacer lo que iba a hacer? No serviría de nada, puesto que Chiara no parecía dispuesta a perdonarlo. Ni tampoco creía que Julieta intercediera en su favor. Era un reclamo turístico, pero entonces ¿qué diablos hacía allí?

—¿Por qué vas a hacerlo? —le preguntó la mujer junto a él.

—La verdad, no estoy seguro de que vaya a funcionar. Todo esto...

—Si has venido hasta aquí para dejarle un mensaje a Julieta, es porque en el fondo sientes que quieres hacerlo, ¿no? Pues entonces déjalo y que Julieta decida si ese amor debe volver a ti —le dijo, sonriendo.

—¿Crees que todo esto sirve de algo? —quiso saber, frunciendo el ceño como si en verdad pensara que aquella mujer estaba loca.

—Tú lo has hecho. En el fondo crees en el amor y en que solo este

puede superar cualquier barrera. Como Romeo y Julieta.

—Seamos serios, su historia es ficción. Una obra escrita por Shakespeare —le aseguró, tratando de encontrar el sentido a lo que acababa de hacer—. Ni siquiera debería estar aquí.

—No sé lo que te ha sucedido, pero si has venido a dejar un mensaje a Julieta es porque su historia con Romeo, aparte de ser ficción, para ti es tan real como el amor que surgió entre sus personajes.

—Todo esto es una completa locura —aseguró, sacudiendo la cabeza.

—¿Acaso el amor no lo es? —le preguntó, arqueando las cejas y emitiendo un suspiro.

Adrian asintió sin mediar ni una sola palabra más a aquella mujer. Alzó la mirada hacia ella, pero se había marchado. Permaneció en el sitio, ajeno a las personas que pasaban a su lado dejando sus mensajes y sus notas en la pared. Sonrió de manera irónica e hizo ademán de retirar el suyo, pero, al final, decidió dejarlo donde lo había colocado y abandonó la casa de Julieta. Tenía un viaje que preparar y no disponía de mucho tiempo para hacerlo.

La mujer lo había observado durante algunos minutos. Se había dado cuenta de que estaba indeciso sobre si debería hacer lo que había pensado en un primer momento. Le había llamado la atención y por ese motivo, cuando se marchó de la casa, ella caminó hacia el lugar en la pared donde había dejado su nota. No es que fuera una interesada ni una cotilla. Era una de las carteras de Julieta.

Lo que no se esperaba era leer el nombre a quien aquella declaración iba dirigida. Abrió la boca y se la tapó con la mano para ahogar un chillido. Una risa nerviosa se adueñó de ella a medida que leía el contenido. No podía ser cierto. No podía... Pero lo era. ¿Chiara? ¿Su amiga? Levantó la mirada del papel para volverla hacia

la puerta de la casa por la que Adrian había salido, y no pudo evitar sonreír. Suspiró y guardó la nota. Pero ¿qué le había pasado? Se suponía que estaba muy pillada por aquel inglés.

\*\*\*

Adrian había llegado con tiempo al aeropuerto para pasar el *check-in*, desayunar y caminar hacia la puerta de embarque. Cada cinco minutos revisaba el teléfono en busca de algún mensaje o llamada de ella. Pero cada vez que lo hacía se decía que era estúpido estar pendiente. Luego echaba un vistazo a su alrededor por si acaso se le ocurriera aparecer. Pero tampoco hubo suerte. Era temprano y, a esas horas, la *trattoria* no estaba abierta. De todas maneras, ella no sabía el horario de su vuelo. Sería mejor dejar de pensar en Chiara y centrarse en lo que de verdad importaba: lo que iba a suceder en Londres a partir del momento en que pisara la terminal de Heathrow.

## Capítulo catorce

Chiara permanecía con los ojos abiertos como platos, contemplando el techo de su habitación. No podía precisar con exactitud el tiempo que llevaba en esa misma postura, tan solo que la espalda la estaba matando. Cerró los ojos y sacudió la cabeza para desechar cualquier pensamiento que tuviera que ver con él. Era agua pasada. Se había marchado. O más bien, sería justo decir que ella «lo había arrojado fuera de su vida». No quería volver a verlo. Pero entonces, ¿por qué extendía el brazo hacia la parte vacía de su cama y palpaba el colchón, buscándolo? ¿Por qué la magia que él había traído a su vida había desaparecido? La *trattoria* no había sido la misma la pasada noche. Y no solo le afecta a ella, sino a los demás. No se respiraba la misma alegría y entusiasmo para trabajar. ¿Qué le había aportado Adrian a su vida? ¿Era así cómo se sentía uno cuando le rompían el corazón? Se incorporó de la cama, resoplando. Se pasó la mano por el pelo, apartándolo del rostro y dirigiendo la mirada hacia la ventana para comprobar que, para su sorpresa, estaba lloviendo. ¿En Verona? Sonrió irónica por ese hecho, como si su estado de ánimo fuera un fiel reflejo de la climatología. O, tal vez, la ciudad lo echaba en falta a él también.

—Oh, vamos, eso son casualidades de la vida que no tienen ninguna relación. Y en cuanto a Adrian..., se me acabará pasando a medida que pasen los días —se dijo, tratando de animarse. Esbozó una sonrisa irónica y se levantó. Una ducha la despejaría de cualquier duda. Y después, un café bien cargado para empezar el día. El trabajo pasaría a ser su principal ocupación y pronto lo vivido durante esas pasadas semanas se convertiría en un efímero recuerdo. Adrian se había ido. Ya estaba. Sin decir adiós siquiera. Y ahí terminaba su breve romance en el que pensó que, por fin, Romeo se había escapado de las páginas de la obra de Shakespeare y había llegado a Verona para demostrarle que el amor verdadero también era posible fuera de los libros.

\*\*\*

Nada más poner un pie en la terminal de llegadas del aeropuerto de Londres, Adrian hizo una llamada que estaba seguro que comenzaría a cambiar el rumbo de los acontecimientos. Su padre había apostado fuerte con su última jugada y, a esas horas, se creía vencedor. Pero la partida no había hecho más que empezar. Pues bien, había vuelto. Para arriesgarlo todo a una sola jugada. Una sola mano era suficiente para dar un vuelco a su vida.

—¿Phil?

—¡Adrian! ¿Qué...?

—Escúchame con atención. Acabo de llegar a Londres y necesito que nos veamos.

—¿Cómo...? ¿Que estás en Londres? Pero ¿cuándo...?

—Te lo explicaré todo a su debido momento.

—Podemos comer en treinta minutos si te va bien.

—Me va perfecto. No vemos en Luigi's.

—¿Un italiano? —le preguntó con tono de sorpresa.

—Adoro la pasta. Ah, y por ahora no quiero que mi padre sepa que he vuelto. ¿Me comprendes? —El tono frío y autoritario fue más que convincente para que Phil estuviera de acuerdo.

—Descuida. Nadie lo sabrá.

—Bien, nos vemos en treinta minutos.

Adrian salió de la terminal y se subió a un taxi. Su plan estaba en marcha. Ni su padre ni Phil podrían imaginar lo que se le había pasado por la mente durante el vuelo. Si su padre no le había entendido en un primer momento, estaba seguro de que, después de lo que pretendía hacer, le quedaría más claro. Solo necesitaba dejarlo atado de manera legal para que su padre no encontrara ningún resquicio por el que obligarlo a cumplir su voluntad.

Adrian no necesitaba meditar por más tiempo su decisión y así se lo hizo saber a Phil, su hombre de confianza en la compañía.

—¿Me lo estás diciendo en serio? —le preguntó este contemplándolo con los ojos abiertos como platos, haciendo esfuerzos para sostener la copa en la mano—. Pero...

—Mi decisión es firme y pienso llevarla a cabo, Phil. Otra cuestión es que mi padre cambie de opinión, algo que dudo.

—Tu decisión puede no solo sacudir los cimientos de MacTavish, sino también los del mercado —le advirtió con la misma seriedad y aplomo demostrado por Adrian hasta ese momento. Esperaba que lo hubiera pensando con detenimiento y que no se tratara de una decisión a la ligera.

—No me importa lo más mínimo.

Phil contemplaba a su amigo sin poder creer que estuviera hablando en serio. Por mucho que estuviera en contra de su padre y

de que no quisiera aceptar el cargo de presidente de las empresas MacTavish, su determinación era sorprendente.

—Quiero que seas sincero conmigo sobre lo que te voy a preguntar —comenzó diciendo Phil, observando a Adrian asentir—. ¿Todo esto tiene algo que ver con tu estancia en Verona? —Había un toque de sospecha en la voz, que se acentuó cuando su ceja derecha se arqueó.

—No voy a mentirte, Phil. Aparte de ser mi abogado, eres mi amigo desde la niñez. Y sí. Mi decisión viene, en parte, motivada por mi estancia en Verona. Pero lo tenía muy claro desde hacía tiempo. El haber estado allí ha terminado de inclinar la balanza hacia ese lado, no voy a negártelo.

—Ya sé que eres muy celoso con respecto a tu vida privada, pero ¿qué te ha sucedido en Verona? Hay algo que no sepa y quieras contarme —dedujo, sonriendo de manera cínica mientras señalaba a Adrian con el dedo, como si lo estuviera acusando.

—Dime, ¿qué importancia puede tener el hecho de que una mujer pueda inspirarme a dar este paso? Ya te he dicho que es algo que venía pensando desde hacía tiempo... No estaba ni estoy interesado en seguir los pasos de mi padre. Por eso me marché. Para encontrar mi lugar en el mundo. Para darle un nuevo rumbo a mi vida.

—Entiendo. Puedes tomar la decisión que creas más acertada. No te lo discuto, pero ¿lo has hecho? ¿Has encontrado lo que buscabas?

—Sin duda que he encontrado una parte de lo que buscaba. También algo de lo que no estaba seguro y que me asaltó y sorprendió de manera increíble.

—¿Una italiana? —insistió sin poder ocultar una sonrisa pícar.

—¿Qué importancia puede tener para el caso? Centrémonos en lo que nos atañe.

—Vale. Si pretendes que tu padre no se entere de tu regreso,

tendrás que esconderte. Ya sabes que cuenta con mucha gente conocida que se lo comentará en cuanto te vea —le aseguró, levantando un dedo en alto para dar más sentido a su advertencia.

—Soy consciente de ello, pero no te preocupes. Prefiero ser yo quien le diga que he vuelto y cuáles son mis intenciones. Y le ofreceré dos posibilidades para que todos acabemos ganando algo.

Phil asintió antes de beber de su copa, sin creer todavía que Adrian estuviera dispuesto a dar ese paso. ¿Quién diablos era la mujer que lo había motivado? Porque, aunque él le asegurara que llevaba tiempo meditando esa solución, a Phil no le cabía la menor duda de que alguna misteriosa italiana había terminado por convencerlo.

—¿Piensas verlo hoy?

—No —le respondió de manera rotunda. Sin posibilidad de explicaciones—. Me gustaría resolver todo este embrollo lo antes posible, si te soy sincero, pero también necesito ver a Claire. Ella es la más interesada.

—No sé qué actitud tomará una vez que sepa de tu locura. Espero que ella esté dispuesta a aceptarlo.

—Por eso quiero reunirme con ella antes que con mi padre. Para charlar de manera tranquila y sin que nadie nos moleste. Solo después iré a ver a mi padre. Te llamaré para que estés presente como mi abogado, para las cuestiones burocráticas, ya me entiendes —le aclaró, restándole importancia a ese hecho.

—Tu jugada es muy arriesgada. Muy precipitada —repitió Phil, sacudiendo la cabeza. Se inclinó hacia atrás, contra el respaldo de la silla, y miró a su amigo intentando averiguar si se trataba de un farol. Pero la certeza de su mirada, el rictus de su rostro y la rotundidad de sus palabras le indicaban que Adrian iba en serio.

—Mi padre tiene dos salidas, y deberá elegir la que más le

convenga. —Esbozó una sonrisa irónica y arqueó las cejas—. Y ahora come, o se te enfriará el *risotto*.

Phil solo pudo resoplar ante la perspectiva que se avecinaba, al tiempo que se volvía hacia delante en la silla y miraba a Adrian como si no lo creyera capaz de hacerlo.

\*\*\*

—¿Qué te sucede, niña Chiara? —le preguntó Rosalina al verla callada, con la mirada perdida.

—Pensaba en que debo ponerme a buscar a alguien para la *trattoria*. Y la verdad es que solo de pensar lo que me costó la pasada vez...

—Ya... Ninguno estaba dispuesto a hacerlo por la cantidad de dinero que ofreces. La misma excusa de siempre, aunque Adrian lo hizo —le recordó con franqueza, contemplando de reojo como el rictus de Chiara cambiaba al escucharla.

—Porque no tenía problemas de dinero. Por eso. Todas las piezas encajan como si de un puzle se tratara —le reprochó, levantando la mirada hacia ella y mostrándose a la defensiva una vez más.

Rosalina había perdido ya la cuenta de las veces que la notaba arisca con solo hacer referencia a Adrian. Si seguía por ese camino, acabaría amargada toda su vida.

—Porque quería trabajar. Demostrarse que podría prosperar lejos de su padre y de todo lo que él representa. Al menos, deberías haberle dejado explicarse antes de tomar una decisión sobre su futuro y, de paso, el tuyo.

—No hacía falta ninguna explicación. Vino a pasar unas vacaciones a Verona. Y, para que te quede claro, se marchó él. Yo no lo despedí.

—Puede estarlo para ti, porque quieres verlo de esa manera.

—¿Y cómo se supone que debo verlo? —le preguntó con tono irónico.

—Como alguien que lo dejó todo para empezar de cero.

—Bueno, pues ya puede empezar en otra parte, ya que no se ha quedado aquí —le explicó, esbozando una sonrisa con la que ocultar el dolor que sentía en su interior por su marcha—. Se fue...

—Le dijiste que no querías verlo más. ¿Cómo pretendías que se quedara después de esas palabras? Se lo dejaste muy claro. Además, por mucho que hubiera luchado por quedarse contigo, no habría servido de nada, viéndote...

—¿Te pones de su parte? ¿Me estás diciendo que hice mal en pedirle que se fuera? —le preguntó, frunciendo el ceño y sacudiendo la cabeza, sin poder creer que Rosalina estuviera diciendo aquello—. ¡Esta sí que es buena! —exclamó, mirándola atónita, apoyando las manos en la mesa y levantándose encolerizada.

—No se trata de defenderlo. Se trata de hacerte ver que tu testarudez y tu orgullo no te dejan ver lo que tu corazón desea, niña.

—¿Cómo puedo fiarme de él después de ocultarme quién era en verdad? —le preguntó, extendiendo las palmas de las manos hacia arriba, en un claro gesto de buscar una explicación—. ¿Y qué pinta aquí mi corazón? No empieces con la misma cantinela de otras veces... Te lo advierto.

—¡Santa *madonna*! ¡Solo se trata de un nombre! No de la persona. Te enamoraste de él por como es. Por cómo te trata y cómo te hace reír, y no por su nombre y su estatus social. Deberías llamarlo para pedirle que regrese. Eso es lo que deberías hacer, y no reconcomerte por dentro —le dijo muy segura, señalando el teléfono—. Espero que no se trate de que, en el fondo, tienes miedo a reconocer que te equivocaste al pedirle que se marchara.

—Pero ¿qué miedo ni qué...? —repitió sin poder creer que esa fuera la causa.

—Creo que, en el fondo, te aterra tener una relación abierta con él. Llevas años encerrada en ti misma, preocupada solo por la *trattoria*, esperando a que Romeo aparezca por esa puerta para declararte amor eterno. Y cuando apareció, tú lo echaste de tu lado porque en realidad es alguien diferente a quien tú creías. En verdad que vuestra historia se parece cada día más a la que escribió Shakespeare —rezongó de mal humor, pasando el paño por la mesa y mirando de reojo a Chiara.

—No es ningún Romeo, que te quede claro. Y yo no soy Julieta —la cortó de inmediato, esgrimiendo un dedo delante de ella.

—Sabes tan bien como yo cuál es la solución. De manera que deja de perder el tiempo. El orgullo te nubla la razón —le reclamó, contemplándola con preocupación antes de regresar a la cocina—. Pero no tardes mucho en decidirte o no habrá remedio.

—No importa lo que haga porque ya no lo tiene —se escuchó decir a ella misma, volviendo a sentarse con los hombros relajados y un suspiro saliendo por su boca.

Permaneció con el ceño fruncido mientras Rosalina desaparecía tras las puertas de la cocina. Sacudió la cabeza como si en verdad no quisiera pensar en que esa era la solución. Pero ¿por qué le costaba tanto ceder y reconocer que un nombre no tenía tanta importancia cuando se trataba del amor? Adrian la había hecho sentir única sin que ella supiera quién era él en verdad. ¿Por qué se obstinaba en ocultarse detrás de la muralla que ella sola había levantado a su alrededor con la excusa de la identidad de él?

\*\*\*

Cuando Claire escuchó el timbre de la puerta de su apartamento, dejó el trabajo que durante las últimas horas llevaba revisando. Lanzó una mirada al reloj y se levantó arrastrando los pies por el suelo de parqué. Si no se equivocaba, debía ser su hermano, ya que el repartidor de comida acababa de marcharse. Adrian la había llamado para informarle que estaba de vuelta.

—Ya puedes explicarme qué coño haces en Londres. Porque me tienes en ascuas, hermanito —le exigió mientras lo abrazaba de manera efusiva—. *Ufff...* No te haces una idea de cuánto te he echado de menos.

—Pasaba por aquí y he subido a verte —le respondió con toda naturalidad, mientras contemplaba los brillantes ojos de su hermana. Luego echó un vistazo al recibidor y dejó escapar un silbido de admiración—. Vaya, debo admitir que esto ha cambiado desde la última vez que vine.

—He hecho algunos retoques. Pero la decoración de mi apartamento podemos dejarla para más tarde. Dime, ¿llamas «pasar por aquí» a venir desde Verona? Te hacía en Italia con tu bella *signorina*, y pensaba que no te volvería a ver —le comentó, exagerando la voz y adoptando una postura cómica, llevando las manos hacia el corazón.

—Cierto. A estas horas debería estar sirviendo *pizzas*, lasañas, espaguetis y demás —le aclaró mientras miraba su reloj e intentaba ocultar, a ojos de su hermana, su sentimiento de añoranza por Verona y por todo lo que había dejado allí.

—Sin embargo, estás aquí... —le comentó Claire con la mirada entornada y un tono de precaución por lo que su comentario pudiera parecer. Cuando observó el gesto en el rostro de Adrian, supo al instante que las cosas no iban bien; o al menos esa impresión le daba—. Tu llamada me dejó sin palabras y sin capacidad de

reacción. ¿Por qué has vuelto? Por cierto, pedí comida china para cenar. Ya sabes que me muero por ella.

—Genial, porque tengo bastante hambre.

—Entonces, será mejor que me cuentes todo con el estómago lleno. Anda, vamos.

Una vez acomodados y con la cena en los platos, Claire se quedó mirándolo a la espera de que Adrian se explicara.

—He venido a hacerte una proposición.

—¿Qué clase de proposición puedes hacerme tú? —le preguntó, sosteniendo los palillos a medio camino de su boca, contemplando a su hermano con detenimiento.

—Estoy decidido a traspasarte todas mis acciones y mi poder en la compañía una vez que acepte el cargo. Eso será mañana, a más tardar, cuando vaya a plantearle esta opción a nuestro padre.

—¿Mañana?!

—Pretendo solucionarlo todo en dos o tres días. Es lo mejor.

—¿Vuelves a Verona? —La curiosidad de Claire dibujó una sonrisa en Adrian y, por un breve instante, pareció sentirse algo mejor.

—Es mi intención. Sí —afirmó de manera rotunda.

—Pero ¿y lo de cederme todo a mí? ¿Te has parado a pensar si nuestro padre no quiere?

—Me basta con que aceptes tú. Por otra parte, si nuestro padre no acepta mi renuncia, ni tampoco que seas tú quien se encargue de todo, solo me queda una solución que estoy dispuesto a llevar a cabo, pero que no me gustaría. Por eso te estoy ofreciendo la posibilidad de quedarte con todo y, de este modo, poder evitarlo —le repitió de manera simple, levantando las manos—. Prefiero que seas tú, si en verdad estás interesada, a que sea alguien de fuera. Pero tampoco quiero obligarte.

Claire tomó aire y trató de serenarse. Se lo estaba diciendo en

serio, pensó, y el pulso se le aceleró de inmediato.

—Tu decisión tiene algo que ver con Verona, según lo veo yo.

—No del todo.

—Pero admite que algo ha tenido que ver. ¿Qué ha pasado con tu italiana? ¿Se ha enterado de quién eres en realidad? —Claire arqueó las cejas con suspicacia mientras su hermano sonreía, dejaba la mirada fija en la mesa y soltaba el aire acumulado en su interior.

—Sí, acabó enterándose de quién soy.

—Y te mandó a paseo —afirmó, sonriendo, antes de fruncir los labios en un mohín de desacuerdo—. Te advertí lo que podía suceder.

—Lo sé. Pero no se me pasó por la cabeza en ningún momento que pudiera darse. Ni concebía la posibilidad de que acabaría perdiéndola —le aclaró, molesto por que la situación no hubiera salido como él esperaba.

—¿Perdiéndola? —le preguntó Claire, abriendo los ojos hasta su máxima expresión.

—Me ha despedido de la *trattoria* y me ha echado de su vida. No quiere volver a verme.

—No esperaba que su reacción fuera tan drástica. Es más, pensaba que, aclarando la situación, pudiera llegar a entenderlo. Pero... ¿no quiere volver a verte, dices?

Adrian se limitó a asentir, sin decir más.

—Sí que se las gasta, la italiana. Se lo ha tomado muy a pecho. Y lo entiendo.

—Claire, es un nombre. Maldita sea, se ha enamorado de mí sin conocer mi verdadera identidad. ¿Tanto cambia la situación por saber quién coño soy?

—Sí, solo es un nombre.

—¡Joder, soy el mismo que entró aquella mañana en La Sonrisa de

Julieta! Nada ha cambiado.

—¿Estás completamente seguro de que nada ha cambiado? —le preguntó ella arqueando una ceja con expectación y dando a su tono un toque de no creer a su hermano.

—Bueno... Tal vez...

—Es la primera vez que te veo desesperado por una mujer, Adrian. Sin duda que debe ser especial para venir a Londres dispuesto a romper con todo de una maldita vez. Porque es lo que has venido a hacer antes de regresar a Verona y volver a enamorarla —le resumió Claire, sorprendida por el vuelco que le había dado la vida en tan poco tiempo. Pero, si conocía bien a su hermano, Adrian no iba a darse por vencido—. Porque vas a hacerlo, ¿verdad?

—En cuanto cierre el tema de la compañía. Aunque, tal vez, mi viaje sea en vano —aclaró entre risas. ¿Cómo pensaba que iba a dejar escapar a aquella mujer? No podía hacerlo. Tenía que recuperarla a toda costa. Hacerle ver que nada en él había cambiado ni lo haría solo porque ella hubiera descubierto quién era en realidad.

—Estoy segura de que encontrarás la manera de hacer que corra a tus brazos. Pero ahora dime, ¿por qué quieres que sea yo quien dirija la compañía? Hay gente que lleva más tiempo y está más cualificada que yo. Dentro del propio consejo de administración, por ejemplo.

—Porque soy consciente de que tú la dirigirás mejor que nadie —le aclaró, extendiendo los brazos para intentar abarcar la amplitud de la sala—. Seamos sinceros, Claire. Yo nunca he mostrado interés por la moda ni por los negocios de nuestro padre, y eres consciente de ello, tanto como él. En cambio, tú...

—Pero has trabajado durante años en MacTavish como el que más. Has sacrificado tu propia vida y tu bienestar por cerrar buenos

tratos. Te he visto pasar noches sin dormir, fines de semana sin descansar por querer llegar lejos —le recordó, sacudiendo la cabeza, sin entender nada de lo que su hermano le decía.

—Sí, es verdad. No voy a negar que le he dedicado mucho tiempo de mí mismo a la compañía —comenzó diciendo con un tono relajado y dejando que su mirada se quedara fija en su hermana—. Pero porque era lo que creía que debía hacer por estar trabajando con nuestro padre. Pensaba que se lo debía, y que sería desconsiderado por mi parte hacer lo que he hecho. Tal vez tampoco me paré cinco minutos a pensar si estaba haciendo lo que en verdad me apetecía. Me dejé arrastrar por las circunstancias y porque yo era algo alocado y no sabía lo que buscaba.

—¿Lo has encontrado ya?

Adrian soltó todo el aire acumulado durante la breve, pero contundente exposición de lo que habían sido sus años en la compañía. Sonrió divertido, sin necesidad de pensar la respuesta.

—Debo admitir que el poco tiempo que he pasado en Verona ha sido una experiencia muy intensa, a la vez que gratificante. No puedo describirlo con palabras.

—Ya... puedo hacerme una idea —le dijo, sonriendo con cara de niña mala.

—No me estoy refiriendo solamente a Chiara, sino también a situaciones en las que te descubres a ti mismo y te preguntas por qué lo estoy haciendo. O, vaya, no sabía que me gustara hacer esto; o que disfrutara pasear cogido de la mano de una muchacha. Que disfrutara preparándole el desayuno. Son situaciones que se presentan y sobre las que vas tomando decisiones.

—¿Y Chiara? ¿Qué papel desempeña en esas nuevas sensaciones? —le preguntó, arrastrando las palabras en una clara pasión fingida. Burlándose de su hermano, a quién podía percibir feliz y contento

por haberla encontrado.

—El papel protagonista. Ella ha sido algo inesperado que me ha golpeado con tanta fuerza que me ha derrumbado y no he sido capaz de levantarme. Es su fuerza, su vitalidad, su modo de ver las cosas, la vida... —le enumeró, sintiendo que se emocionaba al recordar algunas de las situaciones vividas junto a ella.

—Vuelve a por ella cuanto antes —le dijo con un tono cargado de sinceridad, mirándolo a los ojos y posando la mano sobre la de su hermano.

—No te preocupes. Julieta vela por ella —aclaró, guiñándole un ojo y dejando a su hermana sin entender nada.

—¿Julieta?! —exclamó, fuera de sí, Claire, dejando los ojos abiertos como platos, sin poder creer que su hermano fuera de esos que iban pidiendo a Julieta que intercediera en su favor—. ¿Vas a decirme que has estado en la casa de Julieta y le has dejado una nota? —le preguntó, entornando la mirada hacia él sin poder creer que estuviera hablando en serio.

—Es la tradición en Verona para mantener el amor. O para recuperarlo —le respondió, encogiéndose de hombros—. ¿Qué querías que hiciera?

Claire se quedó mirándolo y se dio cuenta de que el amor había tocado a su hermano.

—No te hacía dejando mensajes a Julieta para que interceda en tu favor.

—Tal vez haya dado una imagen de mí que no tiene nada que ver con lo que soy.

—Ni que lo jures. Por cierto, ¿irás por casa? Te advierto que en cuanto mamá sepa que estás de vuelta, te preparará una fiesta.

—Soy consciente de ello. En cuanto a mi proposición, piénsatelo —le pidió, contemplándola asentir mientras él levantaba la copa para

brindar por ella.

## Capítulo quince

**S**in saber cómo, Chiara había encaminado sus pasos hacia la casa de Julieta. Había aprovechado su día libre para no quedarse en casa ni un solo minuto. Cada rincón estaba lleno de recuerdos que no podía soportar. Una caricia en el pasillo; un beso robado en el salón; sus cuerpos desnudos sobre la cama, el sofá, la ducha... ¿Por qué demonios, mirase donde mirase, esas situaciones la asaltaban? Salió de casa dispuesta a caminar por Verona y aclarar la mente. Sin embargo, todo fue a peor porque sus pasos la llevaron hasta aquel patio. ¿Qué hacía allí? ¿Por qué se había dirigido hasta aquel preciso y emblemático lugar? Se suponía que no creía en el verdadero amor después de lo sucedido con Adrian.

Chiara se quedó sola frente a la estatua del personaje de Shakespeare. Contemplándola como si en verdad ella pudiera ayudarla. Una sonrisa cargada de melancolía se perfiló en sus labios al recordar aquella tarde en compañía de Adrian. Sintió que el estómago se le encogía, que el pecho la oprimía y le impedía respirar. La imagen de Julieta se volvió borrosa. ¡Maldita sea! No podía creer que lo quisiera tanto. Ni que el dolor fuera así. Nunca antes lo había sentido y, en ese momento...

«Tú nunca abandonarás Verona porque hallarás el amor verdadero». Las palabras de Adrian la asaltaron de repente y se giró, dispuesta a marcharse, cuando alguien la detuvo.

—Chiara.

Se volvió para encontrarse con su amiga Claudia, quien estaba recogiendo los mensajes pegados en los paneles.

—Ah, hola.

—¿Qué te pasa? ¿Qué haces a estas horas aquí? —le preguntó, entornando la mirada hacia Chiara con un claro signo de preocupación.

—Si te soy sincera, no tengo ni idea de cómo he acabado aquí.

—¿Has llorado?

—¿Qué? *Oh*, nooo, noooo. ¿Lo parece? —le preguntó, algo aturdida por la pregunta de su amiga.

—A no ser que me digas que te has vuelto gótica... Tienes los ojos negros por el rímel y la raya del lápiz de ojos —le empezó a decir mientras le tendía un paquete de pañuelos de papel.

Chiara cogió uno, lo dobló y se limpió los ojos. Vaya, no pensó que al final soltara alguna lágrima. Sonrió a su amiga, pero no le confesó el motivo.

—Dime, ¿qué te pasa?

—Nada. Estoy bien. ¿Por qué me lo preguntas?

Claudia se mordió el labio y entrecerró los ojos, pensando que podía hacer algo por ella. Algo que estaba segura de que cambiaría su estado de ánimo.

—Anda, ven conmigo —le pidió, tirando de ella hacia el exterior de la casa de Julieta—. Hoy es tu día libre en la *trattoria*, ¿no?

—Sí, pero no quiero...

—Me lo vas a agradecer. Ya lo verás.

Cruzaron la calle y llegaron ante un edificio que Chiara no conocía.

—Espérame un minuto. —Ella se quedó parada frente a la puerta por donde había desaparecido Claudia. La oyó intercambiar algunas palabras con alguien de dentro y volvió a salir—. Vayamos a tomar algo. Lo vas a necesitar.

Chiara la contempló con una mezcla de expectación e intriga que provocaron la sonrisa en su amiga. ¿Qué demonios tramaba?, pensaba a medida que caminaban hacia uno de los cafés de la *piazza* Bra. Chiara no estaba del todo convencida de si había sido una buena idea acudir a la casa de Julieta. Pero no podía hacer más que acompañar a Claudia a ver qué misterio ocultaba.

\*\*\*

Adrian seguía realizando contactos con diversos miembros de la compañía, tratando de que aquello lo mantuviera ocupado. Por un lado, quería asegurarse de que todo estaba en orden para lo que tenía previsto hacer. Y, por otro, pretendía apartar a Chiara de su mente... Pero eso era algo bastante complicado. Necesitaba volver a verla, volver a besarla, a acariciarla, a recorrer Verona cogidos de la mano y robarle besos en el Ponte Pietra a la luz de la luna. O pasar la tarde en Castelvechio, admirando su arquitectura. Eran tantos los recuerdos que guardaba de ella, con ella, que le parecía imposible que no pudiera sentirla a su lado en ese momento. Pero no había nada comparable a su sonrisa tierna y dulce por la mañana, al despertar; con su mirada cargada de deseo cuando él la besaba y la acariciaba; con su picardía, su romanticismo y su cariño.

Adrian trató de centrarse en lo que de verdad importaba en ese instante, se detenía a las puertas de MacTavish, esperando a Phil para que juntos acudieran a ver a su padre. Estaba ausente cuando su amigo y abogado apareció.

—¿Listo? —le preguntó, captando su atención.

—Sí, vayamos a ver al gran jefe y solucionemos el tema de una jodida vez.

Adrian entró en MacTavish y todos lo reconocieron. Sin duda que su presencia allí aquel día estaba provocando el esperado revuelo. Se paró a saludar a todos con los que se encontraba a su paso. Contempló sus rostros, surcados por la incredulidad de su presencia. Aunque, si recordaban la última jugada de su padre al anunciar de manera pública a quién nombraría como su sucesor..., no había mucho que explicar acerca del motivo de su presencia. Pero ninguno podía esperarse lo que Adrian tenía preparado.

Susan, la eficiente y amable secretaria de su padre, se levantó de detrás de la mesa cuando lo vio aparecer. En un primer momento no tuvo la suficiente capacidad de reacción. Adrian sonrió y, con delicadeza, deslizó la mano bajo el mentón de Susan para cerrarle la boca antes de que la mandíbula se le desencajara.

—¿Está mi padre? —le preguntó, haciendo una señal hacia las puertas de su despacho.

—Sí, claro. ¿Quieres que le avise? —indagó, descolgando el auricular del teléfono, pero Adrian sacudió la cabeza mientras le arrebatava el aparato de la mano y volvía a colocarlo en su lugar.

—No. Déjalo, ya me encargo yo —le dijo, guiñándole un ojo y sonriendo.

Susan contempló a Adrian dirigirse con paso decidido hasta el despacho de su padre. A su lado iba Phil, su mejor amigo y abogado. No se molestó en llamar a la puerta, sino que, de manera directa, la abrió y desapareció en el interior.

Roger MacTavish se encontraba hablando por el manos libres en el momento en que vio aparecer a su hijo. Adrian esbozó una sonrisa de triunfo, ya que su aparición había provocado en su padre el

efecto que pretendía: dejarlo mudo de la impresión que le había causado verlo.

—¿Roger? Roger, ¿estás ahí? —preguntaba alguien, como si tuviera la impresión de que la comunicación se había cortado.

—Disculpa, Frank, luego te llamo y cerramos el trato. Tengo una visita que no puede esperar —le informó.

—De acuerdo. Esperaré tu llamada.

Roger pulsó el botón de fin de llamada mientras su mirada permanecía fija en su hijo.

El silencio se hizo presente sin que ninguno de los presentes pareciera estar dispuesto a romperlo. Miles observaba con detenimiento como Roger y Adrian parecían estudiarse de manera detenida, llenos de curiosidad.

—Me alegro de verte, Adrian —se alegró, yendo hacia él para darle un abrazo que este no rechazó—. Veo que has entrado en razón —lo felicitó, mirándolo fijamente, creyendo que su hijo estaba allí para acatar su voluntad—. Me alegra saber que, al final, estás dispuesto a asumir tu responsabilidad en la compañía. Miles —saludó a este con un leve asentimiento.

Adrian se sentó sin esperar a que su padre le indicara que lo hiciera. No necesitaba su autorización. No apartó su mirada de la de él en ningún momento, como si lo estuviera retando o haciéndole ver que no le tenía miedo.

Roger MacTavish se removió en el sillón unos segundos después, haciendo que el cuero crujiera. Entrecerró los ojos, focalizándolos en su hijo. Primero, sonrió de manera reveladora, burlona; y después chasqueó la lengua. Él siempre había sabido que su hijo regresaría tarde o temprano a su puesto en la firma, e incluso él había pensado darle más categoría. Si Roger había decidido nombrarlo su sucesor era debido a que las cosas no habían salido como él esperaba. Se

trataba de una cuestión de orgullo, después de todo.

—Sabía que volverías. —El tono dejaba entrever la satisfacción y el orgullo de verlo allí sentado, delante de él. Saberse vencedor en su particular lucha. Ya no se acordaba de la conversación que habían mantenido en ese mismo lugar hacía tiempo, cuando él decidió dejarlo todo en la compañía para marcharse a Italia. Pero había vuelto como él mismo había sabido desde el primer momento.

—Tenía que hacerlo —asintió Adrian con una sonrisa que no presagiaba nada bueno. Si su padre iba a burlarse de él y a recordarle quién era, él no estaba dispuesto a ser menos.

—Lo que no comprendo todavía es si este regreso tuyo se ha debido a que te has dado cuenta de que tu sitio está aquí o bien al anuncio que hice hace algunos días, en el que te nombré mi sucesor al frente de la compañía. Claro que, en ningún caso, me importa lo más mínimo el motivo, sino el hecho de que estás aquí —le aclaró su padre con suficiencia, señalándolo con la mano.

—Tal vez, el motivo por el que estoy aquí sea otro —le informó Roger frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir? —quiso saber, entornando la mirada y sintiendo el temor de que Adrian fuera a cometer cualquier estupidez.

—He venido después de ver que has proclamado a los cuatro vientos que me nombrabas heredero de tu imperio de la moda.

—¿Y? Es lo normal. Ya te lo dije en su día —le recordó formando un arco de expectación con las cejas.

—Sí, pero creo que te dejé claro que no me interesaba seguir —le aclaró de manera tajante, provocando una leve sacudida en su padre—. Por ese motivo estoy aquí. He venido a proponerte mi contraoferta —le dijo, volviendo el rostro hacia Miles para que extrajera de su cartera un documento que Adrian extendió hacia él.

—¿Contraoferta? ¿De qué demonios me estás hablando? —preguntó con cierto tono de disgusto y sorpresa mientras leía el contenido del documento—. ¿Desde cuándo te permites hacerme una contraoferta? Todavía no te he traspasado nada —le recordó, sonriendo con autosuficiencia, pensando que su hijo no podría hacer nada. No podría ofrecerle nada.

—Puedo hacerlo desde que me has nombrado tu sucesor. Todo el mundo lo ha visto. Lo ha leído en los periódicos y está en Internet —le respondió Adrian con determinación, comenzando a paladear su más que presumible victoria sobre su padre.

—Pero no hay nada firmado que te acredite como dueño de la compañía, te lo recuerdo —matizó el hombre, levantando un dedo en alto en clara señal de advertencia.

—Es verdad, pero déjame decirte que tampoco lo necesito, dado que la opinión pública sabe que lo soy. ¿No crees? Y yo estoy aquí para aceptar el nombramiento y tener el control total de la compañía, ¿no? —preguntó, contemplando el rostro contraído de su padre, que asentía expectante por ver qué pretendía—. En ese caso, hay dos opciones.

—Un momento. ¿De qué dos opciones estás hablando? No has tomado posesión y ¿piensas manejar todo a tu antojo? ¿Qué estás diciendo? ¿Qué te propones? —inquirió un alterado Roger MacTavish al darse cuenta de que su hijo no había cambiado de opinión—. ¿A qué estás jugando? —La pregunta sonó a amenaza, pero Adrian inspiró hondo, sonrió y se inclinó sobre la mesa mirándolo fijamente.

—Dos posibilidades —reiteró, levantando el mismo número de dedos en el aire—. Una es cederle todo a mi hermana, a quien considero más preparada e interesada en la moda que yo.

—No puedes... —masculó, entre dientes, Roger al comprender la jugada de su hijo. Se aferró a los reposabrazos del sillón al sentir

como la crispación lo invadía.

—Otra opción es buscar un comprador para traspasar mi parte en la compañía. Confío, espero y deseo que la opción de Claire te satisfaga más —le dijo, abriendo los ojos hasta que parecieron salirse de las cuencas, mientras el tono de su voz era una burla constante.

—¿Se puede saber de qué coño estás hablando? ¿Te has vuelto loco? —le preguntó su padre, enojado por el comportamiento de su hijo, quien, por otra parte, no parecía dispuesto a echarse atrás—. ¿Qué significa esa desfachatez de que estás dispuesto a vender la compañía?

—Lo que has oído. Si me nombras tu sucesor, buscaré un comprador externo para que tome el control y haga lo que le plazca con la compañía. No es de mi interés, ya te lo he dicho.

—Estás completamente loco.

—Tal vez lo esté y, en ese caso, te aconsejaría no dejar en mis manos las empresas MacTavish, si no quieres correr ningún riesgo de verla en manos ajenas a la familia. Tenemos dos opciones: que revoques la decisión que has tomado de nombrarme tu sucesor y cedas el testigo a Claire; o prepárate para ver a alguien ajeno a la familia ocupando este despacho —le sugirió, levantándose de la silla para abrocharse los botones de la americana mientras miraba con decisión a su padre en busca de su reacción.

—¿Me estás presionando para que me eche atrás? ¿Es eso? —le preguntó, recostándose sobre el respaldo del sillón con las manos juntas en alto y sus ojos entrecerrados mirando a su hijo. Una mueca burlona se dibujó en su rostro mientras juntaba las yemas de los dedos—. No puedes hacerlo.

—Yo de ti no estaría tan seguro.

—¿Quieres ser un perdedor toda tu vida? —le preguntó,

adoptando un toque de incredulidad en la voz, entrecerrando los ojos para contemplarlo con detenimiento—. ¿Qué has encontrado en Italia?

—Lo que para ti es ser un perdedor, para mí es ser yo mismo. Eso es lo que he encontrado en Italia. A mí mismo —le dejó claro antes de incorporarse de la mesa y darse la vuelta para marcharse ante la mirada atenta de Miles. Adrian consideraba que no tenía más que hablar con su padre por el momento. Se dispuso a salir del despacho cuando su voz lo retuvo.

—¿Qué opina tu hermana de que le traspases el poder en MacTavish? ¿Se lo has comentado?

—No te preocupes. Claire está al tanto de todo y, al parecer, podría estar dispuesta a llevar el timón de la compañía.

—¿Y dices que no me preocupe? ¿Cómo quieres que me tome tu amenaza? —le hizo saber, con gesto turbado.

Aunque el hecho de que Claire pudiera hacerse cargo de todo pareció tranquilizar a Roger MacTavish, por un instante, temía que ni siquiera su propia hija pudiera estar interesada en presidir la compañía de la familia. Roger apretó los puños, asintiendo de manera leve, como si diera su visto bueno. No le quedaba otra opción si quería que la familia MacTavish siguiera al frente de sus negocios. No lograba entender qué le había sucedido a su hijo. Ese cambio tan extraño que había experimentado tan de repente... Esperaba que su regreso lo hiciera recapacitar. El volver a ver a sus amistades y, en especial, a Bettany. Llamaría a su mujer para decirle que Adrian había regresado y que lo preparara todo para darle el recibimiento que merecía.

\*\*\*

Chiara y Claudia se sentaron en una de las terrazas con vistas al Arena. La primera permanecía intrigada con todo aquel misterio que rodeaba a su amiga. Nada más tomar asiento, se dirigió a ella con un toque de impaciencia y expectación en la voz.

—A ver. ¿Qué es eso tan importante que tienes que contarme y que no puede esperar a otro día?

—No te lo vas a creer —le anunció con un tono lleno de misterio, mientras dejaba el bolso en la silla que estaba junto a ella—. Por cierto... No sabía que Adrian y tú lo habíais dejado —le soltó, provocando en Chiara el esperado respingo al escucharla confesarle aquello. Abrió la boca para decir algo, pero sintió que la garganta se le acababa de secar; o bien su mente no coordinaba las palabras de forma correcta. Y una sensación de añoranza y melancolía la embargaron por completo.

—¿Cómo... cómo te has enterado? Nadie fuera de la *trattoria* lo sabe —recordó, sacudiendo la cabeza con un claro sentido de perplejidad por que su amiga ya lo supiera. ¿Quién podría haberlo hecho? No creía que Rosalina o Massimo se hubieran ido de la lengua. Porque a Fredo no lo veía en ese papel de ir contando los chismes de ella. Era bastante reservado para la vida privada de cada uno. ¿Stefano? Tal vez él, por despecho. Estaba allí el día que había sucedido todo.

—Lo sé. Por cierto, ¿cuándo pensabas contárnoslo?

—Cuando... cuando considerara que debía hacerlo. Además, tampoco creo que deba ser de dominio público —le aseguró, poniendo los ojos en blanco.

—No, pero al menos se lo contarías a tus amigas, ¿no?

—Ya no es necesario. Pero... tú, ¿cómo diablos te has enterado? —No entendía cómo era posible, porque nunca se le hubiera pasado por la cabeza lo que Claudia iba a confesarle.

—Por medio de esta nota —le dijo, mostrándosela, mientras Chiara permanecía intrigada.

—¿Y qué tiene que ver esa nota conmigo? —preguntó, con el ceño fruncido, sin comprender nada. La tomó entre las manos temblorosas cuando ella se la entregó con insistencia y con una sonrisa cargada de complicidad. Chiara comenzó a leerla con atención mientras Claudia no podía disimular su sonrisa al ser testigo de cómo el gesto en el rostro de su amiga mudaba por completo, cómo pasaba de la expectación esperada a la sorpresa, e incluso podría afirmar que llegó a emocionarse. Bastaba con fijarse en el brillo mágico que las lágrimas producían en sus ojos, en su rostro encendido. En cómo se llevaba una mano a la boca, como si quisiera ahogar un grito. Al levantar la mirada del papel y fijarla en su amiga, Chiara sintió que el corazón le daba un vuelco. La emoción por leer aquellas palabras, por sentirlas tan dentro de ella...

*Mi querida Chiara,*

*¡No sé cómo expresarte con un nombre quién soy! Mi nombre, santa adorada, me es odioso por ser para ti un enemigo. De tenerla escrita, rasgaría esa palabra*[\[1\]](#).

—¿Qué tienes que decirme ahora? —le preguntó, apoyando los codos sobre la mesa del café y su rostro sobre las manos, al mismo tiempo que sonreía divertida—. La nota que Adrian dejó pegada en uno de los paneles de la casa para Julieta va dirigida a ti. ¿Me equivoco? —le informó, señalándola con el dedo y esbozando una sonrisa de triunfo.

Chiara se mordió el labio y sacudió la cabeza sin poder dar crédito a que Adrian lo hubiera hecho. ¡Por favor! Había pedido ayuda a Julieta para que ella comprendiera que la quería. En su mente se proyectaron los recuerdos de aquella tarde que habían pasado

juntos y el momento en el que él le había confesado que estaría más que dispuesto a hacer lo que fuera posible por la mujer a la que amaba. Incluso pedir ayuda a Julieta, o escenificar la escena del balcón. Pero... ¿cómo no se le había ocurrido que él sería capaz de hacer aquello?! Sonrió divertida, hasta que las carcajadas la invadieron. Se llevó la mano a la boca para reprimirlas y lanzó una mirada a su alrededor para darse cuenta que la gente la miraba y sonreía al mismo tiempo. Se sintió confusa y cohibida en aquel momento, pero no podía evitar sentirse halagada, querida, y, por primera vez en los últimos días, sintió que el amor volvía a llamar a su puerta. Pero Adrian estaría en Londres, y ella...

—¿Puedes aclararme por qué emplea esa cita de Romeo y Julieta?  
—le preguntó, señalando el papel con un solo dedo—. Te habrás dado cuenta de que ese es el momento en que...

—Que Julieta se entera de la verdadera identidad de su amado — interrumpió Chiara con ilusión. Conocía de memoria la historia de amor escrita por Shakespeare. Tomó aire para tratar de aplacar la sensación de agitación en su pecho. Leer la nota de Adrian la había hecho sentirse diferente. La extraña sensación de vacío y angustia que había sentido momentos antes parecía disiparse cada vez que se repetía en su mente la cita de él. No quería hacerse ilusiones después de lo sucedido entre ellos. Aquello era digno de una novela.

—¿Y qué tiene que ver contigo?

—Al igual que Julieta, descubrí que Adrian es hijo de Roger MacTavish, el magnate de la moda en Reino Unido. Y no un simple viajero deseoso de mejorar su italiano —le comentó mientras bajaba la mirada hacia la nota que retenía entre sus dedos.

—¿De verdad? Lo echaste de tu lado cuando supiste quién era...

—Me hizo creer que era otra persona.

—Pero, Chiara, ¿qué puede importarte quién sea en realidad? ¿O

que esté forrado de dinero? Lo que cuenta es que él ha sabido llegarte dentro. Te ha hecho creer de nuevo en el amor —le dijo, mostrándose ilusionada por ello—. ¿Acaso le importó a Julieta saber cuál era el apellido de Romeo para detener su amor por él?

—¿Vas a responderme como una de sus mensajeras? —le preguntó, sintiendo la mezcla de sorpresa y rabia en su voz.

—De ti depende que pienses que es una de estas quien te lo está diciendo. Pero te aseguro que Adrian te ha cambiado la vida. Recuerdo el día que quedamos a comer las cuatro, y la impresión que me diste fue que, en verdad, estás enamorada de él. Solo tengo que fijarme en tu rostro para saberlo. Él te cambió, llenó tu vida de ilusión, de cariño, de amor. ¿Por qué no quieres reconocerlo?

—Claro que lo reconozco —le dejó claro, algo molesta porque todavía sintiera eso por él a pesar de la distancia que los separaba y del tiempo que hacía que se había marchado—. Pero... me dolió que me engañara de esa manera. ¿Piensa que puede hacerlo por su posición social? Divertirse a mi costa con...

—No me parece que Adrian sea el tipo de hombre que pretende burlarse de una mujer. Dejó todo atrás buscando algo que no tenía: libertad para hacer y decidir por él mismo. Puedo hacerme una idea de la clase de vida que ha llevado. Creo que ni él mismo pensaba en lo que podría suceder cuando llegó aquí y te conoció. Y mucho menos que todo se desarrollara de esta manera hasta explotaros en las manos —interrumpió Claudia, adoptando una pose llena de seriedad que sorprendió a Chiara en un principio, pero después de pensarlo en frío y recapacitar, no pudo evitar darle la razón.

—Lo sé, pero...

—Te asustaste al darte cuenta de que te habías enamorado de él. Como en Romeo y Julieta, ¿no lo ves? Adrian está dispuesto a renegar de su nombre por lograr tu amor. Dime si no hay algo más

romántico, Chiara. No le importó renunciar a todo lo que tiene por ti. Ya sé que estás dolida, pero intenta ser coherente. Adrian te devolvió la sonrisa. Te rescató de ese mundo que te creaste cuando te quedaste sola. Está enamorado de ti. Solo tuve que ver lo abatido que estaba el día que dejó la nota —le comentó, de pasada, tratando de picar su curiosidad—. ¿Merece la pena renunciar a la felicidad por una identidad? —le preguntó, cogiendo la nota que Adrian había dejado.

—¿El día que lo viste? —le preguntó, entornando la mirada hacia su amiga y con un tono de voz que no parecía querer levantar en exceso para que nadie la escuchara, como si temiera que al hacerlo pudiera escapar lo que sentía.

—Oh, sí. ¿Eso he dicho? —Se hizo la desentendida para acrecentar la incertidumbre en su amiga; los nervios y picarla en su orgullo de mujer enamorada—. Sí, lo vi.

—¿Qué te dijo?

—Que aquello era una locura. Pero si no lo era en sí el amor por alguien. Insisto en que deberías llamarlo y pedirle que regrese para aclarar las cosas. Seguro que lo hará sin pensarlo dos veces. Vamos, concédele a tu Julieta el don de arreglar las cosas entre vosotros. Además, ¿quién deja una nota así? —quiso saber, entornando la mirada hacia Chiara.

Esta bajó la vista hacia el papel y asintió despacio, sonriendo de manera tímida.

—Es verdad, ¿quién puede estar tan loco como para creer en el amor dejándole una nota así a Julieta?

—Te quiere —le aseguró, cogiéndole las manos entre las suyas—. Y estoy convencida de que volverá por ti. Yo de ti me iría preparando, estoy segura de que cualquier día aparecerá en la *trattoria*.

Chiara abrió los ojos y soltó el aire acumulado en su interior. Era cierto todo lo que había dicho Claudia. Pero no hacía falta que ni ella ni la propia Julieta se lo dijeran. Ella lo sabía y lo sentía en su interior, en cada mirada, en cada sonrisa o caricia suya. A cada momento que estaba con ella, él ponía el corazón a su disposición.

## Capítulo dieciséis

**A**drian acudió a casa de sus padres, donde se había organizado una pequeña e improvisada fiesta de bienvenida. Su madre se las había ingeniado para organizar aquel evento llamando a las amistades más allegadas a la familia.

—No tenías que haber preparado nada —fue lo primero que le dijo nada más verla. Sabía que no sería así, ya que la conocía y gustaba de preparar recepciones de ese estilo.

—Solo es una pequeña recepción para recibirte. Espero que disfrutes de la velada en compañía de la gente que te quiere y que te ha echado en falta —le susurró, con toda intención, cuando su madre lo abrazó para darle dos besos.

—Sin duda. Ha sido un detalle, pero ¿quién te ha dicho que estaba aquí?

—No pude evitarlo —intervino su padre, esbozando una sonrisa de culpabilidad—. Soy consciente de cuánto te ha echado de menos tu madre. Y lo menos que podía hacer era llamarla para decirle que habías vuelto.

—No importa, tarde o temprano se acabaría enterando. Eso sí, por mí.

—Pero te perderías compartir tu vuelta a casa con tu familia y tus amigos —le comentó su madre, enfatizando aquellas dos palabras para que Adrian se diera cuenta de la gente que había acudido a darle la bienvenida—. ¿No has traído tus cosas contigo? Bueno, da igual, tu habitación está dispuesta y tienes todo lo necesario para... —Se detuvo en su opinión cuando percibió el gesto de disconformidad que reflejaba el rostro de su hijo.

—No he venido para quedarme, sino para solucionar el tema del traspaso de la compañía. Nada más. Volveré a Verona en breve.

—Pero entonces... —La madre de Adrian sintió que las palabras le faltaban, como si se ahogase en ellas. Buscó la mirada de su marido para que desmintiera lo que acababa de escucharlo decir, pero no era esa la impresión que le daba. Su hijo parecía estar muy seguro de lo que había ido a hacer a Londres.

—Solo hasta que solucione el tema de la compañía.

—¿Qué pretendes hacer? —le preguntó, preocupada por la decisión que fuera a tomar su hijo.

—Pretende venderla al mejor postor. Eso es lo que pretende —respondió Roger MacTavish, sin poder ocultar su enfado por aquella solución.

—¿Es cierto lo que dice tu padre? —preguntó la madre de Adrian, alarmada por esa noticia que desconocía hasta ese momento.

—Le he contado cuál es mi postura. Así como las dos soluciones que propongo. De él depende tomar una u otra. La mía está muy clara —le resumió con una sonrisa cordial—. Si me disculpas, voy a saludar a Phil, me está haciendo señas para que me acerque.

—¿Es cierto lo que ha dicho? —preguntó Stephanie, mirando a su marido, quien sacudía la cabeza sin creer que su hijo siguiera en sus trece.

—Me temo que lo hará si no cedo a sus pretensiones. Esto es, no

nombrarlo como mi sucesor en la compañía —le informó, algo abatido por la derrota que se avecinaba. ¿Sería posible que por una vez en la vida Roger MacTavish no lograra salirse con la suya?

Adrian se abrió paso a través del bosque de cuerpos que se había formado en una parte del salón. Saludaba a unos y a otros de manera educada. Asentía y estrechaba manos aquí y allá, hasta que consiguió llegar hasta su amigo y abogado.

—No esperaba verte por aquí Phil.

—Tu padre me pidió que acudiera.

—Entonces, imagino que tu presencia aquí se debe más bien al revuelo que he formado en la compañía y en mi familia.

Adrian apostaba a que su padre ya habría hablado con él para buscar la manera de volver la partida a su favor. No daría la batalla por perdida hasta haber quemado todas sus naves.

—¿Y bien? ¿Alguna novedad? ¿Te ha comentado si va a dejarme a un lado en su testamento? ¿Me va a repudiar después de haberle confesado lo que estoy dispuesto a hacer con la compañía si se empeña en seguir por su camino? —preguntó en un tono jocoso y bebiendo de su copa. Frunció el ceño, como si el sabor del licor no fuera de su agrado. Dejó la copa y sonrió al recordar el sabor de la grapa, aquella mágica noche en Verona cuando Chiara y él habían terminado enredados entre las sábanas de la cama de ella.

—¿Te pasa algo?

—No...

—Lo digo por la cara que has puesto.

—No, tranquilo. Estaba en otra parte. ¿Qué me estabas diciendo de mi padre? —le preguntó, intentando desviar la atención hacia el tema que de verdad le interesaba.

—No le ha hecho ni pizca de gracia tu decisión, como puedes suponer. Sin embargo, creo que al final aceptará que sea Claire

quien tome las riendas de la compañía.

—Yo también lo espero. Es, sin duda, la mejor opción.

—Pero dime, ¿por qué no te interesa? Sabes que tampoco hace falta que te preocupes demasiado. Tienes gente muy capaz para llevarla. Podrías...

—No sigas por ahí, Phil —lo interrumpió—. No tengo intención de quedarme al frente de la compañía. Y ya sé que mi trabajo sería limitado al contar con toda clase de asesores, pero no es lo que quiero. No es lo que necesito en realidad.

—En ese caso, sería Claire quien se quedaría con todo. Piénsalo muy bien. Tal vez algún día quieras...

—Está pensado. No insistas. Voy a ver si saludo a la gente. Es lo menos que puedo hacer, ya que han venido.

Adrian se mostró agradecido por la presencia de las personas invitadas; casi todas pertenecían a las empresas MacTavish, salvo algunas amistades de sus padres. Si pensaba con detenimiento en lo que era aquella reunión y miraba a los allí presentes, se daba cuenta de que podría considerar como verdaderos amigos a un puñado de ellos. Sonrió pensando en las reuniones de los miembros de La Sonrisa de Julieta. Sus conversaciones con Massimo a la puerta mientras él se fumaba algún que otro cigarrillo; Rosalina y Fredo discutiendo a cada momento por las más simples historias; Chiara y él... Adrian se detuvo en este preciso instante. Inspiró hondo e intentó apartarla de su mente, aunque le resultara imposible hacerlo. Se le había ocurrido llamarla para saber qué hacía, cómo estaba. Pero decidió que, tal vez, no era lo más acertado dada la manera en cómo habían acabado. Hasta ese momento. Porque él no estaba dispuesto a que todo lo vivido en Verona junto a ella se fuera a terminar así. Lo rechazaba. Se rebelaría contra el propio destino si ello era lo que tenía que suceder.

—¿Sigues pensando en tu idea de dejarlo todo? —le preguntó una voz que conocía a la perfección. Adrian percibió el tono de sorpresa e ironía.

—Sí —asintió firme, levantando la mirada de la copa para dejarla suspendida en la de Bettany.

—Pensé que tu regreso se debía a que habías recapacitado y que... —Ella se calló al comprobar lo equivocada que estaba. Adrian movía la cabeza en sentido negativo.

—Nada ha cambiado al respecto de mi decisión de irme y dejarlo todo.

—¿Y en cuanto a nosotros? —Él percibió el anhelo en su voz. En su mirada brillante que escrutaba su rostro en busca de algún indicio que le indicara a Bettany que había una oportunidad.

—No.

—He escuchado comentar a tu hermana que has dejado a una italiana esperándote en Verona. —El tono se acercaba más a la desesperación y la impotencia por darse cuenta de que había perdido a Adrian para siempre.

Él inspiró profundamente, contemplando como la mirada de Bettany se volvía más brillante. Sin duda que las lágrimas poseían un don mágico.

—En cuanto resuelva todos los asuntos pendientes aquí, volveré a Verona por ella.

—Es un adiós definitivo, por lo que veo. Había tenido esperanzas de que con tu vuelta... Pero veo que estaba equivocada. Que mis ilusiones se quedan en eso...

—Bettany, yo...

La vio sacudir la cabeza, levantar una mano hacia él y alejarse al instante para dejarlo solo.

—Lamento oírte decirle eso. —Roger MacTavish chasqueó la

lengua en claro gesto de desilusión—. Siempre me ha parecido una mujer ideal para ti.

Adrian entornó la mirada hacia su padre con un gesto de incredulidad en el rostro.

—¿Para quién? ¿Para mí o para las empresas? —le preguntó, arrancando una sonrisa irónica en el hombre—. Vamos, papá, no soy ajeno a tus aspiraciones con respecto a Bettany. Querías que fuera mi pareja por lo que representa para MacTavish Fashion. Una buena asociación con la compañía de su padre.

—Lo cierto es que he intentado entenderte y no logro...

—Es muy simple. Quiero mi propia vida. Lejos de aquí. De la compañía y de este mundo que hay representado aquí ahora mismo —le confesó, abriendo los brazos para abarcar el salón de la casa.

—Siempre me he hecho a la idea de que serías tú quien se quedara al frente de la compañía cuando yo ya no pudiera dirigirla. —Roger empleó un tono de desilusión porque esa situación no se iba a producir por mucho que insistiera—. No importan las artimañas que emplee, ¿verdad? —preguntó, arqueando una ceja con expectación.

—No hay nada que puedas hacer.

—Tal vez debí haber charlado más contigo. Haberte preguntado si estabas a gusto en MacTavish. Di muchas cosas por supuestas y ahora llega la hora de la verdad.

—Yo también debí expresarte mis pensamientos, mis propuestas y mis ideas de lo que quería. Pero no lo hice para no desagradarte. Lamento todo esto. No tienes de qué preocuparte. Está Claire. Es más que eficiente para llevarlo a cabo, y lo sabes —le recordó, por si lo había olvidado.

—Lo sé, lo sé. Pero preferiría que fueras tú quien estuviera al frente. Tu hermana tiene otra perspectiva en cuanto a la moda y a

cómo llevar la compañía. Además, ahora está involucrada en el asunto de buscar nuevos mercados, nuevos socios.

—Eso he oído. ¿Temes un cambio de rumbo si ella se pone al frente? Siempre se ha mostrado más que interesada en el funcionamiento de la compañía y por el mundo de la moda. Ha estado siempre a tu lado —le recordó, haciéndole ver que su hermana era la persona más que idónea para el cargo.

Roger MacTavish frunció el ceño y sacudió la cabeza, tratando de comprender qué era lo que había hecho mal con su hijo. Porque estaba seguro de que aquella decisión de alejarse del negocio familiar se debía a algo que no había hecho bien.

—No te lo discuto, pero ¿por qué esta decisión? Tú has trabajado durante años como el que más. Incluso, en ocasiones, puedo decir que más que yo mismo. Percibía que era lo que deseabas, más que tu propia vida personal. Nunca te mostraste en desacuerdo con los viajes y las largas estancias en otras ciudades para expandir el nombre de la compañía. ¿Por qué ahora? —insistió, mostrando un ápice de comprensión, y de resignación, en el tono de su padre. Tal vez se hubiera dado cuenta que no había nada que hacer, ¿y se daba por vencido?

—Quizás porque era lo que tenía. Y no me preocupaba de mirar más allá de ello. Llegó a convertirse en mi único fin. En mi única obsesión. Y me di cuenta de que estaba perdiendo mi vida. Que no estaba haciendo lo que en verdad deseaba.

—¿Y ahora? ¿Has encontrado lo que buscabas? —inquirió su padre, asombrado por ese hecho.

—Ahora quiero hacer otras cosas por mí mismo. Valorar lo que tengo en su justa medida. A veces he tenido la impresión de que las puertas se me abrían por llevar tu apellido. Sin llegar a conocer en realidad mi valía.

Roger asintió en silencio, apretando los labios. Se sentía algo confundido, tal vez decepcionado con la decisión de su hijo, pero le gustase o no, debería acatarla. Tenía razón en que su apellido le había abierto muchas puertas. No se lo iba a negar. Pero había pensado que era lo que deseaba. Llegar a la cima de los negocios, sin importarle cómo. Se daba cuenta de lo equivocado que había estado durante todo ese tiempo.

—¿Por qué no te acercaste y me lo comentaste? —le preguntó, sorprendido por cómo Adrian había sido el más eficaz en su trabajo a pesar de no encontrarse a gusto.

Inclinó la cabeza y entornó la mirada hacia él.

—Porque temía decepcionarte. Era lo que querías, pero llegó el momento en que me di cuenta de que...

—No tiene importancia ya —lo interrumpió, levantando la mano. Luego inspiró hondo. Sus labios formaron una fina línea que denotaba su preocupación—. Está bien. Tú ganas.

—No, yo no gano. No quiero que haya vencedores ni vencidos. Ganadores ni derrotados. Gana la familia.

—Se hará como desees. Será tu hermana quien se encargue de todo. Me dijiste que ya se lo habías comentado...

Adrian asintió.

—Claire está de acuerdo.

—¿Y tú? ¿Qué piensas hacer? ¿A dónde irás? ¿Volverás a Verona? Si alguna vez decides regresar..., sabes que siempre tendrás un puesto en la compañía. No lo olvides.

—Aunque sea para llevarle los cafés a mi hermana —bromeó Adrian al ver que era ella quien se acercaba hasta ellos.

—¿Qué se supone que vas a llevarme? —le preguntó en un tono jocoso, colgándose del brazo de Adrian y contemplándolo con gran interés.

—Los cafés cuando seas la presidenta de empresas MacTavish —le informó su hermano mientras la miraba con gesto serio—. Si algún día decido retomarlos y acudo a ti para pedirte un trabajo —le aseguró, guiñándole un ojo en complicidad. Ambos sabían que aquello no se produciría. Y más después de la charla que ambos habían tenido.

Claire se quedó callada, sin saber qué era lo que tenía que decir en ese instante. Dejó que su mirada recorriera los rostros de los dos allí reunidos y, al final, se detuvo en el de su padre.

—¿De qué va todo esto?

—Acabo de aceptar la propuesta de tu hermano para nombrarte mi sucesora. Pero creo que ya lo sabías, ¿no? —inquirió su padre, embargado por la curiosidad al ver el gesto de sorpresa en su hija.

Claire desvió la mirada hacia Adrian y se quedó sin respiración, observándolo. Entonces era cierto. No había cambiado de opinión desde el momento en que le dijo que iba a cederle todo. Pero ¿y su padre? ¿Estaba de acuerdo con esa operación? ¿Qué había sucedido entre ellos para que todo se hubiera arreglado sin más?

—Pensaba que al final rectificarías. Que lo pensarías mejor y te acabarías quedando.

—No, hermanita. Hablaba en serio. Quiero que tú seas quien dirija el negocio familiar. ¿Quién mejor puede hacerlo? —preguntó, dejando que su mirada recorriera a los allí presentes—. Papá me ha dicho que ya estás trabajando en nuevos mercados y en encontrar nuevos socios. Algo que a mí no se me habría ocurrido.

—No sé qué decir. No esperaba que al final yo me convirtiera en la presidenta de la compañía —confesó, sintiéndose abrumada por la noticia y por la responsabilidad que conllevaba serlo.

—Solo di que aceptas el cargo. Solo eso —le pidió su hermano.

Claire pareció dudar, estaba tan sorprendida que no sabía qué

decir. Un leve asentimiento dejó claro a los tres que Claire sería la nueva presidenta de la compañía.

—Habrà que hacer un anuncio y una rectificación —adelantó Roger, esbozando una sonrisa por que su hija hubiera aceptado.

—Me gustaría que, en esta ocasión, me dejaras a mí hacerlo —le pidió Adrian, confiando en que su padre no se opondría.

—¿Por algún motivo en especial? —le preguntó con curiosidad. Tal vez se había precipitado la otra vez al provocarlo para que volviera y acatará su voluntad. Pero no cometería un segundo error.

—Se lo debo a alguien —asintió, pensando en Chiara y en cómo le afectaría la noticia una vez que se enterara. Solo esperaba que no fuera demasiado tarde para ellos.

—Será como tú quieras —asintió Roger MacTavish, posando la mano sobre el hombro de su hijo y asintiendo. Sonrió al comprender que nada de lo que hiciera o dijera haría que Adrian cambiara de opinión. Y eso le gustaba. Sí. Que tuviera las ideas claras. Su determinación a la hora de afrontar su futuro. En el fondo, se sentía complacido y orgulloso de su férrea voluntad para llevar a cabo lo que se había propuesto—. Tal vez, después de todo, tengas razón.

—¿A qué te refieres? —le preguntó Adrian contrariado.

—A que es hora de que busques tu futuro lejos de mí. Aunque me cueste admitirlo. Hubiera querido otro final para ti, pero... —Se encogió de hombros, dándole a entender que se rendía. Que no insistiría.

—Soy consciente de ello, pero... entiende que no es lo que me atrae en estos momentos.

—¿Qué harás? —intervino Claire, mirando a su hermano con atención.

—Regresaré a Verona en un par de días.

Claire sonrió con complicidad cuando lo escuchó. Sin duda que

había encontrado su destino en Verona, y parecía estar seguro de ello.

—¿Volverás a Italia? ¿Por qué? Pensé que habías vuelto para quedarte... —le comentó su madre. Se acababa de unir al grupo al ver que Roger y Adrian charlaban. Había acudido en un intento por apaciguar los ánimos. Temía que entre ellos dos se produjera algún tipo de incidente, dado sus diferentes puntos de vista. Pero sintió el alivio al comprobar que las aguas habían vuelto a su cauce después de que padre e hijo habían charlado. No quiso creer a Adrian cuando aseguró que volvía a marcharse en breve.

—Mamá, me temo que Adrian tiene cosas más importantes que hacer en Verona que aquí —le explicó Claire, tomándola del brazo y regalándole una amplia sonrisa. No le diría de manera directa que su hermano regresaría para reconquistar el corazón de la mujer de la que se había enamorado. Eso le correspondía decirlo a él.

Todos se quedaron mirando a Adrian mientras él se limitaba a inspirar hondo y pensar en cómo haría para volver a formar parte de la vida de Chiara.

\*\*\*

—No me puedo creer que esté sucediendo. Los días pasan y sigo sin encontrar a nadie para el restaurante. Esto no puede estarme pasando a mí —comentó Chiara, pasándose la mano por el pelo y observando como la última chica, que había probado, abandonaba la *trattoria*.

—Yo creo que se trata de una cuestión personal tuya. No quiero ser pesada, pero ya sabes a qué me refiero —le recordó Rosalina dándole una palmada en la espalda al pasar a su lado.

Chiara puso los ojos en blanco una vez más al escucharla insistir

en lo mismo. No podía creer que no fuera capaz de encontrar a nadie para trabajar solo porque ella... Ella siguiera cabreada con Adrian. Sabía que él regresaría si se lo pedía. Por tanto, ¿a qué esperaba?

—No creo que una cosa tenga que ver con la otra —le rebatió, enfurecida como cada vez que el tema de Adrian salía a colación.

—¿Tú no? ¿No crees que exiges demasiado a cualquiera que llega preguntando por el puesto?

—Pues no. Creo que estoy pidiendo lo normal —respondió con una sonrisa irónica bailando en sus labios y un tono que se acercaba al sarcasmo.

—Sigo pensando que en el fondo tú no quieres que nadie lo ocupe porque estás esperando a que él regrese.

—¿Qué yo...?! —exclamó Chiara, quedándose con la boca abierta sin saber cómo replicarle por lo que acababa de decirle—. Pues deja que te diga lo que yo pienso: no estoy esperando a que Adrian aparezca por esa puerta —le aclaró, señalando la misma por la que en ese instante entraba Stefano.

Las dos mujeres intercambiaron una mirada llena de asombro e incertidumbre. Desde el día en que Adrian había abandonado la *trattoria*, Stefano no había vuelto a pisarla. Chiara pensó que por fin se había dado cuenta de que no le interesaba. Pero allí estaba en ese momento.

—¿Qué quieres? —le preguntó una Chiara bastante irascible y a la defensiva.

Stefano se detuvo delante de ella con el gesto turbado.

—Vaya, veo que la cosa está algo...

—¿Qué haces a aquí? —insistió cruzando los brazos sobre el pecho, como si estuviera dejándole claro que no tenía nada que hacer con ella; esa pose era una barrera que no iba a ceder ante él.

—Venía a ver qué tal te iba. Y a preguntarte si necesitabas a alguien para ocupar el puesto que tienes vacante —le dijo, contemplando la cara de sorpresa de Chiara.

—Sí, es verdad.

—Vaya, si necesitas a alguien, puedo... —Stefano se calló en el preciso instante en que la mirada de ella le indicó que no siguiera por ese camino. Pero él no parecía estar dispuesto a dejarlo estar sin más—. Venga, Chiara, deja de comportarte como una chiquilla y acepta mi ayuda. Sin ningún compromiso.

—No. A mi gente la elijo yo —le aclaró de manera autoritaria, dándole la espalda mientras caminaba hacia la barra.

—Ya veo. Como a Adrian.

Chiara apretó los puños y cerró los ojos. Inspiró hondo y comenzó a contar hasta diez, deseando que al volverse Stefano se hubiera largado. Pero su deseo, como de costumbre, no se cumplió. Chiara se apoyó contra la barra, cruzó los brazos y se mordisqueó el labio. No podía ser posible. Lanzó una mirada asesina a Stefano por lo que acababa de decir al respecto de su elección de Adrian.

—Mira, no tengo el tiempo para gilipollices. De manera que sería mejor que te largaras por dónde has venido.

El tono de advertencia implícito en aquellas palabras no sorprendió lo más mínimo a Stefano, quien parecía impasible.

—Solo te ofreceré mi ayuda esta vez. Y no habrá más ocasiones, recuérdalo —le dijo, mirándola con el ceño fruncido.

—Pero es que los tíos no entendéis cuando se os dice que no, ¿o qué? Te he dicho que no quiero tu ayuda. Es más, creo que te dije que no quería volver a verte, así que... no sé qué coño haces aquí, la verdad —le comentó, encogiéndose de hombros con cara de no entender nada de lo que estaba sucediendo.

—Está bien. Pero luego no me vengas...

Chiara decidió ignorarlo, ya que parecía que hablar con él no tenía ningún sentido. De manera que entró en la cocina para tratar de centrarse y calmarse de una vez bajo la atenta mirada de Rosalina.

—Escúchame, niña Chiara, ¿por qué diablos no acabas con esta situación de tensión de una vez por todas?

—No tengo su número.

—¿Vas a decirme que no puedes encontrar el teléfono de Adrian MacTavish? —le preguntó con un toque de ironía y sorpresa en la voz, pensando que se estaba burlando claramente de ella—. He escuchado excusas tontas, pero esta se lleva la palma, *ragazza* —le aseguró, mirándola y sacudiendo la cabeza sin poder creer que lo dijera en serio.

—Vale, vale, no hace falta que digas más. No tengo ganas de escuchar tus sermones. Ya tengo bastante con escucharme a mí misma cada día —le respondió, irritada porque no era capaz de olvidarlo. Y lo que más le fastidiaba era admitir que lo echaba de menos, tanto que apenas comía.

El momento de salir de la *trattoria* por la noche no era mejor, ya que el insomnio se apoderaba de ella y, por el día, se mataba a trabajar para ocupar la mente. ¿Tanto poder tenía que era capaz de condicionar su vida desde la distancia?

—Te estás comportando como una chiquilla. Lo perderás todo por tu orgullo.

—No es mi orgullo. Ni soy una chiquilla. Tengo edad para saber lo que me conviene en estos momentos —le explicó, sacudiendo la cabeza sin entender por qué diablos se comportaba como lo hacía.

—¿Entonces? ¿Vas a decirme de una maldita vez por qué no quieres saber nada de él, cuando en el fondo lo echas de menos?

—No puedo olvidar que...

—¿Qué? ¿Sigues obcecada todavía con ello a pesar del tiempo

pasado? A tu admirado Romeo no le importó que Julieta y él pertenecieran a distintas familias que, además, estaban enfrentadas —le recordó, enarcando las cejas sin poder creer que fuera ese el motivo.

Chiara se quedó callada. Inspiró hondo y relajó los hombros.

—¿Por qué te empeñas en establecer paralelismos entre la obra de Shakespeare y mi vida privada? —quiso saber, mirando a Rosalina y al darse cuenta de que ella misma también los había encontrado. Que su lado romántico lo había celebrado mientras su lado racional no quería creerlo porque se sentía engañada.

—Bien, pues déjame decirte que, si esa es la razón, tal vez deberías echar un vistazo a internet y buscar el nombre de él.

Chiara contempló a Rosalina sin entender a qué venía aquello. Sacudió la cabeza una y otra vez, recordando la última ocasión en la que leyó sobre él. No.

—Me niego —le dijo, levantando las manos—. No quiero saber nada.

—Como quieras, pero deberías saber que Adrian ha renunciado a su puesto en la compañía de su padre —le informó en un intento por despertar la curiosidad de ella.

—¿Qué puede importarme lo que él haga con su vida? —le preguntó con una mezcla de curiosidad por saber más, pero con reproche.

—Pues deberías, porque dice que ha renunciado a todo ello por amor. Proclama a los cuatro vientos que su vida y su destino están aquí en Verona, y más en concreto, en La Sonrisa de Julieta —le explicó con un tono de orgullo y felicidad.

Chiara sintió una especie de pellizco que la hizo sobresaltarse al escuchar a Rosalina referirle aquellas palabras. Entrecerró los ojos, tratando de encontrar una explicación razonable a aquello. ¿Lo

habría hecho por... ella?

—¿Y qué tiene que ver eso conmigo? ¿Y tú por qué lo sabes?

—¿No quieres verlo? Adrian ha renunciado a todo porque te quiere. Lo sé porque me informo de las noticias a través de internet —le dijo cogiendo el móvil para levantarlo en alto y que ella lo viera—. Échale un vistazo.

Sintió el escalofrío recorrerle la espalda, y su piel se erizó por momentos. Se humedeció los labios, producto de los nervios, pues en ese instante era un manojo. No lograba detener los acelerados latidos de su corazón, por mucho que intentaba no pensar en Adrian y en su gesto. Siguió el consejo de Rosalina y leyó el artículo en silencio bajo la atenta mirada de su compañera. Cuando terminó, Chiara le devolvió el móvil.

—¿Qué tienes que decir ahora? Bueno, mejor no digas nada. Tan solo prepárate porque el día menos pensado aparecerá por esa puerta. Y estoy segura de que no te pedirá que le des un empleo... —le aseguró, guiñándole un ojo.

Chiara sentía que iba a caerse de un momento a otro con tan solo imaginar que Adrian apareciera en la *trattoria*. Sin duda, su nota a Julieta y su renuncia a todo lo que representaba su vida.... había sido por ella... Estaba loco, loco de remate... Pero por ella. No le cabía la menor duda. Y no hacía falta que Rosalina se lo dijera, porque ella también sabía que el día menos pensado, Adrian aparecería allí y entonces...

## Capítulo diecisiete

Esa noche, la *trattoria* estaba llena. Era fin de semana, y eso significaba que el trabajo se duplicaba o triplicaba. Chiara se movía entre las mesas a toda velocidad, tomando nota de los pedidos, sirviendo platos o recogiendo aquellos de los que se habían marchado. Y Massimo hacía tres cuartos de lo mismo. Sin un respiro apenas. El ritmo era frenético y Chiara creía que de un momento a otro le iba a dar algo. Estaba tan absorta en atender a sus clientes que, cuando la puerta se abría, ni siquiera levantaba la mirada. Solo resoplaba al comprobar que apenas les quedaban un par de mesas vacías.

Ni siquiera se dio cuenta de que Adrian entraba entraba con paso dubitativo. Al comprobar el jaleo que tenían, se sintió complacido al ver que las cosas seguían funcionando igual que cuando se había marchado. La buscó con la mirada. La vio atareada, sirviendo mesas. Con su pelo recogido, su camiseta delineando las curvas de su pecho, el mandil sujeto a su cintura... Tuvo que dejar de hacerlo y pensar en ella de aquella forma. Había gente esperando a que los llevaran a su mesa y Adrian se dio cuenta de que, si no actuaba rápido, se acabarían yendo. Y ella perdería clientela. Por ese motivo

se dirigió a ellos.

—¿Una mesa?

—Sí —respondió el hombre, confuso por ver que Adrian, que acababa de llegar se dispusiera a atenderlos.

—¿Cuántos son?

—Tres. ¿Trabaja usted aquí?

—Así es, es mi turno, pero me he retrasado. Bien, síganme —le indicó, abriéndose paso hasta una de las mesas que quedaban libres. Una vez acomodados, Adrian se apresuró a recoger los restos de una cena que todavía estaban sobre una mesa y emprendió el camino hacia la cocina.

Cuando sus miradas se cruzaron, ambos se dieron cuenta de que no hacía falta decir nada para comprender la realidad. Chiara se colocó un mechón de pelo tras la oreja, se humedeció los labios y sintió que el corazón se le aceleraba en demasía al verlo allí de pie cargando de platos en dirección a la cocina. Por fin había llegado, y no sabía cómo debía comportarse. Él le sonrió de manera tímida, provocando en ella un escalofrío. Chiara deslizó el nudo en su garganta y actuó como si en verdad no hubiesen estado separados.

—Llegas tarde —le soltó, cruzando los brazos sobre el pecho e intentando por todos los medios controlar su agitación. Quería mantenerse fría, distante. Pero en su interior la ternura y la calidez se adueñaron de su corazón al momento. El rostro de Adrian reflejó la sorpresa lógica al escucharla decir aquello—. Ya hablaremos tú yo más tarde —le dijo, señalándolo con el dedo como si lo estuviera amenazando. Adrian se quedó parado, contemplándola y dándose perfecta cuenta que por fin había regresado a su mundo. A aquella pequeña *trattoria* de Verona—. ¿Qué haces ahí parado? Anda, pasa a la cocina y deja todo eso. ¿No ves que estamos hasta arriba? —le preguntó, entrecerrando los ojos y sacudiendo la cabeza sin

entender para qué había acudido allí si no. Necesitaba que se quedara porque ella no había sido capaz de sustituirlo. Y creía que nunca lo haría.

—Sí —se limitó a asentir viéndola sonreír.

Chiara había comprendido cuánto lo había echado de menos desde el día que se marchó, cuánto lo necesitaba en su vida. Y aunque fuera el hijo de un gran magnate de la moda, para ella era el hombre que ocupaba su corazón. El mismo que le había enseñado que el amor existía.

Adrian entró en la cocina y lo primero que percibió fueron las miradas fijas de los otros tres miembros de La Sonrisa de Julieta.

—*Buona sera.*

—Sabía que volverías —dijo Rosalina, yendo en su busca para darle un fuerte abrazo—. Te hemos echado de menos, pero la niña Chiara mucho más —le confesó en voz baja para que solo él fuera testigo.

—Bienvenido de vuelta. Como verás, estamos hasta arriba —le anunció Fredo, estrechándole la mano con firmeza.

—Gracias, Fredo. Sí, veo que esto no ha bajado el ritmo.

—Para eso estás tú aquí. Para que no decaiga —le dijo Massimo, palmeándolo en la espalda antes de estrecharle la mano con efusividad—. Tenía ganas de que volvieras.

—Yo también.

—¿Puedo saber qué sucede? Vamos, estamos hasta arriba y vosotros de cháchara —les dijo Chiara, entrando en la cocina. No pudo ocultar sus sentimientos hacia Adrian. Una fugaz sonrisa se dibujó en sus labios al verlo allí de nuevo. Ya tendrían tiempo de aclararlo todo cuando hubieran acabado la jornada. En ese momento tocaba servir a la gente dispuesta a cenar.

A Rosalina y a Fredo no les extrañó su regreso. Ambos lo sabían

desde el día que él se había marchado, y durante el tiempo que había estado alejado, Chiara no había podido encontrar un sustituto. ¿Por qué? Porque esperaba su regreso. Y, por fin, estaba allí.

El tiempo pasó rápido entre platos de pasta, *pizzas* y demás delicias de la cocina italiana. Al llegar la hora de cerrar, todos permanecían relajados en el comedor. Sin duda, el regreso de Adrian había sido providencial. Este permanecía apoyado sobre una mesa mientras Chiara no podía apartar la mirada de él y sentir que su vida volvía a ser plena.

—Celebro que hayas regresado, pero me sorprende que hayas tardado tanto —le confesó Rosalina

Chiara se volvió hacia la cocinera para lanzarle una mirada mezcla de asombro y de irritación. ¿Cómo que había tardado tanto? Bueno, sí. Lo cierto era que, para Chiara, el tiempo que había permanecido alejada de él había sido eterno. Había anhelado su regreso todos los días, pero eso era algo que prefería guardarse para ella misma.

—Tenía que resolver algunos asuntos que... —comenzó diciendo, divagando.

—Sí, lo sabemos —asintió Rosalina, recordando el día en que ella había visto la noticia—. Hemos leído lo de tu renuncia. ¿Tú estás seguro, muchacho?

—Nunca lo he estado tanto. He venido para quedarme, si estás dispuesta a devolverme mi puesto de trabajo —le confesó a Chiara, esperando que lo de aquella noche no hubiera sido una excepción. Adrian quería quedarse con ella. En Verona o donde fuera. Pero siempre con ella.

Chiara se quedó pensativa. ¿Ese era el verdadero y único motivo de su regreso? ¿No pensaba en nada más?

—Estás aquí, ¿no? ¿Piensas que voy a despedirte después de ver cómo has trabajado esta noche? —le preguntó con un toque de

burla en la voz, mientras fruncía los labios de manera provocativa—. Te quedas. No se hable más. Y procura no volverte a ir, aunque yo te lo pida —le aclaró señalándolo con un dedo.

Adrian sonrió, complacido por su decisión. Solo esperaba conseguir que volviera a confiar en él, a enamorarse de él.

—En fin, ha sido una noche de locos y creo que nos merecemos un descanso —comenzó explicando Fredo mientras encaminaba sus pasos hacia la puerta—. *A domani*.

—Sí, es mejor que nos marchemos —asintió Rosalina, sonriendo, al contemplar el brillo mágico en la mirada de Chiara. Sin duda que ellos dos tenían mucho de qué hablar, eso si su pasión les dejaba tiempo para hacerlo, pensó, sonriendo.

—He quedado. Así que me marchó. Un placer volverte a ver, Adrian.

—Lo mismo digo.

Fueron marchándose hasta quedar ellos dos solos. Adrian la esperó, deseando saber qué opinaba, qué esperaba de él. Chiara dejó que la acompañara a su casa. Él podía sentir el deseo de abrazarla y de besarla a cada paso que daban. Pero no haría nada que pudiera molestarla. Una cosa era que lo hubiera aceptado de vuelta en su puesto, y otra muy distinta que lo volviera a hacer en su corazón. Solo el tiempo lo diría, tal vez no todo estuviera perdido.

—¿Cuándo has llegado? —le preguntó ella caminando a su lado y dejando que sus manos se rozaran lenta y espontáneamente. Un gesto que ambos aceptaron. Chiara no se apartó, sino todo lo contrario, se acercó más a él hasta que sus manos casi se entrelazaron.

—Hoy mismo.

—¿Hoy? ¿Y tienes dónde pasar la noche? ¿Y tus cosas? —le preguntó, de manera atropellada, mostrándose nerviosa por su

repentina llegada. Y que no tuviera dónde alojarse. Se colocó el pelo detrás de las orejas, se humedeció los labios y el pulso se le disparó, incontrolado.

—Bueno, he conseguido una habitación en un hotel.

Chiara se sobresaltó al escucharlo. ¿Un hotel? Bueno, bien pensado, era lo más lógico, dado que no sabía si ella lo aceptaría en el trabajo. Pero ¿es que pensaba que él le pediría quedarse con ella? Sacudió la cabeza ante esa idea, ya estaban llegando a su casa. Se quedó mirándolo de manera fija, como si esperara que él le dijera algo.

Adrian no supo cómo reaccionar. No estaba seguro de si sería conveniente rodearla por la cintura y atraerla hacia él para apoderarse de sus labios de una maldita vez.

—Siento haberte echado la bronca cuando apareciste, pero...

—No me esperabas y los nervios te jugaron una mala pasada. La *trattoria* estaba a tope —apuntó él sonriendo—. He de reconocer que me sorprendió. No esperaba esa reacción en ti.

—Bueno, era una manera de salir de la situación con toda la gente mirando. Además, admito que necesitaba que me echaras una mano. Fue muy original y acertada tu improvisación —le dijo recordando el momento en el que apareció. Su reacción era lo único que se le había podido ocurrir. Pero había funcionado.

—¿No encontraste a nadie para el puesto? —le preguntó, acortando la distancia entre ellos de manera peligrosa. Chiara cerró los ojos y sonrió. Luego sacudió la cabeza.

—No —musitó mientras sentía que sus hombros se relajaban.

—Es extraño que nadie estuviera dispuesto a trabajar con alguien como tú.

Chiara sintió el calor invadirla ante aquellas palabras. Pero lo que más la intimidó fue su mirada penetrante y su sonrisa, que la

derretía por dentro.

—Tal vez haya sido culpa mía —le confesó mientras Adrian fruncía el ceño, contrariado.

—¿Culpa tuya? ¿Cómo puedes decir eso?

—Es posible que no haya querido encontrarlo, porque ya lo hice en una ocasión —le confesó, acortando con toda intención la poca distancia que lo separaba de ella. La cercanía de Adrian provocó el suspiro en Chiara, quien era consciente de cuanto había anhelado aquella sensación.

—Siento todo lo que ha sucedido por no contarte quién era en verdad.

—Bueno, bien mirado... Si me hubieras dicho quién eras, tal vez no me hubiera fijado en ti; ni se me hubiera pasado por la cabeza hacer lo que hice.

—Entonces deberías agradecerme que no te lo haya dicho —apuntó Adrian, arqueando las cejas.

—Es posible, aunque no me pareció correcto —le rebatió con un rictus serio.

Adrian la miró, intentando expresarle con su mirada toda la ternura y el cariño que le inspiraba cuando la tenía cerca.

—Tienes razón. Debí contarte quién era y qué buscaba en Verona. Pero solo pensé en mí. Créeme si te digo que cuánto más me enamoraba de ti, más complicado se me hacía. Y no creas que no pensaba decírtelo, pero, por otra parte, me decía que tal vez nunca llegarías a saberlo. Que no necesitabas conocer la verdad. Quería que todo lo que obtuviera fuera porque yo lo había hecho, y no por llevar el apellido de mi padre —le aclaró, extendiendo los brazos con las palmas de las manos hacia arriba, mirándola en busca de su aprobación.

—Aunque me hubieras dicho quién eras, creo que no me habría

importado. Te hubiera tenido a prueba en el trabajo para ver tu valía. Me dolió que no confiaras lo suficiente en mí como para contármelo, y lo que en verdad buscabas. Sobre todo, después de aquella noche en la que subiste a mi casa —le aclaró haciendo un gesto con la cabeza al edificio donde ella vivía—. Y... en todo eso que deseabas conseguir..., ¿estaba también una mujer? —le preguntó con una mezcla de picardía, diversión e interés.

—Siempre he querido una mujer que, cuando me conociera y me mirara, no viera en mí una oportunidad profesional. O de mejorar en la sociedad por estar conmigo —le confesó, mientras Chiara abría los ojos en un gesto de asombro y sonreía divertida—. Y contigo eso nunca sucedió porque viste en mí al hombre que soy.

—Bueno, debo decir que yo no pensaba en nada de eso, ya que no sabía quién eras —le dijo con un gesto de alivio—. Y aunque me lo hubieras dicho, tampoco me lo habría planteado porque soy feliz en mi pequeño negocio y con la vida que llevo. Ya sabes lo que opino de esa clase de gente...

—Tú te fijaste en el hombre que soy. Viste mi verdadero yo.

—Cierto, pero reconoce que casi se va todo al traste —le aseguró, aferrándose a su chaqueta y zarandeándolo, mientras en su mirada podía leer el arrepentimiento.

—Sí, pero, por suerte, logré enmendarlo, ¿no? —le preguntó, arqueando una ceja con expectación y recelo.

—¿Por qué has dejado la compañía?

—Por Verona, por Julieta y por ti —le confesó. Le enmarcó el rostro y se quedó extasiado contemplando aquel par de ojos que chispeaban con una intensidad que no había visto nunca antes.

Sintió el roce de sus labios sobre los suyos y como la corriente le recorría todo el cuerpo. Sonrió al pensar en Julieta y en lo que él le había pedido. Pero no se lo confesaría en ese instante tan especial

que estaban compartiendo. Lo condujo hasta su casa sin que él propusiera lo contrario. Quería pasar la noche con él. Recuperar el tiempo perdido. Chiara sacó las llaves del bolsillo de su chaqueta con intención de abrir el portal, pero Adrian se anticipó cogiéndolas de la propia mano de ella sin dejar de besarla. Entraron entre risas, caricias y gemidos ahogados por sus besos. Ella se apartó a duras penas y, llevando un dedo a sus labios, le pidió silencio. A esas horas de la madrugada, muchos vecinos dormían, y no quería recibir quejas al día siguiente por que los hubieran despertado. Una vez frente a la puerta del apartamento, Adrian no pudo resistirse a rodearla con los brazos, aumentando su deseo con cada roce, con cada caricia. Le apartó el pelo hacia un lado para que sus labios serpentearan por el cuello en dirección a la clavícula, provocándole una incontrolada agitación en la mano de ella. Chiara se veía incapaz de acertar con la cerradura.

—Si no paras, no podremos entrar.

—Entonces, ten la seguridad que te haré el amor en el descansillo

—le susurró sin dejar de besarla en el cuello.

Cuando sus cuerpos se relajaron después de hacer el amor, Adrian depositó un suave beso en el hombro de ella, aspirando la fragancia de su piel, de su pelo, escuchándola respirar de manera más pausada. Todo parecía volver a la normalidad después de aquella noche. La había echado tanto de menos que no se sintió saciado de ella en ningún momento. Cualquier beso, cualquier caricia o mirada le parecían poco. ¿Cómo podría recuperar el tiempo que había permanecido alejado de ella? Sonrió, acariciándole el pelo de manera lenta y suave, mientras Chiara seguía con los ojos cerrados, como si estuviera descansando. Adrian levantó la cabeza para

comprobar si en verdad lo hacía, cuando su voz lo sorprendió.

—No estoy dormida —le dijo, esbozando una sonrisa al tiempo que abría los ojos. Se incorporó para atraer su boca hacia la suya. El beso fue lento y suave. Con cierta pereza, como si no quisiera despegarse de sus labios. Chiara quería quedarse refugiada entre los brazos de Adrian y dejar que lo demás sucediera por sí solo.

—Te he sentido relajada y no quería molestarte —le aseguró, trazando el perfil de su rostro con el dedo. Su mirada estaba llena de expectación, de ilusión y de cariño.

—Si hubiera estado dormida, no me hubiera importado que me despertaras como tú sabes —le aseguró, recordando cómo lo había hecho en anteriores ocasiones; acariciándola con lentitud, con dedicación.

—En ese caso, no tengo nada que decir —asintió, tirando de las sábanas para cubrirse. Pero lo que no esperaba era que Chiara se inclinara sobre él y lo retuviera contra el respaldo de la cama. Le gustó su determinación, y ella sonrió divertida, mordiéndose el labio y entrecerrando los ojos. Tenía que preguntárselo porque era algo que llevaba tiempo queriendo hacer.

—Creo que Julieta te ha escuchado.

—¿Julieta?

—¿Vas a decirme que no sabes nada de una nota que dejaste en su casa? —le preguntó, pasándole el dedo por la nariz, tratando por todos medios de no reírse. Chiara se mordisqueó el labio inferior y abrió los ojos a la máxima expresión.

—¿Y cómo demonios...? —Sus palabras quedaron de nuevo ahogadas en su garganta cuando ella se inclinó sobre él para tomarle el rostro entre las manos. Lo besó con efusividad, queriendo transmitirle lo que le hacía sentir. Lo que le había provocado aquel gesto por parte de él. Sí, sin duda que estaba loco, pero en su locura

había conseguido que ella volviera a creer en el amor verdadero.

—Digamos que... tengo buena amistad con ella —le dijo con un tono travieso, guiñándole un ojo.

—Un momento. ¿Leíste mi nota? ¿Cómo es posible? —quiso saber, sin poder salir de su asombro, contemplándola, erguida ante él y controlando sus deseos de voltearla sobre la cama y no parar de besarla hasta que no se hubiera explicado.

—Lo dejaste claro el día que visitamos su casa, ¿recuerdas?

—¿Qué dejé claro? —preguntó confundido, sin poder creer que ella pudiera recordar lo que él había dicho aquella tarde. Habían sucedido demasiadas cosas desde aquel día. Y en ese mismo instante, con ella tan exuberante ante él, se le hacía bastante complicado pensar en nada que no fuera el deseo que le despertaba.

—Dijiste que serías capaz de pedirle a Julieta que intercediera por ti para conquistar a una mujer —le recordó, señalándole el pecho.

Adrian cerró los ojos y recostó la cabeza contra el cabecero de la cama, sonriendo burlón al recordar aquel día. Sí. Se lo había dicho y lo había cumplido. Porque, a pesar de todo, y aunque aquella tradición de dejarle un mensaje a Julieta pudiera parecer un reclamo para los turistas. Él creía en el amor, después de todo.

—Digamos que fue algo...

—Algo precioso —le susurró dejando que sus pulgares le recorrieran las mejillas—. «Pero no hace falta que taches ni rasgues tu nombre. No hace falta que te lo cambies. Tan solo dime, ¿cómo has llegado hasta aquí y para qué? Las tapias del jardín son altas y difíciles de escalar». —Chiara recordó las palabras de Julieta en su escena preferida. El hecho de recitarlo provocó un escalofrío en Adrian, quien, mirándola con intensidad, la rodeó por la cintura y la atrajo hacia él para susurrarle en sus labios:

—«Con ligeras alas de amor franqueeé estos muros, pues no hay

cerca de piedra capaz de atajar el amor; y lo que el amor puede hacer, aquello el amor se atreve a intentar»[\[2\]](#).

Chiara sintió el roce de los labios de Adrian con timidez, al tiempo que cerraba los ojos y sentía el escalofrío recorrer toda su espalda. Su piel erizándose cuando las manos de Adrian la acariciaron. Y el amor provocándole esa sacudida tan particular en el estómago. Ya no tenía dudas de que él había vuelto a Verona para quedarse con ella. Para hacer sus sueños realidad. Por fin, Romeo había ido a buscarla para demostrarle que el verdadero amor existía más allá de las páginas de los libros.

## Epílogo

La noche en La Sonrisa de Julieta estaba siendo muy ajetreada. Daba la impresión de que la vuelta de Adrian había traído de regreso a más clientela. Chiara lo buscaba a cada instante, siendo consciente de que hacerlo le arrancaba una sonrisa, un rubor en las mejillas. E incluso un beso furtivo a escondidas. Sí. Fue un gesto espontáneo que vino a dejar claro a todos los miembros de la *trattoria* que Romeo y Julieta habían saltado de las páginas del libro para instalarse allí. Rosalina asintió complacida cuando percibió el rubor en las mejillas de Chiara, el brillo mágico en sus ojos y el gesto burlón en sus labios. Sin duda que Adrian le había devuelto la vida, la ganas de volver a soñar.

Este no había olvidado lo que le contó sobre Julieta y su nota. Esperaba el instante idóneo para tomarse su pequeña revancha. Y estaba convencido de que esa noche nada podría impedirlo. Por eso, cuando la vio sobre el balcón sirviendo las mesas que habían tenido que poner para dar cabida a más clientes, pensó que su momento había llegado. Se volvió hacia ella con una sonrisa en el rostro. Chiara no se había percatado de dónde estaba situada, estaba demasiado pendiente de su trabajo. Nunca subía al balcón porque,

en parte, temía que algún gracioso se burlara de ella, pero, por encima de todo, porque sabía que ningún hombre que la amase estaría tan loco como para hacerlo. Hasta esa noche. Hasta ese instante.

—«Soy demasiado atrevido. No es a mí a quien habla» —comenzó a recitar Adrian en voz alta mientras los clientes poco a poco se daban cuenta de lo que sucedía—. «Dos de las más resplandecientes estrellas de todo el cielo, teniendo algo que hacer, ruegan que brillen en sus esferas hasta su retorno. ¿Y si los ojos de ella estuvieran en el firmamento y las estrellas en su rostro? ¡El fulgor de sus mejillas avergonzaría a esos astros, como la luz de esta a una lámpara! ¡Sus ojos lanzarían desde la bóveda celeste unos rayos tan claros a través de la región etérea, que cantarían las aves, creyendo llegada la aurora!».

Chiara se quedó clavada en el sitio al escucharle recitar aquel pasaje de Romeo y Julieta. No quiso volverse para que no percibiera que su rostro se había encendido y que sus ojos centelleaban de emoción. Pero las sonrisas y las miradas de complicidad de los clientes a los que estaba sirviendo no hicieron sino acrecentar más sus nervios.

¡Lo había hecho! ¡Maldito fuera! ¿Cómo no se le había ocurrido que lo haría después de lo de la casa de Julieta y de la primera noche que salieron?

Adrian la señalaba con la mano mientras todo el mundo alzaba sus miradas hacia una Chiara que no sabía dónde meterse. Algunos llegaron a creer que se trataba de una actuación para amenizar la velada, dado el magnífico escenario de la *trattoria*. Pero al menos cuatro personas sabían que lo que Adrian estaba haciendo era declararse. Expresarle su amor. Rosalina sonrió mientras sus ojos se humedecían por la emoción, porque estaba del todo segura que

Chiara había encontrado lo que tanto tiempo había estado buscando. Esta se volvió hacia Adrian, se apoyó en la balaustrada del propio balcón, sintiendo el pulso acelerado, el corazón golpeándole con violencia en el pecho y la mirada vidriosa por la emoción. ¡Estaba completamente loco! Sin duda que la quería. Si no, no estaría haciendo aquello. Ella sacudió la cabeza, sin poder dar crédito a lo que acababa de suceder, mientras los clientes aplaudían, entusiasmados, por la representación que acababan de presenciar, ajenos a la realidad.

Adrian la contemplaba descender las escaleras con un brillo irreconocible en el rostro. Se miraron durante unos segundos al tiempo que Chiara sacudía la cabeza, sintiendo que todo era tan real como había soñado de pequeña. La mano de él le acarició la mejilla con exquisita ternura mientras el pulgar le borraba la lágrima que le resbalaba. Se había emocionado. Sabía que lo haría si él le regalaba aquella representación, pero qué mejor manera de expresarle cuánto la quería que representar para ella a Romeo en la escena del balcón.

—Estás despedido —le susurró, presa de los nervios.

Adrian la rodeó por la cintura para besarla, sin importarle nada de lo que sucedía a su alrededor, mientras la gente los aplaudía y los vitoreaba con entusiasmo, ajenos a todo lo que sucedía en el exterior de su propio mundo. Se separó de ella cuando, en mitad de la algarabía formada en el comedor, hubo culminado el beso.

—¿Qué ibas a decir?

—Que ha sido precioso —susurró para que nadie lo escuchara, mientras el brillo de sus ojos podría competir con las estrellas esa misma noche.

—Te lo debía —le aseguró, guiñándole un ojo antes de volverse hacia la gente y recibir el inesperado aplauso.

—Sabía que acabarías haciéndolo.

—Entonces... ¿subiste al balcón esta noche...? —la pregunta de Adrian quedó ahogada en la sonrisa enigmática y pícara de Chiara—. Bueno, la gente piensa que es una representación. Tal vez deberíamos ofrecerla todas las noches —le sugirió mientras la cogía de la mano y le depositaba un cálido y tierno beso.

—No, no lo ha sido —le aseguró al tiempo que sacudía la cabeza. Había sido real en todo momento. Lo había percibido en su mirada, en sus gestos y en el tono de sus palabras. Había sido tan real como en Romeo y Julieta.

Se separaron para seguir con el trabajo, conscientes de que, desde ese momento, ya nada sería igual. Chiara intentó controlarse el resto de la noche, pero le resultó imposible, ya que los clientes no paraban de recordarle la escena. Así, hasta que las luces se apagaron y la puerta de La Sonrisa de Julieta cerró por ese día.

Los tejados de Verona se iluminaban bajo la luz de una luna redonda mientras Adrian y Chiara se besaban en mitad de la *piazza* Bra con el anfiteatro como testigo. Algunos de los viandantes que pasaban a su lado los vitoreaban y los aplaudían.

—*L'amore! Bravo!*

Chiara sonreía, escuchando a un grupo de chicos y chicas.

—Te has puesto colorada.

—Y yo prometí despedirte por lo que has hecho esta noche —le susurró mientras no dejaba de propinarle besitos para que se centrara en sus labios y no el color de su rostro por las palabras que aquel grupo de chicos le había lanzado. Sintió como la felicidad le recorría el cuerpo hasta asentarse en el lado izquierdo de su pecho.

—Pero no lo harás —le dijo, muy seguro, Adrian, sonriendo irónico.

—¿Puedo saber por qué estás tan seguro de ello? —le preguntó con curiosidad, mientras arqueaba las cejas y lo retenía contra ella,

rodeándolo por el cuello.

—Porque si no recuerdo mal, el día que estuvimos en la casa de Julieta y me contaste la leyenda que hay... —comenzó diciendo, mientras Chiara echaba la cabeza hacia atrás y reía a carcajadas—. Por cierto, ¿cómo supiste lo de mi nota? No me lo dijiste...

—¿No irás a decirme ahora que crees en las leyendas? —le preguntó mientras Adrian entornaba la mirada y hacía un gesto de no estar de acuerdo—. Vamos, es tan solo una atracción para los turistas. El hecho de acariciarle el seno a la estatua de Julieta; igual que dejarle mensajes —le rebatió con ironía y acentuando esas últimas palabras al recordar lo que él había hecho—. *Ahhhhh*, en cuanto a tu nota, no puedo traicionar a Julieta —le confesó, guiñándole un ojo.

Adrian sonrió con toda intención cogiéndole mano para voltearla y que volviera a quedar atrapada entre sus brazos. La miró con tal intensidad que Chiara pensó que su corazón se fundiría allí mismo con él.

—Entonces dejemos a Julieta con sus secretos y sus misterios. Te dije que nunca abandonarías Verona porque encontrarías el amor verdadero —le susurró con voz ronca, acercándose peligrosamente a sus labios.

—¿Eres tú, acaso, ese verdadero amor? ¿Eres tú mi Romeo? —le preguntó, mirándolo llena de ensoñación mientras reía y creía que así era.

—¿No te ha quedado claro? Pero déjame decirte que estamos en el lugar perfecto para que así sea —le aseguró, extendiendo los brazos como si pretendiera abarcar toda Verona.

—¿No piensas irte? —le preguntó con un cierto toque de temor en la voz. No quería que su propia historia de amor se terminara una mañana cuando despertara.

Adrian sacudió su cabeza.

—He vuelto por una sola razón. Tú.

Sonrió, complacida por escucharlo decir aquello. Sintió el vuelco en el pecho. ¿Se quedaría con ella en Verona?

—¿Te quedarás conmigo aquí... en Verona? ¿En La Sonrisa de Julieta? —le preguntó, entornando la mirada hacia él mientras el pulso se le aceleraba esperando la respuesta.

—En ese lugar encontré el sentido a mi vida —le respondió mientras le enmarcaba el rostro entre las manos y con los pulgares le acariciaba las mejillas—. Y en ti, a la compañera perfecta para pasar mi vida.

—Pero... no quiero que... dentro de un tiempo puedas despertarte y descubrir que este no es tu lugar. Que yo no soy...

La besó con fuerza. Con efusividad. Queriendo hacerle ver que no lo haría. Que había regresado a Verona solo por ella.

—No necesito tocarle el seno a Julieta para asegurarte que nunca abandonaré Verona.

—¿Estás seguro de lo que dices? —le preguntó mientras se mordía el labio de manera insinuante y lo acariciaba con ternura.

—Sí, porque yo también encontré *il mio amore* en Verona —le aseguró, entornando la mirada hacia ella y percibiendo un brillo pícaro en sus ojos al escucharlo hablar en italiano.

Chiara lo atrajo hacia ella, tirando de su camisa. Lo miró con intensidad antes de besarlo una vez más, sin importarle que la gente los viera o se dirigiera a ellos con alusiones al amor o a otras manifestaciones de este... Solo pensaba que Julieta le había hecho caso de una vez por todas.

## Agradecimientos

A ti, querido lector, por elegir esta historia para divertirme, pasar un buen rato o lo que te haya hecho sentir esta historia. Que te anime a buscar y leer alguna de mis otras historias.

Aparte de ti, querido lector, tengo que dar las gracias a otras personas que han contribuido a este libro.

A Lola Gude, mi editora, por estar siempre ahí, al pie del cañón.

A la persona que está a mi lado cada día y que me alienta a que siga escribiendo historias de amor buscando un *best seller*. Te quiero, niña.

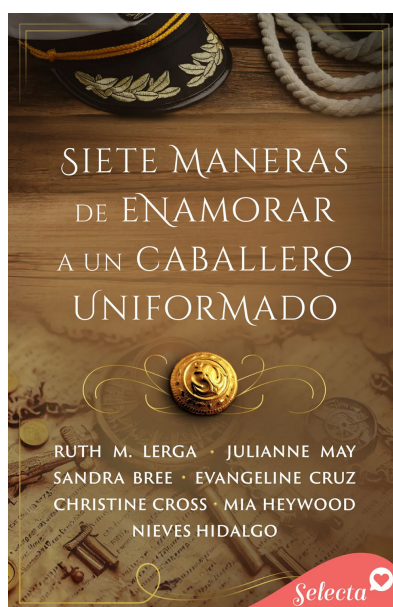
No puedo dejarme a mis fieles Zeus y Hera, mis gatos, que me acompañan en esta carrera de fondo que es pasarse las horas solo frene al ordenador creando historias.

Por otro lado, querido lector, si quieres saber cómo será la vida de Claire MacTavish al frente de la compañía, no dejes de leer *Bajo la luna de Siena*. También podrás saber cómo le van las cosas a Adrian y a Chiara.

Si te ha gustado

# *Verona, Julieta y tú*

puedes disfrutar de estas



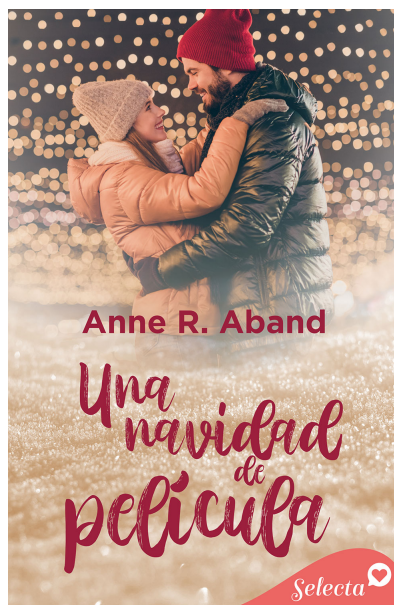
Sarah Valentine

# Camino cruzados



Selecta 





**Él se encontró así mismo. Ella se enamoró del hombre que la hizo creer en el amor.**



**Adrian McTavish decide buscar su rumbo en contra de las ideas de su padre.** Abandona la compañía y marcha a Verona a ser él. Sin apellidos que le abran las puertas.

**Chiara regenta una pequeña trattoria en Verona.** Necesita cubrir una vacante cuanto antes.

Cuando Adrian se presenta en esta, buscando trabajo ambos llegan a un acuerdo rápido. Al igual que Romeo y Julieta ambos se sentirán atraídos con el paso de los días y el **roce en el trabajo hasta dar rienda suelta a esa atracción.**

Sin embargo, todo dará un vuelco cuando ella conozca lo que representa Adrian, y lo que ella siempre ha rechazado: la gente rica que se cree superior al resto por tener dinero. Pero, **estando en Verona, todo puede ocurrir, incluso que la propia Julieta decida interceder para que nada logre separarlos.**

**Laimie Scott** cursó estudios de Filología Inglesa en la Universidad de Salamanca para posteriormente doctorarse en el campo de la novela histórica y la obra del escritor escocés Sir Walter Scott. Comenzó su carrera literaria publicando diversos relatos en revistas y blogs hasta que se lanzó a escribir novela romántica, género en el que lleva ya unos años publicando. En el campo de la investigación literaria colabora con varias revistas y participa en diversos eventos académicos relacionados con su especialidad.



Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

Edición en formato digital: febrero de 2025

© 2025, Laimie Scott

© 2025, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.  
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: LoEs Servicios editoriales, Myrian Giordano  
Imagen de SHUTTERSTOCK: Enrico Della Pietra

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-10341-05-0

Conversión digital: leerendigital.com

Facebook: penguinebooks  
Facebook: SomosSelecta

Twitter: penguinlibros  
Instagram: somosselecta  
Youtube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores  
recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



**Penguinlibros.club**



Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

   Penguinlibros



[1] William Shakespeare, *Romeo y Julieta*, Acto II, Escena II, p. 285

[2] Ibid, pág. 285

# Índice

Verona, Julieta y tú

Capítulo uno

Capítulo dos

Capítulo tres

Capítulo cuatro

Capítulo cinco

Capítulo seis

Capítulo siete

Capítulo ocho

Capítulo nueve

Capítulo diez

Capítulo once

Capítulo doce

Capítulo trece

Capítulo catorce

Capítulo quince

Capítulo dieciséis

Capítulo diecisiete

Epílogo

Agradecimientos

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro

Sobre Laimie Scott

Créditos

Notas